

# Cronicas de Cabrerizas



# CRÓNICAS DE CABRERIZAS 1964 - 1975

Escrito y Coordinado por:

ALBERT MARÍN AUSÍN

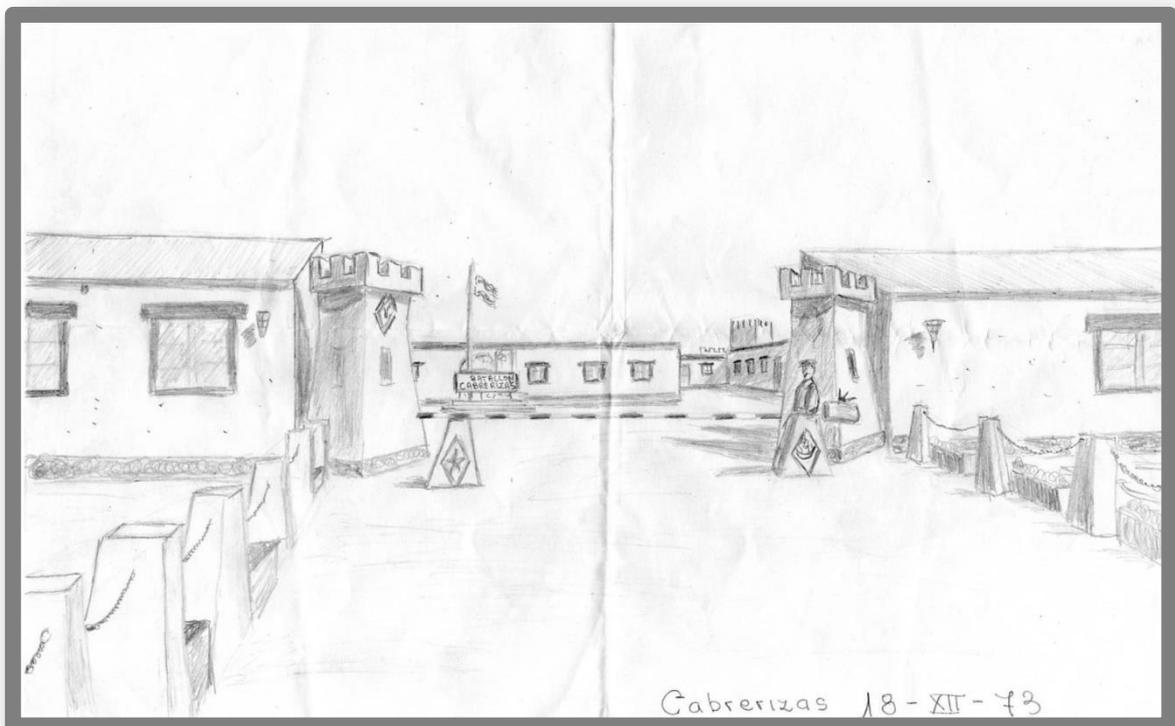
Maquetación y Diseño:

JOAQUÍN ESPINAR ALARCÓN

Colaboración:

COMPAÑEROS CABRERIZOS

# Historias y anécdotas escritas por los propios soldados



**Entrada al Batallón. Dibujo de Albert Marín Ausín**

## INTRODUCCIÓN

Las crónicas o relatos sobre el histórico Batallón de Cabrerizas a los que he tenido acceso o conocimiento, se han limitan a periodos anteriores al 1964 y, casi siempre, como documentos históricos oficiales de referencia, exceptuando el libro del capitán Del Campo, del que hago referencia más adelante. Es por ello que me he animado a recopilar, con la ayuda de varios compañeros que pasaron por el Batallón, vivencias y anécdotas que nos permitan construir una crónica de los últimos once años del Batallón, hasta su retirada del Sáhara y disolución a finales del 1975. Mi personal agradecimiento a todos estos compañeros que han dedicado su tiempo a informarme y/o escribir sus relatos personales. Sin su inestimable ayuda no habría sido posible construir el presente libro. Me habría gustado que se sumasen más compañeros en la aportación de vivencias, dándole más amplitud, pero, por unas u otras razones, no ha sido posible.

Conduzco el relato apoyado en la información aportada por todos ellos. Mi trabajo esencial ha sido narrar los conocimientos que ellos me han transmitido, mis propios recuerdos, y recopilación de los relatos personales por ellos proporcionados. He intercalado directamente estos, transcribiéndolos tal cual. La suma de relatos y anécdotas, todas ellas de diferentes periodos, ha creado un estilo “ecléctico”, pero la suma del anecdotario nos ayuda a entender mejor cómo era la vida en Cabrerizas, la cual no siempre fue igual según la época, con importantes cambios, especialmente a partir del 1973. También intercalo pasajes y partes de capítulos de “La Jaima del Saharaui”, seleccionando algunos de los que no contienen ficción. Para los que no han leído mi novela, les informo que buena parte de ella transcurre entre los muros de Cabrerizas (transcribo tan solo una pequeña parte), por lo que es un testimonio más para construir la presente crónica. En cualquier caso, el lector puede encontrarse con “cambios de ritmo” en la narración, especialmente en el contraste que existe entre la parte que es simplemente crónica, con la más literaria de los pasajes de “La Jaima del Saharaui”, así como en algún relato de compañeros. Esta circunstancia, más que casual, es intencionada, pues sin merma de la veracidad de la información, puede hacer más amena la lectura, al menos esta ha sido mi intención.

En cualquier caso, somos los propios soldados los que explicamos nuestra historia, según la pasamos, sin censuras y según nuestra individual percepción. Cualquier error de fechas o sucesos que pueda haberse producido, no son premeditados, sino fruto de la traicionera memoria que, después de tantos años y a nuestra madura edad, no sería nada extraño. He respetado el testimonio de mis compañeros, sin deformar la posible subjetividad de cada uno, pues un mismo hecho o experiencia, puede ser percibido de forma diferente según cada persona. En definitiva, he transcrito directamente sus relatos, pues se trata de transmitir —lo menos deformado posible— el mensaje del testimonio, no de ganar un concurso literario.

Para que pueda diferenciarse sin dificultad mi narración directa, con lo que son relatos transcritos, tanto de compañeros cabrerizos, como de mi novela, he escrito en letra vertical el primer supuesto, y en cursiva los relatos transcritos.

Redundo en informar al lector, de que esta recopilación de relatos y anécdotas del Cabrerizas de 1964 al 1975, no pretende ser un documento histórico de referencia, pero sí el de conseguir acercarnos a las interioridades del Batallón a través de los testimonios de la tropa que, sin duda, es la que mejor lo conoció, pues fueron los protagonistas de base.

El título podría también haber sido: “Crónica de un Batallón de Trabajo”, o “Batallón de Castigo”, que es lo que fue para muchos soldados que cumplieron su servicio militar en este cuartel sahariano de la costa que, sin estar castigados y siendo ya todos de reemplazo, pasaron el servicio militar construyendo cuarteles. Aunque no fue igual para todos, pues hubieron “muchos Cabrerizas”, tantos como años, ya que fue un Batallón que en el transcurso de su historia sufrió diversos cambios, tanto por los diferentes destinos, como por sus misiones; desde ser un batallón exclusivamente de corrigendos cuando estaba ubicado en la población de Zeluán, pasando a ser mixto a partir de su destinación en el fuerte de “Cabrerizas Altas” en

Melilla, en el 1956, conviviendo soldados castigados con los de reemplazo. Y ya sin corrigendos, a partir de su último destino en el 1964, en Cabeza de Playa de El Aaiún, si bien, durante un tiempo todavía hubo, custodiados o conviviendo, algunos penados hasta el 1973, año en el que el cabo Ernest Vilches y un soldado, condujeron al último corrigiendo cabrerizo hasta Las Palmas.

**Albert Marín Ausín, cabo furriel, 2ª Compañía del Batallón de Infantería Cabrerizas – I.**

**Después de Jurar Bandera en el BIR, estuvo en el Batallón desde finales de Junio del 1973 hasta el 20 de Julio del 1974. Autor de la novela “La Jaima del Saharaui”.**

## ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Si bien esta crónica se limita a los once años del Batallón en Cabeza de Playa, de forma muy resumida explicaremos los antecedentes del Batallón Africano desde sus inicios, antes de ser bautizado, dos siglos y medio después, con el nombre de «Cabrerizas». Esta información histórica se ha recogido de la hemeroteca existente:

*Los inicios del Batallón se remontan al año 1700 cuando fue creado con el nombre de “Cía. Pija de Melilla”. En sus orígenes fue una unidad disciplinaria del Ejército. En 1702 fue reorganizada con personal del Batallón de Antequera nº 12, siendo nombrada a partir de entonces como “Brigada Disciplinaria de Melilla.”*

*De 1703 a 1844 interviene en continuas acciones de guerra, teniendo que ser reorganizada en diferentes ocasiones, alternando de nuevo los nombres de “Cía. o Batallón Disciplinario”, según la ocasión.*

*En 1855, con el alzamiento carlista que tuvo lugar entre junio de ese año y mediados de 1856, como secuela de la guerra «dels Matiners», el Batallón interviene en duros combates, en los que, en menos de un año, llega a perder en combate a su teniente coronel, un comandante, tres capitanes, cuatro tenientes, tres sargentos, cuatro cabos y treinta y cinco soldados. Ello obliga a que el 23 de febrero de 1888 se reorganizara de nuevo el Batallón con personal procedente del Regimiento Fijo de Ceuta, principalmente para volver a entrar en combate, esta vez con los rifeños del norte de África. En estas batallas, el 31 de marzo es hecho prisionero y muerto apaleado por los rifeños, Bueno Gil, uno de los significativos soldados de la unidad. Por suscripción de sus jefes y oficiales se le levanta un monumento.*

*En el mes de octubre, a la voz de su jefe, el General Margalló, de «muerte en combate», el Batallón cargó tres veces contra las trincheras moriscas, conquistando a bayoneta calada las posiciones de los rifeños. Nuevamente sufrió abundantes bajas en estos actos, cayendo nuevamente la cúpula de sus jefes y oficiales, así como muchos soldados.*

*Durante esta campaña del Rif, en su haber de gloria figura otra de las batallas más épicas que ha tenido esta unidad. Sufre un tremendo ataque del enemigo que aprovecha mejor su conocimiento del terreno africano. La situación es comprometida para la unidad, cuando su teniente López Salcedo, con un fusil en las manos, salta sobre las rocas. Sus hombres, sin dudarlo, le siguen animados por sus voces y gritos. Se abre paso a tiros y golpes de bayoneta hasta que, coronada la posición, cae con la cabeza atravesada por un balazo. El sacrificio del teniente da sus frutos, y estos soldados de andrajosos uniformes, empapados de sudor y sangre, conquistan el cerro y aún les quedan fuerzas para clavar su bandera al tiempo que vitorean a su teniente caído*

*Al día siguiente de aquella batalla del Rif, el Rey Alfonso XIII envía un cablegrama al General de la unidad, en el que dice: «Con verdadero entusiasmo le felicito y a las fuerzas a sus órdenes por su valor y conducta en el combate de ayer. Me enorgullece que la primera acción de guerra librada en mi reinado, confirme las grandes esperanzas que tengo en este ejército. Lamento bajas. Saludo a los heridos y manifiesto a la viuda del teniente Salcedo mi pésame. . .»*

*El mes de septiembre de 1921 se recibe en la que entonces se llamaba “Brigada Disciplinaria”, la orden de formar pequeñas secciones para relevar a un pelotón legionario que guarnecían el blocao de Dar-Hamed. Una de estas pequeñas secciones salió en la madrugada del 14 de septiembre para hacer el relevo, que logran realizarlo a las seis de la tarde. Un par de horas después sufren un feroz ataque de los rifeños, que termina a las dos de la mañana con toda la unidad, repleta de cadáveres y el resto todos heridos. Cuando los rifeños se acercaron a las alambradas de la posición, los indefensos heridos vendieron cara su vida, teniendo que ser rematados por los asaltantes.*

Esta transcripción del resumen histórico de los antecedentes del Batallón, nos muestra hechos heroicos que costaron muchas vidas de soldados y, también, de mandos. Apartándome del tratamiento de “gloriosa épica”, tal como se acostumbra a narrar oficialmente estos hechos, pues personalmente pienso que las guerras no contienen épica alguna, y sí muerte (al soldado que ha ido a sucumbir en la batalla, a la fuerza, una vez muerto, ya no le consuela la gloria con que revisten su acción bélica). Esta terrible realidad, lo es más, cuando la guerra en la que te bates se produce lejos de tu Patria, en una tierra que dicen pertenecerte, pero que en realidad es una colonia impuesta a los lugareños (habitualmente contra los que luchas en su casa, o lo que es lo mismo: El enemigo). La larga campaña del norte de África fue un matadero para miles de españoles que fueron allí obligados, defendiendo unos intereses particulares, o el prestigio de la Nación según el concepto imperialista, tan alejado este del sentimiento de la base, del soldado.

Con esta breve crónica del Batallón, que cubre más de dos siglos, pasamos a finales del 1956, cuando el Batallón de Corrigendos ubicado en Zeluán (1), fue trasladado a Melilla, al fuerte de Cabrerizas Altas, pasando a denominarse desde ese momento como “Batallón de Cabrerizas”. Formado hasta entonces básicamente por penados. A partir de su emplazamiento en Melilla, el Batallón empezó a nutrirse de soldados de leva que compartirían instrucción y servicio con los corrigendos. Su cometido sería ya el de batallón mixto operativo.

El Once de Noviembre del 1957, el Batallón al completo es embarcado en los cruceros Miguel de Cervantes y Almirante Cervera con destino a Villa Cisneros, para reforzar la guarnición sahariana, como consecuencia de los movimientos hostiles de bandas saharauis rebeldes que hostigaban a las reducidas fuerzas españolas. El día dieciséis desembarcan mediante una barcaza, la K-2, en la Sarga (o Punta Sarga), en la misma playa, a varios kilómetros de Villa Cisneros, al no haber suficiente calado en el pequeño puerto de la población para el atraque de los cruceros.

El Batallón relevó a la 4ª Bandera de la Legión, partiendo esta hacia El Aaiún a reforzar la capital, a cuenta de que los hostigamientos cerca de la capital así lo aconsejaban.

Semanas después llegó el Batallón Expedicionario Castilla, cuya principal misión era acuartelarse en Villa Cisneros, mientras el Batallón de Cabrerizas ocupaba los alrededores, reforzaba la base de Aargub y se repartía por otros destacamentos más alejados que habían sido abandonados por las fuerzas nativas a causa de la actividad de los guerrilleros rebeldes del “Ejército de Liberación”.

En Febrero del 1958, habiendo ocurrido semanas antes la emboscada de Edchera, donde murieron alrededor de cuarenta legionarios de la XIII Bandera, se organizó la “Operación Teide” por parte española, y la “*Ecouvillón*” por parte francesa, poniéndose de acuerdo ambos ejércitos para barrer y eliminar a las bandas del autodenominado “Ejército de Liberación”, que pretendía echar a los españoles del Sáhara y a los franceses de Mauritania. El Batallón de Cabrerizas, reforzado con soldados del Batallón Expedicionario Castilla, participó en los combates que se libraron en la zona de Legleila, cerca de Auserd, sufriendo varias bajas entre muertos y heridos, pero infringiendo mayores pérdidas al enemigo y forzando su retirada definitiva de la zona.

(1) Zeluán, provincia de Nador, donde en el 1921, unos quinientos militares españoles murieron a manos de miles de rifeños. Después de varios días de heroica defensa, la guarnición española se rindió, ante la promesa del cabecilla rifeño, de que se les permitiría irse desarmados, pero libres, a Melilla. Promesa incumplida, siendo traicionados y, todos ellos, acuchillados, fusilados o quemados vivos, incluyendo a los civiles, mujeres y niños. Fue un infame incumplimiento de la promesa.

No he podido contactar con nadie que hubiese participado en aquellos combates del 1958, pero imagino las penalidades sufridas por la tropa, tanto la de los corrigendos como la de los soldados de reemplazo, aunque los primeros seguramente recibieron peor trato. Los que fuimos tropa en el Sáhara, vivimos las penalidades en estado más puro que los mandos, aunque estos también sufrieran las suyas, pero, como nosotros bien sabemos, las de ellos siempre estaban más suavizadas, por lo menos en lo material y en el diferente trato recibido. En el libro del capitán Del Campo, basado en sus cartas a la familia (tuvo una enorme relación epistolar con su familia, lo que corrobora que ellos, los mandos, también sufrían la misma ausencia que nosotros), se refleja el trauma que suponía la separación durante tantos meses de sus seres queridos.

La conjunción de la disciplina con la climatología, la carencia de toda comodidad, el alejamiento de los suyos y la tensión de estar en territorio hostil con altas probabilidades de entrar en combate, debía ser de gran dureza para aquellos jóvenes que, simplemente, habían ido a cumplir con el servicio militar obligatorio. Muchos de estos se preguntaban qué hacían allí, sufriendo aquellas penalidades y con muchas posibilidades de entrar en combate y ser heridos o perder la vida, como así ocurrió. En la crónica del capitán, este la escribe según su personal estatus, el de los oficiales, tan alejado del de los simples soldados, pero, sin embargo, demuestra una notable sensibilidad en sus escritos en cuanto a la tropa. Como muestra de ello, transcribo lo escrito por él en su relato del libro, en cuanto a su opinión de los corrigendos, los cuales participaron en los combates junto a los soldados de reemplazo:

*“Allí, corrigendos y de reemplazo, contribuían al bien común y, aun siendo tan buenos hijos los suyos, tanto unos como los otros, aquellos supieron pagar sus faltas con un desprendimiento y un valor excepcional, entonces ¿por qué no se licenció con ellos al soldado corrigendo que estuvo en todo momento presente y en todas ocasiones que se les pidió todo en defensa de la Patria, llegando incluso a entregar la vida? ¿Por qué a los soldados corrigendos, después de ser heridos y curados en los hospitales de sangre, se les devolvía al Batallón a continuar con su condena? Aún ahora, después del tiempo pasado, la indignación me llena sólo al recordarlo. Pues bien, pese a esto y a otras muchas cosas, el soldado corrigendo, ese pobre hombre, escoria de la sociedad y de la milicia, jamás se lamentó de la diferencia de trato. Hubo un jefe, al que las circunstancias puso un día al frente de la columna, que decía: «en todas las ocasiones que el riesgo sea mayor, se recurrirá al soldado corrigendo, pues es preferible la muerte de dos de estos, que la de uno solo de reemplazo». Qué absurda manera de pensar y que poco corazón el de este hombre, qué poco conocía al soldado español para permitirse dar semejante orden”.*

El capitán del Campo habla mucho más sobre los corrigendos, siempre en forma positiva, sobre el cumplimiento de su deber. He querido dejar constancia de esta pequeña muestra del carácter del oficial al mando de la 3ª Compañía del Batallón, por su gran humanidad, no siempre virtud en otros mandos. Los que fuimos tropa en el Sáhara, sabemos de las penalidades que se podían pasar en el desierto, sin olvidarnos de las endémicas carencias del ejército español colonial, enormes en el 1958 en comparación con el mucho mejor equipamiento de los legionarios franceses de aquella época, con los que convivieron brevemente. Por ello, el estar a las órdenes de mandos como este capitán, era siempre un pequeño consuelo para el sufrido soldado. En el 1974 tuvimos en la 2ª Compañía de Cabrerizas al Capitán Manuel García de Carellán, estupendo oficial que comparo a José María del Campo. Ambos mandos eran queridos por la tropa, consiguiendo, además de gran aprecio, la obediencia ciega. Hago un inciso en que, lo más importante para que un mando consiga autoridad entre sus subordinados, es el respeto. El mal trato (autoritarismo gratuito), normalizado en superiores atrabiliarios, consigue lo contrario, quizás temor, pero no respeto. Una muestra del aprecio que teníamos a nuestro antiguo capitán, es que, en el año 2014, un grupo de veteranos de Cabrerizas aprovechamos el IX Encuentro Nacional de Veteranos del Sáhara, celebrado en esa ocasión en Zaragoza, para reunirnos por unas horas con el que durante unos meses fue nuestro capitán en la segunda compañía de Cabrerizas en el 1974: Don Manuel García de Carellán y Vázquez. Gracias a la iniciativa

telefónica de nuestro compañero Manuel Borrego Rodríguez, el ya coronel retirado, se presentó en el hotel junto con su esposa para tomar un café y charlar con nosotros. Fue un encuentro emocionante y entrañable para todos, donde “nuestro CAPITÁN” llegó a derramar alguna lágrima al percibir tales muestras de aprecio por nuestra parte. Lamentablemente, el “Gran Capitán” falleció siete meses después por su dolencia coronaria. En mi servicio militar conocí a mandos, más o menos dignos, y a otros que se ganaron nuestra antipatía por su grado de maltrato psíquico e, incluso, a veces físico. El Capitán Carellán quedó en mi recuerdo en la más alta consideración como militar y como persona. Sirvan estas líneas como homenaje a tan buen profesional.

Antes de entrar en las consideraciones, comentarios y anécdotas nuestras, pido disculpas a los que en épocas anteriores tuvieron una mili mucho más dura y, qué decir de los que incluso tuvieron que luchar en el frente, sea en la campaña del norte de África o en la Guerra Civil Española (aquello sí fue realmente duro), aunque de todos ellos ya apenas quede nadie para leer este relato. Lo nuestro ya sólo fue mili, aunque, a partir del 1974, en momentos muy tensos con las acciones del Frente Polisario y las amenazas de Marruecos.

En nuestra mente, el paso de los años van potenciando los recuerdos agradables y suavizando los desagradables. En los relatos de mis compañeros he percibido que ello es cierto, en unos caso más que en otros, lo cual no hace engañosa la narración, pero sí la puede dulcificar, escondiendo involuntariamente dosis de sordidez. Yo mismo he tenido que escarbar en el fondo de mis recuerdos para reencontrarme con sensaciones de entonces. Con ello, quiero dar a entender el trato “ecuánime” en los relatos para con los mandos, que, si bien los hubo de muy correctos, otros fueron, sencillamente, atrabiliarios.

## **1964**

### **DE HAUSA A CABEZA DE PLAYA**

Después de la campaña en el sur del Territorio, parece ser que el Batallón fue trasladado al puesto avanzado de Hausa, en el norte. No he podido recabar fechas exactas. En su nuevo destino, el Batallón fue mayormente de corrigendos, siendo los castigados utilizados para trabajos por el Territorio, incluyendo la construcción de asfaltado de pistas.

Según crónicas, más o menos creíbles, durante la estancia en Hausa, destacamento a unos 300 km. de El Aaiún, existieron intentos de fuga por parte de algunos corrigendos. No dispongo de datos oficiales que así lo corrobore, pero el mentidero afirmaba que llegaron a encontrarse varios cadáveres de fugados en avanzado estado de descomposición o semi devorados por chacales o buitres. Fuese cierto o no, sí que constan intentos de fuga que, por falta de agua o víveres, no llegaron a buen término, pereciendo en su intento los “escapados”. Generalmente salían en su búsqueda patrullas de la Policía Territorial, Tropas Nómadas y la Legión.

En Noviembre del 1964, el Batallón abandona Hausa y es destinado a Cabeza de Playa, haciéndose la Legión cargo de la mayoría de corrigendos. Unos pocos con castigos menores, fueron con los cabrerizos de reemplazo al nuevo “cuartel” (todavía inexistente) en Cabeza de Playa, junto a la Cía. de Mar. Entonces eran tan solo unos 50 hombres, según la información del compañero José Antonio Trapero Ramos, cabrerizo por aquella fecha. Provisionalmente se instalaron en unos catenáricos (naves coloniales rectangulares de no muy grandes dimensiones con el techo curvo) de la Compañía de Mar. Al parecer, fueron los propios soldados los que iniciaron la construcción del cuartel, que fue adosado lateralmente al de la Cía. de Mar. Esta construcción es la que conocí cuando llegué en el 1973. La percepción que entonces tuve, es que el

cuartel debía tener muchos años, sin embargo apenas tenía ocho de antigüedad. Los cabrerizos de mi quinta (1973), que en buena parte, junto a los del 1972, fueron los que construyeron el que sería inaugurado en el 1974 (oficialmente lo fue a finales del 1973, pero no se ocupó hasta abril del 74), lo nombrábamos como “el viejo cuartel”. No era extraño, pues con unas torres almenadas en las equinas, imitando el estilo de un fuerte colonial en el desierto, con blancas paredes, tenía una construcción muy sencilla, pero atractiva en el entorno arenoso. Sin embargo, fue insuficiente para contener a una guarnición de quinientos soldados, número incluso superado ligeramente a partir de Junio del 1973. Si bien, hasta entonces, la guarnición se había mantenido entre los cien y los ciento cincuenta hombres, número ideal para residir sin aprietos en el cuartel, pero insuficiente para ser un batallón táctico.

Volviendo al 1964, el reducido número de cabrerizos que componían el “Batallón”, al llegar a Cabeza de Playa se encontraron con que todavía no existía cuartel para ellos, pero sí una serie de fortines con casamatas defensivas (bunker en inglés) en su base, que iban desde el BIR hasta pasada la planta de combustible de Atlas; eran un total de seis y cubrían un frente de unos tres a cuatro kilómetros. En Cabeza de Playa había una Compañía de la Legión que se hacía cargo de la vigilancia de la Planta de combustible de Atlas y de los seis fortines. A partir de marzo del 1965, fue el “Batallón” (entrecomillo lo de «Batallón» porque una fuerza de poco más de cien hombres, no alcanzaba ni la categoría de Compañía) el que se hizo cargo de los fortines y el destacamento de Atlas, relevando al Tercio en esa función. Hasta entonces, la compañía de legionarios estaba instalada en dos barracones junto a la Compañía de Mar.

**José Antonio Trapero Ramos:** convivió mucho en estos fortines, cuya dotación era de una escuadra. Cabe destacar que si bien una escuadra es de cuatro soldados más el cabo, en el Sáhara, por haber habitualmente menor tropa que en la Península, los soldados eran tres nada más, pero en las guardias normalmente se formaban con cuatro. La permanencia en los fortines era de una semana entera, hasta ser relevado por otros compañeros. Por las noches iba otra escuadra de refuerzo que, además, les llevaba la cena.



Trapero es el único compañero de los que llegaron a Cabrerizas en el 1964, que me ha facilitado información de los recuerdos que todavía mantiene de su estancia allí.

En estos inicios de Cabrerizas en Cabeza de Playa, las carencias eran muy acusadas, ya no tan solo porque utilizaban unas especies de gallineros como dormitorios (los catenárnicos), sin aseos y dependiendo de la cocina del BIR, situado a más de un kilómetro, al que tenían que desplazarse a recoger el rancho, sino por el deficiente y limitado armamento disponible. El fusil Mauser del José Antonio Trapero no

funcionaba (era con el que hacía las guardias) y, cuando tenían que ir a hacer prácticas de tiro, algún compañero de turno le prestaba el suyo. Las casamatas de los fortines que ocupaban los cabrerizos como puestos de vigilancia, estaban diseñadas para el emplazamiento de ametralladoras, arma que jamás tuvieron a su disposición. Por suerte, no se esperaba un ataque a través del mar, que era la orientación en que estaban dispuestos defensivamente los fortines. Había también uno junto a la “Duna Madre”, que decían que era en el que estaba el polvorín, el cual estaba amenazado de ser engullido por la enorme duna, el cual también pasó a ser responsabilidad de los cabrerizos.

## 1965

En el 1965, la tropa cabreriza se dedicó a la construcción del cuartel del Batallón al lado de la Compañía de Mar. Durante este año, la dotación del Batallón fue aumentando tímidamente hasta alcanzar el centenar y medio de soldados. Los que conocemos cuál es la estructura táctica de un batallón, sabemos que con cien o ciento cincuenta soldados no existe un batallón táctico, pues una compañía está formada, por lo menos, por el doble de tropa y, lo normal, es que un batallón lo formen tres compañías o más. Pero en estos inicios de la presencia de Cabrerizas en Cabeza de Playa, la única función de armas de los cabrerizos era la de la vigilancia en los fortines y la de la Planta de Atlas, la cual debían compaginar con la de obras, dedicando buena parte del tiempo a la construcción, no sólo del cuartel de Cabrerizas, sino también colaborando en la construcción de los barracones del incipiente BIR (campamento de instrucción de reclutas), y de otras obras en el mismo.

En este año, José Antonio Trapero tuvo varios destinos. A pesar de que estaba destinado a Cabrerizas (entonces se salía de la Península ya destinado al cuerpo al que se incorporarían después de Jurar Bandera), estuvo también en otros cuarteles, incluso durante un tiempo fue instructor de reclutas en el campamento que, hasta aquel entonces, todavía no se le había nombrado como BIR-I (Batallón de Instrucción de Reclutas nº 1).

En el 1965, el campamento de instrucción apenas llegaba a cuatrocientos reclutas, y los auxiliares o instructores provenían de los diferentes cuerpos. En los siguientes años fue aumentando el número de destinados al Sáhara y, por tanto, el BIR fue creciendo hasta cerca de mil quinientos reclutas por reemplazo trimestral, con un total de seis mil al año. Pero en el 1964, la tropa destinada al Sáhara era muy inferior a la que conocí a mi llegada en abril del 1973.

En los inicios de su ubicación en Cabeza de Playa, la tropa cabreriza estaba permanentemente ocupada, alternando sus servicios de armas con el de obras. Como si de una tradición se tratase, desde los años en que era un batallón de corrigendos, los soldados de leva eran empleados en trabajos de construcción, bien en la edificación de su propio cuartel, bien en la de los barracones del BIR, tal como ya antes he comentado. Los pilares de piedra de la entrada del campamento los construyeron los cabrerizos. Veremos que la tradición proseguiría en años venideros, y en qué intensidad, pero esto ya lo iremos tratando más adelante.

El 7 de noviembre del 1965, después de dieciséis meses de servicio, José Antonio Trapero Ramos se licenció, despidiéndose del Sáhara. Había experimentado muchas anécdotas y vivencias. Entre ellas podemos destacar el duro trato de los mandos, especialmente los de la Legión, que muy a menudo tenían con la tropa. De esta circunstancia todos tenemos experiencia, pero contra más retrocedemos en el tiempo, parece ser que más despótico era. No hay que olvidar que si el simple soldado o cabo tenía su dosis de amargura por estar lejos de casa y sometido a trabajos y disciplina férrea, soportando despotismo de mandos atrabiliarios; estos, a veces, al estar desplazados en el Sáhara lejos de su familia, volcaban en ocasiones su frustración a nosotros, suponiendo una dosis suplementaria a la propia disciplina a soportar. No siempre era así, pero ocurría con demasiada frecuencia. Era aquello de la “formación espartana”.

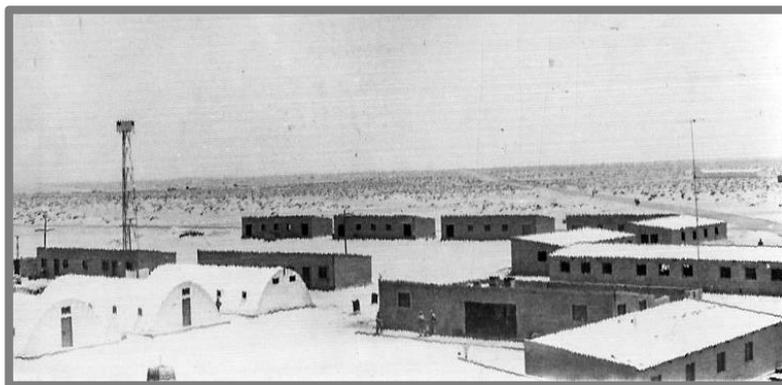
Trapero me comentó la “incidencia” que hubo entre un capitán y el páter, pues aquel, seguramente afectado por más ingesta de la cuenta, sumado el celibato involuntario que suponía estar aislado en el desierto, intentó intimar con el religioso.

Ya por el 1964, en el todavía reducido campamento de reclutas, se hablaba de “la Hanna”, una nativa que el mentidero afirmaba que ofrecía “favores”, rumor que también se oía años después, en el 1973, pero no he conocido a nadie que afirmase haberlos obtenido de ella. En cualquier caso, transcribo lo comentado por José Antonio Trapero:

*«La Hanna merece un capítulo aparte. A finales de julio del 64 empezamos a oír que por los alrededores del campamento había una nativa que hacía favores. El morbo y los 22 años nos motivaron a ir para ver cómo era. Resultó ser la Hanna que ya conocíamos de verla por los alrededores buscando en las basuras. Siempre iba acompañada de otra nativa mucho mayor y más oscura. La vieja era muda y siempre llevaban un burro. A pesar del bromuro que decían que ponían a la tropa en las comidas, algún salido le hacía proposiciones, pero ella siempre decía lo mismo: «Yo sólo con teniente». Nunca vi al oficial con la saharauí, pero cuando nos oía hablar de ella, siempre la defendía y nos decía: «Tendríaís que conocer su historia». La estuve viendo casi todo el tiempo por los alrededores del campamento y por Cabeza de Playa; nunca la vi ni con nativos ni con soldados. Entre la tropa también había algún fantasma que hablaba más de la cuenta».*

Según me testimonia el compañero Trapero, en el 1965 se comentaba que el Batallón dejaría de llamarse de “Cabrerizas”, pasando a depender directamente del Tercio y, por tanto, desapareciendo el histórico Batallón. Sin embargo, quienes tenían poder de decisión mantuvieron la Unidad con el mismo nombre. No obstante, siendo la guarnición de “pistolos” (2), siempre estuvo bajo el control de la Legión, recabando en el Batallón mandos del Tercio.

En la foto puede apreciarse en qué punto se encontraba la construcción de Cabrerizas al licenciarse el compañero Trapero, en Noviembre del 1965. Se aprecia lo que sería básicamente parte de los dormitorios. Todavía quedaba mucho por hacer.



Fotografía de tal cómo se encontraba de evolucionado el cuartel de Cabrerizas en los últimos meses del 1965. Entre las rectangulares edificaciones, todas ellas con tejados ondulados en pendiente, se empieza a definir lo que sería el patio de armas. Todavía quedaba mucho por hacer. Los catenárnicos (blancos) y el edificio frente al que hay tres soldados, ya es la Compañía de Mar. También puede apreciarse la carretera de El Aaiún.

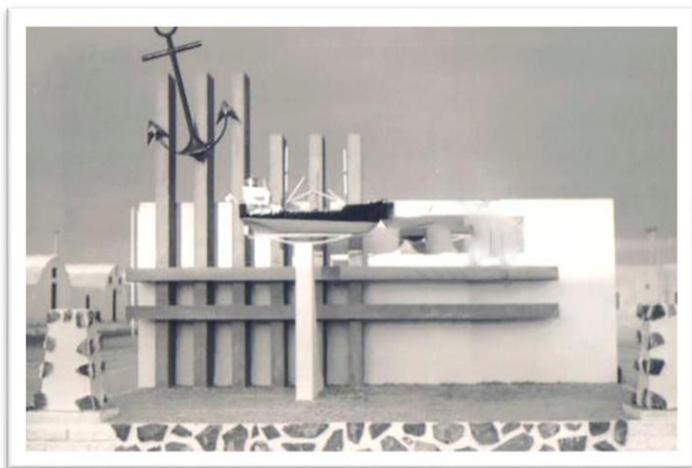
(2) “pistolo”, nombre que los cuerpos especiales, especialmente los legionarios, daban a la tropa regular (infantería, artillería, etc.), todos con uniforme color garbanzo.

## 1966

Apenas dispongo de información del 1966, pero sí sé que la labor de los cabrerizos siguió siendo la de construir su propio cuartel, alternándola con los imprescindibles servicios de armas. A finales de este año, mi amigo Joan Martínez Esquius, que pertenecía al Cuartel General en El Aaiún (también del cuerpo de infantería la tropa allí existente), estuvo varias semanas haciendo el curso de cabo. Según su testimonio, el cuartel ya estaba completado.

## 1967

De este año no hay testimonios directos con lo que haya podido contactar. Posiblemente existan anécdotas dignas de relatar, pero sin testimonios, no hay crónica que plasmar. Sin embargo, transcribo a continuación un breve relato de **Cecilio Gómez Galindo**, incluyendo anécdotas de la Cía. de Mar (tan cercana a nuestro cuartel), y de la Legión, por su valor testimonial de la época.



*«Estuve en el 66/67 destinado a un destacamento frente al cuartel de la Legión. Posteriormente fui destinado al centro de Transmisiones en Cabeza de Playa, con lo que, desde fuera, viví la cercanía del Batallón. Siempre tengo en mi mente a un soldado de Cabrerizas, mayor, que solía visitarnos. Por algún lío de papeles de su quinta, en su día se marchó de permiso, quizás indefinido. Pasaron varios años, ya mayor y con hijos, la burocracia militar*

*descubrió que le faltaban unos meses por cumplir, por lo que el Ejército decidió que debía acabar de cumplirlos, y qué mejor cosa que volver a sortearlo, (no vaya a ser que el Ejército se viese mermado por esos meses de ausencia. Que tuviese ya esposa e hijos crecidos no era obstáculo. La norma y la burocracia es implacable), tocándole el Sáhara. El Comandante del BIR no vio bien que un soldado que ya había hecho instrucción y jurado bandera se mezclase con reclutas e hiciese su misma actividad, por lo que decidió mandarlo directamente a Cabrerizas (en ocasiones hay responsables juiciosos que enmiendan las decisiones absurdas). El hombre andaba libre por Cabeza de Playa, por eso nos visitaba tan a menudo. Un día llegó casi llorando, diciendo que ya no podría marcharse cuando hubiese cumplido el tiempo que le quedaba, porque había comenzado la guerra... «¿Qué guerra?» Le preguntamos. Resultó que se refería a la “Guerra de los 6 días”. Ya lo tranquilizamos diciéndoles que eso quedaba lejos y a España no le afectaría.*

*Aunque no sean anécdotas de Cabrerizas, quiero comentar que en la Cía. de Mar había un cabo (galones rojos), que tenía a la familia con hijos ya mayores viviendo con él en un barracón. Hubo un soldado, también de la Cía. de Mar, próximo a licenciarse, al que le habían robado todo lo que había comprado en El Aaiún para su familia. En su desesperación, salía afuera por las noches y cogió una pulmonía o neumonía severa, que le ocasionó la muerte. Asistí a su funeral.*

*En el anterior destino, íbamos a la Legión a por nuestra comida; allí conocí al cocí a los cocineros. Uno de ellos, valenciano, muy buen chaval, resulta que una noche salió a una tasca y, al volver, ya había tocado silencio, por lo que se le ocurrió saltar el muro. El centinela le confundió con un asaltante, y le descerrajó todo el cargador en la barriga».*

Sobre este soldado, que años después fue obligado a reincorporarse para enmendar un error burocrático, se demuestra la absurdidad de tal medida al ver que, en el propio cuartel de Cabrerizas, le dejaron pulular libremente sin mandarle servicios, dejando pasar los días hasta su licencia definitiva. Mientras, se debía consumir de pena al estar separado de su familia cuando nada provechoso hacía en el Sáhara.

1968

Josep Tomas, del reemplazo de Enero, después de Jurar Bandera llegó al Batallón en Marzo del 1968. Me comenta alguno de sus recuerdos, especialmente la anécdota que tuvo con un teniente en su destino de la lavandería:

### RELATO DE JOSEP TOMÁS:



*«La llegada al Batallón fue normal, no hubo novatadas ni nada que se pareciera. A las pocas semanas nos dijeron que el que quisiera apuntarse a permiso que podía hacerlo, menos los que estuvieran en algún curso; yo me apunte a pesar de estar en el curso de cabo, y casualidad o no, se enteraron de mi condición, pero igualmente me concedieron el permiso oficial de cuarenta días. Al regreso del permiso, dos veteranos de Lérida (yo soy de Lérida, pero en aquella época vivía en Barcelona) me dijeron que por la tarde en la teórica pedirían un voluntario, que me presentara, que estaría en destino y rebajado de todo servicio; aquello me mosqueó un poco, pero me aseguraron que no era una novatada y, efectivamente, por la tarde vino un teniente recién llegado al Cuartel (cuando yo llegué no había ninguno) y pidió un voluntario; con dudas pero me presente, y lo primero que me preguntó que si yo entendía de ropa, le dije que trabajaba en un almacén de géneros de punto (era cierto). Me llevó al despacho del capitán, me presentó y me dijo que iban a traer una lavadora y que tendría que lavar 200 sábanas de la tropa más las de los Suboficiales, así como mantelería del chiringuito de oficiales; como tenía que lavarlas a partir de las 8 de la tarde, que era cuando daban la luz y hasta las 12 de la noche que la quitaban, estaría rebajado de todo servicio..., la mili se me presentaba bien. A los pocos días llegó la lavadora y ya me puse a lavar el mismo día. El primer sábado el capitán pasó revista de las sábanas de la tropa, me felicitó, pero me dijo a ver si podía quitar aquellas manchas, le dije que lo procuraría, pero que las manchas llevaban mucha mili en ellas. Nunca entendí por qué tenía que lavar 200 sábanas diarias, si en el cuartel en aquella época éramos entre cien y ciento treinta soldados. Como las entregaba al furriel, me imagino que el destino debía de ser para otro cuartel, sospeché que iban al BIR, pero no intenté averiguarlo, yo estaba en la gloria y mejor no averiguar nada, sencillamente cumplir lo que me dijeron, lavar doscientas sábanas diarias. El tendedero lo tenía entre nuestro cuartel y el de la Cía. de Mar, en un rincón que había a extramuros. Un día le dije al capitán si se podía cerrar dicho rincón, pues me tenía que pasar el día vigilando que no “volara” ninguna sábana, bien fuese a causa del viento, o por alguna voluntad humana ¡Sorpresa! A la mañana siguiente ya estaban haciendo un muro con su puerta y cerradura. Ahora ya mi escaqueo diurno lo tenía asegurado, me pasaba los días como los lagartos, tumbado al sol.*

*Un día llegó de la Península otro Teniente; el mismo día de su llegada me manda llamar a través del cabo de guardia, una vez en su habitación me señala dos barreños enormes llenos de ropa sucia, me dice que me los lleve y le traiga la ropa limpia, por un momento dude, pero al final le dije que no, que tenía órdenes del capitán de lavar solo sábanas de la tropa; contestación suya: ¡Pues por mis cojones que me vas a lavar la ropa al igual que haces con el sargento “Pérez”. Para mi pesar, se había enterado que lavaba la de aquel sargento. Ahí termino nuestra conversación. Al sargento se la lavaba porque sucedió que el primer vino y me dijo: «Mira chaval, yo llevo a lavar la ropa a El Aaiún, me cuesta cuatrocientas*

*pesetas, yo te doy doscientas y todos contentos. Sin duda, era un muy buen trato para mí. Pero ahora se me presentaba un problema, se lo tenía que comunicar al capitán y, lógicamente, sin omitir nada. Me llené de valor y fui a su despacho, como siempre me recibió muy cortés. «Dime chaval, qué pasa», entonces yo empecé a contarle que lavaba la ropa del Sargento “Pérez”, adornándolo un poco por aquello de que el suboficial era soltero y etc. etc... «No pasa nada chaval —me respondió el capitán para mi asombro y tranquilidad—, pero a nadie más, porque si me entero estarás arrestado hasta que te licencies».*

*Sin duda, salí bien parado del aprieto. Pasaron los días y el teniente como si no estuviera, pero una noche, mientras lavaba en mi particular turno, aprovechando la existencia de fluido eléctrico, se me presenta el teniente pistola en mano, diciéndome que me iba a pegar dos tiros. Detecté que estaba afectado por una importante carga ética y temí que cumpliera su promesa. La verdad es que inmediatamente quedé acongojado, sin saber si la pistola estaba realmente cargada y si mi carrera de lavandero estaba a punto de llegar a su fin. Pero prontamente llegó la guardia y se lo llevo con dificultades, porque apenas podía andar, dado su lastimoso estado.*

*Un día el capitán se fue de permiso, con lo que, sin mi “protector”, quedaba a merced del resentido teniente. A partir de entonces, el teniente se encargó que el furriel me nombrase servicios, especialmente imaginarias y refuerzos.*

*Lo peor de todos fue una noche en el destacamento de Atlas. Par mí, que apenas estaba acostumbrado a los servicios de armas, gracias a mi afortunado servicio de lavandero, el puesto de centinela en la planta de Atlas fue como el túnel del terror: ruidos, sombras y, sobre todo, la traicionera imaginación, en un recinto virtual, porque allí no había vallas ni muros, y cualquier atacante podía sorprenderte por cualquier punto, lo que me produjo un malestar tremendo. Hasta entonces, algún compañero me había hablado de lo procelosas que eran las noches en Atlas y, para mi pesar, pude comprobarlo.*

*En enero regresó el capitán y lo primero que hizo fue pasar revista de sábanas, cuarenta días sin cambiarlas, os podéis imaginar cómo estaban. El oficial entró en cólera y me mandó llamar para pedirme explicaciones. Mi respuesta fue clara, aduciendo la causa de los continuos servicios que me nombraban, lo que retrasaba el lavado del ajuar. Aclarando el furriel que nombraba los servicios porque se lo mandaba el teniente. Desde aquel momento volví a estar rebajado de todo servicio y volviendo a lidiar únicamente con mi rutinaria y tranquila actividad de lavandero. Aquella misma noche, en la retreta, en la que yo no formaba por estar lavando aprovechando el horario del generador eléctrico, se leyó el parte del arresto del teniente a cuarto de banderas. Ya no volvía a tener problemas con este oficial, pero siempre temí que apareciera un día en mi lavandería pistola en mano y con unas copas de más. Debo reconocer que, con estas anécdotas y todo, fui un privilegiado en Cabrerizas».*

En el relato del compañero Josep Tomás, se puede extraer que en el Batallón, si se tenía la fortuna de acabar en un buen destino, no era tan duro ser “cabrerizo”. También, por toda la información que he podido conseguir, hubo años en que la vida en el cuartel era más relajada, a diferencia de otros, en que la disciplina o los trabajos, o ambos simultáneamente, como iremos viendo, podían endurecer mucho la estancia en Cabrerizas.

## **1969-70-71**

Lamentablemente, de estos tres años no hay información testimonial. Parece ser que los que estuvieron en ese periodo, o no usan internet, o “están escondidos detrás de la duna”. Sin embargo, no es difícil adivinar que fueron tres años sin especiales cambios en el día a día del Batallón, limitándose a los rutinarios servicios de protección de la planta de Atlas, de guardias del propio cuartel, del auto mantenimiento de este y, supongo, que algunas que otras obras para no perder la costumbre.

## 1972

De este año he podido recopilar algunas anécdotas de compañeros. En la evolución interna del Batallón, los cambios iban lentos y la guarnición apenas crecía, manteniéndose alrededor de los doscientos soldados, como mucho.

A mediados de enero llegó el nuevo sanitario: **Jordi Mas Cereza**. Después de la Jura de Bandera, estuvo un mes en El Aaiún efectuando el cursillo de su especialidad, coloquialmente nombrada por algunos como “técnico matasanos”. Se encontró con un cuartel en el que había, incluso, un fútbol y pista de tenis (aprovechamiento del suelo del patio de armas en el que instalaron una red). Cuando yo llegué en junio del año siguiente, no había ya rastro de ninguno de ambos elementos de entretenimiento. Tampoco lo había de la sala de cine existente al lado del botiquín, la cual desapareció en el 1973 para dar cabida a la importante llegada de tropa que se preveía, convirtiéndose en dormitorio. Parte de mi estancia la pasé en lo que otrora había sido la pequeña sala de cine.

Por aquellos días corría un rumor: ¡faltaba un soldado! Pero no se sabía cómo esto era posible, hasta que un día de febrero el misterio quedó aclarado: Jordi Mas debió inyectar una vacuna a un recién llegado, al cual no se la habían puesto en el BIR, pues la instrucción la efectuó en *Sant Climent de Sescebes*, campamento cercano a *Figueres* (Girona). Por un error burocrático, en lugar de enviarlo al Sáhara, se quedó en el citado campamento y, después, destinado cerca de su casa, en la provincia de Barcelona, pero la



prometedora mili, con la posibilidad de frecuentes permisos de fin de semana por la cercanía de su domicilio, se fue súbitamente al traste, porque a los quince días le avisaron de que realmente estaba destinado al Batallón de Cabrerizas, en el Sáhara. Al parecer había una dualidad de fechas en cuanto su nacimiento y, quizás, el recluta fue “subdividido” en dos partes: la que a él le habían indicado como buena, y la que, de momento, quedó olvidada en algún expediente; pero por aquello de las casualidades de la vida, era la “buena” que, por otra parte, no lo era tanto para Miquel Puig Safont, que este era el nombre del “perdido”, al cual se le truncó lo que iba a ser una apacible mili cerca de casa. De todas formas, según me comenta Jordi Mas, el soldado Puig se lo tomó con mucha filosofía, dispuesto a ir donde le enviaran, por lo que, con el petate al hombro, hizo en solitario un largo viaje por tierra, mar y aire hasta Cabrerizas: Tren “borreguero” desde Barcelona a Cádiz, de allí en barco hasta

Las Palmas de Gran Canaria, y después, en avión comercial hasta El Aaiún, donde subió a un camión que lo llevó hasta el cuartel. Tardó un total de quince días, conociendo los diferentes tipos de transporte del siglo XX, aunque quizás no con los más modernos existentes. Si en el inicio el soldado Puig se había librado de casi cuatro meses de permanencia en el Sáhara, más tarde se libraría varias semanas, pues cogió una infección en el dedo gordo del pie, que lo llevó al hospital militar de Las Palmas. Mes y medio después, entró al Batallón por su propio pie, alegre y campechano como siempre, sin inquietarse por el siguiente destino que le pudiese deparar aquella accidentada mili. Al parecer, ya no hubo más sobresaltos dignos de comentar.

Jordi Mas Cereza publicó en el 2017 un relato titulado “Un año en el Sáhara”, donde hace un repaso de su llegada y permanencia en el Batallón.



Según la información del compañero **Manuel Ojeda de los Santos**, fue en septiembre del año 1972, cuando se iniciaron las obras del nuevo cuartel del Batallón, donde, como si se tratasen de penados obligados a trabajar, la tropa de reemplazo trabajaba la jornada entera de ocho horas, a cambio de bocadillo y tabaco, sin cobrar salario alguno, aparte de “las sobras” que todo soldado del ejército español cobraba que, como ya sabemos, era poco más que una gratificación simbólica. La ubicación del nuevo cuartel era entre la planta de combustibles de Atlas y la cinta de Fosbucraa. Durante su construcción, el destino que constaba para los soldados-trabajadores, era el de “La Cinta”. Estas obras durarían aproximadamente unos quince meses, aunque la ocupación efectiva tardaría unos cuatro meses más. Manuel Ojeda fue uno de los que iniciaron la construcción, estando tres meses en las obras, hasta que, felizmente, marchó licenciado.



El compañero **Manuel Ángel Furió Perpiñá** también estuvo en el año 1972. Tuvo la experiencia de que el sargento encargado de pagar los giros recibidos de la Península, se quedaba con parte del dinero que le enviaba la familia. Al parecer era una actividad habitual de ese suboficial, que duró hasta que se descubrió la estafa, en parte, gracias a la queja de Furió. Jordi Mas, Manuel Furió y Manuel Ojeda, coincidieron en el tiempo en el Batallón.

## 1973

Este año es el de la configuración del Batallón como táctico, por lo menos teóricamente, en vistas a su futura misión: la de proteger las instalaciones de Fosbucraa, la empresa minera de extracción de fosfatos.

Progresivamente, desde el 1964, Cabrerizas había ido creciendo en número de hombres, aunque siempre muy alejados de la dotación necesaria para que fuese operativo como batallón. No es hasta la llegada a finales de junio del 73 que se nutre con unos trescientos soldados correspondientes al reemplazo de abril, que han sido destinados a Cabrerizas. Los recién llegados son en número, muy superiores a los veteranos existentes. A partir de entonces, la vida en Cabrerizas cambiaba, pasando a ser un cuartel con instalaciones insuficientes, quedando colapsado. Sin embargo, con más de quinientos almas tras sus muros, la “operatividad” del Batallón iba a seguir siendo la misma durante muchos meses. La culpa de ello la tenía la construcción del nuevo cuartel de Cabrerizas, donde, como ya he comentado anteriormente, la mano de obra era eminentemente militar. La tradición de trabajos que sufrían normalmente los corrigendos, la seguían asumiendo los cabrerizos, pero ahora estos eran todos de leva, no eran castigados por haber cometido faltas graves y solamente estaban cumpliendo su servicio militar. No todos pasaban por la tesitura de ser obligados a trabajar como si de corrigendos se tratase, pero sí una



porcentaje muy importante. Hay opiniones de que aquello era cumplir con la consigna de «todo por la Patria», pero no debería ser la actividad de un soldado.

Yo tuve la suerte de no ir destinado a las obras de nuevo cuartel, quizás por mi condición de «presunto cabo», o por haber puesto en mi profesión: «administrativo». No fui ni mucho menos de los más mal parados, incluso, en comparación con otros, tuve ventajas, pero la simple estancia en Cabrerizas, ya era antónimo de «chollo».

En este punto, creo interesante incluir el relato directo del compañero Alejandro Rodríguez Tresp, del reemplazo de enero del 1973, pues fue uno de los que trabajaron en las obras del nuevo cuartel y el que me ha proporcionado mayor información de la obra.

### **RELATO DE ALEJANDRO RODRÍGUEZ TRESP:**

*«Corrían los primeros días de abril del año 1973... Después de cumplir el campamento en el BIR-Nº 1, voy destinado al acuartelamiento del Batallón de Cabrerizas nº 1 de Cabeza de Playa. Este es mi destino tras intentar evitarlo por todos los medios posibles, pues en el campamento corría la voz entre los auxiliares veteranos, que ese destino no era de los mejores. En realidad, no se atrevían a decir que era el peor posible en aquellos momentos, cosa que no tardaríamos en comprobar los que allí recabamos, sobre todo los que fuimos destinados a las obras del nuevo acuartelamiento en construcción que, quitando los de servicios del Batallón, fuimos todos. Se libraron cocineros, sanitarios, oficinistas y los suboficiales.*

*Primer día en el Batallón:*



*Nos instalamos en la compañía, en litera de tres alturas con el petate como único armario posible junto a las camas que, a su vez, estaban separadas unos 70 cm. unas de otras, lo que obligaba a tener los petates en el frente de la litera, en el pasillo, que a su vez quedaba muy reducido por las dos líneas de petates de las dos líneas paralelas de literas que conformaban el mismo. Al toque de diana, sin apenas tiempo, había que hacer verdaderos malabarismos para movernos todos a la vez, unos por encima de los otros. Los del tercer piso tenían que vestirse tumbados sobre la cama, pues la cercanía del techo no les dejaba incorporarse, mientras esperaban a que salieran los de abajo porque no se cabía. Era inevitable que se generaran tensiones que al final quedaban en nada porque todos estábamos igual de jodidos. Ese día nos dijeron las normas, nos enseñaron el batallón y llegó la noche. Tras la retreta (pasar lista a todos) un cabo veterano llega a la compañía y pide diez voluntarios, yo estaba con unos compañeros del campamento y dijimos, «oye, que os parece si nos apuntamos, una misión de noche igual puede resultar algo divertido». Por la noche en el desierto diez soldados parecía algo de vigilancia o similar. Nos juntamos el grupo de soldados en el patio de armas, donde ya nos esperaba un camión de transporte de tropa con toldo. El cabo sube a la cabina junto al conductor y el resto subimos detrás. Nos ponemos en marcha dirección a El Aaiún. Tras un rato en movimiento, el camión para ladeándose, con una rueda en el asfalto y la otra en la arena. Se acerca el cabo y nos dice que vamos a colocar las señales de avería delante y detrás del camión, no dice que si vemos luces o resplandores nos echemos cuerpo a tierra detrás de una pequeñas lomas de arena que había a pocos metros y cuando esté todo tranquilo cargaríamos unos bidones que había junto a la carretera (eran bidones de alquitrán de 200 litros que pesaban muchísimo). Entre todos nos vimos apurados para subirlos al camión, además tuvimos que hacer algunas interrupciones por algún vehículo que pasó, pero al final cargamos, creo recordar que seis bidones, no estoy seguro, pero como tuvimos dos interrupciones,*

serían seis u ocho. Terminamos y volvimos al batallón, el camión lo debieron descargar otros al día siguiente.

Pasados unos días, vimos a unos compañeros pintando los zócalos del batallón con alquitrán y nos dimos cuenta para qué eran los bidones, y comprendimos lo que pasaba.

En el Sahara Occidental, las obras públicas pertenecían al Ejército y estaban reparando la carretera del Aaiún, nosotros nos apropiamos de esos bidones que eran de obras públicas, o sea, del Ejército. Aquello nos abrió los ojos y nos preparó para lo que viviríamos después. En los días siguientes, después de desayunar, nos montan en camiones y nos llevan al Cuartel que se estaba construyendo entre la planta de Atlas y el pantalán de Fosbucraa. Íbamos en camiones sin toldo y derechos porque éramos muchos y de otro modo no cabíamos. Llegamos a las obras y nos hacen formar como de costumbre y desde allí, el encargado de obras, teniente Lozano, también apodado “Polvorilla”, organiza los equipos de trabajo y pide novedades de los trabajos del día anterior (es así como se organiza), nos quedamos rápidamente con la copla, avisados de que hay que estar al loro, pues el teniente no perdona. Formamos a la espera del teniente, que no tarda en llegar desde el Aaiún. Al verlo ya te haces una impresión bastante acorde a lo que habíamos sentido hablar de él, rechoncho, más bajo que alto, sin cuello, cabeza grande, cara arrugada de facciones achatadas y caída sobre las clavículas, dando la sensación de que su cabeza estaba clavada en su cuerpo, arremangado, sin duda por el calor (35-40°) a pronto mañana. En su mano derecha una vara como de 1,2 m de longitud, su fiel compañera, pues la llevará siempre con él, para apoyarse..., podría ser, pero cuando vi aquella vara enseguida supe que no era para eso, me recordó a mi maestro cuando era niño, concretamente a la regla con la que nos sacudía cuando fallabas en algo según su criterio. Así que estaba claro y no tardaríamos en saber su utilidad.

Estando formados y aprovechando que éramos nuevos, pidió albañiles, fontaneros y encofradores, a lo cual alguno dio un paso al frente, yo me quedé quieto y ocluté que era albañil. Estaba advertido que a los albañiles los llevaba de culo, o sea, les amargaba la vida, así que me callé. Se repartieron los destinos y a mí me mandan con un canario que estaba montando cerchas para la estructura de los barracones, que eran metálicos y de técnica francesa. El canario me indica lo que tengo que hacer y nos ponemos a trabajar. Las cerchas eran de 35 cm de anchas, en piezas que había que unir con tornillería, así que cuando teníamos montadas tres cerchas sobre el suelo, hacían una altura de más de un metro, por lo que el teniente no podía vigilarnos. El Canario (así le llamaba yo, y él a mí el Maño) me decía que cuando lleváramos montadas tres cerchas, después de comer, con temperaturas de 40°, como no nos vería el teniente, uno seguiría atornillando mientras vigilaba y el otro podría dormir la siesta sin peligro de ser descubierto. Como el Canario era el veterano, perteneciente a reemplazos anteriores, él mandaba y así estuvimos muchos días observando cómo el “Polvorilla”, de vez en cuando, se encendía con los compañeros y aquella vara siempre la llevaba por delante alzada de forma amenazante acompañada de su frase fetiche «¡que te voy a pisar los huevos!»

Un buen día, de esos de mucho calor, después de comer, el Canario me dijo que siguiera montando cerchas mientras él se echaba una siesta y que le avisara si venía el teniente, pero me quedé dormido yo también con la mala suerte que el “Polvorilla” se acercó y nos encontró en un plácido sueño, el cabreo fue monumental mientras la vara bailaba a derecha e izquierda, de arriba a abajo, a lo que el Canario replicó

—Mi teniente, con este calor no se puede trabajar es imposible.

A lo que le contestó el teniente mirándome:

—Canario ¡¡Te voy a pisar los huevos y a ti también, mañana al pelotón de castigo!!

Todavía no me llamaba Maño, llevaba menos tiempo y aún no se había quedado conmigo, aunque no tardaría. Cuando se fue, le pregunté al Canario que era eso del pelotón de castigo y, por la cara que puso, vi que estábamos en buen aprieto. Me dijo, Maño estamos jodidos, nos va a putear y mucho y a continuación me echó la bronca por haberme dormido, añadiendo que él pronto se iba a licenciar pero yo me quedaba y ya me había fichado el “Polvorilla”... «Que no te pase nada». Me acojonó.

*Terminamos la tarde, subimos al camión y nos fuimos al Batallón, me duché como todos los días que se podía, con un cubo de agua que teníamos cada uno, cenamos, la retreta y a dormir el que pudiera, yo no. Al día siguiente, diana, desayuno y al camión que nos trasladaba a las obras del cuartel, formamos como todos los días y el teniente nos envía al Canario y a mí al pelotón de castigo, ocupando nuestro puesto de las cerchas otros dos compañeros. A medida que nos íbamos acercando al “nuevo destino”, ya me percaté de qué se trata: veo a unos compañeros paleando hormigón a una altura de 1,5 metro, en los zócalos de los barracones y dos “Dumper” trayendo hormigón de la hormigonera automática, que en aquellos tiempos era muy avanzada por la cantidad de hormigón que amasaba. El día se hizo muy largo, además, el teniente “Polvorilla” se plantó allí apoyado en la vara y dispuesto a lo suyo. Al día siguiente lo mismo, a mí me daba pena el Canario porque él jamás había cogido una pala, era menudo y pequeño de tamaño, se veía que estaba sufriendo. Yo, por mi oficio, estaba más acostumbrado y más en aquella época que estaba poco mecanizada la construcción.*

*El tercer día, al formarnos el teniente por la mañana, di un paso al frente y le pregunté:*

*—Mi Teniente ¿usted no buscaba albañiles?*

*—Sí, ¿por qué me lo dices?*

*—Porque yo soy albañil.*

*—Y ¿por qué no me lo has dicho antes? ¡¡Te voy a pisar los huevos!!*

*—Mi teniente, usted no me lo ha preguntado.*

*—¿No me engañas?*

*—No mi Teniente, es mi profesión.*

*Así conseguí librarme del Pelotón de Castigo.*

*Al día siguiente, al formarnos por la mañana, el teniente aún dudaba de que le hubiese dicho la verdad, se acercó y me volvió a preguntar si realmente era albañil...*

*—Ahora lo veremos, vas a hacer la barra del bar de oficiales y las cámaras frigoríficas y, como no sea verdad, te voy a pisar los huevos e irás al calabozo.*

*Comencé en el barracón de oficiales, que era el que más avanzado estaba, con la tarea que me había encomendado el teniente, allí sucedería otro episodio que haría cambiar algunas cosas, unas para bien y otras para mal.*

*Desde que llegamos al Batallón de Cabrerizas se comentaba entre los veteranos un “run run”, en cuanto a un accidente que meses antes había ocurrido en las obras. Comentaban que, haciendo las zanjas de los cimientos, en roca viva y a base de barrenos, cuando se perforaba para las pegas explosivas, el teniente no se aseguró de que alguien controlara la cantidad de pegas o explosivos que se ponían, lo que era realmente muy peligroso, se decía que uno de los grupos, formados por tres soldados, encargados de limpiar y sacar la piedra movida por los barrenos, alcanzó con el martillo neumático un fulminante de uno de los explosivos que no había detonado, lo que les hizo saltar por los aires quedando heridos de gravedad. Fueron evacuados, se supone, al hospital de El Aaiún y a Canarias, o Península después. Este hecho tuvo un impacto tremendo entre los compañeros y dejó tocados a muchos de ellos. Después de este accidente comenzaron a controlar las explosiones y vigilar la cantidad de explosivo que se ponía y de que todas las cargas explotasen, para detectar que no quedase ninguna sin hacerlo. Pasado un tiempo se supo que uno de los heridos había muerto, otro había quedado inválido y el tercero perdió un ojo y quedó desfigurado. Este accidente que comentaban los veteranos había sucedido unas semanas antes de llegar yo a este destino, es decir, sobre enero o febrero del año 1973.*

*El ambiente que había en las obras era de temor y algunos de rabia contenida contra el teniente (Lozano o “Polvorilla”). Había chavales que sufrían mucho porque, vete a saber el motivo, el teniente les tenía manía y los llevaba a degüello.*



*Iban pasando los días y las semanas, yo estaba en mi nuevo trabajo de albañilería en las barras de los bares y cámara frigoríficas. Un día, a media mañana, sentí al teniente gritar en el barracón, a media distancia entre la entrada y mi puesto de trabajo, algo le pasaba con los soladores de terrazo y un compañero albañil también gritaba (un tal Castañeda). La algarada llamó mi atención, aunque yo y mis ayudantes estábamos lejos por lo largos que eran los barracones, prestamos atención a lo que pasaba y de repente Castañeda cogió una pala y la levantó con fuerza para golpear al teniente en la cabeza, al mismo tiempo otro compañero reaccionó y consiguió agarrar la pala cuando ya descendía hacia la cabeza del oficial. Supe al instante que aquello iba a traernos muchos problemas y la reacción del “Polvorilla” no se hizo esperar. Rápidamente nos pidió a todos los que trabajábamos en ese barracón que hiciéramos de testigos y firmáramos lo que había sucedido, tanto mis compañeros como yo dijimos que no habíamos visto nada, que sí habíamos sentido el jaleo, pero que no habíamos visto el intento de agresión que decía el teniente, por lo que no podíamos firmar tal cosa. Los demás también se negaron, incluido el cabo de obras que se encontraba por allí. Así las cosas, comenzaron las amenazas y persecución para conseguir su fin, pero no lo consiguió. Yo, por mi parte, al verme acorralado, opté por viajar a El Aaiún a hablar con un teniente de la policía territorial que era de Barbastro (mi pueblo) y, por mediación de las familias me había ofrecido ayuda si alguna vez la necesitaba. Este teniente tenía a su cargo la distribución de la intendencia por todo el territorio del Sáhara, yo nunca quise molestarlo pero ahora era necesario por la gravedad de la situación. Sentado en el salón de su casa, y ya advertido del motivo de la reunión por otro Barbastrense amigo mío (Santiago Cosculluela), que servía en la Territorial de El Aaiún), el teniente Biader, al que le hice llegar mis preocupaciones y le conté lo sucedido, incluido el nombre del teniente encargado de las obras. La respuesta que me dio me causó sorpresa y alivio a partes iguales, pues el teniente Lozano resultó ser su vecino y amigo. No podía creer que mi suerte cambiara tan repentinamente, su señora estaba preparando la mesa, pues pasaba del mediodía, y tras poner dos platos más para mi amigo Santiago, que me acompañaba, y para mí, nos invitó a comer para poder tratar el tema con más calma. También nos dijo que, si nos apetecía, que nos quitáramos las botas pues no se explicaba cómo podíamos aguantar con este calor (la señora se refería a mis insoportables botas de tres hebillas a media caña, pues Santiago, como era policía territorial iba con zapatos), así que le agradecí muchísimo el gesto pero no me descalcé aunque lo estaba deseando.*

*Comimos una paella, para chuparse los dedos, hablamos de muchas cosas, pasó el tiempo y me dijo Biader:*

*—Mañana iré a Cabeza de Playa, visitaré el cuartel de las obras y hablaré con Lozano, así que estate tranquilo, Alejandro, que todo se va a arreglar.*

*Tras terminar, Santiago y yo nos fuimos impresionados de las muestras de afecto de aquella familia, que yo personalmente no tenía tratada, sin embargo, sí que existía una amistad de siempre con mi familia y la de Santiago. Esto fue en domingo, que era el día en el que podíamos viajar a El Aaiún.*

*Llegado el lunes, me encontraba trabajando en las obras de las cámaras frigoríficas cuando uno de mis compañeros me aviso de que venía el teniente, pues siempre nos avisábamos entre nosotros cuando esto ocurría, por si acaso, me asomé a la puerta de la cámara frigorífica y vi al teniente Lozano —o Polvorilla— junto al teniente Biader que cogía al anterior por el hombro, se acercaban hacia mí. Al llegar, me saludo Biader de una forma informal y me preguntó:*

*—¿Cómo estás Alejandro?*

*—Bien mi teniente. — Le respondí.*

*—Lozano, a este chaval me lo cuidas como si fuera un hijo mío, tengo un compromiso con su familia de que el chaval va a estar bien, sería lamentable que le pasara algo, pues yo tendría que responder ante ellos, que son íntimos con mi familia.*

*El teniente Lozano no pudo reprimirse y levantando la vara que siempre le acompañaba me dijo: «Maño que suerte has tenido, de la que te has librado...»*

*Era cierto lo que decía, a partir de aquel momento las cosas cambiarían para mí en algunos aspectos, pero seguiría sufriendo, como todos los compañeros, las putadas del teniente Lozano, alias “Polvorilla”.*

*Poco tiempo después vivimos una experiencia sobrecogedora. En las obras nos daban a media mañana un pequeño bocadillo y una cerveza o Coca Cola, un día cambiaron la marca habitual de cerveza por otra llamada «Breda», dedujimos que el nombre venía del parecido del botellín con la granada (bomba de mano italiana llamada Breda), no se sabe de dónde las sacaron pero estaban en mal estado, casi todos la elegimos frente a la coca cola porque era lo que más apetecía debido a la calor que soportábamos. Al día siguiente empezamos a notar dolores de vientre y al otro día llegó la diarrea. Se organizó una buena pues no parábamos de ir a las letrinas que no eran otra cosa que unas dunas que había fuera del cuartel y como el cuartel era tan grande, a muchos no les daba tiempo a llegar. Éramos más de cien y aquello parecía una película de los Hermanos Marx, una centena de soldados corriendo en busca de las letrinas mientras otros volvían de las mismas, a algunos no les daba tiempo y se lo hacían por el camino mientras el cabreo del teniente aumentaba, pensando que lo que tenía en frente era una sedición general para putearlo, hasta que se dio cuenta cuando alguno de los chavales se lo hizo encima delo suyo tras haberlo retenido en su carrera hacia las dunas.*

*Habían pasado algunos días y seguían trayendo la famosa cerveza, nos llegó el chivatazo de que venía a visitar las obras el teniente coronel del Batallón de Cabrerizas. Coincidió su llegada con el reparto del bocadillo. Nos pilló a todos en dirección al Land Rover a buscar el bocadillo y, espontáneamente, todos cogimos cerveza, después, manteniendo una ordenada fila la abrimos y la vertimos al suelo bajo la atónita mirada del teniente coronel. Cuando llegamos a Cabrerizas a comer y, una vez sentados en las mesas del comedor un teniente (creo recordar que el teniente Bronchu) nos hizo un discurso intimidatorio en el que nos decía que había recibido orden de seleccionar a cuatro de nosotros para llevarlos al “castillo” (cárcel del ejército) en Tenerife porque habíamos cometido el delito de sedición, muy castigado en el ejército, nos dejó tan acojonados que ese día no comimos, pero al día siguiente ya no trajeron la dichosa cerveza. Poco a poco fuimos recuperando la normalidad en nuestro estómago y en pocos días aquello pasó, pero procurábamos no ir a las letrinas porque había un olor insoportable. Luego nos llegaron noticias de que aquella cerveza debió estar por algún motivo mucho tiempo decomisada, quizás por defectuosa, y la habían comprado a peseta unidad y si se descuidan nos matan. La actuación ante el Teniente Coronel del Batallón fue arriesgada porque nos jugamos el tipo, pero acertada.*

*Sería cerca de junio o en sus primeros días, pues estaba cerca la llegada del reemplazo de abril que había terminado el campamento después de la instrucción, una noche después de cenar pasamos la retreta y nos vamos al barracón. Tocaban silencio, pero algo se celebraba, un cumpleaños o algo parecido, porque el barracón estaba como si fuera una sala de fiestas con un tremendo jolgorio, hablando, las luces encendidas, cantando y bebiendo (algunos). Las ventanas estaban abiertas pero con las mosquiteras, que eran fijas. De repente, en medio del follón, se oye una voz fuerte y seca del otro lado de las ventanas que ordena ¡SILENCIO! Nadie se percató de dónde venía. Uno de los compañeros, con una voz que parecía un trueno, contestó dentro de la misma coña que había dentro del barracón pensando que había sido alguno de los presentes, «¡SE VA A CALLAR TU PUTA MADRE!» Tras unos segundos, entra en la compañía el Sargento, - ¡TODOS AL PATIO DE ARMAS, PERO YA, TAL Y COMO ESTÉIS!, y lo volvió a repetir con tono más grave y mala leche. Estaba muy cabreado, salimos todos como no pilló, en calzoncillos unos, en camiseta otros, alguno medio vestido, nos hizo formar en el patio y empezó una arenga de advertencia, la cual nos preparó para lo que llegaría en pocos días.*

*Nos advirtió que prontamente llegaría al cuartel de Cabrerizas otra remesa de soldados del BIR y que las condiciones que teníamos ahora iban a cambiar, que acogeríamos a todos en el mismo espacio, viviríamos amontonados y que los servicios de armas serían más frecuentes, aunque trabajáramos en las obras, anunció que las obras se tenían que terminar para noviembre. Nos echó en cara que abusáramos de la buena fe de nuestros superiores y que nos íbamos a arrepentir, a continuación nos anunció que*

también llegarían nuevos mandos, capitanes, tenientes, brigadas y sargentos, y añadió: «Algunos vienen de los paracas y ya sabéis que están acostumbrados a sacudir». ¿Le interrumpió el cabo 1º «¿Mi sargento, algunos están casi desnudos y ya sabe que por las noches hace mucho frío, da su permiso para que se vistan?». El sargento accedió, pero permitiendo que fuese por turnos de dos en dos, con lo que el proceso se alargó durante mucho tiempo, pasando buena parte de la tropa un frío tremendo. Recuerdo que yo estaba tiritando, pues me cogió en camiseta y calzoncillos y los que tenía junto a mí también. El sargento siguió explicando lo que se avecinaba durante dos horas, todos helados pues a pesar de habernos vestido el frío ya lo teníamos en el cuerpo. Ya se sabe que las noches saharianas acostumbran a ser muy frías, incluso en verano. No recuerdo el nombre del Sargento, puede que fuera Jiménez o Torres, creo que era uno que tenía mucha fama de ser un manitas con la electrónica, recuerdo su cara, pero no el nombre, de cualquier forma aquel castigo fue muy oportuno, porque nos puso en aviso, después todo sucedió tal y como él lo había contado, no había exagerado. Llegaron Capitanes, Tenientes, Brigadas y Sargentos, de los cuales, algunos se hicieron famosos entre la tropa, más por sus fechorías que por sus simpatías, así pues, quedó para siempre en nuestra memoria el Capitán Borreguero, el Teniente Beethoven (mote que se le puso porque dirigía la banda de música), un Brigada conocido porque era una esponja bebiendo, un sargento pequeñito, conocido por llevar la pistola al estilo Oeste cerca de la rodilla y dos más que llegaron de los paracas y sacudían unas hostias que acojonaban, porque apuntaban al estómago. Todo esto en el Batallón de Cabrerizas, sin contar las obras. Más adelante contaré algunas hazañas de éstos uniformados.

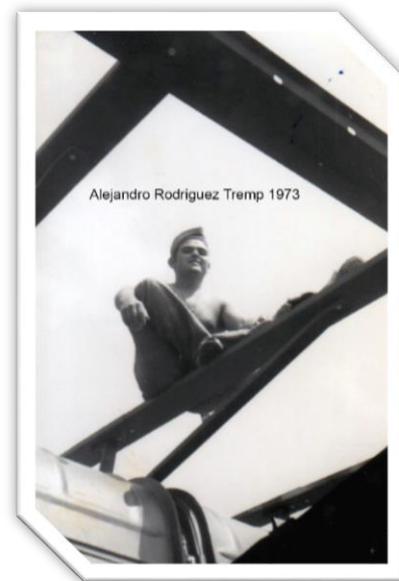
El ambiente en las obras del nuevo cuartel era tenso, había chavales que odiaban al teniente Polvorilla, otros sufrían por la presión constante que ejercía en algunos trabajos, además, cuando algún chaval no le caía bien lo marcaba de cerca, así pasó con Castañeda y algunos más. Se construían dos depósitos de agua, eran dos cilindros de 3 o 3,5 metros de diámetro por 15 metros de altura, fabricados in situ, de hormigón armado, los dos depósitos estaban separados unos 5 metros uno del otro, así que tenían la misma cimentación, anclada en roca viva. Al arrancar de la cota cero o cimientos, era necesario montar una plataforma de andamios corridos, abarcando los dos depósitos, para crear la base de trabajo de los soldados, esto se producía cada 1,5 metros que era la altura de los módulos de los andamios. Se montaba el hierro anclado en la base por las esperas y se encofraba por dentro y por fuera, como no había grúa, el hormigón se subía en calderetas de la siguiente forma:

Se ponía un chaval en cada plataforma de 1,5 metros de altura.

Otro, desde el suelo, le daba al primero el cubo lleno de hormigón.

Vaciado el cubo, otro compañero lo alcanzaba a otro en el suelo.

Así hasta que se llenaba el molde. A medida que subían las plataformas con los módulos de andamio, se necesitaban dos compañeros más en cada una, así pues, se producía un efecto noria extensible a medida que avanzaban en altura los depósitos. Estos compañeros hacían un esfuerzo inmenso, subir cubos llenos de hormigón a pulso para que lo recogiera el compañero situado por encima de ellos en la plataforma, era una cadena humana ejerciendo un esfuerzo brutal, además sufrían la presión del teniente que no les dejaba descansar. La alimentación oficial tampoco era para estos trabajos, así que cada uno se buscaba la vida para tener alimento adicional, única manera de resistir semejante esfuerzo. Pues bien, el ambiente se llegaron a escuchar comentarios de algunos partícipes que sacaban pegas en los trabajos, cuando los depósitos tenían una altura considerable, con la intención de que el teniente subiera a resolverlos, aprovechando el momento para empujarlo y provocar un “accidente”. Pero Polvorilla no



*debía fiarse, pues sabía de sobras lo puteados que llevaba a los chavales, o quizás no lo hizo por el peligro que había a semejante altura, el caso es que jamás subió. Así que los depósitos se terminaron y el Teniente, cada vez que solicitaban su presencia en la altura mandaba al cabo de obras, un joven arquitecto técnico, de modo que nunca estuvo en los andamios de los depósitos. Bien sabía él que no era lo idóneo.*

*El teniente coronel tenía en cabeza playa, junto al mar y el espolón, un restaurante con cafetería y piscina, entre otras cosas de ocio, de vez en cuando venía a las obras del nuevo cuartel con un séquito de dos o tres subordinados. Cuando llegaba, cogía al teniente Polvorilla y le decía: «Lozano, enséñame las obras, que ya sé que avanzan a buen ritmo» (bueno, le hacía la pelota y el teniente se ponía como una gallina clueca). Se lo llevaba cogido del hombro por la zona del fondo y así, mientras los chavales que habían venido con él cargaban azulejos, cemento, yeso y otros materiales, todo lo que necesitaba para las obras de su “chiringuito” (era una instalación muy grande, pero así lo llamábamos). Así pues, el Teniente Coronel arramblaba con todo lo que pillaba de modo que cuando salían aquellos vehículos de las obras casi rozaban los neumáticos con la carrocería del peso que llevaban.*

*Cerca del Batallón de Cabrerizas había una instalación llamada ATLAS (supongo que no tiene que nada ver con la planta de combustible de Atlas), era una vallada con muros y allí se guardaba todo lo que entraba en el territorio para después ser distribuido por los encargados de la intendencia. Tenían un vigilante nativo, una noche de madrugada, el vigilante se acercó al Batallón pidiendo ayuda: «A mí la guardia que me roban!!» Pues bien, era la guardia la que le estaba robando tablones de obra, se supone que en aquellos momentos los tablones sólo podían tener un destino, y quien les ordenó robarlos se comentaba que fue el teniente coronel.*

*Los domingos escuchábamos misa en la iglesia que había junto a la Compañía de Mar, y luego formábamos en el patio de armas de Cabrerizas, allí se cometía otra tropelía, nos pasaban revista del traje de bonito, pelo, patillas, botas, hebilla, etcétera, y estando todos impecables, sacaban cualquier excusa (por ejemplo, cuello mal recortado) y así castigaban siempre a 8 o 10 soldados. El castigo era fregar platos, limpiezas y cuanto hiciera falta para el chiringuito, así que los de obras pasábamos por todas las putadas habidas y por haber, trabajábamos por el día, nos ponían guardias, refuerzos, imaginarias y también estábamos en los castigos injustificados del domingo para los caprichos del teniente coronel. Seguro que al abandonar el Sáhara le indemnizaron con una fortuna por aquel restaurante que no le había costado prácticamente nada. Todas estas cosas que aguantábamos no podíamos comunicárselas a nadie por miedo, pues el correo estaba censurado y también los paquetes, en los que más de una vez faltaban cosas, las cartas muchas veces llegaban semi abiertas, se notaba su manipulación, también las que mandábamos a la Península. Querían estar seguros que no salía información de allí.*

*Otra putada era cuando terminaba el día, y si no te habían puesto ningún servicio para la noche, teníamos que cantar después de la retreta, por orden del Teniente Beethoven, el “Ardor Guerrero” hasta que hasta que a él le parecía, una hora u hora y media, nuestro cuerpo pedía descanso y aquél cántico era aborrecedor, así que, al final, todos sacaban de un modo u otro tajada de nosotros.*

*Un Brigada que siempre estaba borracho y la tenía con los etarras, decía que él sabía que había infiltrados. Era famoso porque llevaba la pistola colgando casi a la rodilla, al más puro estilo del Oeste. Un Sargento pequeñito, seguramente al límite de la talla mínima en el Ejército, que decía en la retretas que era tan pequeño porque no le dejaba crecer el peso de sus cojones, también de los dos nuevos Sargentos de los paracas, uno de ellos le dio un puñetazo a un compañero en el estómago (costumbre de los paracas), cayéndose al suelo y teniendo que ser reanimado (luego supimos que él había exagerado, como castigo al Sargento, que lo pasó muy mal; por lo que se decía, fue arrestado a la sala de banderas). Así cada día más de culo en el Batallón y en las obras del Cuartel.*

*No recuerdo bien si era en el mes de agosto o septiembre que entró de cocina el capitán Borreguero todo el mes. En los dos o tres primeros días, en las mesas, de capacidad para diez comensales, nos puso en cada plato los cubiertos y media cebolla sin apañar ni macerar, tal cual (que era importante que nos la comiéramos porque tenía mucho hierro y era muy saludable, decía), lógicamente nadie se la comió, al día*

*siguiente otra vez la cebolla en los platos, al igual que el día anterior allí se quedó, así estuvo la cebolla yendo y viniendo varios días hasta que el Capitán Borreguero se cansó y nos soltó un discurso diciéndonos que íbamos muy hartos porque recibíamos demasiados paquetes y giros y, por eso, no nos comíamos la cebolla, así que a partir de hoy se bajaría la ración hasta que nos comiéramos la dichosa cebolla. A pesar del discurso, nadie se la comió tampoco ese día. Estaba claro que el capitán estaba dispuesto a obligarnos a comerla y nosotros aceptamos el reto de rechazarla cuanto hiciera falta. Así pues, a partir de entonces la cantidad de comida empezó a menguar en las cazuelas mientras la cebolla seguía quedándose en el plato (una auténtica locura). La cuerda se tensó tanto que hasta llegaron a presentarnos de segundo plato sólo la cabeza y la cola de las pescadillas de siempre, parecidas a una trucha de 20 cm, habiendo desaparecido el cuerpo, “no necesitáis el cuerpo porque vais muy hartos” dijo el capitán burlándose de nosotros. Tampoco ese día nos comimos la cebolla y, dada la situación, cada vez se iba menos al comedor, sobre todo por las noches, aunque la comida no nos la podíamos saltar por la falta de tiempo porque teníamos que volver a las obras con rapidez. Nos las arreglamos para alimentarnos sin el comedor. Avanzaron los días y la cebolla en la mesa sin comer, terminando el mes y manteniendo el pulso de la cebolla, el capitán sufrió un ataque de rabia y soberbia y nos hizo un discurso en el que nos informó que transcurrido un mes sin habernos comido la cebolla y por no sé qué artículo de las ordenanzas militares, habíamos cometido sedición, delito que estaba castigado con Consejo de Guerra y, por supuesto, cárcel, por lo que iba a realizar un sorteo para elegir a siete de nosotros que pagarían por los demás. Como sabíamos que era un tío de mala hostia nos acojonó a todos, pero seguimos sin comernos la cebolla, que ya llevaba un mes rondando por la cocina. Era la segunda vez que nos acusaban de sedición, esta vez era diferente, por fin terminó el mes, y con él el terror de Borreguero (que apropiado su apellido). Las cebollas terminarían en la basura y el Capitán Borreguero se la tuvo que enfundar, o quizás los que nos la enfundamos fuimos nosotros, pues también podría ser una estrategia ya experimentada en otros cuarteles usando la cebolla como excusa para conseguir, como sucedió, que los soldados no acudiesen al comedor. Esto permitió rebajar las cantidades de comida y, por lo tanto, el gasto de cocina durante el mes que estuvo el capitán. El ahorro pudo habérselo quedado él o en colaboración con el teniente coronel, ya que el presupuesto del ejército tiene una asignación por soldado y día, esto sumado a 500 soldados aproximadamente y multiplicado por 30 días seguro que es una suculenta suma. Si este hubiera sido el motivo, como he dicho, seríamos los soldados los que nos la habríamos enfundado sin saberlo. De cualquier forma, esto es pura corrupción en el ejército».*

Alejandro Rodríguez Tremp, al que recuerdo como uno de los mejores compañeros con los que traté, por su afabilidad y nobleza, nos ha proporcionado un relato muy gráfico de la vida en Cabrerizas durante el año 1973. Yo, que desde Junio estuve allí, corroboró lo que comenta; unas anécdotas porque también las viví, y otras porque las oí. De las obras del nuevo cuartel (“Obras de la Cinta”), siempre nos llegaba testimonios de la dureza que allí se vivía, por las condiciones de trabajo en un clima caluroso, también ventoso, y por el mal trato del famoso “teniente Polvorilla”, aunque sin duda, el condicionante de hacerlo sin cobrar y supeditados a castigos militares, todavía lo convertía en más duro. Profundizando en el túnel de los recuerdos, alcanzo a sentir lo que en aquellos tiempos sentíamos (valga la redundancia): Que estábamos allí tratados como si estuviésemos cumpliendo un castigo, sentimiento que especialmente notaban los trabajadores de las obras que, además de estar continuamente amenazados con severos castigos militares si no actuaban correctamente en el tajo, tenían que hacer servicios de armas. Era un sentimiento parecido al que debían tener los corrigendos, pero, a diferencia de estos, con la certeza de que no habían delinquido. Si a ellos sumamos las pésimas condiciones del cuartel y la férrea disciplina impuesta por el teniente coronel y sus subordinados directos, el resultado es de lo más desazonador para los que estuvimos más de un año alejados de casa y de nuestras familias.

Las “entrañables” noches de canto del “himno de infantería”, con el batallón al completo formado en el patio de armas, bajo la batuta del teniente “Beethoven”, nos quedaron grabadas en el recuerdo a todos

los que las vivimos. Fueron muchas semanas de auténtica “pastilla” por parte de nuestro teniente coronel (fue orden suya), con la colaboración del teniente que, con enorme celo en su misión, se empeñó en que los quinientos soldados cantásemos en perfecto coro dicho himno. Soy testigo que jamás lo conseguí, porque el enfado de buena parte de la tropa por las condiciones de vida en el Batallón: Férrea disciplina, carencia de instalaciones y espacio en el cuartel, trabajos en las obras del nuevo cuartel y, en general, un trato para con la tropa que dejaba mucho que desear (no éramos castigados, pero lo parecía), todo ello hizo que hubiese un pacto entre nosotros para desafinar y no aprender toda la letra. Recuerdo que, en más de una ocasión, y después de infinidad de intentos fallidos de cantar el himno al completo, continuábamos largo tiempo formados en el patio de armas después de haber tocado silencio. El viento frío o el relente, el cansancio y el sueño, finalmente hacía que saliese medianamente el himno, o por lo menos “Beethoven”, también cansado, lo daba por bueno. Personalmente, jamás lo aprendí (mi mente se bloqueaba voluntariamente en la estrofa de «honor... honoor»), ya no por falta de interés, sino por rebeldía a causa del trato recibido.

En el tema de “tomar prestado” material de obra para el chiringuito, según relata Alejandro, no hay nada de exagerado en su testimonio, pues fui testigo de tales hechos. En lo del ahorro en la comida, sé que había verdadero interés en ahorrar en las compras. El teniente responsable de ello, que también lo era de la gestión de la cantina, era un auténtico especialista en diseñar unos bocadillos que apenas tenían tajada. Recuerdo en una ocasión haber comprado dos de queso para poder conseguir doblar la loncha, ya que era tan fina que ni la notabas, pareciendo que comías sólo pan. Teniendo en cuenta que el pan del “bocata” era del Ejército, los camareros también, y que la loncha, fuese de queso o salchichón, era más bien testimonial que real, al precio que los vendían hacían un negocio redondo, pues cada día se servían cientos de bocadillos a coste simbólico para el negocio, no así en la venta.

Alejandro comenta el anuncio del sargento a la formación semi desnuda en el patio de armas, referente a la inminente llegada del nuevo reemplazo, el mío, que cambiaría radicalmente la realidad del Batallón, con el que se iniciaba el “nuevo” Cabrerizas. Creo que una buena forma de describir la llegada de este importante refuerzo, es transcribiendo un pasaje de mi relato “La Jaima del Saharaui”, novela de ficción, pero en la que, sin embargo, plasme muchas de mis vivencias reales:

### **Pasaje de “La Jaima del Saharaui”, 25 de junio del 1973:**

*«La columna sale del BIR. En fila de tres, con un sargento a la cabeza, alrededor de trescientos nuevos soldados que ayer Juraron Bandera, se dirigen al cercano Batallón de Cabrerizas, donde reforzarán considerablemente la guarnición. Son las tres de la tarde de finales de Junio, la temperatura es cálida y el sol radia con fuerza, aunque gracias al océano, que se encuentra a unos trescientos metros, es soportable. La formación, sin marcar el paso, recorre con rapidez el kilómetro y medio que separa el campamento de instrucción del cuartel. Al pasar frente a la “Duna Madre”, a la que los rayos de sol le potencia el ocre amarillento de su arena, muchos la observan con satisfacción, pensando que ya no tendrán que subirla a la carrera, tal como lo hicieron durante la instrucción. Otros, absortos en sus pensamientos, elucubran qué les espera en esta nueva etapa, y si el Batallón de Cabrerizas es tan mal destino como afirma el mentidero de “radio macuto”.*

*El centinela de la puerta levanta la barrera que da paso al rectangular patio de armas. Formados en el centro, frente a un monolito, tres sargentos, acompañados de los furrieles de la 1ª Cía. La 2ª y la Plana Mayor, ordenan que estos vayan nombrando a los que están destinados a cada una de las Compañías.*



*Algunos veteranos, pocos, observan curiosos la llegada del numeroso grupo que amplía considerablemente la guarnición. Hasta ahora, el Batallón, con una tropa de apenas doscientos hombres, sin capacidad táctica, dedicado exclusivamente a los servicios de guardia del propio cuartel, incluyendo la del destacamento de Atlas, cocina, limpieza, administrativos y la construcción del nuevo cuartel, que es la que más destinos absorbe, pasa a la de ser un Batallón operativo, en la que su principal misión será la de proteger las instalaciones de Fosbucraa. Pero esta misión tendrá que esperar un tiempo; el necesario hasta que esté finalizado el nuevo cuartel de “La Cinta”, nombre coloquial que se le da al que se está construyendo entre la planta combustibles de Atlas y la cinta de fosfatos, donde está, también, el pantalán de carga del mineral. Su ubicación será la idónea para mejor proteger los dos puntos claves. A cien kilómetros, en Bucraa, también se ha empezado a construir el nuevo destacamento donde una compañía del Batallón se encargará de la protección de la mina de fosfatos».*



El porqué de la llegada de tantos soldados cuando, realmente, todavía no se han finalizado las nuevas instalaciones, tiene una explicación: Se necesita mucho personal para acabar las obras del nuevo cuartel y estos trabajadores salen de entre la tropa, que es quién verdaderamente lo construye. Pero a esta circunstancia, discutible según se juzgue, de que durante casi todo su servicio militar muchos soldados se dediquen a trabajar como si fuesen civiles contratados, pero sin salario, se añade que la instalación del obsoleto cuartel no está preparada para acoger a tanta tropa, ocasionando muchas carencias, tanto de espacio, como higiénicos —las cuales iremos detallando en la presente crónica, hasta el traslado a las nuevas instalaciones.

Las carencias en el equipamiento militar, también es una de las características a tener en cuenta durante el dilatado periodo de transición del Batallón. Pero, como bien rezaba en la consigna escrita en el muro del cuartel: «*Si es posible, ya está hecho; si no es posible, se hará*». Esta frase, sin duda, tenía como misión enardecer el espíritu de los infantes cabrerizos. En nuestro caso, alentador para mejor aceptar las deficiencias materiales, mentalizando a la tropa para mejor soportar sus duras circunstancias que, la mayoría, no habían tenido en la vida civil hasta entonces.

Si retrocedemos en el tiempo, las incomodidades eran más acusadas, pero, comparando cada situación en su contexto, en el 1973, Cabrerizas podía considerarse uno de los cuarteles más incómodos, aunque, en su parte positiva, el estar junto al mar evitaba los terribles calores del interior del desierto, donde la climatología endurecía mucho la mili. Esto bien lo sabe los que pasaron buena parte de la mili en los destacamentos alejados de la costa y de la capital, única población, junto a Villa Cisneros, de alcanzar la categoría de ciudad en todo el Sáhara Español, si bien, ambas eran poblaciones pequeñas y militarizadas, donde la mayoría de civiles, además de los saharauis que se habían sedentarizado y que montaban sus jaimas a su alrededor, eran las propias familias de los militares y las de los que explotaban alguna actividad, como bares y tiendas, todos ellos destinando a ofrecer servicios a los propios militares. El Aaiún que conocí más me parecía un macro cuartel que una ciudad. Aunque esta percepción personal puede no ser compartida por otras personas que lo conocieron. En cualquier caso, la capital empezó a construirse tímidamente donde solo había un palmeral y un manantial de agua, apenas hacía cuarenta años, coincidiendo con la colonización efectiva del interior, pues hasta entonces, España se había limitado a la costa, especialmente con la pequeña Villa Cisneros.

El espacio de los dormitorios, insuficiente para acoger a tanto personal, fue el primer inconveniente que descubrimos los recién llegados. Literas de tres pisos, agrupadas de seis en seis, con un estrecho pasillo lateral de apenas sesenta centímetros entre cada seis camastros, y un pasillo central de un metro, producía un colapso total cuando el toque de diana. Los aproximadamente cien soldados en cada

barracón, se las veían para poder salir ordenadamente, produciendo los inevitables retrasos para llegar a tiempo a la formación matinal, con el consiguiente castigo para los más “lentos”. La primera mañana en Cabrerizas fue el primer bautismo de fuego que recibimos de un sargento, el cual utilizó su cinturón a modo de látigo acompañando las consiguientes amenazas. Al día siguiente, la tropa, que no es tonta, avisó al imaginaria para que les despertase diez minutos antes, con el fin de estar ya vestidos y tomar posiciones lo más cerca de la puerta. Pero el suboficial, que, al igual que la tropa, tampoco era tonto y, además, con muchos años de experiencia en los que había curtido sus modos de “convencimiento” hacia la indisciplinada soldadesca, ya habría previsto tal maniobra, decidió entrar por sorpresa en el dormitorio pocos momentos antes que el corneta rompiera el profundo silencio de Cabeza de Playa, deleitando a humanos y no humanos, incluyendo las chinches, con su desafinadas notas. El sargento no se extrañó de encontrar a todos vestidos e, incluso, de oír algunos que otros juramentos en arameo, por aquello de que «*ocupas mi cuarto de metro cuadrado del pasillo, pedazo de mierda*», conflicto habitual cuando el espacio es insuficiente para todos los ocupantes. Yo, que viví en primera persona aquellos “bucólicos” momentos, no recuerdo bien los castigos que cayeron, y quienes fueron obsequiados por la ira del suboficial de semana. El que seguro se ganó una noche de prevención, fue el imaginaria. Desde aquel día, y en especial cuando el “semana” era el de los correazos, la imaginación se desarrolló al máximo. Lo de vestirse dentro de la cama fue una habilidad que los cabrerizos del primer barracón de la 2ª Cía. adquirimos. Curiosamente, el otro dormitorio de nuestra Compañía, que estaba detrás de los comedores, al quedar muy alejado del patio de armas, jamás fue inquietado por los sargentos durante el toque de diana. Tampoco recuerdo tal tesitura en las demás compañías. Posiblemente, esta habilidad superior en el vestirse bajo las mantas, incluyendo las nailas (sandalias militares), fue patrimonio de los cabrerizos de la 2ª Cía.

Los dormitorios estaban diseñados para una carga de unas treinta o cuarenta personas, pero en las que nos hacinábamos un centenar de paso, ello ocasionaba una sobrecarga de dióxido de carbono, lógicamente producida por la respiración de tanto personal, más la transpiración de los cuerpos, sobacos y pies, todos sin lavar durante días, a cuenta de la falta de agua en el cuartel, en un espacio tan reducido sin ventilar, generaba una “contaminación” ambiental que, coloquialmente, se define como “olor a tigre”. La mayoría de ventanas no podían abrirse por estar bloqueadas por las propias literas, y las pocas en que una de sus hojas sí podía, era causa de discusiones entre los que se quejaban de que el relente de la noche se abatía sobre ellos (noches frías y húmedas, incluso en verano), y los que, alejados de las aberturas, reivindicaban esta necesaria ventilación.

El problema del hacinamiento era uno más de los inconvenientes del “viejo cuartel” que, realmente, no era tan viejo, como ya he explicado en anteriores capítulos. En el 1965, solamente existían los barracones que, según testimonio del soldado José Antonio Trapero Ramos, que por aquel entonces estaba allí destinado, era lo más parecido a una granja, pues aparte de los barracones, todavía no se habían construido los muros perimetrales, ni el comedor, ni la cocina, ni nada más. Por aquel entonces, la tropa tenía que ir hasta el BIR (a medio construir), a kilómetro y medio, a recoger en perolas la comida y la cena. En el 1973, parte de la construcción apenas tenía siete u ocho años de antigüedad, pero su apariencia estaba lejos de toda modernidad, y la baja calidad constructiva delataba la precariedad de medios en el Sáhara. No obstante, estéticamente gustaba el blanco exterior del cuartel de torreones almenados, inspirado en los fuertes saharianos.

La tropa recién llegada, observaba con desazón que las letrinas eran insuficientes (no recuerdo bien si eran cuatro o cinco platos, más no, y mis compañeros tampoco están seguro cuál de los dos números es el correcto) con sus correspondiente excusados, separados del estrecho pasillo por una portezuela de madera. No hay duda que para unas quinientas almas eran del todo insuficiente, y las características del cuartel no permitían salir al “campo de margaritas” como en el BIR, o sea, a evacuar las aguas, ligeras o pesadas, directamente sobre la arena.

En su inspección del lugar, el que esto escribe, descubrió que los lavabos, también eran insuficientes en espacio y estaban más secos que la mojama y, según testimonia un veterano, era lo habitual. Los nuevos pensábamos que, quizás ahora que el Batallón había crecido tanto en cuanto a ocupantes, traerían agua con algún camión cisterna y que, en tal coyuntura, de los grifos saldría el necesario líquido elemento. Esto ocurrió en una ocasión, durante los nueve meses que allí estuvimos hasta que nos fuimos, unos al destacamento de Bucraa y otros al nuevo cuartel. En aquella feliz ocasión, servidor tampoco pudo hacer uso de los lavabos, pues estando efectuando algún servicio, que no recuerdo cuál era, llegué a las seis y media de la tarde y, como a las seis ya habían llegado los trabajadores de la “Cinta”, y también acabado otros servicios, el agua se había agotado. La felicidad duró menos de media hora, que fue el tiempo que tardó en vaciarse el depósito. Ya no volvimos a disponer libremente de agua nunca más, excepto el de la lavandería que, con depósito independiente, tenía suficiente para lavar la ropa de los mandos y, de tarde en tarde, las sábanas de la tropa, pero eso de “tarde en tarde” abarcaba un periodo muy largo, llegando a estar con las mismas sábanas sin lavar durante varios meses.

La higiene personal era necesaria y la tropa cabreriza, siguiendo la consigna de “Lo difícil está hecho”, procuró que fuese así. El océano Atlántico fue la solución y cada fin de semana era normal ver a soldados lavando su ropa en la orilla del mar, frotando y frotando con cepillos de duras cerdas que apenas podían conseguir espuma con la salada agua. Había que tener exquisita delicadeza en no dañar los cuellos de las camisas, parte de la prenda que habitualmente es la más sucia. El baño aliviaba del sudor viejo que, durante la semana, se había ido integrando y acumulando en el cuerpo, como si fuese una segunda capa de piel, invisible, pero de desagradable olor. Hubo algún caso aislado de compañeros que en su bolsa de costado sacaban las sábanas para lavarlas en la playa, pero pronto desistieron, porque, por su extensión, era difícil aguantarlas en el aire para su secado y, finalmente, se llenaba de arena. Generalmente, estas sesiones de “lavandería” playera y baño, no se hacían entre semana, porque, a partir de las seis y media de la tarde ya no había tiempo para que el aire secase la ropa y para el baño, los frescos alisios no hacían cómodo el baño cuando el sol ya apenas calentaba o, en invierno, que prematuramente se “sumergía” en el océano por la raya del horizonte. Las seis y media era el momento en que tocaban “marcha de frente”, que para los no familiarizados con la mili, hay que decirles que es cuando permitían salir al exterior en perfecto estado de revista con el uniforme de “bonito” (paseo). Esta opción apenas era elegida, a cuenta de que en el solitario exterior de Cabeza de Playa, nada había digno que ver, ni tampoco acontecimiento que alegrase el espíritu. Algunos que otros compañero sí salíamos a media semana, cuando entre los muros del cuartel te agobiabas y necesitabas un poco de aire fresco, especialmente el psicológico.

Siguiendo con la descripción de las instalaciones del cuartel, resumiré que el ámbito para el soldado en la horas de ocio, lo componía, además del propio barracón (en este la superficie de la litera por la falta de espacio en pasillo), el patio de armas, donde el continuo paso de suboficiales y algún que otro oficial, te forzaba al continuo, valga la redundancia, saludo marcial, acompañado con el «a la orden de usted, mi...». La cantina, en la que solamente había una mesa con dos bancos para sentarse, era la limitadísima comodidad que nadie se disputaba, porque un grupo de vascos veteranos de la Plana Mayor casi todos, la tenía oficiosamente reservada. Casi medio siglo después, mientras escribo esta crónica, todavía desconozco el porqué de aquella deferencia para con ellos. En una ocasión convencí a algunos compañeros míos para adelantarnos antes de que los vascos llegasen y ocupar la mesa. A pesar de sus advertencias y quejas, no cedimos. Hay que reconocer que no hubo represalias por parte de ellos, pero a partir de aquel día, siempre llegaban antes que nadie, posiblemente porque en sus destinos de la Plana Mayor podían ausentarse minutos antes que los demás.

El día que los de abril llegamos al cuartel, pudimos observar que al lado de la cantina, separada por una mampara, había lo que podía denominarse un espacio dedicado como “hogar del soldado”, donde varios pupitres y un mueble librería con varios centenares de libros, nos pareció, a los que nos gusta la lectura, un pequeño paraíso en el que podríamos pasar buenos ratos. Al día siguiente, ante la impotencia de los que pensábamos hacer uso del lugar, desmontaron todo el espacio, pasando a ser almacén de

viveres; una consecuencia de la falta de espacio del Batallón, diseñado años antes para una reducida tropa.

Otros espacios del Batallón, todos ellos destinados para los servicios, eran: oficinas, almacenes, cuerpo de guardia, calabozo de prevención, armería, comedor, cocina, el cuartito de la peluquería, donde el estilo más habitual de corte era al cero, o casi. El que yo más ocupé, fue el de la cárcel. Esta estaba destinada para los corrigendos más penados o peligrosos que pudiesen residir en el Batallón, pero, según la información recibida, las celdas jamás llegaron a usarse, porque los pocos corrigendos que residieron en Cabrerizas en esos últimos años, no se consideraban peligrosos y dormían en los mismos barracones que los de reemplazo. Sí las usaron los furrieles de la segunda Compañía, cargo que ocupé durante algo más de cinco meses. Mi despacho era una de las celdas; las otras se usaban para almacén de mantas y sábanas y para el armamento, bastante limitado este. No recuerdo con exactitud cuántas pequeñas celdas componían la cárcel; creo que oscilaban entre ocho y diez y alguna de ellas estaba completamente vacía.

Los servicios de armas eran los habituales de cualquier cuartel sahariano, con el refuerzo nocturno. El de la planta de combustibles de Atlas absorbía tantos hombres como en el propio cuartel. Como una buena parte de la tropa se dedicaba a la construcción del nuevo cuartel, donde fueron destinados muchos de los del reemplazo de abril del 1973, incluyendo las obras del chiringuito de oficiales, produjo que continuase la carencia de efectivos para cumplir con los servicios, especialmente el de armas. Esta situación hacía que los que no tenían el destino de “La Cinta”, hiciesen guardia o refuerzo cada cuarenta y ocho horas, llegando a darse la situación de que algún soldado por la mañana saliese del servicio de armas de veinticuatro horas, durante el día estuviese de servicio de limpieza u obras del chiringuito y, el mismo día, sin apenas descanso, entrase de guardia de refuerzo. Esto incumplía con el reglamento, tal como informé al capitán Borreguero cuando yo, como furriel, tenía que nombrar estos servicios repetitivos. Me respondió que sí, que era lamentable, pero que éramos infantería y, cuando las condiciones lo requerían, había que sacrificarse por la Patria, recordándome la leyenda escrita en el muro: **«Si es posible, ya está hecho; si no es posible, se hará»**. Recuerdo que uno de los soldados “premiado” con los tres servicios seguidos, vino a quejarse, contestándole yo que *«las reclamaciones al maestro armero o, mejor dicho, al capitán, que si quería le acompañaba»*. Con buen juicio, el compañero desistió de ir a quejarse al temido capitán Julián Borreguero.

El mes de julio del 1973 lo recuerdo como uno de los peores de mi periodo militar y, supongo, que esta impresión la tuvieron muchos de mis compañeros de abril del mismo reemplazo. Fueron las primeras semanas como soldados después de haber jurado bandera y, por tanto, del periodo de instrucción en el campamento. Se suponía que lo más duro lo habíamos pasado ya, y que la vida cuartelaría, según lo que sabíamos por los conocidos que había hecho el servicio militar antes, iba a ser un puro trámite, se había acabado la agitación del BIR, el trato despótico de muchos instructores y el hacerlo todo a la carrera; ahora tocaba la rutina y, cuando se pudiese, el escaqueo, actitud de lo más normal según los cánones de los obligados a hacer el servicio militar que, por aquel entonces, éramos todos. Pero estábamos en el Batallón de Cabrerizas-I y en el Sáhara. La realidad durante las primeras semanas fue como una ducha de agua fría o, mejor, helada. Ya éramos soldados, pero estábamos peor tratados que de reclutas. Esta fue mi percepción, la cual mantengo relativamente intacta en el recuerdo; también era la de la mayoría de mis compañeros, aunque algunos de ellos, haciendo bueno que nuestro cerebro nos protege con el paso del tiempo, “olvidando” los malos recuerdos y potenciando los buenos, recuerdan con verdadera nostalgia su estancia en el Sáhara y, en concreto, en Cabrerizas. Si bien, no puedo obviar que los que testimonian tan “bellos recuerdos”, no son los que precisamente estuvieron bajo los órdenes del teniente “Polvorilla”, en aquel campo de trabajo que era la construcción del cuartel de “La Cinta”. En lo que sí coincidimos la mayoría es que, con la condición de rejuvenecer hasta los veintidós años, volveríamos allí con los ojos cerrados. Claro que esto forma parte de la fantasía popular, pues imaginemos los inconvenientes que tendríamos con nuestros hijos, los cuales casi nos doblarían en la edad. En cuanto a las esposas... Mejor no me meto en terreno movedizo.

El teniente coronel, D. José Asensio López Blanco, al mando del Batallón, proveniente de la Legión (Cabrerizas dependía administrativamente del Tercio), tenía un concepto muy ortodoxo de la parafernalia castrense y la férrea disciplina, con lo que su dialéctica era la del riguroso castigo si el reglamento no se cumplía a rajatabla. Los mandos podían ser los primeros afectados, con lo que estos, como correa de transmisión, aplicaban la norma también férreamente; no querían problemas con el Jefe, condecorado en su campaña de la Guerra Civil y en su participación en la División Azul, habiendo luchado en el frente ruso. Era un militar curtido, duro, con varios galones (“V” invertida), tantos como heridas de guerra había sufrido, y doy fe que eran unas cuantas. La disciplina tan estricta no tenía en cuenta las carencias físicas del cuartel, ni el duro trabajo de una parte, la de los que trabajaban en la construcción del nuevo cuartel, que, además de tener que cumplir con la jornada laboral de ocho horas, volvían al cuartel sucios y sin posibilidad de ducharse ni lavarse al no haber agua en los lavabos (intentaban lavarse un poco en los bidones de la obra). Junto a esta situación, debían hacer refuerzos de guardia cada tres días y, en ocasiones, cada dos. Recuerdo que en las retretas algunos se me quejaban cuando les nombraba refuerzo con excesiva frecuencia, pero nada podía hacer para aligerarles la carga.

Había otros destinos más cómodos y, si cumplías con la rigurosa disciplina, podías vivir moderadamente bien, aunque esto no era una ciencia exacta, pues yo, siendo cabo furriel, no me libré de un castigo directo del teniente coronel, a pesar de no haber incumplido norma alguna. Lo mismo me pasó con el sargento “Collejas” (el alias ya indica cuál era su afición preferida). El capitán Borreguero consiguió que el teniente coronel cambiase mis catorce días de calabozo por el de prevención (hubiesen tenido que nombrar otro furriel y, con el follón de cuadrante de servicio, que había que utilizar con mucho tacto para afectar lo menos posible a la tropa, no era muy prudente mudar responsable). A los tres días de dormir en el suelo del cuerpo de guardia, sin colchón, por aquello de que los castigos se cumplen mejor sufriendo, me levantó el arresto.

Para el nutrido grupo de recién llegados empezaban los servicios de armas, algo inédito todavía, pues en el BIR solamente se habían hecho “ensayos” como el de acompañamiento nocturno de la patrulla perimetral del campamento, sin ni tan siquiera munición en los fusiles. Ahora ya, con munición real y órdenes estrictas de disparar si se daba la no deseada ocasión, los nuevos y solitarios centinelas debían enfrentarse a la oscuridad, los silbantes ruidos que los alisios producían sobre la arena o superficies metálicas, y a las sombras que nuestra imaginación daba forma en las procelosas noches. Las historias que los veteranos nos habían explicado, quizás algunas ciertas, pero terriblemente exageradas con el objetivo de darnos “pastilla virtual”, empezaron a hacer su efecto en el primer puesto nocturno, con la única compañía de nuestra nueva “novia”, el frío fusil Cetme.

El puesto de centinela menos deseado estaba en la planta de combustibles de Atlas, a kilómetro y medio del cuartel, entre los enormes tanques de gasolina. Sin lugar donde guarecerse ni protegerse, el centinela debía moverse entre los depósitos. La sensación de desamparo era total y, entonces, la imaginación, activada todavía más por las historias de centinelas degollados, daba rienda suelta al miedo. Eso me han ido testimoniando muchos compañeros que pasaron por las mismas vicisitudes, incluso a Josep Tomás le pareció el «túnel del terror». Aunque siempre fue un servicio proceloso, la adaptación y veteranía, finalmente conseguía que la vigilancia se fuese convirtiendo en rutinaria, sin temer a los “fantasmas de la noche”.

Mi relato: “El centinela de Atlas”, que escribí hace ya muchos años y que, posteriormente adapté para mi libro “La Jaima del Saharaui”, publicado este en el 2018 y leído por muchos veteranos del Sáhara (lamentable si el que está leyendo estas líneas no ha tenido el libro en sus manos), con nombre ficticios pero fiel a mi recuerdo de lo que pasé en mi primera guardia de Atlas, he creído interesante incluirlo en la presente crónica. El personaje “Robert” soy yo. Si el lector ya conoce el relato, o lo cree conveniente, puede pasar de largo...

**«EL CENTINELA DE ATLAS» (capítulo de la novela “La Jaima del Saharaui”):**

Cabeza de Playa, 30 de junio.

*«El fresco viento del norte sopla moderadamente cuando el pelotón, formado por dos cabos y seis soldados, sale a pie de Cabrerizas para relevar a la guardia del destacamento de Atlas. Hoy, Fernando y Robert inician su primer servicio de armas desde que llegaron al Sáhara. Atlas es la principal planta de almacenaje de combustible del norte del Sáhara Español. Se encuentra a kilómetro y medio de distancia de Cabrerizas, en dirección a la cinta de Fosbucraa.*

*Grandes depósitos plateados es la primera imagen que el grupo de relevo observa cuando ya ha superado las austeras y breves edificaciones de Cabeza de Playa y se encaminan por una estrecha carretera paralela a la playa. A partir de entonces, una hilera de pequeñas jaimas está apostada entre el camino asfaltado y la orilla del mar. Durante unos quinientos metros se prolonga la presencia de las tiendas nativas, pero sin llegar hasta la planta de combustible, manteniéndose a respetable distancia de ella. Varias mujeres saharauis se asoman por la entrada de su tienda para ver pasar los soldados; muchas van vestidas de negro con su típico ropaje. Alguna sonrío tímidamente. Un crío desnudo de poco más de un año sale a gatas de una tienda y sujeta la pierna de su madre mientras observa la breve y armada comitiva.*

*En verano, cuando las temperaturas en el interior del desierto son considerables, familias de saharauis instalan sus jaimas en la costa e, incluso, algunas montan pequeñas tiendas en la misma playa, donde la temperatura es radicalmente más suave. Es habitual que durante el día estuviesen ocupadas solamente por mujeres, niños y ancianos. El marido puede estar trabajando en cualquier otra actividad que no sea la típica de los nómadas. La dureza del nomadismo hace que, ante las diferentes oportunidades de empleo que pudiese ofrecer la administración española, bien militar o civil, los saharauis se vayan sedentarizando progresivamente. Allá donde haya alguna guarnición militar, la mayoría en el interior del Territorio, se instalan con sus jaimas. Puede ser temporal o permanentemente, con lo que la cantidad de habitantes que forman el frig es variable.*

*La forma típica de una jaima es triangular, para protegerse mejor del viento, habitualmente del norte, estando la entrada en la parte sur, a sotavento. Varían los tamaños según la cantidad de ocupantes. En su interior puede dividirse en dos o tres partes, una para mujeres, otra para hombres y otra para el matrimonio (el patriarca puede tener más de una esposa). Tradicionalmente eran las mujeres las que se encargaban de fabricar la jaima, cosiendo diferentes lienzos hechos con pelo de camello o cabra.*

*El centinela, al ver acercarse al grupo, levanta la mano y saluda a los que le han de relevar, lleva el fusil colgado del hombro y su aspecto es un poco desaliñado; su uniforme chéster, notablemente gastado y descolorido, denota que se trata de un veterano. Ya en el interior de la planta, Robert estudia con rapidez el lugar. Cinco enormes tanques de combustible pintados de gris plateado, otro esférico, al parecer de gas, dos almacenes, con techos y pilares metálicos, sin paredes; una baja construcción en un extremo —la vivienda del encargado y sus dos esposas— y, a unos treinta metros a la derecha, una casita, que es el cuerpo de guardia del destacamento militar. Un bajo muro parcialmente cubierto por la arena que el viento ha ido acumulando en varios puntos, delimita el recinto de dos o tres hectáreas, sin ser impedimento de paso para cualquier visita no deseable. El entorno es desolador, batido por el viento del norte que parece ir en aumento desde que salieron del batallón. En la esquina noroeste hay una garita de aspecto cochambroso con ancha aspillera que permite observar el camino de acceso desde Cabeza de Playa hasta la planta. En la entrada hay una barrera levadiza por donde acceden los camiones cisternas, tanto civiles como militares, que periódicamente llegan para llenar el tanque.*

*Los dos amigos comentan la indefensión del lugar, en el que por la noche debe ser fácil entrar sin ser visto, colocar una carga explosiva en uno de los depósitos y volver a salir sin problemas. Atlas es un punto estratégico y clave para cualquier atentado, por lo que su seguridad está confiada al Ejército. La playa a pocos metros y el relajante ruido del acompasado batir de las olas suaviza el entorno.*

*Durante el día solamente existen dos puestos de centinela, el de garita y el de puerta del cuerpo de guardia. A media mañana Robert empieza su turno de centinela, el primero de su vida, en la cochambrosa garita. Al entrar al diminuto habitáculo para protegerse del molesto viento, nota un rancio y desagradable olor. Pronto advierte cuál es su origen; proviene del “gotelé” que cubre la parte baja de las paredes. Es como una franja de pintura blanca amarillenta que va desde el suelo hasta casi un metro de altura. Es el testimonio de años de desahogos personales de los circunstanciales ocupantes de la garita. Largas horas en aquel diminuto habitáculo, manteniéndose alerta, pero con el pensamiento permanente en recuerdos pasados o en fantasías ahora inalcanzables, ha hecho inevitable las superpuestas capas de “pintura” orgánica... Sin demora, sale de la garita dispuesto a dejarse acariciar por los alisios y el consiguiente arrastre de arena. A apenas un metro de distancia, hay atado con una cadena un perro pastor alemán que permanece sentado con la mirada fija en la mar y en el movimiento de las olas que baten a unos cincuenta metros. A la llegada del tarraconense, el can apenas se ha inmutado; para el animal todos los que lleva uniforme son iguales; cada dos horas le cambian el compañero de vigilancia y no tiene tiempo de familiarizarse con ninguno. Le llaman “Matamoros”. Será un extraordinario compañero por las noches y, sin duda, una garantía de seguridad. Su sensible olfato le permite detectar a cualquier nativo que se acerque a menos de cien metros, avisando al centinela mediante ladridos o gruñidos y, curiosamente, si el que se acerca es un militar europeo, aunque jamás lo haya visto u oído antes, no hace movimiento alguno. Robert lo comprueba fehacientemente cuando, en dos ocasiones, pasan dos saharauis caminando por la playa, a unos cincuenta metros de la garita, y Matamoros les ladra con auténtica furia. Sin embargo, cuando andando se acerca un soldado que viene de Cabeza de Playa a traer un informe al cabo primero, permanece sentado observando tranquilamente al visitante y, a veces, ni eso, perdiendo su mirada en la profundidad del mar. Parece como si el cánido hubiese tenido también una formación militar previa. Pero el tarraconense no puede evitar sentir pena por el animal, condenado este a estar prisionero junto a la garita, atado con una cadena, horas, días, semanas y meses, siempre soportando el inclemente Sol o el frío relente nocturno, hasta que una enfermedad o la vejez le libere definitivamente de tan cruel vida. Ha oído que meses antes, un soldado, sintiendo piedad por el perro, lo desató para que durante un rato pudiese moverse libremente por la planta, pero Matamoros, lo primero que hizo fue atacar y dejar malherida a una de las cabras que el encargado de Atlas tenía sueltas por allí. Llevada al batallón, el sanitario, que de animales entendía todavía menos que de personas, dictaminó que lo mejor era sacrificarla definitivamente y que el cocinero hiciese un buen uso de ella. Una colecta entre los propios soldados de la guardia del destacamento sirvió para pagar al saharauí la pérdida de su cabra. Desde entonces, algunos soldados piadosos pasean al can por dentro del recinto, atado con la cadena, pero ya jamás suelto.*

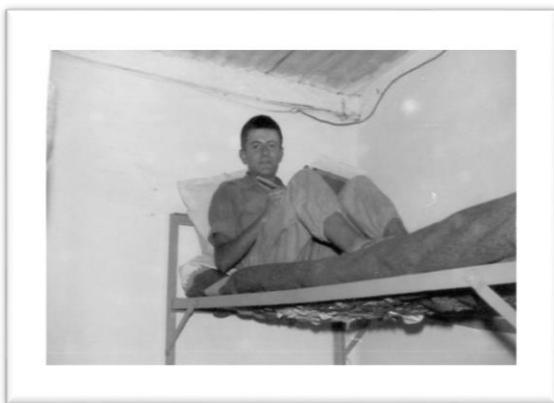
*Según le han comentado los veteranos, en esta garita hace unos meses degollaron a un centinela por haber tenido relaciones con una mujer saharauí. El mentidero de “radio macuto” hizo correr una versión de los hechos que, posiblemente, se fue deformando al pasar de boca en boca, como casi siempre ocurre: “Aquel soldado, sin conocimiento del cabo primero, había ido a una de las jaimas más cercanas; al parecer conocía a la ocupante de la tienda con la que ya había confraternizado días antes. No era algo*



habitual, pues apenas había relación alguna con las nativas, sin embargo, el soldado, de buen aspecto y mejor labia, advirtió un día que la saharauí, además de ser joven, acostumbraba a estar solamente con su hijo de apenas un año. A pesar de haber ido de noche y sigilosamente, la visita del soldado llegó a oídos del ausente marido, seguramente por el soplo de alguna vecina de tienda que advirtió la presencia del amante, y es que la “fisgonería” es universal. Como al cornudo le era del todo imposible saber de quién se trataba y de cómo abordarlo, se vengó con el primer soldado que encontró a mano y una noche se deslizó hasta la garita rebanando el pescuezo del confiado centinela”. Se comentaba que pusieron el refuerzo de “Matamoros” para evitar que ocurriese otro luctuoso incidente. Todos los centinelas que pasaban por la hedionda garita se alegraban de la presencia del perro, lo que evitaba gran consumo de adrenalina en las horas nocturnas; además, el perro, que siempre permanecía en el exterior, soportando las inclemencias nocturnas, que en la costa sahariana son poco confortables, no interrumpía las relaciones del soldado de turno con “la Manolita”. Robert, Fernando y los demás compañeros de reemplazo de abril, no acabaron de dar por válida esta “oficiosa” información, pero ante la insistencia de los veteranos, tampoco dejaron de creérselo. La crónica quedó como una más de las tantas ficciones que pregonaban los veteranos para acongojar a los novatos; sin embargo, en las procelosas guardias nocturnas en la garita de Atlas, era inevitable acordarse del centinela degollado, fuese o no cierto.

Durante la jornada, el viento del norte ha ido aumentando su intensidad, llegando a soplar con verdadero ímpetu cuando el sol ya ha desaparecido por el horizonte del océano. Robert y Fernando tienen puesto de centinela de doce a tres de la madrugada —una hora más de duración que en el cuartel—, a Robert le toca vigilancia de depósitos y a Fernando de garita. El tarraconense envidia la suerte del zaragozano, allí estará medianamente protegido del viento y del arrastre de arena, a pesar del hediondo olor del “estucado”.

Cuando la penumbra empieza a apoderarse del entorno, cuatro sombras caminan hacia la caseta



del cuerpo de guardia, son los soldados del refuerzo nocturno que, con las siroqueras desplegadas, vienen desde el cuartel. Jurando en arameo, se quejan del viento y de la arena que se les ha metido hasta las partes más íntimas. Robert, que está tumbado sobre una litera, concentrado mentalmente en lo que más habitualmente hacen los soldados del Sáhara, que es viajar mentalmente a la Península, conoce de inmediato la inconfundible y potente voz de Tóful.

—Tóful, solo podías ser tú maldiciendo a todos los demonios del infierno; así que te ha tocado refuerzo de Atlas —le dice Robert, notablemente contento por

tener a su amigo aquí.

—Sí, el cabronazo del furri me ha puesto a traición el refuerzo. A uno que le tocaba le ha dado un ataque de diarrea y fiebre. Vaya mierda después de estar todo el día paleando arena en la puta “cinta”.

—Pero hoy es sábado, no tocaba trabajar allí.

—Pues parece que alguien no se ha enterado, o es que han visto que tanta arena amenazando con superar el inacabado muro norte podía ser un problema para la pavimentación del patio de armas.

Después de la austera pero suficiente cena que les han traído del cuartel, todos se vuelven a tumbar en las literas, intentando dormir tempranamente para compensar las horas de vela que les tocará en sus puestos nocturnos de centinela. El cabo primero dispone de una litera exclusiva para él, el resto debe acomodarse en la que esté libre. Todas desprenden un olor rancio, sin sábanas (en las guardias siempre se duerme vestido, con las trinchas y cargadores), con una manta saturada de polvo y roña, y el tacto pegajoso de la almohada, de color incierto, pero que algunos veteranos testimonian que otros, todavía más veteranos y ya licenciados, les habían dicho que originalmente eran blancas. Robert y algunos compañeros

*despliegan sus pañuelos para evitar el contacto de la mugrienta tela con la piel de la cara. Las chinches, que sin duda las hay, también son compañeras de los soldados; por el día Fernando lo ha comprobado levantando una manta y asestando un manotazo a una que desfilaba descaradamente sobre el grisáceo colchón, entre manchas de antiguas, y no tanto, eyaculaciones. No hay duda de que disfrutarán de compañía en la cama.*

*Robert no tiene sueño. Desde su rincón ve la mesa que hay al otro extremo, en la que el cabo de turno, ayudado por una casi expirante vela, está escribiendo la habitual carta a la novia. La débil y tambaleante luz proyecta en la pared del fondo la sombra de dos compañeros que sentados en una litera hablan en voz baja, casi en susurros. Percibe la densa nostalgia y resignación que inunda todos los rincones de la pequeña sala, ¿o será su propio estado de ánimo que alimenta esta sensación? Tóful, agotado por el día de paleo, ya ronca. Los recuerdos y pensamientos nostálgicos invaden la mente de los que, todavía despiertos y amargamente resignados a estar allí, les falta un año para regresar licenciados a casa. Una hora después, todos duermen, menos el cabo.*

*Robert, en la puerta de entrada de Maderas Sierra, espera a Ana María. Son las siete de la tarde y, aprovechando que le han dado permiso en el cuartel, hoy ha podido ir a esperarla a la salida de su trabajo. Pero súbitamente se siente confuso... ¿En qué parte de El Aaiún está la calle? Le cuesta pensar... pero... Maderas Sierra está en Reus... No lo entiende... Ve que se abre la puerta de la oficina que da al interior de la nave y salen las compañeras de su novia, una de ellas le levanta el brazo en señal de saludo mientras se acercan, pero ¿y Ana María? Por fin la ve cruzar el umbral de la puerta, va con su chaqueta de punto verde y le sonríe...*

*—¡Oye, tío, levántate que te toca! —Es el cabo que con un seco golpe en el brazo lo despierta, devolviéndole a la “alentadora” realidad.*

*—¡Vale, vale! Ahora que iba a estar con mi novia...*

*—¿Qué dices?, ¿la novia?, ¿estás delirando?*

*—Nada, nada, no hagas caso, es que estaba soñando, todavía estoy un poco dormido...*

*—Pues tío, te despertarás de golpe cuando te asomes —le informa con risa socarrona el cabo.*

*Cuando todavía no ha finalizado el quejoso chirrido de las bisagras de la puerta del garito de guardia, Robert, Tóful, Fernando y Tobías ya perciben el desagradable ruido de la infernal noche. El viento del norte despliega su desazonadora música, es como un aullido sostenido de lamentos, mezclado con golpeteos y chirridos metálicos.*

*—¡Hostia, tíos! Qué mierda de guardia vamos a pasar —comenta inquieto Tobías.*

*Al atravesar la puerta, reciben en el rostro la desangelada bofetada del frío y húmedo viento. Tóful, el más afortunado, se queda de centinela de la puerta del cuerpo de guardia. El compañero saliente entra de inmediato a la caseta, con la manta sobre sí y con aspecto de estar aterido de frío. A continuación, con el cabo a la cabeza y en fila de uno, se dirigen hacia la garita a efectuar el relevo del centinela de puerta —puesto nocturno deseado por todos—. La breve comitiva del cabo y los tres soldados camina penosamente sobre el suelo de arena; casi invisibles en la negrura de la noche, aprietan con firmeza la manta alrededor del cuello. La austeridad de medios del ejército español no alcanza para equipar con prendas de abrigo a los soldados del Batallón de Cabrerizas, siendo las mantas personales, compañeras ideales en las frías noches saharianas, tanto en la cama, como en guardias y patrullas.*

*El centinela de garita ya les espera, advertido por el movimiento nervioso del perro “Matamoros”.*

*Después del relevo y de murmurar algo ininteligible al cabo, al considerar que le han relevado con unos minutos de retraso, el soldado saliente se incorpora a la cola de la pequeña columna, dirigiéndose esta a la zona de depósitos, lugar sin protección ni garita alguna y batido por el viento. Apenas se acercan, el centinela grita “¡santo y seña!”. Al ser correspondido y advertir que se acerca el relevo, se relaja y alegra de que por fin ha finalizado su largo y sufrido servicio.*

*Robert se queda solo entre aquellos monstruos metálicos y de inmediato se siente desvalido. Hace seis días que ha jurado bandera, ya es oficialmente soldado, pero esta situación es nueva, es su primera*

*guardia y primer puesto de centinela nocturno, se siente vulnerable entre esos grandes tanques de combustible, no ve lugar en donde protegerse del viento, pero todavía peor, tampoco vería a un posible atacante. Apenas pasan unos minutos de las doce, le quedan tres horas todavía. “Esto se va a hacer muy largo... muy largo”, piensa.*

*Fernando releva al centinela de almacenes. Realmente se trata de dos naves sin paredes, en las que se acumulan cajas de madera de contenido desconocido, bidones y algunas andróminas oxidadas; no obstante, el lugar dispone de mejores posibilidades para protegerse del viento. El maño toma pronta posición detrás de un considerable embalaje, más alto que él y que le protege de la corriente del frío aire. La inquietud no le abandonará durante las tres horas, oyendo los diferentes lamentos del viento, en su roce con las chapas metálicas y lonas. La arena, que más que ser arrastrada vuela, bate los desprotegidos almacenes de parte a parte.*

*Tóful, apoyando en la pared sur de la caseta del cuerpo de guardia, es el que se encuentra más comfortable al estar de espaldas al viento. Periódicamente ojea por la esquina de la parte oeste, batida por los alisios, aunque considera que nada hay que temer, no cree que haya loco en el mundo que en la dantesca noche se decida atacar o sabotear la planta de combustible, pero que, si no obstante vienen, recibirán todos los proyectiles de su cargador, que a él ningún moro le toca los cojones.*

*Robert, entre los depósitos, mantiene su angustiada espera, le parece que las manecillas del reloj se mueven más lentas de lo normal, con la linterna bajo la manta consulta continuamente la hora. Sujeta con firmeza el fusil y apoya la espalda en el segundo de los gigantescos depósitos de combustible, resguardándose del viento y del arrastre de arena que golpea con inusitada fuerza las paredes metálicas de los tanques. Mira a izquierda, a derecha, al frente, atento a cualquier movimiento sospechoso. El cabo de guardia le ha indicado que no ha de quedarse estático y que debe moverse continuamente entre los depósitos y estar atento al perímetro exterior y, sobre todo, poner toda la atención para evitar ser sorprendido, pero se encuentra paralizado y sin voluntad alguna de patrullar. Después de media hora, sigue refugiado y paralizado en la parte sur del depósito con todos sus sentidos en alerta, la pared de acero le protege la espalda, no solo del viento, también de ser sorprendido por detrás y eso le tranquiliza un poco, tiene bala en la recámara con el seguro puesto y, si aparece un bulto amenazador, quitar el seguro, apuntar y disparar apenas le llevará más de tres segundos.*

*En su intento de familiarizarse con el entorno y descubrir entre la oscuridad los contornos de las cosas, sean bidones o matorrales, piensa en lo novato que ha demostrado ser al no efectuar un reconocimiento del lugar durante el día. Se promete que ya no le volverá a pasar. El contorno de los grandes tanques de combustible se aprecia claramente en la parte alta, gracias al estrellado cielo sahariano, pero a nivel del suelo la oscuridad es la dueña y apenas permite distinguir los oxidados bidones que se encuentran en algunos puntos, semienterrados en la arena o tumbados, semejando personas que se arrastran. Recuerda vagamente lo que había visto durante el día, cerca del cuerpo de guardia, a pocos metros había bidones desahuciados, ya sin utilidad alguna, sucumbiendo a la acelerada oxidación por la cercanía del mar, el relente nocturno y el implacable sol sahariano, objetos inertes destinados a desintegrarse en el tiempo, sin ya aprovechamiento alguno. Ello le tranquiliza ligeramente, pero también recuerda que la noche anterior un veterano le había comentado que un amigo suyo, que está en la Policía Territorial, le había informado que, desde mayo un grupo guerrillero estaba atacando destacamentos alejados en el desierto. Atlas, aunque a no mucha distancia del batallón, es un lugar solitario y podían efectuar un ataque relámpago para sabotear los inflamables depósitos; después, la oscuridad y la cadena de dunas les serviría para desaparecer sin dejar rastro y, ya de día, el constante viento habría borrado todo rastro. Este pensamiento le vuelve a inquietar más.*

*El arrullo acompasado de las olas y el suave ruido efervescente que producen en el final de su viaje, al lamer la compacta arena de la orilla, le es muy familiar, acostumbrado a oírlas desde su casa, frente al Mediterráneo. Esta sensación le suaviza ligeramente su tenso estado de ánimo. Se apoya en el recuerdo, en las bravuconerías con los amigos, en que es valiente... pero ¿de verdad lo es? Empieza a*

*considerarse un puto cobarde, “Joder, joder...” Si por lo menos tuviese a “Matamoros” a su lado, pero la garita está muy lejos y con viento dominante, no se enterará si se acerca alguien por su sector.*

*Casi una hora después, cuando los difusos bultos, sombras y ruidos ya no le parecen tan procelosos y reaccionando ante su cobardía para restablecer la propia dignidad, hace un esfuerzo y, con el fusil en bandolera y la linterna apagada en la mano izquierda, inicia un sigiloso paseo entre los tanques de combustible. Durante aquel lapso de cobardía ha estado buscando argumentos que justifiquen su temor. Desde que llegó hace cuatro días a Cabrerizas, “radio macuto” ha sido implacable con las historias: que si “hace pocos meses degollaron al centinela de la garita de Atlas y por eso pusieron al perro guardián”, o que si “La planta de Atlas era un objetivo preferente para partidas de guerrilleros y por eso estaba vigilada por el Ejército”, que si “El Sáhara es inseguro y hay un continuo goteo de ataques, silenciado por las autoridades”, etc. No sabe si todo es exageración y cuánto hay de cierto, pero si lo es, son carne de cañón en este oscuro lugar carente de toda protección.*

*Después de llegar hasta el segundo depósito, se ha vuelto a quedar inmóvil, apoyado en su metálica y fría pared, recuerda la afición infantil a las revistas y películas de “hazañas bélicas”, con sus valerosos combatientes y los típicos héroes, pero ¡mierda!, ahora él es protagonista, y no está viendo una película sentado en la butaca comiendo chufas o regaliz, ahora está aquí, “acojonado” y ya no le gustan las “hazañas bélicas” cuando no son ficción, ni entiende qué hace aquí de soldado sin vocación.*

***“En las tinieblas la imaginación trabaja más activamente que con la luz”.***

***Immanuel Kant.***

*Contempla la triste iluminación del pantalán de “Fosbucraa”, situado a unos tres o cuatro kilómetros hacia el sur; su reflejo es tan débil que es incapaz de romper mínimamente la oscuridad de la planta de Atlas ni de proyectar claridad alguna en las superficies de los tanques. El viento, que además de muy frío es húmedo, le está traspasando hasta los huesos. Intuye, más que ve, sombras inciertas, oye ruidos extraños y tiene un fusil con munición que para y por algo será... Ya no se interesará más por películas de guerra, lo jura para sus adentros. En su todavía corta vida, se ha encontrado en situaciones que le han producido miedo o inquietud, pero jamás pensó en que pudiese haber riesgo para su vida y, ahora, mientras camina inseguro entre los gigantes de acero, entrecerrando los ojos para evitar los molestos granos de arena y afianzando la manta que apenas le protege del frío, se siente indefenso y acobardado y, sobre todo, vergüenza de sí mismo. Siempre, en su anterior vida civil, ha sabido reaccionar en situaciones difíciles... y ahora también debe intentarlo, ¡qué cojones! Se acerca al tercer depósito por su lado norte, donde golpea la arena en su arrastre continuo, después al cuarto, mientras, analiza de forma práctica la situación y sentencia que las posibilidades de ser sorprendido por un atacante seguramente son remotas, no porque sea capaz de advertirlos, porque es consciente que en aquella oscuridad está muy cerca de la ceguera, sino porque el hipotético enemigo además no debía acercarse muy a menudo por aquellos lares y menos en horas tan incómodas, claro que estas condiciones son las ideales para sorprender a una confiada guardia, ¡por si acaso! “¡Estaré bien atento!”; se dice a sí mismo. Acercándose al quinto depósito, apenas distingue la enorme bola que posiblemente contiene gas. Sabe que está allí porque de lejos la vio durante el día. El estrellado firmamento queda interrumpido en el lugar donde está la gigantesca esfera, ayudándole a posicionar su ubicación y perfilando su contorno. Ya sin intención de llegar hasta allí, se apoya en el depósito, para no “hacer menosprecio” a este con relación a los otros cuatro, agradeciendo la protección que le brinda, tanto climática como de seguridad. Intenta inútilmente distinguir la cadena de dunas que se extiende más allá de la planta de combustibles. A pesar de la negrura de la noche, el tono claro de la arena y el tiempo que ya lleva allí adaptando la vista, le ayuda a contrastar, como fantasmales bultos, a los oscuros y herrumbrados bidones que parecen diseminados por el lugar. De súbito, un ligero escalofrío le recorre el cuerpo, le ha parecido ver moverse algo, como una sombra que parece esconderse y asomarse continuamente detrás de lo que parecen bidones agrupados, a unos treinta o cuarenta metros, a la*

izquierda del depósito de gas. Percibe que el valor que parecía había recuperado le abandona ¿qué hacer? Le viene fugazmente a la memoria el impresionante susto que tuvo hace unos once o doce años, en las ruinas del anfiteatro romano de Tarragona, de libre entrada en aquella época. Era invierno y junto a unos compañeros de colegio, al igual que en otras ocasiones, fueron a jugar al escondite a aquel magnífico e histórico lugar, lleno de sitios donde escaquearse. Casi en la total penumbra, apenas se distinguían los cuadrados bloques de piedra dorada caliza, débilmente iluminados por el reflejo de las mohínas farolas del cercano Paseo de la Palmeras. Llevaba un rato divirtiéndose, pues hasta aquel momento no le había tocado “parar”, cosa lógica, ya que conocía mejor que sus compañeros todo aquel laberinto de rocas talladas; era un auténtico veterano del anfiteatro después de tantos años de juego entre aquellas históricas piedras de la Tàrraco Imperial, no había rincón, agujero, muro y pasos subterráneos de las ruinas que no conociese. Había bajado por una cavidad y adentrado en un pequeño túnel que bien conocía, sabedor que sus amigos no se acercarían a tan alejado y oscuro rincón. Se había sentado al inicio de una pequeña sala subterránea, protegido por la más absoluta penumbra y totalmente confiado en el perfecto escondite. Estaba convencido de que el domingo los demás compañeros le tendrían que pagar la entrada al cine, premio que ganaba quien no era encontrado por sus compañeros, cuando de pronto, una piedra le impacta en la espalda y un gruñido, seguido de una voz gangosa, le grita “¡Vete de aquí! ¡Este lugar es mío!”. Como alma que lleva el diablo, casi gateando, pero veloz, sale del estrecho y bajo túnel, convencido que allí no iba a volver nunca más de noche. De día volvió junto con un compañero y, con el valor que da el ir acompañado y llevando unas teas encendidas para entrar en el oscuro y pequeño túnel, encontró la respuesta: unos cartones, unas viejas mantas y varias botellas de vino vacías, hacían suponer que era frecuentado por algún vagabundo aficionado a la bebida. Pero ahora no cree que haya un inofensivo vagabundo refugiándose en Atlas y, mientras intenta distinguir otra vez aquel bulto en movimiento, nota una sensación parecida al susto del anfiteatro romano, pero ahora con veintidós años y un fusil de verdad, cargado con proyectiles del 7’62, que atravesarían planchas de acero de un centímetro, debería sentirse valiente... Pues ni por esas, está más acongojado que cuando tenía que enseñar las notas del colegio a sus padres. El cuerpo de guardia está demasiado alejado para que oigan su grito pidiendo ayuda; además, aquello que se ha movido no sabe qué es y no vaya a ser que haga el ridículo, por lo que, al fin, sacando valor de las entrañas, quita el seguro del Cetme y procede a acercarse agachado, desviándose por la derecha para sorprender desde otro ángulo a “aquello”. El pulso se le ha acelerado como cuando en su época de ciclista amateur ascendía puertos de montaña en plena carrera. Gradualmente el bulto se va dividiendo en tres o cuatro que parecen bidones, semienterrados por la activa arena y, es entonces, cuando oye el familiar ruido de una lona agitada por el viento. Sin duda era ese puñetero pedazo de toldo lo que le había hecho pasar tan aciago momento. Se siente ridículo, pero mucho más tranquilo. Con la inquietud más suavizada, vuelve a poner el seguro del fusil, recordando que tiene una bala en la recámara, no vaya a ser que, sin pretenderlo, roce el gatillo y se dispare el Cetme.

Ahora su preocupación es la climatología, está destemplado y pasado el azaroso momento, vuelve a sentir que el frío le cala hasta los huesos, ¿cómo puede ser junto al mar, iniciándose el mes de julio? Enciende la linterna bajo la manta para no descubrir su posición y consulta la hora. ¡Mierda! la una y media de la madrugada, todavía le queda la mitad del suplicio y parece que lleve una eternidad. El poco acogedor panorama que le espera hace que busque un improvisado refugio para reanimarse, pero ¿dónde? Sin apartarse de la zona de vigilancia... No, no existe... o ¡sí! Aquel bulto a treinta metros del primer depósito, apenas distinguible, recuerda que es un camión militar cisterna que lleva aparcado todo el día. Se encuentra tan aterido que decide acercarse hasta el vehículo para comprobar si la puerta de la cabina está abierta y... sí, sí, la puerta se abre y, sin pensarlo, espoleado por el viento que le golpea el cogote, entra. A pesar que la intención es la de permanecer unos minutos en el confortable refugio hasta coger un poco de aliento, pues considera que se ha alejado en demasía de la zona a vigilar, plácidamente va alargando la estancia, allí está muy cómodo, se siente más seguro y no tiene frío.

*La puerta del conductor se abre y una sombra parece precipitarse sobre él, se despierta sobresaltado y coge velozmente el fusil que se encuentra apoyado en el salpicadero del camión, pero inmediatamente se apercibe que se había dormido, que estaba soñando y que la puerta continúa cerrada. Aquel susto onírico le parece premonitorio y ya no se encuentra a gusto allí. Antes de abrir la puerta, comprueba la hora, ¡bah! Solamente ha pasado media, todavía queda una hora de puesto, mucho tiempo para pasarlo afuera del camión, pero ahora le da mal rollo quedarse allí, así que se cubre con la manta y calando la gorra con la siroquera desplegada, sale al exterior, donde comprueba que la próxima hora es poco esperanzadora y que va a quedar nuevamente aterido.*

*Cuando se anhela alcanzar el final este parece no llegar nunca y la espera se hace eterna, pero todo acaba y, por fin, el parpadeo breve de la luz de una linterna le avisa que llega el relevo y, con él, el alivio. Otro recluta pasará tres horas en este incómodo lugar. De día le preguntará cómo le fue el servicio, ahora le espera el mugriento camastro, pero ¡qué comfortable le parece! Si tiene suerte volverá a enlazar con el sueño que dejó en la puerta de Maderas Sierra»*

Tal como ya mencioné antes, la veteranía templaba los nervios, aunque podía haber soldados más temerosos, incluso, alguno que no se adaptaba nunca, como es el caso de un compañero que vio “moverse” la escultura de la gacela que se encontraba frente a la entrada del “viejo” cuartel. Un disparo en medio de la noche le dejó una indeleble señal por el impacto. En su pánico, había demostrado buena puntería, aunque todo hay que decirlo, la “cabra”, como coloquialmente la nombrábamos, no estaba muy lejos, porque si no se había movido del lugar (es de convencimiento común que no se movió), se encontraba a pocos metros del centinela. Aquel suceso me cogió de permiso, pero fue cierto que pasó (con sus diferentes e inevitables versiones) y, además, me lo corroboró el propio protagonista, al que más tarde le rebajaron de todo servicio de armas y le hicieron cambiar de “novia”, sustituyendo el fusil por la pala o por cualquier otro servicio que no contemplase las armas. Este mismo compañero fue noticia porque estuvo varias semanas sin defecar. Sus padres tenían una pastelería en Barcelona y regularmente le enviaban ricas pastas, sustituyendo muy frecuentemente la cena por la ingestión del laminero producto. Al parecer, este hábito le fue creando estreñimiento hasta producirle un tapón en el recto, más duro que el hormigón. Ni los laxantes que le recetó el matasanos militar, ni las lavativas que las monjitas le aplicaron en el hospital de El Aaiún, eran capaces de corregir el problema, por lo que se le estaba preparando un viaje al hospital de la Palmas, donde procederían a una intervención quirúrgica, si llegaba el caso, con el fin de extraerle el indeseable “pegote”. Pero una tarde, cuando la tropa estábamos descansando durante la reglamentaria siesta, se oyó un grito desgarrador que repetía la misma frase. En nuestro adormecimiento, al principio no atinábamos a entender lo que decía el que parecía enloquecido compañero. Por fin, según se acercaba a nuestro barracón, ya que dormía en el mismo que yo, entendimos los que decía: «he cagado, he cagado». Realmente pronunciaba “cagadu”, porque eso sí, mi paisano jamás abandonó su fuerte acento catalán. Los que visitaron las letrinas después de la deseada evacuación de las aguas pesadas del “pastelitos”, casi sucumben al hediondo olor que producían sus acumuladas y duras heces que, por su enorme cantidad, eran incapaces de atravesar el agujero de la letrina.

Mi destino durante varios meses como furriel me libró de las permanentes guardias y refuerzos que debían hacer cada cuarenta y ocho horas los que no tenían el destino de “La Cinta”, aunque estos igualmente hacía refuerzos cada tres días, incluso cada dos cuando se hacía necesario. En mi deseado puesto, al estar rebajado de todo servicio y ser el furriel el que los decide y nombra, fui, en cierto modo, un privilegiado, aunque con la coincidencia con dos capitanes, se me complicó un poco la vida, especialmente con el segundo. El capitán Borreguero, el cual siempre me trató muy bien, era un oficial muy celoso de su responsabilidad y me controlaba todo el material, armamento y, además, me hacía ir a la oficina a ayudar al escribiente a pasar escritos a máquina. Con él no tenía apenas descanso y, en horas de asueto, me hacía ir a su vivienda a “reparar” los estadillos y cuadrantes de los servicios. Del capitán que posteriormente lo substituyó, la cosa fue muy diferente, pero más adelante saldrá a colación.

Aunque el Batallón de Cabrerizas dejó de ser de corrigendos en el año 1964, convirtiéndose en un “batallón” compuesto exclusivamente por tropa de reemplazo, siguió siendo “residencia” de unos pocos penados hasta el 1973, año en que el cabo Ernest Vilches Rull —compañero mío en la 2ª Cía.— y un soldado, trasladó a las Palmas al último corrigendo, un objetor de conciencia.

Transcribo textualmente su personal relato del hecho:

### **«EL ÚLTIMO CORRIGENDO», relato de ERNEST VILCHES RULL.**

*«El Batallón de Cabrerizas I estaba en proceso de cambio en el año 73/74, la unidad en los primeros meses de estancia era prisión militar, también se había convertido en un batallón de trabajo puesto que se estaba construyendo un nuevo cuartel en Bucraa (Fosfatos), a su vez, con la incorporación de las” tanquetas “, se convertiría en el Batallón de Infantería motorizada Cabrerizas I.*

*En la prisión militar del cuartel quedaban 3 presos, dos legías, Klaus y Jurguen, dos pájaros de cuidado, famosos por haber matado a un taxista y haberse escapado a Mauritania con el taxi, por descontado que no llegaron al país vecino. Y el protagonista de la historia, que era un objetor de conciencia (Testigo de Jehová), que no recuerdo su nombre.*

*A la hora de repartir las tareas el furriel, comenta que se van hacer traslados de presos a las Islas Canarias y que va a ser nuestra unidad la que dará cobertura a los traslados.*

*A estas, al día siguiente el Sargento Jiménez me llama y me comunica que voy a ser el comandante de esa misión ¡UAAAH! Calambres en las piernas y nudo en el estómago. Estaba todo preparado la expedición, que era de cuatro: dos Soldado, yo, que era el cabo, y el corrigendo objetor. Nos pertrechamos como para la guerra, correajes cargadores con su correspondiente munición, bayoneta al cinto y pistola.*

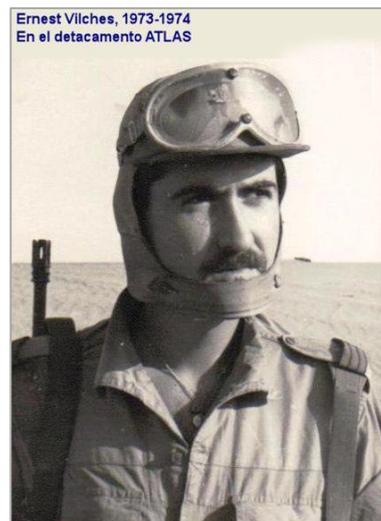
*La parte positiva del viaje era que visitábamos Canarias y, sobre todo, volver a la civilización. La misión consistía de embarcar al preso y entregarlo en Las Palmas a la Policía Militar, que organizaría el traslado a la nueva prisión militar de destino, y regresar a la unidad en Cabrerizas. Llegó el día y los mandos de la unidad no repararon en consejos e instrucciones para que aquello saliera bien. El preso con cara de asustado, ya que su estancia en Cabrerizas no había sido muy buena (se le trató mal), y el cuerpo expedicionario (acojonado).*

*Se nos traslada a la playa en busca del “correillo”. Estaban preparadas unas lanchas de desembarco (vehículos anfibios), que trasladaban o descargaban víveres y personas, puesto que los barcos no podían fondear cerca. Allí empecé a visionar que el viaje iba a ser movidito. La mar estaba muy movida y las lanchas al acercarse topaban con el barco y para subir teníamos que aprovechar, cuando la mar nos lanzaba contra el casco del buque, en saltar a escalera de cabos, ayudados por un marino que te echaba el brazo y “palante”. Me había aprendido el guion y como comandante de la misión fui el último en subir.*

*Doy la orden a los dos soldados de que suban, pertrechados era difícilísimo. Una vez conseguido en los momentos posteriores doy orden al preso de que proceda a subir.*

*La dificultad, la misma, mis soldados mareados o acojonados todavía no lo sé, ni se preocupan por mí y el marino insistiendo en que suba que cada vez está peor el mar.*

*Tras varios intentos y no pudiendo alcanzar la escalera me recomiendan que me desprenda del Cetme y el macuto para facilitar la subida. Cuando me doy cuenta, es el preso el que sujeta mi fusil y macuto, y yo*



*¡sin poder subir! Y las órdenes y los consejos que me habían dado ¡olvidados! Por fin subimos y agradezco la ayuda y me apresuro a coger el arma reglamentaria. Tengo que confesar que el preso en cuestión era buena persona. Fue una noche inolvidable en las bodegas del “correillo”, un olor a gasoil insoportable, unos mareos y algún que otro vómito de mis soldados. Horrible.*

*Por fin llegamos al puerto de las Palmas, con la sensación del deber cumplido y esperando que la policía militar recogiera al preso y a buscar el cuartel de transeúntes para descansar y organizar el regreso. No fue así, la policía militar no hizo presencia en el desembarco y tras varias consultas en el puerto, decido poner en marcha otro plan que no estaba establecido. La policía nos indica dónde está el cuartel de Lomas Coloradas. Y en fila de a uno organizo la expedición, puerto y “palante” preguntando. No olvidaré las caras de las prostitutas que había en aquel barrio cuando pasamos en fila, preso en medio y yo cerrando la procesión. Se me hizo interminable, no recuerdo el tiempo, pero sí cuando avistamos Lomas Coloradas, Ya al acercarnos vi movimiento. Llegamos al cuerpo de guardia y apareció un oficial de Milicias (recuerdo su bigote). Formo al cuerpo expedicionario y le doy novedades. A sus órdenes mi teniente, se presenta el cabo... Y me interrumpe, pero chavales, de qué guerra venís. Le doy todo tipo de explicaciones y el oficial sólo preocupado de que hubiéramos paseado todo nuestro arsenal de guerra por la ciudad. Allí quedó nuestro preso y la aventura supuso una semana de estancia en Las Palmas, esperando regresar a nuestra unidad, esta vez en un avión bimotor que parecía no iba a despegar nunca (creo era un Focket). La estancia tuvo también sus aventuras, nada que ver con la explicada. Que orgullosos se mostraron los mandos a nuestro regreso, lo mencionaron hasta en la retreta de la noche y nos dejaron descansar al día siguiente. NADIE SE ENTERÓ QUE EL CHOPO ME LO RECOGIÓ EL PRESO. Me hubiera gustado recordar los nombres de los compañeros de expedición.*

Recuerdo perfectamente el traslado del corrigendo y la explicación que me hizo el compañero Ernest a su regreso de Las Palmas, coincidiendo su relato de ahora con lo comentado entonces, hace cuarenta y siete años ya, aunque, en mi recuerdo, la expedición era de un cabo y un soldado, en lugar de dos, pero doy por hecho de que el error es el mío, porque después de tantos años, se cuele alguna laguna y, por fuerza tiene que ser él el que recuerde mejor como protagonista que fue.

Al inicio de su relato, Ernest comenta: «El Batallón de Cabrerizas I estaba en proceso de cambio en el año 73/74, la unidad en los primeros meses de estancia era prisión militar, también se había convertido en un batallón de trabajo puesto que se estaba construyendo un nuevo cuartel en Bucraa». En esta apreciación de «prisión militar», difiero de él, porque el objetivo del Batallón ya no era el de prisión desde el 1964, aunque tuviese algún penado dentro de sus muros. La cárcel del cuartel estaba compuesta, si la memoria no me falla, de seis u ocho celdas y, según testimonios de compañeros de reemplazos anteriores, jamás fueron ocupadas, aunque sobre esto hay diferentes opiniones. Yo que, como furriel en el 1973 utilicé cuatro de las celdas como oficina, almacén y armería, me dio la sensación de que realmente no habían tenido uso, o este había sido muy breve. Generalmente, los pocos corrigendos que provisionalmente pasaban por el Batallón, dormían en los dormitorios de la tropa. Puedo afirmar que permanecí más horas en una de esas celdas, que cualquier corrigendo que hubiese estado en alguna de ellas. La diferencia es que yo tenía la puerta abierta y recibía frecuentes visitas del capitán Borreguero, celoso siempre por controlar hasta el último “engranaje” de la Compañía.

### **Reemplazo de los de Julio del 73:**

Este reemplazo (oficialmente era el reemplazo de Julio del 1972, pero el inicio físico del periodo militar era exactamente doce meses después) era mucho menor que los de abril, que fuimos los que aumentamos considerablemente la dotación del Batallón. Llegaron el lunes 24 de septiembre, por la tarde, al día siguiente de haber jurado bandera. Siendo yo el cabo furriel de la 2ª Cía., recibí al grupo destinado a nuestra compañía, al que, con la ayuda del “asturies”, mi ayudante y responsable de la armería, les fuimos

entregando bagaje: Colchón, funda para el mismo, sábanas “limpias” (aunque esto podría ponerse en duda), mantas y el fusil Cetme, asignándoles literas en el dormitorio 1, que es el mismo en que yo me encontraba. En este grupito llegaban algunos de los que fueron grandes amigos durante nuestra estancia y seguimos siéndolo en la actualidad, como Manuel Borrego Rodríguez y Francisco Orriach Espinosa.

Cuando apenas habíamos colocado a los recién llegados, empecé a sentirme enfermo, con fuertes temblores y un frío que me llegaba hasta el alma, a pesar de que la tarde era cálida. Las horas siguientes fueron terribles para mí, llegando rápidamente a rozar los 42° de fiebre. Recuerdo que, casi habiendo perdido el conocimiento, después de haber vomitado todo lo ingerido en las últimas veinticuatro horas, el sanitario comentó que si subía un poco más estaría «jodido del todo». Era tanto el sufrimiento físico que padecía, que pensé que ya no volvería a salir del cuartel por mi propio pie, y que lo más probable es que lo hiciese dentro de una caja de pino. Ciertamente acabé perdiendo el sentido mientras mi cabeza parecía a punto de estallar y todo me daba vueltas, para colmo de los males, los cabos primeros que, detrás de una cortina, estaban al fondo del dormitorio, cerca de mi litera, cantaban y palmeaban unas sevillanas acompañados de un radio-cassette a todo volumen y una buena dotación de bebidas espirituosas. El cuartelero, según me comentó él mismo al día siguiente, les pidió cesasen con el ruido, pues había un compañero (yo) en lamentable estado, pero en su alegría, ni hicieron caso y continuaron con la estridente fiesta. El teniente médico bajó desde El Aaiún, avisado por radio de mi gravedad. El pinchazo de la inyección que hizo bajar la enorme fiebre y, quizás, salvar mi vida, hizo que recobrara el sentido. Las “sevillanas” habían cesado, pues cuando entró el capitán Borreguero a ver mi estado, acabó con la fiesta-botellón. Al día siguiente, en una de mis muchas visitas a las letrinas, con una diarrea continua que me estaba dejando sin fuerzas, resbalé en la letrina e introduje una pierna dentro del pastoso agujero. No comento la consecuencia para no ser más desagradable. Una fuerte salmonelosis, según me comentó el sanitario, parecía la causante. El día anterior, en la Jura de Bandera de los de julio, a la que fui a ver al BIR, comí un bocadillo de mejillones en escabeche, de conserva. Al parecer tenían la bacteria de la salmonella.

En este punto de la «Crónica de Cabrerizas», creo que es el ideal para transcribir la primera parte del relato de la mili del compañero cabrerizo Manuel Borrego Rodríguez. He respetado al completo su narración, aunque esta incluya el BIR, por su intrínseco valor testimonial.

### **RELATO DE MANUEL BORREGO RODRÍGUEZ:**

*“Un viaje al Sáhara que empieza en Malgrat de Mar, un pueblo barcelonés. Corría la primavera de 1972 cuando se recibe una carta en mi domicilio de Jerez, en la que ponía que tenía que presentarme para tallarme por entrar en quinta; como por esa fecha estaba trabajando en la localidad barcelonesa, decido pasar por el ayuntamiento, ya que en uno de los apartados decía que lo podía hacer en cualquier ayuntamiento si no estaba residiendo en mi domicilio habitual; pues así lo hice, y me tallan con los mozos de Malgrat de Mar. Me dicen que si el sorteo quiero que sea por la capitania de Cataluña o por la de Sevilla*

*Como ya llevaba un par de años trabajando en Barcelona pues dije que me sortearan por Sevilla, ya que así estaría más cerca de casa. Cuando recibo la segunda carta en la que me comunican que me había tocado en el BIR nº 1, aún no me llevé la sorpresa, pues no tenía ni idea de donde estaba ese «BIR». Preguntaba a conocidos sobre ese destino y nadie sabía decirme, «Es que Bir nº1 no me suena» —decían—, «porque lo normal es CIR, seguro que se habrán equivocado y han cambiado la “C” por una “B”». La sorpresa me la llevé cuando me dicen que eso quiere decir Batallón de Instrucción de Recluta y está en el Sáhara... ¡al lado de casa vamos!*

*1º Día, 15 de Julio del 1973 en Cádiz, en cuartel de Artillería nº 15, en dónde nos hacen entrega del petate y cubierto, y nos leen algunos artículos, de los cuales, casi todos eran penas de muerte. Prácticamente era casi imposible salir vivo, pero como no teníamos otra alternativa, emprendimos la aventura. Los que tenían*

*familia en Cádiz podían dormir fuera y los que no, en el cuartel, para por la mañana salir en tren hacia Sevilla.*

*2º Día, 16 de Julio. Estación de trenes de Cádiz destino Sevilla. Reconocimiento médico en el Hospital Militar de Sevilla y, después, ducha (túnel de lavado entre dos paredes alicatadas con chorros de agua entre cruzado a ambos lados sin parar de andar hasta salir por el otro lado, el secado no estaba incluido).*

*3º Día, 17 de Julio. Por la mañana bien temprano empieza el traslado para el Sáhara en aviones bimotores de hélices DC-3. Nos proporcionan una la plaquita metálica con un número y una cuerdecita de cáñamo o algo así, para colgársela del cuello y, a continuación, el cachondeo: «que si de los cuatro aviones solo llega uno, etcétera...». Las horas de viaje con las clásicas anécdotas, porque cuando uno iba al lavabo íbamos unos detrás del otro y al final el del mono naranja pegando gritos...*

## LLEGADA A AL SÁHARA

*Llegada a El Aaiún hacia el mediodía. Foto y reconocimiento del paisaje, cuatro hierbajos secos arrastrado por el viento rasante, foto en la escalerilla para el recuerdo y a formar que los auxiliares del BIR nos estaban esperando. Los Pegasos de la Legión esperándonos con los “butacones-tablero” a ambos lados, tapizados en madera y dando saltitos camino del campamento. En los camiones iban palas de mano. Decían que estaban allí por si en el camino teníamos que palear arena de la carretera que va desde el aeropuerto hasta el BIR; eran unos veinticinco kilómetros que, en buena parte, atravesaba una cadena de dunas, donde frecuentemente la arena invadía la carretera arrastrada por el fuerte viento del norte.*

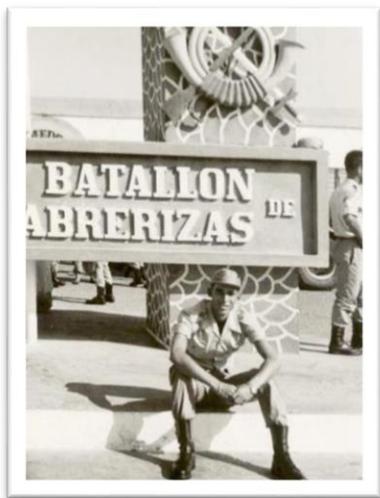
*De la llegada, lo que más recuerdo es lo del equipo de fútbol; me explico, como el equipo anterior se había licenciado según nos decían, hacía falta hacer otro; todo el que supiera jugar o le gustara, se podía apuntar, pero ya, porque había que empezar a estrenar enseguida. Se apuntaron 15 o 20 y, a los cinco minutos, todos los aspirantes a emular a Kubala o Di Stefano, pasan con una pala al hombro camino del muro. Aquella vez me libré del paleo de arena por no gustarme el fútbol, pero más tarde me tocó. Me destinan a la 3ª Compañía, o “pequeña Legión”. Los que estuvieron en ella saben el porqué del sobrenombre.*

*4º y restantes días, los demás no nos libramos de palear arena del muro hacia fuera, aún con la ropas de civil. En el BIR todo era repetitivo, instrucción, gimnasia, baños en la playa (no siempre). Recuerdo que algunas veces no íbamos al “baño higiénico” porque según decían había mar de tiburones, (marea alta y los escualos se acercaban a la orilla. No sé si era verdad o mentira). El servicio de cocina era uno de los más duros. De las veces que me tocó ir con el camión de la basura, siempre tuvimos que curar a alguno con heridas de lata o por cristales de botellas; en una ocasión la herida era tan profunda que no había forma de cortar la hemorragia.*

*El 23 de Septiembre 1973 juré a la bandera individual y en fila de a tres, los desfiles siempre me han emocionado y disfrutaba desfilando, con la música la ropa de gala los banderines y toda la parafernalia que un desfile conlleva.*

## DESPUES DE LA JURA AL BATALLON DE INFANTERIA CABRERIZAS – I

*Despertamos de la Jura y al día siguiente andando al nuevo destino, a un kilómetro y medio de distancia, al Batallón de Infantería Cabrerizas I, en Cabeza de Playa. Me toca la 2ª Cía.*



*En nuestra primera diana como soldados, nos levantamos tranquilamente, vistiéndonos sentados en la cama, cuando asoma por la puerta el sargento semana Jiménez, la cierra tras de sí y le dice al corneta, toca nuevamente diana. El corneta tocando diana dentro del dormitorio y el suboficial con el cinturón dando cantazos por las literas a un lado y al otro diciendo «cuando acabe el toque tenéis que estar en el patio formados». Poco nos duró la presunta veteranía, también tengo que decir que lo del cinto fue para impresionar, porque no recuerdo que le diera a ninguno, más bien sonaba el ruido de las literas metálicas.*

*Los que fuimos a Cabrerizas en aquel reemplazo no nos dieron pastilla por lo menos en mi dormitorio que yo recuerde, porque los veteranos, los pobrecitos, estaban reventados de tanto trabajar en el nuevo cuartel en construcción, y nos mandaban callar por la noches.*

*Recuerdo cuando llegaban a mediodía a comer entraban los camiones en el patio y tal como se iban bajando del camión formaban para entrar al comedor, con las nailas (sandalias típicas del ejercito sahariano) los pantalones medio rotos, y las camisas igual, quemados por el sol que tenían que soportar trabajando.*

*EL CHIRINGUITO DE CABEZA PLAYA (coger materiales prestados).*

*El Chiringuito de oficiales de Cabeza de Playa, famoso, sí señor, el más famoso de los que yo he conocido, anécdotas las habrá a miles y yo contaré algunas...*

*Hacían falta bloques de cemento, aquellos de dos agujeros, pues se tomaban “prestados”. Una noche, después del toque de retreta, nos dice el brigada: «Tú ,tu, tú y tú (hasta diez o doce soldados), acostaros vestidos, que luego os llamaré, que tenemos que hacer un trabajito...». Nos llamó sobre las doce o la una de la noche, nos montamos en el camión Pegaso Comet y nos dirigimos al cuartel nuevo en construcción, cerca de las instalaciones del Fosbucraa. Poco antes de llegar, en un descampado había material de obra del nuevo acuartelamiento, nos tuvimos que salir de la carretera hasta llegar al lugar y, entonces, se nos atascó el camión en la arena. Acudió a ver qué pasaba el saharauí que estaba de guarda de los materiales. Con tanto ruido, acudieron los Policía Territoriales que estaban al lado, y al preguntarnos qué nos pasaba, al Brigada se le ocurre decir: «Estos son los futuros cabos y tengo orden del Comandante de sacarlos para que aprendan a orientarse de noche por el desierto. Entre todos sacamos el camión hasta la carretera, y emprendimos la marcha como si fuésemos de regreso. Apenas nos habíamos alejado, cuando el brigada dice: «apaga las luces y para el camión». Tuvimos que ir a más de trescientos metros, casi arrastrándonos por el suelo, con dos o tres bloques cada uno. Otra vez hizo falta una hormigonera y fuimos a El Aaiún a por ella, pero esa es otra historia (previo aviso de que si nos pillaban íbamos al calabozo, porque todo aquello era iniciativa nuestra, no podíamos decir que nos habían mandado.)*

*El 10 de Noviembre de 1973 asciendo a Cabo.*

#### **CABRERIZAS EN CUARENTENA**

*Recuerdo que el cabo Francisco Orriach (popular cabo de obras del famoso chiringuito de Cabeza de Playa) se puso malo y se los llevaron con dos o tres, más el sanitario, a El Aaiún y quedó ingresado en*

*el hospital, en una habitación aparte, es decir, en cuarentena, según nos decían los Sargentos que iban de visitas hospitalarias. En el batallón también estuvimos en cuarentena. No podías salir del cuartel ni entrar nadie, excepto los que estábamos haciendo el curso de Cabo 1º, que teníamos que ir al BIR andando y nos teníamos que esperar en la entrada principal a que viniera un sanitario y nos acompañara a la clase, y luego hasta la salida sin pasar por la cantina. Una de las veces, como tardaba tanto el sanitario en venir nos sentamos en el suelo de la entrada sobre la tapia pasó un Cabo 1º de los reenganchados y como no nos levantamos, se para, se vuelve y nos dice: a ustedes en Cabrerizas no les enseñan a saludar, uno le contesta que sí, pues ahora me voy a volver y pasaré de nuevo. Pasó y todos nos levantamos como manda los cánones y le saludamos ¡a la orden de usted, mi primero ¡*

*Ya en Cabrerizas recuerdo que durante la cuarentena los suministros los dejaban en la puerta y nosotros los teníamos que meter para dentro. Al final nos enteramos de que Orriach tenía paperas, pero radio macuto dijo de todo, como siempre pasaba en este habitual medio cuartelero.*

#### LAS GUARDIA DE ATLAS

*Recuerdo un día de guardia en los depósitos de combustible Atlas, con aquella pila de arena acumulada alrededor, las noches parecían más oscuras. Unos de los que estaban de guardia era el "Francisquito". Como tenía los antecedentes de los tiros que le pegó a la cabra (gacela) que estaba en la puerta del cuartel, opté por dejarlo en la puerta del cuerpo de guardia, si se le puede llamar así, porque aquello era un cuartucho de nada, con un teléfono de manivela, una mesa, unas pocas literas y un aseo. El cuartito donde estaban las literas tenía una ventana que daba a la parte de atrás y casi entraba la arena por ella, por allí teníamos que meter material para el chiringuito bien sacos de cemento o bloques y dejarlo en los aseos para cuando por la noche viniera el camión a traernos la cena pues si para una cena de la guardia venia un señor camión lo aculaba sobre la puerta de entrada y se hacia el trasvase. Al final nos tuvieron que poner una contraguardia y cada vez que salíamos uno de nosotros fuera se nos apegaba uno de los que allí trabajaban y no nos dejaba ni a sol ni sombra. Pero en fin volvamos al principio, con "Francisquito". Pensé que, si lo dejaba en la puerta, lo tenía más controlado, porque esta noche es capaz de pagarle un tiro a alguien... Total, que lo dejo en la puerta y con el resto continuamos para hacer el relevo en el siguiente puesto, estando efectuando el relevo, oímos un grito de terror, acudimos todos corriendo hacia el cuerpo de guardia que era de dónde provenía el grito, cuando llegamos encontramos a "Francisquito" con una mano sobre la garganta y la otra estirada señalando con el dedo ¡allí, allí! ¿Qué pasa allí? le pregunto ¡una luz, una luz! (la luz era de nuestra linterna). En guardias posteriores a la de los tiros, y en el cuartel, estando él de centinela de guardia, tuve que salir más de una vez porque decía que la cabra se movía. Al final acabé quitándole la munición por precaución y, al sentirse indefenso, acabó comprándose una navaja "por si las moscas".*

#### EL TENIENTE OTERO (C.O.E )

*Sería sobre finales del 73 o primeros del 74, cuando vino a Cabrerizas un teniente joven, vestido de verde (no de caqui, sino verde paracaidista o de las COE). Pronto fue el responsable de formar a los cabos y presuntos cabos, haciéndonoslo saber, también que ello representaba hacer menos instrucción de orden cerrado y librándonos de otros servicios. Casi todos pensamos que era un chollo, pero a partir del primer día en que salimos de "excursión", comprobamos que era todo lo contrario. La salida fue larga. Con todo el equipaje correspondiente, correa, cartucheras con cargadores, mochilas, bocadillos, incluyendo bota de vino... que acamparemos para comer y echar el ratito. Partimos dirección norte, pasamos por el BIR y continuamos..., rebasamos el punto donde estaba el barco encallado en la arena, continuamos por donde estaban las salinas con el agua roja, y continuamos... hasta que al buen hombre le pareció bien de parar. No sé cuántos kilómetros más al norte, nos quitamos la mochila y a algunos nos no dio tiempo ni de ponerla en el suelo cuando nos comunica y ordena que regresamos... Con los bocatas y*

*las botas de vino y botellas sin estrenar en las mochilas, emprendimos el regreso al Batallón. Cuando llegamos, parecía que veníamos de la guerra y habíamos perdido la batalla uno con las botas en las manos el cetme en bandolera, pero de toda forma vimos el cielo abierto cuando pasamos por el cuerpo guardia y enfilamos la puerta de la Compañía cada uno a su aire y perdida la formación no nos dio tiempo ni siquiera a entrar cuando escuchamos de nuevo al teniente decir. —¡A formar! Cuando estábamos todos formados, se puso delante y a paso ligero nos sacó por la puerta de detrás la que daba a las letrinas y enfilamos hacia la “pista americana”, allí nos hizo pasar dos o tres veces por ella incluyendo por donde vaciaban los pozos ciegos, pero él iba delante (dando ejemplo). Ni que decir que cuando habían pasado unas semanas, nuestro estado de forma era superior. Luego, una vez licenciado y pensado fríamente, se lo agradecí, porque cuando las cosas se pusieron “chungas”, estábamos más preparados mentalmente.*

EL OVNI

*Hubo un suceso del que fui testigo: la aparición de un OVNI.*

*La hija del capitán Vieira me dijo que en los años 72, o 73, aproximadamente, un O.V.N.I. se posó en la Duna Madre. Ella lo recuerda perfectamente. De aquello no se volvió a comentar nada, sin embargo en aquellos días fue ampliamente conocido por mucha gente del ambiente militar. Mandos y soldados de servicio algo sabrán. ¿Alguien recuerda el suceso? También era conocido en aquella época que las personas relacionadas con la aviación tenían experiencias personales con visiones de objetos volantes diferentes. Y sobre todo en el Sáhara. Algunos de los que allí estábamos aquella noche pasando retreta, fuimos testigos del acontecimiento. El aparato no identificado (llamémosle O.V.N.I., porque no se supo lo que era) en todo lo alto de la duna. Se rompió filas y todos nos dedicamos a mirar para arriba y hacer comentarios que si esto, que si lo otro, lo cierto es que no hacia ruidos, y tal como llegó se elevó en el aire, estuvo otro rato parado y se alejó, no en línea recta, sino como haciendo media luna en dirección al Aaiún y luego hacia la izquierda. Supongo que algunos de los que allí estábamos lo recordarán.*

Recuerdo muchas de estas anécdotas comentadas por el compañero Manuel Borrego, pues coincidimos en el tiempo desde su llegada a finales de septiembre del 1973, hasta finales de Julio del 74, fecha en la que me fui licenciado, quedándole a él tres meses de mili al ser de un reemplazo posterior al mío. Recuerdo las “excursiones” de los cabos con el joven teniente Otero, auténticas marchas a través del desierto. En la primera advirtió que todos vistieran doble calcetín para evitar llagas en los pies. El oficial quizás desconocía las carencias de equipamiento de la tropa cabreriza. En el BIR nos entregaron dos pares de los blancos calcetines, que fueron los únicos que tuvimos durante los más de trece meses de permanencia. Algunos ya sólo disponían de un par, por lo menos en buen uso (el otro par, posiblemente estaba en el fondo del petate, perfumando este con un fuerte olor a queso de Cabrales, y podría estar esperando un necesario lavado en un día de playa, dada la imposibilidad de lavar en el cuartel). El caso es que no todos llevaron el doble calcetín, sufriendo estos las consabidas llagas y, algunas, sangrantes, debiendo ir el herido a visitar al sanitario. No recuerdo si fue porque el teniente Otero se enteró de las heridas, o porque verificó directamente quiénes llevaban o no doble calcetín, el caso que castigo a los de una sola prenda. Yo, como furriel que era, me libré de esta primera marcha y de todas las que le sucedieron. Recuerdo ver llegar la columna de cabos en estado de agotamiento y, en la cola, al cabo Chavarri, de abril como yo, más rojo que un tomate, con la parrilla colgada en la espalda, en la que debían haber hecho la “barbacoa” campera, y que no se usó. El suceso del “OVNI” ocurrió estando yo de permiso, por lo que fue entre enero y febrero del 74, pero del que fui debidamente informado por mis compañeros. Lo que Borrego comenta de la



apropiación de material de construcción para destinarlo a las obras del chiringuito de oficiales, es totalmente cierto (coincidente con el relato de Alejandro Rodríguez Trempe). Estas “maniobras” nocturnas se efectuaron en más de una ocasión, incluyendo una salida a coger bidones de alquitrán que se encontraban al lado de la carretera entre El Aaiún y Cabeza de Playa, para el rociado y fijado de las dunas en su parte norte, con el fin de evitar que invadiesen la misma. Para estas “maniobras de adiestramiento nocturno”, la orden provenía del teniente coronel.

La vida de la tropa en el Batallón siguió siendo bastante dura durante casi todo el resto del 1973. Los trabajos en la construcción del nuevo cuartel se llevaban a buen ritmo, gracias al esfuerzo de los soldados-trabajadores y la “firmeza” del encargado de obras, el teniente “Polvorilla”, al cual no le temblaba la mano cuando tenía que repartir bofetadas o castigos si encontraba al “personal” escaqueado o apreciaba que no actuaban con la suficiente diligencia.

Menos exigentes eran las “obras del chiringuito”, donde era habitual destinar un pelotón de soldados. Sin la presencia permanente de un oficial, el escaqueo era más posible. En lugar de a “un Polvorilla”, tenían de encargado al cabo Francisco Orriach Espinosa. Nuestro compañero y actual amigo “Paco”, había estudiado como aparejador (lo que ahora se conoce como “arquitecto técnico”) y, por ello, fue destinado a las famosas obras del chiringuito de oficiales. Estoy convencido de que era diligente en su trabajo, pero al no tener ni la graduación del “Polvorilla” ni su mala leche, la tropa trabajaba (o hacía que trabajaba), con mucha menor presión. De ello puede dar testimonio nuestro compañero Salvador Espinosa Paredes, que también participó en tan magna obra.

En fecha anterior a 1973, y quizás también 1972, hubo un soldado que se pegó un tiro dentro del barracón. Según me han ido llegando comentarios de compañeros que habían sido informados por otros compañeros (la exactitud del hecho puede sufrir alguna variante cuando hay varios “mensajeros” intermediando), varios reemplazos anteriores al mío, hubo un suicidio en Cabrerizas, dato que no he conocido hasta hace pocos años. No he podido saber con certeza el año, pero cálculo que fue entre el 1969 al 1971. Al parecer, un soldado que se encontraba en el barracón en horario de actividades, desconozco si de cuartelero o es que estaba rebajado de servicio, fue golpeado (no sé si con un bofetón o un puñetazo) por un teniente que había visto una colilla en el suelo. Al poco, el soldado que debía tener una bala guardada, cargó el fusil y se pegó un tiro a la altura del estómago o barriga, en dirección ascendente, saliendo el proyectil por alguna parte superior del cuerpo y encastándose en el techo. Mientras lo trasladaban urgentemente hacia el hospital de El Aaiún, yendo acompañado por el propio teniente, el soldado herido le dijo al oficial: «Por qué no me vuelves a pegar, teniente». Pero no llegó con vida al hospital; la herida era demasiado importante. Cualquiera de nosotros que conoce la potencia de un cetme a cero distancia, recorriendo el proyectil buena parte del cuerpo, sabe que difícilmente se puede sobrevivir. Al parecer, además del bajo estado de ánimo que muchos soldados padecían en el Sáhara y en Cabrerizas, la noticia de que la novia te había dejado, debía ser un plus devastador, y el desafortunado compañero no lo soportó.

El cambio del capitán Borreguero, que pasó a la primera Cía., supuso que en la 2ª, la mía, entrase un nuevo capitán. Este había sido el capitán más joven del Ejército Español y llevaba bastantes años en el Sáhara, algunos de ellos en Tropas Nómadas. Cuando llegó al Batallón ya no era tan joven, aunque desconozco si tenía alrededor de la cuarentena o es que, por su adicción al alcohol, se había deteriorado prematuramente. Desde el primer día fui blanco de su amargura, haciéndome saber que me putearía toda la mili que me quedase por cumplir. Como cabo furriel que yo era, cargo que te obliga a una relación estrecha con el capitán de tu compañía, mi estancia prometía ser complicada, como así fue durante un tiempo, no muy largo, pero suficiente para hacérmelo pasar mal. Mi solicitud del permiso oficial, el cual cumplí a los nueve meses de mili, fue para conseguir perder mi destino de furriel y, así, acabar con su maltrato. El día 15 de enero partía para cumplir con mi permiso de cuarenta días, una liberación y, al mismo tiempo, con la alegría de poder abrazar a mi familia, incluyendo a mi novia, por supuesto.

Transcribo mi relato: «EL CAPITAN Y EL FURRIEL», extraído de mi novela. Los hechos no son de ficción y están basados en mi recuerdo, sin exageraciones ni pretendidas deformaciones, aunque los

nombres son ficticios para evitar que nadie de los mencionados se sienta ofendido. Mis compañeros sí sabrán el nombre real del capitán. El de «Robert» corresponde a mi persona.

**EL CAPITÁN Y EL FURRIEL (capítulo de la novela “La Jaima del Sahara”):**

*«Robert recibe la noticia de que el capitán Berrendero pasa a la 1ª Compañía, cubriendo el nuevo capitán Villena el puesto de la 2ª Cía. Es veterano en su permanencia en el Sáhara, ha estado en Tropas Nómadas y en la Legión. Se comenta que llegó a ser el capitán más joven del Ejército español, aunque de esto ya hace varios años y sigue manteniendo el mismo escalafón. No es buena noticia para Robert, pues el saliente capitán Berrendero le tiene aprecio y, a pesar de su agrio carácter, siempre le ha tratado bien. No obstante, quizás no sea tan mala noticia. Lo que sí le inquieta en estos momentos, es apercibirse que en la furrielería falta una pistola.*

—¿Ya has buscado bien, “Sorolla”?

—Sí, furri, pero no aparece.

—¡Mierda! Estoy perdido, ya me veo cumpliendo un año de castillo... ¿Quién puñetas habrá sido? Si el único que puede entrar aquí soy yo y nadie, aparte de ti, tiene llave... ¡Oye! ¿No habrás sido tú?

—Coño, furri. ¿Cómo quieres que sea yo? ¿En dónde la guardo?

—Vamos a ver tu petate.

*El provisional ayudante del furriel no disimula su desencanto, ¿cómo puede dudar de él? Pero comprende que Robert se juega mucho si la pistola “Super Star” de 9 milímetros no aparece. Apenas hace dos semanas que llegaron a la armería de la compañía, setenta y dos pistolas recién salidas de fábrica, todas en sus cajas, y ahora, en el recuento, falta una.*

*El soldado Sorolla vacía su petate y, tal como Robert esperaba, la pistola no está, pero la gravedad de la situación le ha forzado a apurar todas las posibilidades.*

—¿Qué pasa, cabo? —Es el sargento semana que, para mayor inquietud, se trata del “Collejas” que acaba de entrar en el barracón en una de sus “descubiertas sorprendidas”, a la caza de escaqueados para satisfacer su mayor afición: arrestar, castigar y, si se tercia, abofetear.

—A la orden de usted, mi sargento, estamos buscando la llave de una de las celdas de la furrielería en el petate de mi ayudante. —Con buenos reflejos, ha dicho la mentira más apropiada, no podía decirle la verdad.

—Vale, vale, pero no estéis aquí mucho tiempo, ya sabéis que el teniente coronel no quiere a nadie por los dormitorios en horas de actividad.

—A la orden de Ud., mi sargento, ahora mismo regresaremos a la furrielería.

*Mientras Sorolla, con semblante serio por la desconfianza del furriel, cuenta los cartuchos 7‘62 —munición de fusil— de la caja desprecintada, Robert reflexiona sobre lo sombrío de su futuro si no aparece la pistola de marras. Mañana hay rigurosa revista del armamento, a la que probablemente asistirá el teniente coronel. Quizás no se den cuenta que falta una pistola, pero un día u otro saldrá a la luz, con seguridad el día que entre el nuevo furriel que le releve y, entonces, estará jodido... Ya se ve castigado con una mili interminable.*

—Furri, el capitán te llama, te está esperando en la oficina —le informa el cabo cuartel.

—¿El nuevo?

—Creo que sí, me lo ha venido a decir el sargento Prieto, yo todavía no lo he visto. Robert atraviesa el patio de armas sin preocupación alguna, pensando que quizás este nuevo capitán, al ser mucho más joven que Berrendero y, además, de academia, sea un mando más afable en el trato, aunque la verdad es que ya firmaría por tener la misma relación que con Berrendero.

*Entra en la oficina que tanto conoce. Es una sala compartida por la 1ª y 2ª Cía., con cuatro mesas, dos para los escribientes y las otras dos para los capitanes. El nuevo capitán está en la más cercana a la*

puerta. *El tarraconense ve a un treintañero, cercano a la cuarentena, no muy alto, enjuto y rostro descolorido que ojea un listado.*

—A la orden de usted, mi capitán.

—Así que tú eres el furriel, ¿por qué he tenido que llamarte, es que no sabes que ayer debías haberte presentado ante mí?

—No, mi capitán, no lo sabía.

—Pues vaya porquería de cabo furriel que no conoce el reglamento.

—Lo siento, mi capitán, de haberlo sabido, habría venido sin falta.

—Aquí no sentimos, esto no es una residencia de amigos, es el Ejército y se cumple con el reglamento a rajatabla, ¿vale?

—Sí, mi capitán, lo tendré en cuenta.

—Como ya debes saber, ¿o no? Porque tú a lo mejor no te has enterado... Mañana se pasa revista del armamento, lo quiero limpio y en perfecto estado, si algo no lo encuentra correcto el teniente coronel o yo mismo, atente a las consecuencias. Puedes retirarte.

—A la orden de usted, mi capitán.

*El cabo furriel de la 2ª Cía. regresa a su “despacho”, la celda número -1- de la cárcel. A la preocupación por la desaparición de la pistola se le une el desasosiego que le ha producido el nuevo capitán. No solamente por la reprimenda y amenaza, también porque su mirada es la típica de los alcohólicos.*

*Al día siguiente, una suave brisa del norte mantiene fresca la mañana. El sol se proyecta con intensidad en las blancas paredes del callejón, contrastando con el gris oscuro de las armas alineadas en perfecto orden y agrupadas por compañía. Lanzagranadas y ametralladoras preceden a los fusiles cetme. El armamento es ligero y austero, todavía no han llegado al cuartel los morteros, los cañones sin retroceso y las tanquetas. El batallón, en su conversión de corrigendos a táctico, todavía no está dotado con todo el armamento para ser un auténtico batallón de infantería motorizada; de todas formas, la guarnición de Cabrerizas todavía está ocupada en la construcción del nuevo cuartel, limitándose los servicios de armas a las guardias del propio cuartel y del destacamento de Atlas. Las patrullas y protección activa de Fosbucraa y su cinta mecánica de cien kilómetros, será para más adelante.*

*El armamento del batallón está desplegado en la calle que hay entre el comedor y uno de los dormitorios de la 2ª Cía., como si de un mercadillo se tratase.*

*Los furrieles de las tres compañías esperan intranquilos la llegada de la comitiva del teniente coronel y oficiales. Por fin, por la parte Este de la calle aparece el jefe del batallón, seguido de los capitanes y tenientes. Los suboficiales caminan a la cola, en su condición de inferior escalafón. La comitiva pasa lentamente frente a las piezas. Por sus comentarios, parece que “el Viejo” (como así se conoce coloquialmente al teniente coronel) ha quedado satisfecho del estado de limpieza de las armas. El nuevo capitán pide a Robert el listado del inventario y lo coteja con el que él tiene. Parece haberlo encontrado coincidente, pues nada le comenta; de hecho, ni tan siquiera le dirige la mirada. Las setenta y dos cajas que contienen las pistolas, están ordenadas en cuatro pilas, pero una de ellas está llena de arena, simulando el peso de una pistola. Robert tiene un sobresalto cuando el teniente coronel le pide que le acerque una de las cajas y la abra. Comprueba detenidamente el arma y comenta a Robert que hay que mantenerlas con su aceite de protección, pero que elimine el aceite de media docena y se tengan preparadas por si algún oficial o suboficial se la pide, pues de momento su uso estará restringido a los mandos que puedan necesitarlas.*

*El nervioso tarraconense, cabo furriel de la Segunda Compañía, respira aliviado al finalizar la revista, al igual que los otros dos furrieles, con la diferencia que, a ellos, lo más probable es que no les falte una pistola.*

*El lunes, Tóful regresa a la furrielería, los avances en la construcción del nuevo cuartel permiten reducir la plantilla de “soldados-obreros”.*

—Tóful, me alegro que vuelvas a estar aquí. Sorolla ha cumplido bien su labor, espero que lo destinen a cualquier trabajo sin esfuerzo, ya sabes que tiene una úlcera sangrante en el estómago, no entiendo por qué no lo envían a casa.

—De aquí no sale nadie, a menos que esté muriéndose o, como el caso de Itiarte, que se lo llevaron por tener tuberculosis pulmonar.

—Sí, lamentablemente es así, pero es posible que yo salga destinado a otro lugar peor.

—¡No me jodas! Qué pasa, explica...

—Ha desaparecido una pistola. Cuando hacía el recuento para la inminente revista de armas, encontré que una de las cajas estaba vacía. Si no aparece el arma estoy jodido. Seguro que me castigan a pasar una larga temporada en el castillo.

Tóful no dice nada, lo que hace pensar a Robert que quizás sepa algo.

—Veo que no dices nada, por lo que sospecho que algo sabes, tío.

—No te preocupes, la pistola aparecerá pronto.

—¡Cabrón! ¿Qué coño has hecho?

—Se la dejé a Toni el lunes pasado. Al enterarse que Gerardo estaba en El Aaiún, me la pidió para “pasar cuentas” con el hijo de puta.

—¡Mierda! Ahora ya sé qué coño llevaba en la bolsa de plástico ¿No os dais cuenta que si le pillan se pasará la vida en prisión? Y si descubren la pistola, tú y yo estamos perdidos. Ahora entiendo que te invitase a un cubata en la cantina mientras yo me iba a cambiar el uniforme de “bonito” por el de faena. En realidad, fuisteis a la furrielería, ¡cabrones!

—Solo yo estaría perdido, que soy quien se la ha facilitado.

—Y yo por no haber dado parte en cuanto he notado su falta.

—Nada tienes que temer, podrías decir que no te habías percatado de que tu ayudante la hubiese cogido; a fin de cuentas, soy el armero, no te preocupes.

—Sí, pero dependes de mí.

—Toni lo tiene todo calculado, además, en cuanto haya ejecutado al hijo puta del marido de Rosa, la pistola volverá a la armería inmediatamente, con lo que nadie la relacionará.

La información de que la pistola se usará para liquidar a Gerardo, estremece a Robert.

—Joder, tío, todavía peor de lo que me pensaba. Hasta que esto no esté solucionado, no dormiré tranquilo... ¡Joder, joder!

Apenas Robert ha acabado su frase, aparece el capitán Villena. Se ha presentado como un fantasma, sin hacer ruido. Al capitán Berrendero (Borreguero) sí le habrían oído, sus fuertes pasos de botas por el pasillo de la cárcel le delataban siempre que “aterribaba” por allí, pero el nuevo capitán viene con nailas (sandalias militares reglamentarias en el Sáhara) y pasos lentos.

—¿Qué es tanto joder y por qué no dormirás tranquilo? —pregunta fríamente el capitán.

Los dos tarraconenses sienten la sensación de caer en un abismo en el que no se ve el fondo. Si el capitán ha podido escuchar la conversación, están perdidos, tanto ellos como el propio Toni. Robert, con buenos reflejos, responde de inmediato.

—A la orden de usted, mi capitán. Se trata de mi madre, he recibido carta de casa informándome que está enferma y le están haciendo pruebas para determinar si el tumor es benigno o maligno. El capitán se queda mirando fijamente a Robert y, después de unos segundos, con pasmosa lentitud, desvía la mirada hacia Tóful. Villena no expresa ninguna comprensión ni responde a lo que le ha dicho Robert, dando muestras de poca empatía ante la posible enfermedad de la madre del cabo furriel.

—Furriel, quiero ver cómo tienes organizado todo esto.

Después de la revista sorpresa, la cual ha efectuado en completo silencio, escrutando cada celda-almacén con mirada fría, Villena se aleja con pasos lentos y sin abrir la boca.

—Joder, Robert, el nuevo “capi” me hiela la sangre, y mira que poca gente lo consigue conmigo.

—Pues si a ti te la hiela con tu temple, imagínate a mí.

—Su mirada me recuerda a mi alcohólico padre —afirma Tóful—, pero este “capi” tiene un aspecto tenebroso... Ya lo tengo... a este le llamaré “el Tenebroso”.

—Pues que no te oiga, ya sabes, es como un fantasma.

Apenas pasan unos minutos, aparece el sargento semana que, para mantener la inquietud, no es otro que el sargento Prieto, alias “el Collejas”.

—Tú ayer estabas trabajando en el nuevo cuartel, ¿no? —pregunta a Tóful con mirada escrutadora.

—Sí, mi sargento.

—¿No sabrás nada de lo que le pasó al teniente Gómez?

—Quién es ese, mi sargento.

—Coño, el encargado de la obra, pareces tonto, ¿es que no te habías enterado todavía de su nombre.

—¡Ah! El teniente “Polvorilla”, querrá decir.

—¿Qué es eso de “Polvorilla”?

—Bueno, así es como todo el mundo le nombra, creía que era su nombre real. No sé qué le pasó, mi sargento.

—Vaya con los «nombrecitos», y a mí ¿cómo me llamáis?

—Sargento Prieto.

—Ya, ya... Pues el teniente Gómez apareció semiinconsciente entre los barracones, alguien le atizó un fuerte golpe en la cara y en la cabeza.

—No lo sabía, mi sargento, lo siento.

—Más lo sentirá quien le haya agredido, se juega años de castillo.

El “Collejas” se aleja caminando lentamente con sus típicos andares de pies planos. En el breve interrogatorio a Tóful, le ha estado mirando fijamente y con aspecto amenazador. Ya sospechó ayer de él, como también lo había hecho cuando fue agredido en su propia casa, pero no tiene prueba alguna.

Cuando el comandante que lleva la investigación de la agresión preguntó al teniente Gómez, alias “el polvorilla”, si sospechaba de alguien, el oficial respondió que:

—Sí, de varios, de todos los que últimamente he abofeteado.

—Pero, teniente, ¿golpea usted a la tropa? —pregunta sorprendido el comandante.

—Claro, es la única forma para que no se escaqueen.

—¿Y no reconoció al causante?

—No, mi comandante, me golpeó en la cabeza por detrás con algún objeto contundente, a traición, el muy cerdo. Por suerte caí de morros sobre la arena; si llego a caer sobre el suelo de hormigón, me rompo la crisma.

—Parece que no hay testigos, el agresor aprovechó que la tropa iba hacia los camiones para regresar al cuartel y que usted estaba solo entre los barracones, fuera de la vista de todos. De todas formas, teniente, me temo que, si lo hubiese, nadie le delataría. Creo que no tiene el aprecio de los “trabajadores”, y lo comprendo si les hace trabajar a base de hostias.

—Mi comandante, el teniente coronel me aprieta para que la obra se acabe a tiempo y, si no me hago respetar, se escaquean.

—Teniente Gómez, la autoridad se puede conseguir de otras formas, no recomiendo el maltrato físico y, si alguno se pasa, lo arresta a dormir en prevención.

—Esto ya lo hago, mi comandante, pero a veces no es suficiente.

Cuando el comandante se aleja, el teniente “Polvorilla”, en voz baja, jura en arameo mientras piensa: “Qué mierda se ha pensado el comandante, a él me gustaría verlo controlando a esta tropa de “mantas” y resabiados; desde el despacho todo se ve muy bonito. Como coja al hijo puta que me atacó, lo meto directamente dentro de la hormigonera, con el mortero y todo, y no la paro hasta el día siguiente”.

*En la furrielería, después de verificar que no hay “moros en la costa”, Robert y Tóful charlan sobre los últimos acontecimientos.*

—*¡Joder! Tío, como se te ocurre “hostiar” al “Polvorilla”, si sigues así, seguro que no acabas la mili en varios años.*

—*Robert, si te hubiese abofeteado tres veces, hasta tú le darías una paliza.*

—*No lo creo, procuraría no darle motivos, aunque nunca se sabe, claro. Lo que sí no habría hecho es coger la pistola, ¡desgraciado!, más que ¡desgraciado! El sábado iré al pueblo a ver a Toni, estoy intranquilo.*

—*Te acompañaré.*

*Cabeza de Playa, 1 de noviembre del 1973.*

*Después del desayuno, Robert y Tóful se están vistiendo de “bonito” para ir al pueblo. El furriel continúa angustiado por la pistola, debe ir sin pérdida de tiempo a reclamar el arma a Toni antes que se produzca la locura que pretende su amigo y los tres tarraconenses se pasen varios años pelando patatas en el penal militar de Las Palmas. Si caen los tres, por lo menos allí se harán compañía, piensa.*

—*Joder, Robert, tenemos que ayudar a Toni, el marido de Rosa no puede salir airoso.*

—*Que lo elimine con un puñal, con una roca o con lo que sea, hay muchas formas, pero con la pistola... ¡coño! Nos comprometerá a nosotros, ¿no te das cuenta? ¡Capullo!*

*Tóful no llega a responder, el cabo cuartel acaba de entrar en el dormitorio y, en voz alta, comunica a todos sus ocupantes que, por orden superior, nadie puede salir de Cabrerizas. La mayoría está poniéndose el uniforme de paseo para salir y disfrutar de la soleada mañana, sea para pasear por Cabeza de Playa, visitar el BIR o, lo más “apetitoso”, coger la guagua e ir al pueblo. El desconcierto es total, nadie sabe la razón. Al poco, se ordena que toda la tropa forme en el patio antes de diez minutos. Este breve periodo de tiempo es suficiente para que el tradicional mentidero de “radio macuto” llegue a elucubrar que “Nos acuartelan porque hay follón”, “Los marroquíes están concentrados en la frontera...”*

*Cada sargento semana informa a su formación que a partir de este momento el batallón está en cuarentena y que nadie puede entrar ni salir del cuartel, pues había un caso de meningitis. Nueve soldados, entre ellos, el afectado, el cabo Francisco Orriach, José Luis, el sanitario que lo atendió, y los que estaban cerca de la litera del cabo.*

—*Estamos jodidos, Tóful, lo que faltaba, ¡vaya putada!*

—*Venga, furri, no te acojones, que todo se arreglará, Toni sabe hacer bien las cosas.*

—*No estoy muy seguro, está obsesionado y, en esta circunstancia, se piensa poco y se actúa con precipitación.*

*Tres días después, aprovechando la festividad de Todos los Santos, Toni sube a la primera guagua que sale hacia Cabeza de Playa, debe ver a sus amigos tarraconenses para desahogarse de sus penas y, de paso, devolver a Tóful la pistola.*

—*¿A dónde vas? ¡No te acerques más! —le dice el cabo de guardia de Cabrerizas, que había sido avisado por el centinela de que un tipo vestido de paisano se acercaba.*

—*Soy el peluquero del casino, soldado como vosotros, vengo a ver a Cristóbal de la 2ª Cía.*

—*Hombre, eso de que eres soldado como nosotros habría que discutirlo; vestido así seguro que vives de puta madre, pero te aviso que nadie puede pasar, estamos en cuarentena. Si no quieres coger paperas, más vale que te alejes—le informa el cabo Ernest Vilches.*

—*Y ¿no puedes hacer avisar a Tóful, quería decir, Cristóbal, de que estoy aquí esperándole?*

—*Pero, tío, cuando se está en cuarentena, tampoco se puede salir, ¿es que no lo sabes?*

—*No, nunca he estado en cuarentena.*

*Toni se aleja jurando en arameo, tendrá que posponer la devolución de la “Super Star” de 9 mm y explicar a sus amigos que Gerardo se le ha escapado.*

*Desconocedor de que Toni había bajado de El Aaiún a devolver la pistola y a informales de las últimas novedades, Robert continúa inquieto. Desde que los nueve soldados, todos de la Segunda Compañía, han sido trasladados al hospital de El Aaiún, no consigue cuadrar los servicios de armas. Estos son tan intensos y la tropa tan escasa para poder abarcarlos, que con la falta de los ausentes la misión ya se hace irrealizable, por ello va a informarle al capitán Villena.*

*—A la orden de usted, mi capitán. El oficial, sentado en la mesa de su despacho, apenas levanta la vista un instante con su habitual fría mirada.*

*—Qué pasa, furriel.*

*—Vengo a informarle que sin los soldados que se han llevado al hospital, todos de nuestra compañía, me resulta imposible cuadrar los servicios de armas, a menos que mientras dure la ausencia, se libere a alguno de los trabajos de las obras del nuevo cuartel.*

*—Que no hay suficientes soldados, pues te los inventas, pero de los destinados al nuevo cuartel no se toca a nadie, el teniente coronel no lo consentiría, aquello tiene prioridad, y a mí no me vengas con problemas, sino con soluciones... ¿Vale furriel? Y no me molestes más con estas tonterías.*

*—Sí, mi capitán, a la orden de Ud., mi capitán.*

*El tono desabrido del “Tenebroso” y su total ausencia de interés en tratar el problema, le convence de que es aconsejable mantener las distancias con él. ¡Qué diferente en su relación con Berrendero! No quedará más remedio que pringar a algún compañero, nombrándole dos servicios de armas seguidos, a pesar de estar prohibido por el reglamento militar.*

*El aislamiento de los cabrerizos no incluye a los trabajadores de “la cinta” ni los de la guardia de Atlas. Pero nadie que no resida en Cabrerizas puede entrar al cuartel. Los de intendencia de El Aaiún cada día llevan las provisiones y el correo. Todo lo dejan afuera, junto a la entrada y sin acercarse en demasía al centinela de puerta. Apenas han dejado las provisiones en el suelo, parten rápidamente hacia el pueblo con el motor del camión rugiendo a altas revoluciones, como alma que lleva el diablo.*

*Después de solamente cuatro días de cuarentena, la tropa recibe con satisfacción que la medida ha sido cancelada al no haber contagios. Robert es el que más lo celebra, el sábado podrá por fin ir al pueblo a reclamar “su” pistola, pero es martes y todavía faltan cuatro días. Ojalá Toni no la haya usado todavía.*

*Los ocho soldados que habían sido ingresados regresan al batallón, excepto Francisco Orriach, el único afectado, que sigue ingresado. Ha sido una especie de milagro que no se haya extendido el contagio, dado el hacinamiento del dormitorio.*

*Un soldado de la guardia se acerca a la furrielería para comunicar a Robert que el capitán le está esperando en la entrada del cuartel. Con la dosis de inquietud que siempre podía producir que un mando requiriese su presencia y, especialmente, si se trata del capitán Villena, Robert atraviesa el patio de armas. Pronto distingue la inquietante figura del “Tenebroso” al lado de la garita, casi frente a la entrada del cuerpo de guardia. La amplia entrada al batallón no tiene puertas, solamente una barrera similar a la de los pasos a nivel ferroviarios, con lo que permite observar un paisaje de fondo en el que domina uniformemente el ocre amarillento de la arena sahariana, salpicado por algunos raquíticos arbustos que sobreviven gracias a la humedad del rocío nocturno y, también, porque se trata de atriplex, una planta que apenas necesita agua para crecer, “alimentándose” del vapor de agua que contiene el aire.*

*A lo lejos, un conjunto de jaimas y, entre ellas, como miniaturas, se aprecian varias cabras que buscan infructuosamente matojos o cartones que comer. Mucho más alejada, como fondo del amplio escenario, el perfil de la dorada cadena de dunas. De buena gana saldría a pasear hasta alcanzarlas, subir a la más alta y tumbarse en la ladera oeste a contemplar plácidamente el océano, alejado del asfixiante Cabrerizas y del “Tenebroso”, pero esto solo lo podrá hacer el domingo, mañana sábado ha de ir buscar a Toni para que le devuelva la “Super Star”.*

*Encuentra al capitán con aspecto macilento. Su expresión, como siempre, sería y ausente.*

—A la orden de usted, mi capitán, me han dado el recado que quería verme —le dice con decisión mientras se cuadra marcialmente.

—Descansa. Verás, jugando con la correa del rombo se ha roto, quiero que me des una.

—Mi capitán, yo no tengo correas de estas.

—No te pregunto si tienes, te digo que me des una correa, ¿vale?

—A la orden de usted, mi capitán, voy a buscar una.

—Pues, ¡hala!, date prisa, que estoy aquí esperándote. El furriel se dirige apresuradamente a ver al cabo Victorino de la Plana Mayor con la remota esperanza de que le pueda proporcionar la dichosa correa. Ha percibido una mirada desafiante y burlona —o, por lo menos, eso le ha parecido— del “Tenebroso”, actitud que le ha creado inseguridad. Empieza a percibir con nitidez que el nuevo capitán y él no se llevarán bien y, en estos casos, el más débil —mucho más débil— tiene las de perder.

—Victorino, ¿tienes una correa de estas?

—No, furri, nunca he tenido este material en el almacén de sub ayudantía.

Sin pérdida de tiempo, pregunta a varios compañeros, pero nadie tiene una correa de esas; la tropa no las usa, llevan los rombos directamente cosidos en la hombrera. Colgar el rombo en el pecho mediante una correa de cuero es solamente privilegio de los mandos.

El capitán sigue esperando en el mismo lugar, ahora ya no mira al exterior del cuartel, lo hace hacia el patio de armas, esperando impaciente. El azorado furriel se acerca a él, sabedor que no le va a sentar nada bien que aparezca sin una nueva correa.

—A la orden de Ud., mi capitán, en todo el cuartel no he encontrado correa alguna.

—Vaya, hombre, tengo un furriel inútil... ¿me quieres vacilar?

—No, mi capitán.

—Pues entonces por qué coño no me das la correa.

—Es que no hay, mi capitán.

—Me estás chuleando, ya me di cuenta el primer día, pero prepárate, porque te voy a amargar la existencia, soy tu capitán y vas a arrepentirte de no haberte apuntado a la Legión, que es allí a donde tienen que ir los chulitos como tú, para que les enseñen a ser obedientes.

Una mezcla de ira y preocupación se apodera del tarraconense, pero no puede responder adecuadamente a aquel hombre alcohólico con grado de capitán. Piensa con rapidez, debe encontrar una solución que satisfaga mínimamente al “Tenebroso”.

—Mi capitán, mañana aprovecharé para ir al pueblo y compraré la correa.

—Eso espero —responde y, sin decir nada más, se aleja en dirección al bar de oficiales, seguramente a darse un buen trago de güisqui o brandy, sus “hidratantes” preferidos.

### El Aaiún.

El sábado, ya sin problemas que lo impidan, Tóful y Robert cogen la primera guagua. Ambos llevan una bolsa de costado reglamentaria por si pueden traer la pistola.

El Aaiún, a pesar de la temprana hora, ya bulle de soldados por sus calles, deseosos todos de salir del ambiente cuartelero de sus guarniciones, aunque solo se consiga a medias, dada la presencia de la PM con el teniente Melero y sus chicos de la porra y casco blanco, controlándoles en su transitar por la pequeña ciudad, capital del Sáhara Occidental, la 53ª provincia española, pero, que en realidad es, de facto, la última colonia de España...

... Después de pasar unas horas con Toni, intentando animarle en lo posible, de recuperar la pistola, los dos cabrerizos deciden volver a su “bucólica residencia” de la costa.

Al entrar en el cuartel, Robert, que lleva la pistola en la bolsa de costado, no puede evitar sentir un respingo cuando el sargento de guardia, que está al lado del centinela curioseando a los soldados que han bajado de la guagua de regreso del pueblo, se dirige a él.

—Cabo, veo que vuelves muy cargado, ¿qué llevas en la bolsa?

—Un libro, mi sargento.

—A ver, déjame verlo, me gustan los libros. El furriel saca de la bolsa el voluminoso tomo que, como precaución, le ha entregado Toni por si se daba una circunstancia como aquella. No era habitual, pero en ocasiones el suboficial de guardia podía interesarse por los objetos que entraba la tropa al cuartel, buscando evitar que hiciesen acopio sin control de bebidas alcohólicas. En la cantina del batallón se podía beber alcohol de alta graduación y no era excesivamente caro, pero los cantineros podían negarse a servir más cuando advertían que el soldado sobrepasaba la carga ética.

—¡Coño, chaval! ¿Adónde vas con esta mierda de libro? Me parece que debe estar prohibido.

—No lo está, mi sargento, en la contraportada hay la etiqueta de la librería en que se compró en Tarragona, es legal.

—Sí, es cierto, pero mejor que no lo vea nadie más, yo no lo he visto, ¿vale?

—Sí, mi sargento, descuide.

Por suerte, la pistola poco bulto hace y el sargento no se interesa de si lleva algo más. Ha quedado un poco impactado del voluminoso tomo “I” sobre “Obras de Lenin”. El suboficial piensa que las cosas empiezan a cambiar en la España franquista, pues unos pocos años antes sería impensable que en una librería española pudiese comercializarse legalmente un libro que hablase de Lenin, un “demonio” comunista.

—Joder, Toni podía haberme dejado otro libro más “normal”.

—Mejor así, el sargento ha quedado impactado y ya no ha querido saber si llevabas más literatura “roja”. Ya sabes que Toni es rojillo ¿no?

—Siempre lo he sabido, pero mejor que vaya con cuidado, ya sabes lo que hacen con los comunistas.

Robert entra en la furrielería y deposita en la caja la pistola con el cargador ya vacío. Nota la descarga de tensión que le había producido el asunto.

Esta misma tarde, Robert entrega la correa al capitán, el cual la recoge y, con la mirada perdida y sin haber abierto la boca, se retira en dirección a su dormitorio.

—¿Qué, Robert, ya has entregado la correa al “Tenebroso”?

—Sí, Tóful, y creo que para celebrar que ya tiene su preciado tesoro, se ha ido en dirección a su habitación a echar un trago de “agua bendita”.

—Es triste ver a un capitán, todavía joven, destruirse de esa manera.

—¡Ostras! Tóful, no sabía de tu empatía hacia ese tipo.

—Tienes un concepto un poco equivocado de mí, Robert, debe ser porque he sido un puto pandillero. Las compañías en la “part alta” (barrio histórico de Tarragona) propician eso. De todas formas, tampoco éramos tan malos, aparte de algunas gamberradas y de repartir unas cuantas hostias a los de la Universidad Laboral y a los marineros yanquis, respetábamos nuestro barrio. Si el capitán me da lástima, es porque he vivido la decadencia de mi padre a causa del alcohol, y eso no se lo deseo a nadie, aunque se trate del “Tenebroso”.

—Furri, furri, despierta —le dice un miembro de la guardia tirándole con insistencia del brazo.

—¿Qué pasa? Tío, son las dos de la madrugada, no seas pastillero.

—Es el capitán, que quiere que le lleses una manta.

—Mierda, qué oportuno, ¿para qué coño querrá una manta?

Después de pasar por la furrielería a recoger la manta, Robert atraviesa el desangelado patio de armas batido por el viento del norte, y después de haber pasado junto al centinela de la entrada, se dirige por la parte exterior de la pared del cuerpo de guardia hasta un breve pasillo donde está la habitación del capitán Villena. Con los nudillos golpea en la puerta del cuartucho que hace de dormitorio. Una sacudida hace temblar la austera hoja de madera, seguida de fuertes gruñidos de un can enfurecido. Por un

*momento, Robert piensa que el “Tenebroso” se ha convertido en lobo, pero bien pensado, hoy no hay luna llena, con lo que posiblemente no haya podido transformarse. Este último pensamiento parece ser el único razonable, pues después de insistir nuevamente golpeando la puerta, ahora es el capitán quien responde con voz ligeramente gangosa después de hacer callar al perro.*

*—¡Espera, ahora salgo! Después de un largo minuto, se entreabre la puerta y aparece el oficial. La única iluminación existente es la de una agonizante vela que hay sobre la mesita de noche, a espaldas del capitán, y que hace que Robert solamente distinga la silueta del oficial y la del inquieto perro sujetado por el collar por su amo. Instintivamente, el furriel se retira ligeramente hacia atrás para quedar fuera del alcance de los colmillos del perro que, a pesar de la orden del “Tenebroso”, mantiene un contenido gruñido amenazador.*

*—A la orden de Ud., mi capitán, le traigo la manta que había pedido.*

*Sin abrir boca ni agradecer al furriel por la molestia de haberlo hecho levantar a tan intempestiva hora, coge la manta y cierra la puerta con un brusco portazo.*

19 de noviembre.

*Tóful, Robert y Fernando han salido a dar una vuelta por la playa cuando el sol ya está en plena decadencia para dejar prontamente paso libre a la noche que, antes de una hora, impondrá la oscuridad. Aunque no es habitual salir de paseo a las seis y media de la tarde, hora en que se permite a la tropa salir del cuartel, hoy los tres amigos deciden pasar por la molestia de vestirse con el uniforme de “bonito”, pues el estado de ánimo de Robert está bastante decaído por la tremenda “pastilla” que, desde hace tres semanas, le está infligiendo el capitán, cumpliendo así su promesa de que lo “iba a putear por chulito”.*

*Ayer por la noche, como todas las noches, fue requerido por el “Tenebroso” a la una de la madrugada para que le llevase una pistola. Como en otras ocasiones, pasó resignado por la furrielería a buscar el arma y entregársela, a diferencia de los otros días, en la sala del bar de oficiales. Allí lo encontró compartiendo una mesa con una pareja joven. Al parecer, según “radio macuto” el joven matrimonio eran unos recién casados que, en su viaje de luna de miel a Canarias, habían aprovechado para visitar al hermano de él, capitán del ejército español, destinado en el Sáhara desde hacía muchos años y que, para desgracia del furriel de la 2ª Cía., ahora estaba en el Batallón de Infantería Cabrerizas-I.*

*En presencia de la joven pareja, el capitán Villena tiene a bien humillar a Robert, comentando el patético aspecto del cabo furriel que, para nada, debía ser el de un soldado español, haciendo alusión a la ropa, sucia y con talla excesiva dada la delgadez de Robert. Una vez hecha la poco edificante observación, le indica que le espere junto a la puerta del cuerpo de guardia, que dentro de un rato saldrá y, entonces, será cuando se quedará con la pistola. Más de una hora lleva Robert contemplando la Vía Láctea —espectáculo nocturno en la oscuridad sahariana que puede llegar a permitir observar alguna nebulosa a simple vista—, esperando que el “Tenebroso” salga. Pensando en la humillación que le ha infligido delante de una mujer que debe tener aproximadamente la edad de Ana María, su novia. Pensando también en la tortura psíquica de las últimas tres semanas y en que no sabe hasta donde será capaz de llegar, ve salir por la puerta a la pareja y al capitán. En el exterior hablan durante unos minutos y se despiden afectuosamente. El matrimonio sube al Seat 850 de alquiler con matrícula SH que está aparcado frente al cuartel y, rompiendo el silencio sepulcral que impera en toda Cabeza de Playa, sale acelerando en dirección al pueblo. Apenas un minuto después, la luz de sus faros se sumerge entre la cadena de dunas. El capitán se ha quedado estático contemplando la marcha del vehículo hasta perder de vista su luz; después, en lugar de acercarse al destemplado furriel, se dirige en dirección al dormitorio. Entonces Robert reclama su atención.*

*—Mi capitán.*

*—Qué coño quieres tú ahora.*

*—Me había pedido que le entregase la pistola.*

*—¡Bah! Ya no la necesito, ¡dégame tranquilo!*

*Los dos tarraconenses y el zaragozano contemplan el último tercio del Sol escondiéndose por el horizonte marino. Las puestas del astro rey en la costa sahariana siempre son espectaculares. El rojo del cielo se funde con el océano, produciendo atractivos contrastes cromáticos. Sentados sobre la arena, los tres se mantienen en silencio durante unos minutos, hasta que Tóful se levanta casi saltando, con tremenda agilidad a pesar de su notable envergadura y rompe la abstracción.*

*—¡Venga, tíos! Que esto parece un funeral, dejad ya de pensar en la Península y en vuestras novias, que no llevo pañuelo para que os sequéis las lágrimas.*

*—Soñar no cuesta dinero. Como tú no tienes novia, lo tienes más fácil —le dice Robert—, si la tuvieses, verías lo dura que es la separación.*

*—No me deseéis tanto mal, a mí no me engancha ninguna tía, por lo menos en los próximos años, que todavía tengo que “correrla” mucho. No soy un blandengue como vosotros.*

*—Así que el capitán te está puteando, furri.*

*—Sí, Fernando, llevo tres semanas en las que casi todas las noches me hace levantar de madrugada, entre una y dos veces, con la excusa más peregrina, el muy cabrón y, además, me humilla todo lo que puede. El otro día se fue junto al maestro armero al campo de tiro a practicar con una carabina del 22 y, en lugar de pedirme que le proporcionase un ayudante para llevar la diana, me ordenó que fuese con ellos, cargado con la puta diana que pesaba un huevo. Hasta el maestro armero ponía cara de circunstancia al comprobar que me trataba peor que a un recluta.*

*—Nada, Robert, al “Tenebroso” le tenemos que dar una lección.*

*—No, Tóful, ni se te ocurra, sería jugar con un fuego que nos podría abrasar...*

*Ya por la noche...*

*—Furri, furri, despierta.*

*—Joder, tío... no me lo digas, el capitán Villena me llama.*

*—Sí, ¿cómo lo sabes?*

*—Tú eres de la 1ª Cía., por eso todavía no sabes que cada noche me llama para que le satisfaga.*

*—No me jodas, tú y el capitán Villena...*

*—No te confundas, solamente me da “por culo” y no siento satisfacción alguna, más bien lo contrario.*

*Como es habitual en las noches de las últimas tres semanas, el furriel de la 2ª Cía. atraviesa el patio de armas, batido por el viento, como en casi todas las frías noches saharianas. La luna en cuarto menguante avanzado, apenas ilumina, permitiendo ver con claridad el firmamento. Robert, que está harto de las “pastillas”, decide sentarse en el bordillo que rodea el monolito y el mástil de la bandera; desea hacer esperar un poco al “Tenebroso”, pues hoy se siente menos amedrentado por la puntual “pastilla” del alcohólico, de ese pobre diablo que está consumiendo su vida y que, sin embargo, está al mando de más de doscientos soldados.*

*Varios minutos después pasa a su lado el cabo de guardia con el centinela que va a relevar al de la “puerta falsa”.*

*—Furri. ¿Qué haces aquí sentado? Te vas a quedar helado —le dice extrañado.*

*—Ya ves, haciendo tiempo, esperando que llegue pronto la licencia. El cabo y el soldado no se han parado, siguen su camino, confundidos por la respuesta de Robert y sospechando que quizás el tarraconense empieza a estar “asirocao”. Dos minutos más tarde, el cabo de guardia con el soñoliento centinela relevado, observa que el furriel ya no está.*

*El tarraconense golpea la puerta del dormitorio y, como de costumbre, es respondido inmediatamente por los gruñidos del perro. Unos segundos después, el capitán responde con otro gruñido, aunque este es más gangoso y humano. Robert abre la puerta con suma precaución, controlando la ubicación del chucho y si este está debidamente atado, pues en caso de estar suelto, suspenderá de*

*inmediato la maniobra, dejando únicamente una pequeña abertura que no permita el paso al can. Sí, está atado a la pata de la cabecera de la cama. La débil luz de la vela apenas rompe la penumbra de la habitación, pero destaca los blancos colmillos del amenazador perro lobo que continúa gruñendo. Villena, con la camisa desabrochada y en calzoncillos, está sentado en el borde de la cama, mirando la botella de güisqui medio vacía que hay sobre la austera mesita de noche. Robert ya ha contemplado durante muchas noches, tan deprimente escenario; debería haberse acostumbrado, pero no deja de afectarle, a fin de cuentas, está siendo testimonio de la decrepitud de un alcoholístico, aunque este le esté martirizando.*

*—A la orden de usted, mi capitán. El oficial gira lentamente la cara y, mirando fugazmente al furriel, le dice:*

*—Tráeme una pistola.*

*Cumplida la habitual misión, Robert vuelve a acomodarse entre las sucias sábanas de su camastro. No se desviste del todo, pues tiene la impresión que esta noche será de las de “doble ración”. No le parece muy higiénico meterse en la cama con la camisa y el pantalón poco limpio pero, en este caso, las sábanas todavía están más sucias y su contacto pegajoso en la piel no resulta nada agradable; si acaso, serán las sábanas las que ensuciarán la ropa. (Se rumorea que, después de cinco meses, por fin las lavarán).*

*No se había equivocado, apenas una hora más tarde, otro miembro de la guardia le vuelve despertar. Otra vez parecida escena en el cuarto del capitán, difiriendo en que la botella ya solamente tiene un cuarto del líquido espirituoso y la altura de la vela ha menguado considerablemente.*

*—Tráeme un cargador de recambio cargado con munición, coño, que ya tenías que haberlo previsto antes.*

*—A la orden de usted, mi capitán, ¿necesitará alguna cosa más? Lo digo para aprovechar el viaje.*

*—Ahora no lo sé, si acaso, ya te volveré a llamar; harás los viajes que convenga, que para eso estás.*

*Después de entregarle el cargador debidamente lleno con las ocho cartuchos de 9 mm, el furriel se vuelve a acostar, también vestido, pues por el tono del capitán, está casi convencido de que esta noche habrá tercera vez, y es que no tenía que haber sido sarcástico con el “Tenebroso” al preguntarle si necesitaba algo más para aprovechar el viaje.*

*Agotado por el sueño atrasado, el furriel se duerme de inmediato.*

*Robert pedalea con su ligera bicicleta de carreras; está ascendiendo el breve collado que le lleva al abandonado pueblo de Albarca, en su camino hacia Prades, pequeña población perteneciente a la comarca del Baix Camp que está a mil metros sobre el nivel de mar, en la sierra del mismo nombre. La mañana es fresca y luminosa y, al fondo, en el panorámico escenario, se ve la portentosa mole de la sierra del Montsant, con sus farallones rocosos casi verticales. El placer que siente inmerso en el entorno natural, sin tránsito de vehículos y el alegre trinar de los madrugadores pájaros, compensa con creces el esfuerzo físico de los más de cien kilómetros de entrenamiento que hoy, antes de incorporarse al trabajo, le toca cubrir. Súbitamente siente una profunda preocupación, recuerda que no está trabajando en el concesionario SEAT de Tarragona, ¡está en el Sáhara haciendo la mili! No comprende cómo es que está allí, en la cordillera prelitoral de la sierra de Prades. Deberá regresar al cuartel sin demora, no vaya a ser que lo castiguen por ausentarse, pero Cabrerizas está en África... No entiende lo que está ocurriendo, cuando ya se empieza a vislumbrar las primeras paredes de piedra de las casas de Albarca, algunas ya sin tejado, nota que alguien lo sujeta por el hombro y no le permite avanzar; a pesar de intentar pedalear con energía, no avanza un ápice y, al mismo tiempo, quien lo sujeta le llama: “Furriel, te has ido a entrenar sin haberme traído la pistola, te voy a putear toda la mili, por chulito... ¡furri, furri”.*

*—Furri, furri, el capitán te vuelve a llamar, despierta.*

*—¡Hostias tío!, estaba soñando que entrenaba y...*

*—¿Qué dices?*

*—Nada, nada, no lo entenderías.*

*Ya son las cuatro de la madrugada cuando vuelve a caminar por el patio de armas. La temperatura todavía es más fría que en las anteriores salidas, aunque el viento parece haber reducido su intensidad. La luna menguante ya ha desaparecido tras el océano y los blancos torreones almenados que hay en las esquinas del cuartel, apenas son visibles escaqueados al no recibir ya la débil luz del satélite. La Vía Láctea ya es la única fuente de luz nocturna imperante en el firmamento. Cabrerizas está, como todas las noches a partir de las doce, en total oscuridad. En algunas ventanas de los dormitorios comunales y del cuerpo de guardia se distingue una fantasmagórica y amarillenta luz, incapaz de agredir la absoluta penumbra del exterior; son las velas que hay sobre las mesas de los soñolientos imaginarias y del cabo de guardia. Es un escenario silencioso y relajante que a Robert le gusta, acostumbrado a salir muy frecuentemente a hora tan temprana para entrenar antes de ir a trabajar, cuando los humanos y sus vehículos todavía descansan sin romper el silencio de la madrugada. Pero su estado de ánimo difiere mucho de la época de ciclista y, además, el “Tenebroso”. ¿Qué querrá ahora, una manta, devolverle la pistola, otra correa?*

*El capitán ha sustituido la vela, la botella ya está totalmente vacía y el perro gruñe más suavemente, quizás vencido este por el sueño o porque ya se empieza a familiarizar con el furriel.*

*—Tráeme una manta.*

*Robert sabe que no necesita para nada la manta, ni la pistola, ni nada de lo que le pide, pero no le queda más remedio que aguantar, total, “solamente” faltan siete meses para licenciarse y, aunque puteado, sobrevive. Su estado de indignación hace que elija una de las mantas más sucia que ha encontrado, que exuda mal olor.*

*Cuando sale de la furrielería, nota que debe efectuar una micción, pero... piensa que ahora no le apetece visitar las apestosas letrinas, posiblemente colapsadas a esta hora, por lo que decide que, sin testigos a la vista, puede «cambiar el agua de las olivas» en el patio de armas. Con sonrisa maliciosa, despliega la manta sobre el suelo y alivia la vejiga sobre ella, mientras piensa que el capitán es lo mínimo que se merece. Envuelta de forma que la parte más mojada quede en su interior, Robert le entrega la manta. El chuchó, que ya no gruñe, estira el cuello lo que la corta correa le permite, para olfatear con interés el olor que proviene de la manta; no hay duda que percibe el orín o el hedor que de por sí emana la propia manta.*

*—Déjala ahí, sobre los pies de la cama, ya la cogeré si me hace falta —dice el capitán muy gangosamente, casi ininteligiblemente.*

*—A la orden de usted, mi capitán, da usted su permiso para retirarme. Como el oficial jefe de la 2ª Cía. de Cabrerizas que llegó a ser el capitán más joven del ejército español y ahora solamente es una piltrafa, no reacciona y permanece sentado dentro de la cama apoyado en el cabezal y mirando hacia el lateral derecho del cuarto, Robert insiste solicitando su permiso para retirarse. Cuando el tarraconense está a punto de tomar las de Villa Diego sin esperar más la respuesta del “Tenebroso”, este, por fin contesta con un casi inaudible “Vete”.*

*Ya ha cerrado la puerta y comienza a alejarse por el corto pasillo, cuando suena la voz gangosa, pero esta vez potente, de Villena:*

*—¡Cabo!*

*—A la orden de usted, mi capitán.*

*—Por la mañana me despertás a las 6:45.*

No he incluido todo el capítulo de “El Capitán y el Furriel”, pero ha habido suficiente muestra de la “entrañable” relación que mantuve con él. Sin embargo, a partir de las fiestas de Navidad decayó ostensiblemente su presión sobre mí y, cuando el 15 de enero salí de permiso, se acabó definitivamente el problema, pues cuando regresé cuarenta días después, habiendo perdido mi destino de furriel, pasé ya desapercibido como uno más de la compañía. Referente a la pérdida de la pistola, es el único suceso de ficción, pero no he querido recortarlo para no “romper” el nexo del diálogo; aunque algo hubo, porque realmente la pistola estuvo extraviada unos días, pero no fue entregada a Toni para asesinar al tal Gerardo,

sino que el armero utilizó la caja de la pistola, con el arma dentro, para calzar y nivelar el baúl que me servía de mesa. Ni él se acordaba, ni yo lo sabía, por lo que durante unos días pasé verdadera angustia temiendo que la pistola hubiese desaparecido.

Por estas fechas ya estaban finalizados los trabajos del nuevo cuartel, el cual ya había sido inaugurado por el Capitán General de la Capitanía de Canarias. No obstante, su ocupación por la tropa quedaba pospuesta para finales de abril.

El 20 de diciembre ocurrió el mortal atentado del Presidente del Gobierno. En mi relato sobre ese hecho en novela “La Jaima del Saharaui”, expongo cómo lo vivimos en Cabrerizas a partir de la noticia que escuché por radio mientras estaba confeccionando los servicios de la compañía y oyendo una canción de Adamo. El programa musical fue interrumpido súbitamente y, conectando con Radio Nacional de España, el locutor dijo:

### **El atentado a Carrero Blanco, relato transcrito de “La Jaima del Saharaui”:**

*«Cuando el presidente del Gobierno, don Luis Carrero Blanco, pasaba con su vehículo oficial por el 104 de la calle Claudio Coello, se ha producido una fuerte explosión, posiblemente a causa de un escape de gas. El coche ha saltado por los aires, perdiendo la vida...».*

*Después de unas breves informaciones más sobre el luctuoso “accidente”, la radio ya solamente emite música clásica en todas las emisoras localizables, que son pocas desde el rincón del Sáhara. Al mediodía, en la formación previa a la comida, el sargento semana informa de la muerte del presidente del Gobierno. No dicen nada de atentado, pero todos imaginan que esta es la verdadera causa; lo de la explosión de gas sería demasiada casualidad que, al paso del gobernante más poderoso de España después del Generalísimo Franco, se produjese una accidental explosión de gas. En la retreta confirman a la tropa que ha sido un atentado y que a partir de aquel momento el batallón pasa al estado de alerta. Por ello, durante toda la noche nadie duerme en Cabrerizas y, posiblemente, en las demás guarniciones militares. Las guardias se refuerzan y se organizan pelotones que pasarán la noche patrullando por el desierto y los alrededores de Cabeza de Playa. Todos comentan que seguramente ha sido ETA, por ello no se entiende que se haya organizado aquella actividad fabril, pues ¿quién puede conspirar en el desierto por la muerte del Carrero Blanco a manos de la organización terrorista ETA? ¿los saharauis? Si además Franco sigue vivo, que es quien realmente manda y tiene atado y bien atado el Régimen.*

*—Tienen más miedo que vergüenza los que han tomado estas absurdas medidas —comenta el sargento Torrente al furriel, mientras este, ayudado por Tóful, reparten cargadores llenos de munición a las continuas patrullas que, por relevos, salen a pie, unos, y en Land Rover, otros.*

*El sargento Torrente, más bien bajo y con prominente calva, de unos cuarenta años largos, ha empleado un tono irónico. A Robert le parece un tipo interesante y con sentido común, a pesar que también es aficionado a repartir collejas, aunque en menor medida que el sargento Prieto, el “auténtico Collejas”.*

*Al día siguiente, continúa el estado de alerta y todo el batallón sigue oficialmente acuartelado. Ello no ocasiona gran desazón a la tropa, teniendo en cuenta la inexistente oferta lúdica a extramuros del batallón».*

Pronto se anuló el estado de alarma y la rutina volvió al cuartel. La presión en cuanto a disciplina se había relajado un poco durante las últimas semanas y los castigados a prevención eran menos, aunque rara era la noche en que no había alguno durmiendo en el suelo del cuerpo de guardia. El teniente Otero, uno de los oficiales que con mayor ahínco imponía la disciplina y no dudaba en castigar a prevención si pensaba que alguien se lo merecía (¿), llamó la atención a un soldado veterano por su poca habilidad con

el fusil durante los movimientos de armas y desfilando en la instrucción matinal que cada mañana se hacía. La respuesta, llena de razones, del soldado extremeño, fue convincente:

*«Mi teniente, desde que llegué al batallón hace más de nueve meses y hasta hace pocos días, he estado construyendo un cuartel, sustituyendo el fusil por la paleta de albañil, es normal pues que no tenga la misma destreza con el arma que con la paleta».*

La respuesta del “belloto”, al que conocí al poco de llegar al cuartel, cuando él bajaba del camión que le traía de “la Cinta” junto a sus compañeros “trabajadores”, sucio de cemento y sudoroso, fue de lo más acertado, con lo que el ex oficial de la COE no tuvo argumentos para castigarle.

De cómo se pasó aquella Navidad del 1973, por lo menos en uno de los dormitorios de la 2º cía, de los más veteranos, una muestra es la transcripción de un trozo de mi relato de “La Jaima del Saharai”:

### **Fiestas de Navidad y año Nuevo:**



*«La nostalgia envuelve a la tropa sahariana con diferentes intensidades, dependiendo del tiempo que llevan en el Sáhara y del que falta para licenciarse. Todos buscan evadirse de la añoranza y, la mejor forma para ello, es la compañía con los que se encuentran en similar circunstancia, que son todos. La bebida alcohólica es un buen complemento, siempre que su uso no se exceda, cosa difícil de conseguir. El día de Navidad no hay toque de diana ni límite de descanso. Para la mayoría es la primera jornada durante muchos meses que tienen libertad total, como si se tratase de cualquier día festivo en la vida civil. El furriel está contento, desde el “aniversario” del nacimiento del “Niño Dios”, el capitán ha dejado de molestarle.*

*El 28, día de los Santos Inocentes, se recibe una orden de Capitanía General de Canarias, notificando que la tropa podrá llevar el pelo un poco más largo. El documento parece oficial, pero de dudosa credibilidad. Efectivamente, días después se comprobará de forma fehaciente que se trataba de una inocentada cuando caen los primeros castigos por exceder la longitud capilar.*

*—Furri, ¿colaboras en la compra de bebida? ¡Esta Nochevieja la armaremos gorda!*

*—Vale, ¿a cuánto toca?*

*—Ponemos cincuenta pesetas por barba para comprar cervezas, Coca-Colas, ginebra, vodka y güisqui.*

*—Toma, pero yo no beberé mucho, que por Nochebuena me pasé un poco... ¿Ya sabes que el capitán ha aceptado al cabo que le he propuesto para furriel? Se trata de Corrales, por fin me libraré del cargo y cuando regrese del permiso será simplemente un cabo sin destino, ¡qué descanso!*

*Durante la tarde del día treinta y uno se hace acopio de la “munición ética”, guardándola en los diferentes dormitorios, únicas “salas” existentes en el cuartel, carente este de hogar del soldado o cosa parecida. Cada cuartelero es conminado a proteger la “munición de la gran noche” por todos los medios, incluidos la propia vida.*

*Después de la cena cuartelera, con algún extra y copa de licor incluida, se pasa una rápida retreta y, mientras los sargentos semana desaparecen del batallón —resto de suboficiales y oficiales ya lo habían hecho mucho antes—, la tropa se dirige sin dilación a celebrar la fiesta.*

*En el dormitorio número 2, ocupado en su mayoría por un centenar de soldados del reemplazo de abril, los chistes y risas, en medio de un ambiente musical confuso, producido por varios radiocasetes que funcionan al unísono en tan reducido espacio, va dando paso progresivamente a cantos, y estos, a bramidos y chillidos. Robert bebe con moderación y prontamente se retira a su litera. Desde el tercer piso —siempre ha elegido las literas de la parte superior— contempla atónito en lo que se ha convertido la fiesta. La soldadesca bebe y bebe y vuelve a beber, más que los peces en el río, siendo la cerveza el líquido más “prudente”. Los cubatas de ginebra o el güisqui a palo seco ganan la partida a la bebida de cebada. Tóful se encuentra de maravilla en la orgía etílica. Fernando imita a Robert y busca refugio en su tercer piso. Su litera es contigua a la del furriel, tocándose ambas. Intentan charlar sobre lo que acontece dos metros más abajo, pero el ruido es ensordecedor, por lo que renuncian a cualquier comunicación y se limitan a mirar el ondulado techo de chapa y sumirse en pensamientos peninsulares, soñando en el casi inminente inicio del permiso. Fernando también lo tiene concedido.*

*Alrededor de las cuatro de la madrugada observa que Fernando duerme plácidamente, tal como es habitual en él; el maño es capaz de dormir en las condiciones más desfavorables y es difícil de despertar; bien lo sabe Robert cuando, todavía siendo soldado, intentó despertarle para el segundo turno de imaginaria y ni con bofetones retornaba de los brazos de Morfeo. Solamente lo consiguió tirándole al suelo que, por fortuna, entonces era en la litera inferior.*

*Las cuatro tacañas bombillas de sesenta vatios iluminan tristemente el dormitorio comunal (esta noche el generador eléctrico no lo han parado a la doce), y Robert observa en qué se ha convertido la extraña fiesta de Fin de Año. La locura parece haber llegado al punto más álgido, el griterío es ensordecedor, como si el grupo hubiese decidido evadirse de la realidad sin inhibición alguna, sin medir los límites, vaciando las botellas hasta agotarlas o cayendo borrachos sobre la litera, incapaces de mantenerse de pie. Por lo menos tres cuartas partes de los ocupantes del dormitorio mantienen todavía “animada” la juerga, mientras la cuarta parte restante ya ha cedido y yacen sobre su litera o sobre la primera en la que han caído. Los vómitos son continuos y el hedor agrio ha creado una atmósfera inaguantable para cualquier persona que no esté ebria. Robert es una de ellas y quizás, junto a Fernando y dos o tres más, sean los únicos que están en condiciones normales. Piensa en salir afuera a respirar aire puro, pero advierte que el suelo del dormitorio está cubierto de las regurgitaciones y, además, la estrechez del pasillo, colapsado por el personal, hará imposible alcanzar la salida.*

*Como un arroyo al que le cierran la compuerta reguladora del caudal de agua, a eso de las cinco de la madrugada el griterío se va apagando de forma progresiva y rápida y, en pocos minutos, únicamente se oyen algunos sonidos guturales de los vómitos que, con cierta cadencia, todavía seguirán hasta el amanecer. Robert, que hasta entonces no ha podido conciliar el sueño, por fin cae en brazos de Morfeo».*

## 1974

### **Uno de enero: (continúa la transcripción del relato de Nochevieja).**

*«Robert despierta percibiendo el nauseabundo hedor. La claridad del día entra por algunas ventanas y, a pesar de la dificultad de la luz para abrirse paso entre la maraña de literas, consigue iluminar lo suficiente el estrecho pasillo central para poder apreciar que el suelo está cubierto en casi toda su superficie de líquidos y pastosos vómitos. Comprueba la hora, son las diez y cuarto. Ha dormido unas cinco horas y, en otras condiciones, no le importaría seguir tumbado, pero además del poco atrayente perfume, está convencido de que antes de la comida hará su aparición el sargento semana y, cuando vea el asqueroso caos, reclutará a todos los que ahora duermen en profunda resaca. Robert, como cabo, está exento de limpiar, pero como furriel posiblemente recibirá el encargo de organizar la “brigada de*

salvación”. Piensa que lo mejor será ahuecar el ala. Después de varios intentos, consigue sacar a Fernando de su profundo sueño.

—Maño, ya puedes ver el “espectáculo”, lo mejor es que nos vayamos, aunque sea a lo alto de la Duna Madre y no aparecer hasta la hora de la cena.

—Tienes toda la razón, vámonos lejos.

Robert no encuentra sus botas. En las últimas semanas se ha relajado la vigilancia de los sargentos semana en cuanto a lo de ponerlo todo dentro del petate —habitualmente colapsado por todas las pertenencias que tiene la tropa—, y ha cometido el error de dejar las botas fuera del saco. Como hay un extenso surtido de ellas entre los pasillos, busca un par que le parecen de medida apropiada, les limpia las salpicaduras de las regurgitaciones y, con el maño ya listo, parten raudos a esperar la guagua. Antes ha ido a la litera de Tóful, pero duerme profundamente; es uno de los que se ha emborrachado desmedidamente.

El cuartel está en sepulcral silencio, como si todo él estuviese afectado por una profunda resaca. En el patio se advierten restos de vómitos de los que han tenido tiempo de salir de los diferentes dormitorios. Cuando pasan frente a la abierta puerta del cuerpo de guardia, el furriel evita mirar hacia dentro, sabedor que los que permanecen allí haciendo el servicio en tan señalada fiesta, lo están porque él se los ha nombrado.

La “cordillera” de dunas, con sus sensuales ondulaciones, permanente paisaje que transcurre durante todo el recorrido desde Cabeza de Playa hasta cerca de El Aaiún, hoy le parece extrañamente irreal, como irreal le parecía esta madrugada la locura “festiva” y desenfrenada en el colapsado y pestilente dormitorio. También percibe irreal los casi nueve meses de mili que lleva cumplidos en el Sáhara, en el cochambroso cuartel de Cabrerizas, donde la tropa está sometida a un despótico trato. Es todo tan diferente a como se lo había imaginado. Todavía se siente sumido en una extraña zozobra mental de la que no consigue librarse del todo. La perspectiva de que dentro de quince días volverá, aunque solamente por unas semanas, a su anterior vida, debería suavizar su latente desazón, compañera incómoda desde que salió de Tarragona; será quizás la sombra de la misión que debe cumplir con Tóful lo que lo evita; es más, posiblemente la refuerza».

### **RELATO DE VICENTE BONET SOLAZ:**

Vicente Bonet Solaz llegó al BIR en Enero del 74. Transcribo su información desde la llegada al campamento. A Cabrerizas llegó a finales de Marzo, con todos los de su mismo reemplazo.

«Al llegar al aeropuerto de El Aaiún, ya se podía ver en nuestras caras la sorpresa y la sensación que nos causó el panorama que se nos presentaba, pues hay muchas fotos bajando del avión que dan fe de ello.

Allí nos esperaban para cargarnos en camiones de la legión y nos llevaron hasta el BIR, donde nos tuvieron unos días sin darnos la ropa pensando que a muchos (todos los que se alistarían a la Legión, a lo paracaidistas y la C.O.E.). Durante varios días estuvieron haciendo su trabajo de captación. Por cierto, un recluta que estaba a mi lado, le aconsejaba a un compañero que no se apuntara, que en la legión las iba a pasar canutas. En ese momento pasaba un teniente que lo escuchó, le dio dos bofetadas y le dijo: «puedes dar gracias que haya sido yo el que te oyera y no un oficial legionario, porque hubiera sido mucho peor»

Ya cuando llegamos nos hicieron una especie de afiliación; yo dije que era peluquero, pues sabía cortar el pelo, pero en realidad soy pintor decorador y, aunque unos amigos valencianos me estaban esperando para meterme en la 4ª, cuando vinieron ya me habían metido en la 3ª por lo de peluquero. A la 3ª la llamaban “la pequeña legión”; tenía fama de ser más dura y disciplinaria que las demás, pero yo

*personalmente tengo que decir que me gustaba estar en ella, pues aunque íbamos a paso ligero a todas partes, teníamos los barracones más limpios de todo el BIR, ya que mientras los demás estaban haciendo siestas, nosotros limpiábamos a fondo hasta el más remoto rincón.*

*De vez en cuando los auxiliares se subían a las literas y pasaban el dedo por los cuchillos para ver si había polvo (la prueba del algodón). Cuando íbamos al comedor, que lo hacíamos a paso ligero, donde comíamos nosotros dejábamos las mesas limpias y recogidas y aprendimos buenos modales de cortesía dentro de lo que cabe. A algunos nos vino bien pues el que le tocaba más cerca de la perola servía a los demás y él era el último en servirse. Esto también lo hacíamos en Cabrerizas.*

*En la 3ª teníamos un capitán y un teniente que lo que querían era tener los mejores y los más preparados de todo el B I R. El capitán Casillas y el teniente Mata cuando íbamos a paso ligero y le parecía que estábamos un poco alborotados, el capitán le gritaba al teniente: “Mataaaa llévalos a la duna a ver si se calman un poco”. Y subíamos a la duna a paso ligero.! ¡Eso ya era demasiado!*

*Después juramos bandera y pasamos a Cabrerizas. A mí me destinaron a la plana mayor. Allí estábamos los carpinteros, lavaderos, oficinistas, transmisiones, planchista, chófer del coronel, los de la banda de tambores, cornetas y gaitas, sí señor, gaitas también.*

*Como la gente que tenía destinos tenía mucho tiempo para hacer siestas, por la noche estaban descansados y con ganas de fiesta, y alguno se dedicaba a gastar bromas, osea, la “pastilla”. Más de una noche venía el sargento de guardia y nos hacía salir a todo el barracón a la calle en calzoncillos a correr, o nos hacía limpiar los baños. Había un gracioso que le mojaba la cama a un compañero y lo solía hacer en el momento de pasar retreta; llamaba al sargento y todos a correr. Al día siguiente otra vez, y aunque todos pensábamos quién podía ser, siempre nos quedaba la duda. Bueno, yo sí que sabía quién era, y si alguien lee esto quizás también lo sepa. Otro gracioso se dedicaba a coleccionar grillos, esos animalitos que por la noche chillan un montón ric ric ric. Pues al tío se le ocurre ponérmelos a mí dentro de una bota y yo, que duermo como un tronco, no me enteré de nada, pero a la mañana siguiente estaban todas mis cosas revueltas. Pregunto que habían pasado y resulta que estuvieron toda la noche buscando al grillo sin poder dormir nadie y yo que era al que le iban a gastar la broma ni me enteré. También creo saber quién pudo haber sido,*



*En cabrerizas teníamos una banda, y para no molestar al cuartel, nos íbamos detrás del cuartel a ensayar, pero en un momento dado nos hicieron colgar los instrumentos, formamos una patrulla y nos fuimos a vigilar la cinta y las estaciones de la cinta.*

*Un día estábamos acampados entre las subestaciones 4 y 5 y a pocos kilómetros de allí le prendieron fuego a una. Nosotros nos enteramos cuando llegamos al cuartel. Bueno yo creo que exceptuando el teniente, el sargento y algún primero, los demás pensábamos que nos llevaban de excursión. No sé si acierto con los*

*nombres: el teniente Fernández, el sargento Camacho y del cabo primero me acuerdo más, Manuel Borrego.*

*Ahora voy a contar un caso más serio, un día salimos a hacer prácticas de tiro y también tirábamos bombas de mano, que aunque eran de carga hueca, hacen bastante daño. Estábamos tirando las PO2 y a un compañero de Madrid que le llamábamos el “Chiqui” (todos lo apreciábamos), era de abril o julio y tenía una cara como más añado o más joven, se le escapa la bomba y se quedó con la anilla y la cinta en la mano. Se le cayó en su mismo pie y yo que estaba cerca de él, escucho la explosión, me giro y lo veo cojeando con una pierna partida totalmente por la tibia y peroné y el pie colgándole sujeto por los mismos*

*tendones. Me metí mi bomba en el bolsillo y corrí hacia él, lo cogí en brazos y lo lleve al Land Rover más cercano que tenía. Yo soy bastante sensible para estas cosas pero lo hice sin pensar, instintivamente. Subió el sanitario y empezó a hacer su trabajo manteniéndole la pierna inmovilizada mientras yo le ponía un pedazo de manta en la boca para que mordiera tal y como me decía el sanitario. Pasé unos días muy mal, pues aparte de lo que me impresionan esas cosas, éramos compañeros y lo apreciaba. Lo llevamos al hospital de El Aaiún y cuando volvimos me di cuenta de que todavía llevaba la PO2 en el bolsillo y se la di al teniente. A Chiqui no volvimos a verlo más, pero sí me gustaría poder contactar con él y saber cómo le fue después de aquello. Me haría mucha ilusión hablar con él, si alguien supiese cómo localizarlo, me haría un gran favor.*

*Lo de las guardias de la planta de Atlas lo explica muy bien Albert Marín en su novela «La Jaima del Saharaui». Lo relata con todo tipo de detalles. Estando de guardia, si hacia aire del norte la arena nos tapaba el cuerpo de guardia o lo que fuera aquello y teníamos que estar continuamente quitando arena, pues había veces que nos tapaba hasta la puerta. En el cuartel nuevo la arena pegaba en el muro de la parte norte, rebotaba y a ocho metros empezaba a hacer una duna todo lo largo que era el muro del cuartel, que tendría unos 100 metros o más de largo por tres o cuatro de alto. La duna iba creciendo y haciéndose ancha hasta llegar al muro subiendo y ejerciendo presión contra él incluso llego a derribarlo hacia dentro del cuartel y tuvimos que poner unas alambradas porque nos quedamos sin pared en toda la cara norte. Alguien debe tener fotos de eso.*

*Al principio venían del cuerpo de ingenieros y quitaban la arena con una pala de cadenas, pero como el viento del norte era muy frecuente, tardaron en venir unos días y pasó lo que pasó.*

*También quiero contar lo de las guardias en las subestaciones de la cinta de Fosbucraa: Al principio nos dejaban en la subestación (la que nos tocase de las varias que habían) y nos daban latas de fabada, carne de búfalo y tubitos de leche condensada y alguna otra cosa más. Pero después solo nos daban latas de sardina foie-gras y pan de molde. Ya os podéis imaginar por la mañana a medio día y por la noche siempre lo mismo: sardinas, foie-gras y pan de molde, quede tan harto de estos tres productos, que después de licenciarme estuve más de veinte años sin probarlo. Y el pan de molde nunca más lo he vuelto a comer. Uno de Murcia que también estaba harto del permanente menú, salió a la carretera y paro a uno de los camiones que transportaban fosfato. Pues la cinta había días que no funcionaba y lo hacían los camioneros civiles. Negociando, le dio una caja de sardinas y le dijo que nos lo cambiara por patatas, huevos y tocino. A las pocas horas pasó el camionero, que era nativo e iba de regreso, y nos trajo lo acordado. Cogimos una caldereta de los albañiles que había por allí, la limpiamos un poco y freímos las patatas, los huevos y el tocino. Nos supo a gloria. Tengo que añadir que al transportar la caldereta con un palo para no quemarme, se me resbaló y perdimos parte del manjar. Aquello me supo fatal pero aun pudimos saborear aquello que nos sabría tan bien después de toda la semana con las sardinas, el foie-gras y el pan de molde».*

He copiado íntegramente, sin cambios en la narración, para no mutilar nada del relato de Vicente Bonet, incluyendo el BIR. Su reemplazo llegó a estar alrededor de un mes en el “viejo” cuartel, para, cuatro semanas después, ir definitivamente al nuevo con el resto de compañeros, siendo estrenadas las nuevas instalaciones por la Plana Mayor y la Primera Compañía. Ese mismo día, los de la Segunda Compañía salimos hacia el destacamento de Bucraa, todavía inacabado, pero con las instalaciones imprescindibles para poder residir en él, teniendo en cuenta que disponíamos de todo el desierto para evacuar nuestras necesidades, y que ya estábamos acostumbrados a la carencia de agua para lavarnos. La experiencia de Vicente en el viejo cuartel fue, a mi entender, mucho más suave que la de anteriores reemplazos, pues el ambiente cuartelero se relajó bastante una vez acabado el nuevo cuartel, especialmente porque las nuevas instalaciones ayudaban a ello. Había quedado atrás la sordidez del “viejo cuartel”, aunque nuevas y procelosas circunstancias mantendrían a la tropa en vilo, al igual que en muchas otras guarniciones del Sáhara, a causa de las acciones del Frente Polisario y las amenazas, con incursiones por la frontera

(incluyendo la colocación de minas que costó la vida a soldados españoles) de Marruecos. Lo de las guardias de vigilancia, en las subestaciones de la cinta de fosfatos por parte de escuadras cabrerizas, lo explicaré más adelante, pero en el relato de Vicente Bonet, ya se vislumbra algo de lo que representaban procelosamente, aunque él le ha dado un toque divertido con el incidente de la caída del caldero con la exquisita pitanza. Nada divertido, y sí trágico, lo del accidente del “Chiqui” con la PO2, del que, hasta la fecha, nadie sabe cómo fue su recuperación y cómo quedó físicamente.

Antes de irnos al nuevo cuartel y al destacamento de Bucraa, relataré anécdotas del 1974 en el “viejo” Cabrerizas.

Regresé del permiso oficial de cuarenta días el 26 de febrero. Este día ya debía estar en el cuartel, pero los vuelos de Iberia desde Madrid no eran diarios y la alternativa era llegar dos días antes. Dos días en Cabrerizas, robándolos al permiso, era un sacrificio excesivo para mí y para alguno que, como yo, llegamos ese mismo día, pero por la tarde. Esperaba que el control lo efectuarían en la retreta y, si el vuelo no se retrasaba, llegaría horas antes, como así fue. Alrededor de las seis de la tarde entraba en el Batallón vestido con mi uniforme de bonito y el petate al hombro. Pronto los compañeros me rodearon expectantes para que les explicase mi experiencia “vacacional” y, con especial interés, si había “tocado pelo”, obsesión permanente de la tropa sahariana que, en su aislamiento de la vida civil, de las novias y esposas, padecían cierta desazón a causa de la abstinencia afectiva. Por supuesto que, sin dar demasiados detalles, fantasee debidamente para imbuirles una fuerte calentura mental.

Pasé la retreta sin novedad y desapareció toda inquietud de ser castigado por no haber llegado por la mañana. No tuvieron esa suerte tres de los cabos primeros de nuestra compañía: José Barrera Sevillano, Marcelino García y Restituto Cuesta Lenguas (compañero mío en la escuela de Tarragona y ya fallecido) que, después de su permiso de 55 días, llegaron dos días más tarde por la razón de los vuelos de Iberia y de no sacrificar ningún día de permiso, pero esta falta sí fue detectada y el teniente coronel pasó parte a la Capitanía de Canarias, con lo que por los conductos rigurosamente oficiales, les fue aplicado el castigo de un mes de mili por cada día de retraso, con lo que hicieron dos meses más de servicio militar.

Durante mi permiso pasaron algunas anécdotas, como la “ejecución” de la gacela por parte de “francisquito”, narrado ya anteriormente. El compañero José Luis López Rodríguez, sanitario y de mi mismo reemplazo, me ha facilitado información de algunas de sus vivencias, de las que algunas ya conocía por coincidir en el tiempo y ser de conocimiento común, y otras más personales. No redundaré en las que ya he explicado, limitándome a las vividas por su persona o porque coincidió en mi ausencia mientras estaba disfrutando de la vida civil. Retrotrayéndome en las fechas, transcribo su relato empezando a finales del 1973, al día siguiente del atentado a Carrero Blanco.

### **RELATO DE JOSÉ LUIS LÓPEZ RODRÍGUEZ:**



*Como sanitario, estaba rebajado de guardias, pero al día siguiente, después del atentado a Carrero Blanco, vino el teniente de guardia y me dijo que cogiese el fusil y munición y fuese de guardia con otros compañeros al destacamento de Atlas. Le respondí que yo estaba de servicio de botiquín siguiendo las órdenes del teniente médico Turza y de que ni siquiera tenía asignado fusil. Me contesta que él al teniente Turza se lo pasa por los cojones y que, o hacía lo que me ordenaba, o me pegaba dos tiros, gritándome que «esto es la guerra». Un compañero que no estaba de servicio de armas me dejó su fusil, una vez notificada tal acción al propio teniente. Después el furriel me proporcionó los cargadores con la munición. Estando ya de guardia en la planta de Atlas, se presente el teniente Turza reclamándome, de «¿por qué no estaba cumpliendo con mi*

*servicio de botiquín?». Le explico lo ocurrido y, entonces, Turza se enfrentó al teniente amenazándole de que era él el que le «iba a pegar los cuatro tiros». Debo reconocer que tuve cierta satisfacción.*

*Una noche, después de tocar silencio, en nuestro dormitorio de la segunda Cía, la tropa estaba movida, ya eran muchos meses de permanencia en el Sáhara y el personal tenía ganas de desahogarse un poco, por lo que empezaron las bromas, los gritos y el lucimiento de cantantes, sean de flamenco o de Rock. El ruido llegaba hasta el cuerpo de guardia, donde el sargento Chacón estaba de servicio esa noche. Avisó de que la fiesta debería acabarse de inmediato, pero muchos hicieron caso omiso, por lo que en su siguiente visita al barracón, sacó a todos al patio a base de correazos, un centenar más o menos. Pidió que los revoltosos diesen un paso adelante, pero como nadie hizo movimiento alguno, y la noche era muy desangelada y todos estábamos en calzoncillos como única prenda, decidió hacer una selección aleatoria de siete u ocho soldados. La casualidad quiso que todos los que fuimos elegidos, formábamos parte de la “fiesta”. La verdad era que habían muchos más en la formación. “Los escogidos” pasamos al cuerpo de guardia y el sargento nos ordenó que nos tumbásemos en el suelo, tal y como estábamos. Temblábamos de frío, por lo que algún miembro de la guardia, apiadándose de nosotros, nos dejó su manta y, apelotonados, nos dábamos calor unos a otros. Aquello acabó cuando, dos horas después, el turuta, que era uno de los que menos jaleo había ocasionado, se confesó culpable. Su gesto heroico nos libró a los demás, pudiendo regresar a nuestra litera. Al buen compañero, debimos premiarle con una medalla al valor.*

*Recuerdo las noches cantando el Himno de Infantería en el patio, con el teniente “Beethoven” como director de orquesta. Fueron muchas noches, porque no había forma de que lo aprendiésemos (había poco interés). Una noche, enfadado el teniente, nos hizo dar vueltas en formación alrededor del patio mientras cantábamos el himno. Como el teniente no veía muy bien con sus gruesos lentes y en el patio no había iluminación, apenas llegaba luz de la bombilla de la entrada al cuartel, en cada paso frente a las diferentes puertas de los dormitorios, algunos compañeros entraban a ellos. Llegó un momento que, en lugar de quinientos soldados, apenas había doscientos desfilando y cantando, hasta que llegó un momento en que el teniente se apercibió que allí faltaba personal, gritando: «¿dónde estáis?». Menos mal que era buena persona y la sangre no llegó al río, pero el aprendizaje del himno se prolongó durante mucho tiempo.*

En este relato de José Luis López Rodríguez, uno de los sanitarios de Cabrerizas (nuestro entrañable “matasanos”), puede captarse alguna duplicidad, pues coincidió en el tiempo con otros compañeros que en este libro narran sus recuerdos, pero esto es un valor añadido, pues se pueden apreciar diferentes sensaciones de cómo vivía cada uno aquellos hechos.

Anteriormente comenté que desde que se terminó la construcción del nuevo cuartel y, por tanto, un elevado porcentaje de la guarnición quedó liberada para volver a hacer vida de soldado, la vida en el cuartel se relajó un poco y el batallón empezó a parecerse a otras guarniciones; no obstante, la disciplina era exigente y no era aconsejable relajarse demasiado en los servicios, especialmente los de armas. Al haber perdido mi destino de furriel, volví a hacer servicios de armas y poco más. De faltar personal para los diferentes servicios, muchos, sin destino, después de finalizar la gimnasia y la diaria instrucción, nos encontrábamos con la pesada función de pasar desapercibidos en el limitado ámbito del cuartel, especialmente los cabos. José Calvo (“cabo “Rusti”) y yo, en varias ocasiones nos escapábamos por la puerta “falsa”, que es así cómo le llamábamos a la puerta opuesta a la de la entrada. Era un portón metálico que siempre estaba cerrado desde dentro con un fuerte pasador y, durante las veinticuatro horas, había un centinela plantado en la parte interior. Aunque ya no era furriel, mantenía cierta inercia de autoridad y, si el vigilante era de mi compañía, lo convencía de que estuviese atento (o avisase al del relevo de ello) para que cuando oyese los golpes de aviso, nos abriese la puerta. Y ¿dónde podíamos ir? Si sólo había desierto y, además, vestidos con ropa militar de faena, pues a un pequeño faro abandonado que había a unos cien metros, cerca de la playa, donde escondidos jugábamos al ajedrez en un pequeño tablero plegable que me llevé a la mili. En una ocasión el centinela o, no nos oyó, o no nos quiso abrir, por lo que entramos al batallón por la puerta principal, rezando para que no nos viese el sargento de guardia.

El batallón todavía no estaba preparado para su función táctica: La de protección y patrullaje de la cinta de fosfatos y demás instalaciones de Fosbucraa, algo que cada vez se hacía más necesario debido al progresivo aumento de la actividad armada del Frente Polisario, previéndose que las infraestructuras del fosfato serían un objetivo preferente. Ni se disponía de vehículos suficientes ni del armamento necesario, aunque en el todavía vacío nuevo cuartel empezaban a llegar las primeras unidades. Mientras llegaba el ansiado día del cambio de residencia, los mandos y, en especial, los sargentos semana, debían esmerarse en que no hubiese a la vista tropa deambulando ociosamente en horario lectivo por el patio de armas o dentro de los barracones, pues era algo que el teniente coronel no podía soportar. Se dio la circunstancia que un día estaba prevista la visita del coronel del III Tercio, interesado este en comprobar el estado del cuartel, pues sus instalaciones pasarían a estar ocupadas por la Legión. En esa visita ocurrió una anécdota que hace años relaté en nuestra Web de la «Mili en el Sáhara», y que a continuación transcribo:

*«26 de Marzo del 1974, este día, administrativamente el cuartel de Cabrerizas de Cabeza de Playa tenía que pasar al Tercio (al parecer volvía a ser “sede” de corrigendos) al trasladarse el Batallón al nuevo cuartel construido por los propios soldados del Batallón. Como sea que el cambio de la guarnición se había retrasado, el Coronel del Tercio decidió, no obstante, visitar el cuartel y comprobar en qué estado se encontraban las instalaciones. El día antes se habían sacado los trastos que afeaban la estética de sus estancias, ubicándolos provisionalmente fuera del muro norte, quedando escaqueados entre este y la pequeña duna que se formaba por el rebufo del viento al chocar contra la pared.*

*Bidones, cajas vacías, maletas vacías de suboficiales (estos dormían en un dormitorio común al que ellos mismos habían bautizado con el nombre de “Villa Mendigo” y que era similar a los nuestros, con la diferencia que en lugar de estar ocupado por cien individuos, lo estaba por alrededor de diez o quince y, además, disponían de taquilla, increíble ingenio que nosotros conocíamos por referencias, ya que durante toda la mili nuestro único armario fue el petate). Junto a los trastos descritos se amontonaron diversos objetos inútiles que con el tiempo se habían ido guardando quedando todos ellos bajo la amenaza de ser prontamente cubiertos por la arena que arrastraba incansablemente el molesto y pertinaz viento del norte.*

*Media hora antes de la llegada del jefe legionario, nuestro teniente coronel ordenó que todos la tropa que se encontrase fuera de servicio y sin destino (al haberse acabado recientemente el nuevo cuartel, más de cien soldados lo estaban), saliese por la puerta trasera (norte) y se escondiese junto a los trastos que se habían sacado el día antes. Se trataba de ofrecer una buena imagen al Coronel.*

*Llegó el Jefe legionario y se paseó por dormitorios, comedor, cantina, los calabozos de la cárcel (lugar donde durante varios meses había sido mi furrilería, armería y almacén de material de la 2ª compañía); cuando la comitiva del Coronel y jefes y oficiales de Cabrerizas que lo acompañaban pasaba frente a la puerta norte, el mando del Tercio dijo: «Quiero comprobar qué efecto produce la arena en el muro norte del cuartel, por favor, abrid la puerta»; si en aquel momento pinchan a los mandos de Cabrerizas, no sale sangre, pues estoy seguro que se les había helado ¡tanta preparación para hacer el mayor de los ridículos!*

*Cuando el Coronel traspasa la puerta, contempla un nutrido grupo de soldados sentados y tumbados por la arena entre las “andróminas” sacadas del cuartel, la tropa al ver aparecer de forma súbita el séquito, se levanta y se pone firmes en posición de saludo, el Coronel les devuelve el saludo y dice: «No os preocupéis chavales y seguid con lo vuestro».*

*Durante varios días el suceso fue la chirigota y tertulia de la soldadesca, tanto por el aspecto humorístico como por la grotesca situación en la que se encontró nuestro rígido Tte. Coronel de Cabrerizas.*

*Ya con el coronel del Tercio camino de El Aaiún, las maletas de los suboficiales y parte de los trastos, todos ellos adecuadamente “sazonados” de arena sahariana, fueron entrados al cuartel; el resto cargados al camión y tirados al basurero que muchos reclutas del BIR conocieron».*

Por aquellos días, el capitán de nuestra compañía, el que tan mal me lo hizo pasar cuando fui furriel, fue llevado al hospital de El Aaiún en un lamentable estado de delirium treme. Durante la noche había mantenido en jaque a la guardia, moviéndose por el cuartel, pistola en mano, queriendo liberar al teniente coronel de sus “captos moros”. En realidad veía alucinaciones, teniendo que intervenir el capitán ayudante para convencerlo de que volviese a su habitación. El cuerpo del oficial ya no pudo resistir más la ingesta de alcohol. Tengo entendido que de El Aaiún fue llevado al hospital de Las Palmas, y no volvimos a saber más de él.

## **22 de abril de 1974, el Batallón se traslada al nuevo cuartel.**

Con el traslado al nuevo cuartel, se iniciaba la última etapa del histórico batallón, la cual ya sería muy corta, poco más de año y medio. La segunda compañía lo hizo directamente al destacamento de Bucraa.

Por fin salimos del insuficiente cuartel y la tropa cambió de aires. Yo conocía el nuevo cuartel por el par de guardias nocturnas que, como cabo al mando de una escuadra, hice allí. Recuerdo que, además de no poder dormir en toda la noche, el inmenso cuartel era fantasmal y totalmente permeable a la entrada de quien hubiese querido. Los vehículos Land Rover y camiones que a no mucho tardar se usarían para las patrullas por la cinta, y que estaban allí guardados, era la principal causa de nuestra vigilancia. Los cuatro soldados y el cabo, que era el total de la guardia, no estábamos tranquilos; éramos una fuerza insuficiente desde el punto de vista de efectividad y seguridad, pero jamás pasó nada. No había duda de que, en comparación con el “viejo cuartel”, aquel nuevo nos parecía el hotel Palace.

Siguiendo con el estilo de intercalar pasajes de mi libro “La Jaima del Saharai”, transcribo un trozo del día en que la 2ª Cía. desplazamos a Bucraa:

*«Ha llegado el día en que la 2ª Compañía de Cabrerizas es trasladada al nuevo destacamento en Bucraa. El viaje hasta allí, de unos ciento treinta kilómetros, es la salida más larga para la mayoría de los soldados de Cabrerizas desde que están en el Sáhara.*

*A partir de El Aaiún son cien kilómetros por carretera que, aunque asfaltada, es muy estrecha. A unos doce kilómetros del pueblo pasan del cerca del oasis del Messeied, pudiendo apreciar el “bosquecillo” de palmeras.*

*Pocos kilómetros más adelante dejan atrás el cruce que lleva hasta el cercano destacamento de Edchera, construido este después que, hace quince años, en el mismo lugar, la XIII bandera de la Legión sufrió una emboscada que les produjo más de cuarenta bajas mortales y numerosos heridos. Los guerrilleros del Frente de Liberación, compuesto de marroquíes y saharauis, se retiraron después de varias horas de combate, dejando numerosos cadáveres en el terreno.*

*La mayor parte del recorrido es por la carretera de Smara, a través de un entorno árido y desolado. Apenas algunas reseca talhas (de la familia de las acacias) y otros arbustos como el “atil” —confundidos unos y otros por los no expertos como si fuese la misma especie— sobreviven en el ocre paisaje.*

*A sotavento de piedras grandes o raquícos matojos se amontona arena, pero en general el suelo es una mezcla de tierra arenosa salpicada de piedras. Robert advierte que a ambos lados de la cuneta prolifera una interminable hilera de cascos de cervezas y refrescos con el vidrio opaco por influencia del sol, que parecen emerger de la arena que se acumula entre ellos. Sin duda, tal cantidad es el resultado de muchos años de paso de vehículos militares y algunos civiles, en los que sus ocupantes no han tenido reparo alguno en tirar los botellines después de haber consumido su contenido.*

*Unos setenta kilómetros después de haber salido de El Aaiún, se desvían en la bifurcación de la carretera que conduce a Bucraa y, muchos kilómetros más lejos, a Guelta Zemmur, destacamento cercano a la frontera con Mauritania. El paisaje es parecido, con la única diferencia de que el casi llano terreno*

*ya no contiene talha alguna ni matojo que ose asomarse. Robert y Tóful determinan que la superficie de la luna debe parecerse bastante.*

*Después de treinta kilómetros, con un recorrido recto desde la bifurcación, llegan a Bucraa. Cerca de la primera y única curva antes de llegar al destacamento, un gran recinto tapiado aparece ante ellos, a no muchos metros, del que sobresalen plateados techos de barracones metálicos y algunos árboles. Parece ser el campamento civil donde residen los trabajadores de las minas de fosfatos de Fosbucraa.*

*Después del giro a la izquierda aparece el destacamento militar destinado a acoger a una Cía. del Batallón de Infantería de Cabrerizas.*

*La estancia aquí de la 2ª Cía será de tres meses, siendo después relevada por la 1ª y, así, alternativamente.*

*Las instalaciones militares están por finalizar y queda mucho trabajo por hacer, pero lo más imprescindible sí está hecho y es suficiente para el acomodo de los más de doscientos soldados que forman la compañía. Hace meses que una treintena de compañeros y algunos civiles —pocos de estos— están construyendo el destacamento. Ahora, con toda la compañía, más de doscientos hombres, el ritmo de los trabajos aumentará considerablemente. Muchos de los que han estado trabajando en el nuevo cuartel de Cabrerizas ahora lo harán aquí. A los que les corresponde tal misión, “los soldados-obreros”, muestran su descontento, pero aquí no estará el teniente “Polvorilla” y, en lugar de tener la sombra del teniente coronel, el capitán Carellán es el comandante del destacamento. El nuevo jefe de la 2ª Cía. que sustituyó al capitán Villena (el Tenebroso), ya ha dado muestras de ser un buen profesional, celoso de la disciplina, pero respetuoso con su tropa, ganándose eficazmente la autoridad sin necesidad de amenazas. Será muy estimado por toda la tropa de la compañía durante los tres meses que van a pasar en medio del desierto.*

*Los dormitorios, barracones similares a los que sobresalen del muro del campamento civil y a los del nuevo cuartel de Batallón en Cabeza de Playa, son amplios y enormes en comparación con los del viejo cuartel. Literas de dos pisos, pero separadas en hileras de uno y con un anchísimo pasillo central, es todo lo contrario del hacinamiento que han soportado hasta ahora. Los sanitarios todavía no están acabados, pero en cada entrada de los dos barracones hay un bidón de agua salobre de doscientos litros, y esto es mucho en comparación con el viejo Cabrerizas, donde allí no tenían nada, excepto el océano Atlántico, que ahora, lamentablemente, se encuentra a cien kilómetros.*

*Tóful y Robert, como buena parte de los compañeros libres de servicio, a las seis y media de la tarde, hora en que se da la libertad a la tropa para salir a pasear, deciden salir del destacamento para visitar el único lugar posible en Bucraa, la cantina de Ca Gonzalo, el canario, y el campamento civil de los trabajadores de las minas de Fosbucraa. La mina a cielo abierto está a seis kilómetros. Nada más hay en el lugar, inmerso en el desierto. La población más cercana, El Aaiún, está a cien kilómetros.*

*La cantina de Gonzalo se encuentra a extramuros del campamento civil, a unos cincuenta metros separada de su entrada. Es una sencilla caseta construida con bloques de cemento a la que la electricidad necesaria le llega a través de un cable aéreo proveniente del campamento y colgado de varios postes de madera. Esta cantina civil sirve bebida fresca, inexistente en la provisional y precaria cantina militar, por lo que será asiduamente visitada cada tarde por los soldados del destacamento. En realidad, Ca Gonzalo existe para suministrar bebidas alcohólicas a los civiles de Fosbucraa. En la cantina del campamento civil está prohibida su venta, pero la “ley seca” solamente está impuesta dentro de los muros y... hecha la ley, hecha la trampa. El propio Fosbucraa suministra el fluido eléctrico necesario para que Gonzalo pueda servir frescas cervezas, elemento líquido muy valorado en el lugar.*

*El campamento de Fosbucraa, de unas cinco o seis hectáreas, es como un oasis en medio del desierto; hay árboles y un pequeño zoo con animales propios del Sáhara donde no faltan las gacelas y, por supuesto, camellos dromedarios. El mono Felipe es la atracción de los recién llegados. El pobre animal, permanentemente encerrado en una jaula circular de apenas cinco o seis metros cuadrados, da muestras de estrés. Sin contacto de hembra alguna, los que visitan la jaula, pueden entender el porqué de aquella frase de “Se la pela más que un mono”.*

*Dos piscinas de notable tamaño, pero sin agua, llaman extraordinariamente la atención de todos. Si por lo menos llenasen una, la estancia en Bucraa podría parecerse a unas auténticas vacaciones; esta es la impresión más extendida de los que las contemplan.*

*Cuando ya anochece, Tóful y Robert recorren los cuatrocientos metros que separan el campamento civil del destacamento militar. Ha sido una visita rápida pero agradable. Antes de ir a Bucraa, les habían informado de que solamente había la mina de fosfatos y puro desierto, nada más, pero el campamento civil es un privilegiado lugar donde ir a pasar el rato.*

Este breve relato, sacado de mi libro, es fiel a mi recuerdo, habiéndose cambiado únicamente los nombres de los protagonistas de ficción Tóful y Robert, si bien este coincide con mi persona.

A continuación transcribo el resto del relato del compañero Manuel Borrego, coincidiendo con su estancia en Bucraa.

### **Relato de Manuel Borrego Rodríguez en Bucraa:**

*Recuerdo que poco más adelante, la 2ª Compañía la suben a Bucraa, cuya misión inicial era la de continuar con la construcción del destacamento y hacer guardia en las dragalinas de la mina de fosfatos. Una estaba funcionando y la otra en construcción. Teníamos el campamento minero a unos cuatrocientos o quinientos metros. Aquello era como un oasis en medio de la soledad del desierto. Podíamos visitarlo, pasear por su pequeña zona arbolada, con algún animal enjaulado propio de la fauna sahariana, o sea, un pequeño zoológico. Pronto nos dieron permiso para bañarnos en la piscina, hasta que algunos hicieron mal uso de ella (enjabonarse y lavarse la cabeza y luego enjuagarse en la piscina) y nos la prohibieron; más tarde se volvió a ir, pero en formación, recuerdo que más de una vez, como cabo primero que era, me tocó llevar la compañía completamente formada, que, por cierto, una vez me tuve que poner serio con uno que quería ir a su aire, al final entro en formación; no recuerdo el nombre solo sé que era de Jaén.*

*Recuerdo que estando un día de guardia en las minas de Bucraa, en un carromato que teníamos a unos cientos de metros de los Yacimientos, donde los cabos 1º hacíamos las guardias por semanas, pues no habíamos bastante para cubrir los servicios, las cosas ya no estaban para bromas. Como ese día eran todos reclutas, les di una pequeña charla, en fin, para acojonarlos un poco: «A 100 m. no debía acercarse nadie a la dragalina», porque entonces solo había una funcionando, la otra estaba en construcción y el personal que trabajaba en las minas debía ir bien identificado con la tarjeta y su correspondiente fotografía, porque si ponían algún petardo en la máquina, acabábamos todos en el penal, incluido yo. También les dije que no nos iban a preguntar ni siquiera lo que había pasado sino que iríamos para el penal directo. En fin, una vez con el acojono, en el cuerpo empezamos la guardia.*

*A media mañana, sentado en la puerta del carromato y charlando con el cabo, vi a lo lejos que se iban acercando tres vehículos a la dragalina. Sin perderlos de vista, vi que bajaron varias personas, y a unos metros el centinela les dio el alto. Desde donde yo estaba no se podía oír nada, pero sí podía ver los movimientos. Cuando me percaté de que el centinela les apuntaba con el arma al hombro en posición de disparo, le digo al Cabo vamos, y corriendo el más de medio km que nos con el centinela, él con el arma en mano. Al llegar, uno del grupo visitante se acercó a mí y me dijo: «Chaval, ¿Tú eres el jefe de la*



*guardia?» Le dije que sí, y se me identificó como coronel o Tte. Coronel (no recuerdo bien) de Helicópteros, y señalándome a uno del grupo me dijo: «Es el Capitán General de Canarias». Yo no lo había identificado, pues todos vestían de paisano. Le di las novedades y después de darme las gracias, me dijo: «¿Y ahora puedo pasar?», sólo quiero ver la máquina”. Le dije que sí y que si querían se la podría enseñar pues yo la conocía bien, (la dragalina era digna de ver pues dentro se perdía uno. Tenía hasta ascensores y si no recuerdo mal medía 36 m de altura, más o menos como un bloque de pisos). Me dijo que le acompañaba el ingeniero jefe de las minas. Cuando se adentraron le pregunté al centinela que es lo que había pasado y me dijo que cómo no tenían tarjeta, no podían pasar ni acercarse más. Entonces se ve que el que iba delante le dijo que era el Ingeniero Jefe y que él no necesitaba tarjeta y el centinela le contestó: «Y yo el Capitán General de Canarias y aquí no pasa nadie» (evidentemente no se imaginaba que lo tenía delante). También les dijo que no dieran un paso más. «Chaval, tú tranquilo, no te pongas nervioso, y saca el dedo de ahí (del gatillo)», —le dijeron. Seguidamente yo di cuenta al capitán de la Compañía, D. Juan Manuel García de Carellán y Vázquez ( Q.E.P.D) el cual hizo acto de presencia en poco tiempo, el tiempo de coger un Land Rover y recorrer los pocos kilómetros que había desde el Destacamento hasta los yacimientos. Nada más llegar me dice: «cabo ¿qué ha ocurrido?» recuerdo que le dije: «mi capitán, aquí está el centinela que estaba de puesto», y le contó todo con pelos y señales Nos felicitó por la actuación y nos dice: «no les doy permiso porque aquí no podemos dar permiso, sino les daba diez días». Nos puso al corriente de que estaban de viaje privado para ver la dragalina y que como venía con su escolta personal, por eso no comunicaron nada al destacamento, las otras cosas que me dijo no tiene mayor importancia. Se fue y nos dijo que nos traería bocadillos y bebidas lo cual cumplió, al rato apareció con ellos.*

#### *PATRULLAS POR LA CINTA DE FOSBUCRAA*

*Recuerdo que el responsable de montar las patrullas para la cinta fue el Comandante Dávila, el cual nos mandó bajar a Cabeza de Playa a los tres cabos primeros de la 2ª Cía. que habíamos pedido quedarnos en el destacamento, para proponernos el formar parte de dichas patrullas, ya que estábamos más acostumbrado al desierto y sabríamos orientarnos mejor; yo accedí. Al día siguiente junto a otros componentes de lo que sería la primera patrulla, nos enfilamos dirección al BIR, con el Teniente y Sargentos para poner a prueba nuestra capacidad. Uno de los Sargentos, recuerdo que era Bernabé Moreno de Granada y llevaba poco tiempo en Cabrerizas, nos dan una brújula a cada uno y, con papel y lápiz en la mano, nos marcó un rumbo o itinerario el cual teníamos que marcar sobre el terreno con piedras o algún trozo de rama de los matojos que había por allí . Pasamos la prueba.*

#### *ANECDOTAS DE LAS PATRULLAS*

*Las Patrullas motorizadas estaban compuestas por un teniente jefe, un sargento (no siempre) como segundo jefe, tres cabos primeros y algunos cabos. Pasaron muchas anécdotas a destacar, todas propias de lugar donde estábamos (pleno desierto), como tener problemas al cruzar alguna cadena de Dunas, con algún que otro vehículo atascado en la arena, teniendo que hacer uso de las planchas metálicas que llevábamos para dicho fin. Otro era el controlar el agua potable que, aunque nunca pasamos sed, sí que había que dosificarla llenando las cantimploras por las mañanas, que si mal no recuerdo eran de dos litros, aunque si más tarde pedías más, se te volvía a llenar. En cada patrulla, que duraba sobre una semana o diez días, siempre sobraba de todo, agua, comida, combustible. Con la munición se hacía ejercicios de fuego real. Recuerdo que en aquellos tiempos la censura tanto en prensa como en radio era muy notable, en cada patrulla venía un componente de Ingenieros, de telecomunicaciones, con un equipo al completo, todo instalado en un vehículo, pues por las noches nos dedicábamos a escuchar emisoras de Radio de todo el mundo. De día era insoportable el calor; ni aún en los vehículos en marcha era refrescante, por eso el agua era casa imbebible de lo caliente que se ponía a pesar de llevar las*

*cantimploras colgadas en el espejo retrovisor. Por las noches, al bajar tanto las temperatura, es cuando se podía beber, incluso se ponía fresca, pero tenías que tener cuidado por si alguno se la bebía antes que tú, así que un truco bueno era atártela al pies con la cinta mientras estaba acostado y de madrugada el agua estaba para rabiarse de fresquita.*

*Recuerdo que cuando acampábamos para dormir hacíamos un círculo con los vehículos, todos encarados hacia fuera y, como eran tantos, quedaba un círculo casi cerrado, solo quedaba el espacio justo para apenas poder pasar una persona. En el centro hacíamos una hoguera para calentar la comida y hacer café o té. Montábamos las tiendas de campaña para dormir, siempre que acampáramos con luz del día, porque había que tener mucho cuidado al mover una piedra para preparar el suelo y montar las tiendas, en no encontrarte escorpiones o lefas (víbora venenosa). Alguna que otra vez se nos vino la noche encima y a dormir en los coche y taparnos con el trozo de lona que cada uno llevábamos, es decir, las tiendas eran de cuatro personas y cada uno llevaba un triángulo y un trozo de mástil que, enroscado uno a otro, formaba el mástil central. Los cabos primeros íbamos dotados de mapas-planos, brújulas, prismáticos y linterna. Una noche, uno me pidió que alumbrara, que había sentido algo, y era un pedazo de escorpión que se había colado dentro de la tienda y lo tenía a menos de un palmo de la cabeza, tal como estaba acostado. Más de una vez vimos ojos brillar en la oscuridad, posiblemente de chacales o incluso hienas. Siempre venían a buscar restos de comidas, porque las huellas estaban frescas por la mañana. Más de una vez los correteábamos por las noches con la luz de los vehículos.*



*Después de acabar y dejar la guardia montada, era un espectáculo ver las estrellas, tantas y que parecían estar tan cerca, que daba la sensación que las podías coger con las manos; jamás vi nada igual, era como estar en el centro del universo, mirara para donde mirara, todo lo veía igual de cerca, no había nada que se interpusiera entre el firmamento y tú.*

#### **FIN DE PATRULLA Y GENERALA.**

*Repostamos en el cuartel nuevo para iniciar una nueva andadura de patrulla por la cinta de fosfatos, la cual tenía poco más de cien kilómetros, con la misión de protegerla de atentados del Frente Polisario. Lo teníamos todos preparado para salir a la mañana siguiente, por lo que nos ordenaron, como era costumbre, que durmiéramos vestidos con el fusil Cetme y la munición preparada. No había amanecido cuando nos tocan “GENERALA”. Todos saltamos de las literas buscando las salidas, ajustando las trinchas y cargadores. Afuera, en perfecto orden estaban preparados los vehículos de la patrulla, con el coche de Mando a la cabeza y, como último, el coche de telecomunicaciones (de Ingenieros). Una vez comprobado que estamos todos los componentes de la patrulla, se inicia la salida sin demora. Cuando habíamos evolucionado unos pocos kilómetros, paramos con la misma táctica de siempre, sin apelonarnos, marcando las distancias, pues llevábamos material de toda índole, tales como vehículos blindados (tanquetas), cañones sin retroceso, morteros y ametralladoras MG, todo montado sobre Land Rover. Nos reúnen formando medio círculo y los mandos nos informan que se esperaba algún tipo de ataque por parte de tropas paracaidistas marroquíes. La orden era repeler el posible ataque como fuera, usando todo el armamento que llevábamos, que estuviéramos atentos a sus órdenes y que nadie hiciera el tonto, y si asoman, todos cuerpos a tierra, y tiro que se haga, que sea certero. Con voz firme, el teniente nos dice: «supongo que no habéis matado a nadie, yo tampoco, así que si ellos vienen a por mí, yo voy a por ellos, ni ellos me conocen a mí ni yo a ellos, así que apuntad bien, y olvidaros de la convención de Ginebra, porque los paracaidistas también disparan mientras descienden por el aire, con lo que*

*disparadles antes de que lleguen al suelo». Teníamos prohibido llevar bebidas alcohólicas en las patrullas, pero no sé cómo, aparecieron unas botellas, invitándonos a toda la tropa a un trago. Por suerte nada pasó y, cuando se consideró que nada iba a pasar, proseguimos con nuestra patrulla, necesaria esta, pues tanto la cinta, como la mina, era objetivo de las guerrillas saharauis y de los marroquíes.*

#### **EJERCICIOS DE LANZAMIENTO DE GRANADAS PO2 SOBRE EL TERRENO**

*Recuerdo que ya veníamos de vuelta hacia el cuartel cuando nos mandan parar, y nos indica el jefe del dispositivo que íbamos a hacer ejercicio con las granadas de mano de tipo PO2. La práctica consistía en, circulando normalmente, cuando sonara los pitidos del vehículo de mando, teníamos que ir saltando de los coches en marcha, todos hacia el mismo lado, e ir quedando en la posición de cuerpo a tierra a una distancia prudencial uno de otros. Todos teníamos que tirar la mencionada granada desde la posición de cuerpo a tierra, el jefe escogió el terreno más adecuado para dicho fin. Empiezan a sonar las explosiones hasta que una suena por la parte de detrás, todos giramos la mirada, por lo menos yo, y cómo se nos quedó el cuerpo al ver un compañero gritando de dolor, al cual la explosión le había alcanzado hiriéndolo en una de las piernas y causándole heridas de consideración. Rápidamente se preparó un dispositivo para llevarlo al hospital de El Aaiún. Al encontrarnos muy alejados, hubo que repostar el Land Rover de suficiente gasolina y llevar reserva en una petaca. No me acuerdo del nombre del accidentado, solo recuerdo que era de Madrid y que el conductor encargado de llevarlo al hospital era Vicente Bonet. Nunca supe nada más del compañero herido.*

En el relato de Manuel Borrego, vuelve a salir a colación lo del accidente de la bomba de mano. No omito la información porque como ya dije en el prólogo, cada uno vive la misma situación con diferente mirada y es una riqueza el poder leer la misma crónica por parte de diferentes testigos.

Siguiendo en la línea de transcribir alguno de los pasajes relatados en mi libro de la “Jaima del Saharai”, he seleccionado alguno de ellos, los que dan una idea de cómo fue la estancia durante aquellos tres meses en el destacamento.

La llegada a Bucraa, a un destacamento en el que todavía estaba sin construir buena parte del muro perimetral, así como muchas otras partes, entre ellas los aseos y el suministro de agua, fue, no obstante, una bendición. Me imagino que al igual que los que fueron al nuevo cuartel en la costa, pero con la positiva diferencia para nosotros de no tener al teniente coronel y ser el comandante del destacamento el capitán Manuel García de Carellán y Vázquez. Estar bajo las órdenes directas del capitán supuso relajar enormemente la disciplina. Era un gran profesional que se ganó nuestro respeto, algo muy superior a «ganarse el temor». Él exigía cumplir con todo lo necesario para garantizar la buena marcha de la compañía destacada y, especialmente, de los servicios de armas, tan necesario esto en momentos en que el Frente Polisario amenazaba con sus ataques aislados a otros destacamentos. A cambio de nuestra demostrada responsabilidad, hacía la vista gorda a las pequeñas fiestas que, de cuando en cuando, se celebraban en los dormitorios. Era un oficial que entendía lo duro que era para unos jóvenes estar tanto tiempo aislados en el desierto y que, un poco de ocio era un estupendo bálsamo. El uniforme de paseo jamás fue ya utilizado para los que nuestra estancia en Bucraa marcaba el final del servicio militar.

Se nos permitía ir al campamento civil con la ropa “chéster” y, como el resto ya sólo era desierto puro y no había adónde ir, hubiese sido estéril vestirse de “bonito”. El campamento de Fosbucraa era el mayor y único aliciente que teníamos, con su piscina que en ocasiones pudimos utilizar, todo un lujo en el desierto, el pequeño zoo, con el pobre mono «Federico» que, en una jaula de no excesivas dimensiones, vivía un lamentable encierro, pasándose el día dándole al “manubrio”, especialmente si pasaba cerca la maestra, única fémina que llegué a ver en el recinto civil. El arbolado del campamento confería al lugar un aspecto de oasis en medio del secarral bucraniano. No teníamos el océano ni la posibilidad de ir a la playa, por contra, la temperatura, cuando hacía calor, que no era siempre, ni mucho menos, podía llegar a

sobrepasar los cincuenta grados centígrados; pero a pesar de estos inconvenientes, la mayoría celebrábamos el estar allí en lugar de en el “viejo cuartel”.

A continuación transcribo de mi libro el capítulo: «El Carromato de la Dragalina», carromato que hacía las veces de cuerpo de guardia, a cinco kilómetros del destacamento y a varios cientos de metros de la gigantesca excavadora de la mina. Fue una singular experiencia en un singular lugar. Redundo en que este relato extraído de mi novela, no es de ficción, a excepción de algunos nombres y de la existencia de la tal “Jadiyetu”, pero, en cualquier caso, para nada deforma la historia.

#### «EL CARROMATO DE LA DRAGALINA»:



Carromato/Destacamento puesto de guardia de la Dragalina, Bucraa - Mayo 1974

*«Después del desayuno, en una cálida mañana que da continuidad al intenso calor del día anterior, un cabo primero, dos cabos y seis soldados, cargados con sus patates, fusiles y cargadores de munición, suben al camión que les ha a llevar hasta el “destacamento de la dragalina”. El recorrido es a través del desierto sin pasar por pista alguna, pero siguiendo la marca ya señalada por los continuos viajes del Land Rover o del camión, que desde hace una semana lleva diariamente el avituallamiento al lugar al que se dirigen. Dos*

*kilómetros después, Tóful se asoma por la parte abierta de la lona que cubre la caja para observar el frig que, a medio kilómetro, rompe la monotonía del terreno. Allí, dentro de la jaima de Ali, que se distingue claramente del resto, debe estar su amada Jadiyetu. Ahora entiende en toda su dimensión el sentimiento de desazón que siente Robert y algunos otros compañeros al estar alejados de sus novias tantos meses; él solamente va a estarlo durante una semana y ya nota una congoja que jamás hasta ahora había sentido. “Me he vuelto un blandengue, lo reconozco”, se dice a sí mismo.*

*El pelotón baja del vehículo cuando todavía se está precipitando sobre el camión la densa nube de polvo que él mismo ha producido y, ante ellos, en medio de la nada y a casi un kilómetro de la dragalina, se halla, como un fantasma abandonado, el “flamante” y hasta ahora desconocido carromato. La primera impresión no es muy favorable, su estado es decadente, con la carrocería desconchada. Realmente se trata de un remolque dormitorio de los que Robert cree haber visto cuando era niño en el parque móvil de algún circo. Parte de la guardia saliente ya preparada para su partida; se encuentra agrupada en el lado norte del remolque, aprovechando la sombra que todavía se proyecta a primeras horas de la mañana, ya que ha amanecido un día sin viento y el sol, todavía bajo, empieza a martillear a pesar de la temprana hora. Observa que el aspecto de los compañeros salientes no es muy apropiado para pasar revista. Después de una semana sin afeitarse ni afeitarse, han soportado días de mucho calor, pero también de viento del norte y sus ropas se encuentran polvorientas y sucias.*

*Grandes latas, posiblemente recuperadas de las obras del destacamento, están repartidas en el exterior, a modo de improvisados asientos. No hay duda de que lo que se muestra ante ellos no augura una estancia especialmente confortable.*

*Apenas se ha alejado el camión con la guardia saliente, el pelotón entrante empieza a analizar la situación. La calma chicha anuncia que el calor puede ser insoportable, a menos que se levante el viento del norte, pero este puede que haya decidido darse un descanso que puede durar varios días. El cielo, sin rastro de nube alguna —de lo más normal en el Sáhara— que neutralice el inclemente sol sahariano, hará incómoda la estancia en el exterior, sin sombra en la que guarecerse. Es muy probable que la ola de calor pueda prolongarse y la expectativa de pasarla allí crea al grupo cierta desazón.*

*El reducido espacio interior del carromato y su carrocería metálica, a pesar de ser de dos capas y con cierto aislamiento térmico, hará que sea un refugio poco recomendable, nada que ver con los nuevos*

*barracones del destacamento, estos, con las ventanas convenientemente cerradas, son capaces de mantener la temperatura interior dentro de los 40 o 42° C cuando en el exterior se está sobre los 50° C, pero este “refugio” solamente les protegerá de la radiación solar, pudiendo igualar o superar la temperatura exterior. Todos comparten la opinión de que el improvisado destacamento no reúne condiciones de hospedaje, ni dentro ni fuera, a menos de que disminuya la temperatura, y es que el ejército español en el Sáhara no siempre dispone de los medios adecuados. El viejo cuartel de Cabrerizas en el que han estado hasta venir a Bucraa, es una muestra, como lo es este carromato en medio del desolado horno “bucraniano”.*

*Las primeras horas de la jornada les van dando la razón. La temperatura va subiendo rápidamente y, cuando a media mañana se levanta una ligera brisa que proviene del sureste, apenas perceptible en su movimiento, la situación empeora. El flujo de aire parece salir de las entrañas del infierno y el sol, ya muy alto, es como un mazo que advierte que salir del carromato es una mala elección. El astro, casi en perpendicular a las doce del mediodía, no proyecta sombra alguna en la que refugiarse. “El carromato” diminuto y solitario en medio del desierto hace la función circunstancial de horno. Mientras, allá, a casi un kilómetro, como fondo de un escenario, la enorme dragalina, “el monstruo”, sigue incansable arrancando toneladas de árida tierra y descubriendo la rica veta de fosfatos.*

*Las mini vacaciones que todos preveían parece que serán menos confortables de lo esperado y, como no hay cosa que agudice más el ingenio que la necesidad, el pequeño grupo debate cómo pueden encontrar una solución.*

*—Nos faltan los materiales —afirma el cabo primero Asterio.*

*—Creo que podemos encontrar algo a unos dos o tres kilómetros de aquí —dice Tóful.*

*—¿Cómo? Aquí solamente hay que desierto en kilómetros a la redonda; lo más cercano es el destacamento y ya sabes que allí poca cosa hay, aparte de cemento y bloques de hormigón y, como puedes imaginarte, no nos vamos ahora a poner construir un porche de obra, y tampoco nos dejarían que nos llevásemos el material.*

*—Estás equivocado —replica el tarraconense— Robert y yo un día nos fijamos en que hacia el Este están construyendo otra dragalina y que parecía haber restos y desechos alrededor. No estamos seguros, porque de tan lejos es difícil saber qué era, pero podríamos ir a mirarlo.*

*—Y ¿cómo lo traemos, andando y cargándolo a las espaldas? ¡Venga, no fastidies tío! reniega “el Galicia”, con su habitual pesimismo.*

*—Puede haber solución al problema, cuando ahora nos traigan la comida, le decimos al conductor del Land Rover que nos acerque hasta el lugar, así podremos verificar si hay algo aprovechable y, si así es, pediremos que en el próximo viaje venga el camión. —Bien pensado, Asterio; ahora hará falta que el conductor quiera, ya sabes que si no recibe órdenes superiores...*

*—Por mis cojones que iré, soy cabo primero, superior suyo.*

*—Sí, señor, con un par, mi primero —exclama divertido Tóful.*

*Minutos después tienen la sorpresa que en lugar del Land Rover viene el camión. El conductor no opone ninguna dificultad y, llevando medio pelotón en la caja, parte hacia el lugar indicado por Tóful que va junto al chofer y Asterio en la cabina, mientras tres soldados y uno de los cabos se queda en el interior del carromato comiendo el rancho. La suave ondulación del terreno impide ver el objetivo buscado. Cuando han recorrido casi dos kilómetros, aparece ante sus ojos una imagen propia de un cuadro surrealista de Dalí: en el centro, la cabina de una gigantesca dragalina a medio construir y, a su alrededor, diseminados por el arenoso suelo y sin orden aparente, hay enormes cajas de embalaje, vigas de acero, chapas, una enorme cuchara, etc. No hay presencia humana, ni barracones, herramientas o cualquier indicio que delate que allí ha habido alguien últimamente, parece como si estuviese abandonado, posiblemente el viento casi constante ha barrido cualquier huella de personas y vehículos. Desconocen el ritmo de construcción, pero todo aquello tiene aspecto de llevar varios días parado, quizás en espera de la recepción de nuevos materiales. Todo lo que allí hay es de grandes dimensiones y peso, lo que no facilita*

que pueda ser robado, especialmente la gigantesca cuchara, hermana gemela a la de la dragalina que está en funcionamiento.

En perfecta armonía, trabajando en equipo y dando muestras de ingenio, van recogiendo y cargando al camión diversos materiales, todos ellos desechos de los embalajes de las piezas que en un futuro conformarán el nuevo gigante mecánico.

En pocos minutos y sin haber descompensado aquel “escenario daliniano”, regresan con el camión cargado de viguetas, tablas de madera, una enorme especie de lona plastificada, cuerdas, alambres, etc. y, también, un par de carretes de madera (de los que sirven para enrollar gruesos cables eléctricos) que servirán de funcionales mesas.

El cabo primero escribe una nota para el suboficial de guardia, solicitando picos y palas para construir un porche provisional que les proteja de las inclemencias “solariegas”. La alta temperatura en el interior de la “roulotte” ha permitido que el rancho se mantenga caliente.

Cuando los comensales de este segundo turno ya están digiriendo los alimentos, llega un Land Rover con los picos y palas. Sin demora y por relevos (la temperatura roza los 50° C y hay que tomarse descansos), se inicia la construcción del deseado porche. La actividad es fabril y exitosa. A media tarde un increíble porche edificado con las andróminas recuperadas en el escenario daliniano, luce bajo el inclemente sol. Ciertamente no puede competir con las obras de Gaudí o le Corbusier. El grupo reconoce que el conjunto carromato + porche recuerda a una barraca, pero les salvará la semana. Cuando los medios son precarios, la infantería sahariana se busca la vida.

El sol desaparece a poniente y la abrasadora temperatura desciende, pero, a diferencia de otras noches, se mantiene suave, por encima de los 25° C. Después de engullir la cena que les han traído desde el destacamento, todos se quedan bajo el flamante porche, opinando sobre el acertado aprovechamiento que de ella harán los compañeros que vengan en las próximas semanas. No hay luna, la noche es oscura y las estrellas, siempre intensas en el desierto, les acompañan durante la relajada tertulia.

Robert, como sus amigos tarraconenses, hace más de trece meses que llegó a la última colonia española. Descontando el permiso, lleva más de doce meses pisando suelo sahariano. Ha tenido momentos malos, de desazón, nostalgia, miedo —mucho miedo— También alguno de alegría, como cuando llegó a casa de permiso y abrazo a su familia y a su novia. De satisfacción, cuando por fin parece que Rosa se ha librado de Gerardo, y sin que Toni se haya tenido que ensuciar las manos de sangre. Esta noche le parece mágica. Reunido con sus circunstanciales compañeros, recuperándose del agobiante calor del día, ahora con casi treinta grados menos y disfrutando del estrellado firmamento bajo el andrajoso, pero útil porche. Escucha los proyectos de sus compañeros, cercanos ya para algunos y algo más lejano para otros. “El Galicia” es de los que todavía le quedan casi ocho meses para licenciarse, como a los dos madrileños y al extremeño, todos ellos de octubre. Los cinco restantes, entre los que están Tóful y él, ya empiezan a saborear el final, lo que hace subir el estado de ánimo de estos.

Cuando faltan diez minutos para las once, Robert se dirige con Tóful a hacer el relevo del centinela de la dragalina. La distancia hasta el monstruo mecánico es de unos siete u ochocientos metros y es cuestión de no retrasarse en el relevo. El resto de compañeros se retira a dormir, excepto “el Galicia” que se queda cubriendo el puesto de centinela del carromato. La ubicación de este, en medio de la nada y alejado cinco kilómetros de la protección del destacamento, sería un objetivo fácil para los guerrilleros del Frente Polisario; presentándose en silencio y amparándose en la oscuridad, podrían cogerles sorprendidos sin dificultad alguna. Esta circunstancia la tiene bien presente todo el grupo, pero como solamente es una posibilidad y poco pueden hacer por evitarlo, es cuestión de tomárselo con calma y descansar.

25 de mayo.

*La noche es acogedora y, en lugar de escaquearse en la litera hasta el próximo y último relevo de su turno nocturno, Robert decide quedarse en el porche haciendo compañía al centinela del carromato, actitud que el soldado celebra. Últimamente llegan noticias de radio macuto referente a ataques a destacamentos por parte de bandas armadas de saharauis. Fosbucraa es un objetivo claro, por ello una compañía del Batallón de Cabrerizas está en Bucraa protegiendo las minas y, por eso, ahora un pelotón está protegiendo la dragalina desde un desamparado carromato que hace las veces de cuerpo de guardia y que está situado en plena planicie sin protección alguna.*

*Con el fusil Cetme junto a él, Robert se sienta en uno de los improvisados bancos recién construidos con las maderas del “escenario daliniano”. El centinela, con el arma en bandolera, se mantiene de pie en una esquina, atento a cualquier ruido e intentando otear en la profunda oscuridad del desierto, inquieto por las últimas noticias recibidas. Robert se queda observando su resignada silueta mientras piensa “¿Qué puñetas hacemos aquí? ¿Qué vigilamos?, ¿un posible ataque a la dragalina? Si lo primero que harían unos buenos guerrilleros es librarse de nosotros y en las condiciones en que estamos lo tendrían muy fácil”. Estas reflexiones le contagian la inquietud del centinela que ahora pasa frente a él y espía por la otra esquina del carromato, por lo que coloca el fusil sobre su falda y así poder reaccionar más rápidamente.*

*Mientras, los seis compañeros descansan plácidamente en el interior, suponiéndose seguros de la vigilancia exterior del centinela. El tarraconense contempla el cielo estrellado, la Vía Láctea; jamás había visto los astros tan luminosos y probablemente nunca los volverá a ver como en el Sáhara. Se sumerge en los recuerdos; le parece tan lejano el abril del pasado año. Los cuarenta días de permiso que hizo entre enero y febrero los siente más cercanos, pero realmente los vivió o ¿fue un sueño? También se lo empieza a parecer la “aventura” del falso secuestro de Rosa, la dantesca tarde de la recogida del botín y posterior huida entre el laberinto de dunas, sin olvidar las visitas a Barcelona durante el permiso; ha sido una experiencia de vértigo. Todavía falta pasar el último obstáculo... Que la investigación policial no descubra más de la cuenta.*

*El nuevo día parece dispuesto a superar al de ayer en lo que a calor se refiere. Según se eleva el sol, la temperatura va ascendiendo imparablemente. Posiblemente superarán los 50° C, según dictamina Tóful, pero el protector porche evitará mucho sufrimiento.*

*Cada dos horas, Robert debe atravesar la llanura hasta la dragalina para efectuar el relevo del solitario centinela. A las dos menos diez, el cabo tarraconense —que daría su reino por tener en esos momentos unas gafas de sol— y el centinela entrante, inician la travesía del caluroso llano que les separa del gigante mecánico; a lo lejos, se aprecia apenas, diminuto, muy cerca de la dragalina, al centinela al que van a relevar. La casi verticalidad del Sol impide, a pesar del impresionante tamaño de la monstruosa grúa, que este proyecte un espacio de sombra. Al llegar al lugar, “el Galicia” con la siroquera de la gorra desplegada, se alegra de que finalice el tormento de dos horas bajo el mazo solar. Ahora todavía le queda recorrer los ochocientos metros hasta llegar al carromato. Cuando triunfantes están casi alcanzando el protector porche, aparece el Land Rover conducido por el compañero Josep Badia, que trae el deseado condumio del mediodía.*

*Con la cena también llega una nueva orden, a partir de esta noche deben efectuar una patrulla nocturna hasta la dragalina en construcción. Este nuevo servicio no hace ninguna gracia; lo de menos son los cuatro o cinco kilómetros que deben andar entre ida y vuelta, lo que no gusta es llegar allí a oscuras y delatar su presencia con las linternas. ¿Qué pueden hacer dos soldados si descubren a saboteadores armados? Mejor dicho, ¿cómo pueden defenderse si aquellos les descubren antes? ¿Hacerles frente allí, solitarios y sin apoyo alguno?*

*—Asterio, esta patrulla no es coherente desde un punto de vista táctico —comenta Robert—, lo lógico es que la hiciese como mínimo una escuadra o pelotón. ¿Es que no hay suficiente con tener al centinela de la dragalina, casi abandonado a su suerte a ochocientos metros de nosotros, que ahora pretenden que una pareja vaya en plena noche a aquel lugar tan proceloso, a más de dos kilómetros de aquí? Seremos carne de cañón, joder.*

- Estoy de acuerdo, pero ya sabes... son las órdenes.
- Me extraña que el capitán ordene esto.
- Seguramente que la orden viene desde El Aaiún.

26 de mayo.

El nuevo día transcurre caluroso y soporífero, aunque una suave brisa del nordeste permite que la temperatura no sobrepase los 42° C. En contraste con las anteriores jornadas, puede decirse que ha refrescado. La auténtica novedad del día es la noticia de que el agua de bebida que traen del destacamento está ligeramente contaminada y produce algunos retortijones entre la tropa. No es preocupante más allá del dolor de barriga después de cada ingesta. Como no existe otra alternativa, es preferible pasar un mal rato que morir de deshidratado.

Después de la comida, todos los libres de servicio se han ido a echar la siesta en las literas. Hoy, a diferencia de los días anteriores, se puede sobrevivir en el interior de carromato. Robert está cumpliendo el turno de tarde como cabo de guardia, acompaña al soldado que cubre el puesto de centinela exterior del carromato. En un momento determinado, el ex furriel entra a buscar una novela que tiene guardada en el petate —es cuestión de entretenerse con la lectura— pero hay un detalle que le produce un pequeño sobresalto, una de las literas no está ocupada y nadie hay fuera de ellas. El pelotón está formado por nueve hombres, solamente tres están en el exterior: los dos centinelas y él mismo y, el total de literas disponibles es de seis, con lo que no debería haber ninguna vacía. Comprueba con preocupación que falta Tóful, aunque su fusil cetme, las trinchas y los cargadores están sobre la litera. Sale rápidamente al exterior para ver si su amigo está detrás de la vieja “roulotte” haciendo alguna necesidad o, simplemente, tumbado bajo ella buscando una temperatura menos sofocante.

- ¿Qué buscas, furri? —le pregunta extrañado el centinela.
  - A Tóful, ¿lo has visto?
  - Lo vi después de comer, dijo que iba a cagar detrás de aquella vaguada.
  - ¿Qué vaguada? La más cercana está a más de doscientos metros. Para defecar todos lo hacemos a menos de cien metros. ¿No has vigilado si volvía?
  - La verdad es que no. Creía que había regresado mientras me he dormido unos minutos.
  - ¡Vaya mierda de centinela! Podemos estar tranquilos vigilando tú... por los cojones.
  - Hombre furri, por el día ¿quién ha de venir a atacarnos?... Los veríamos acercarse de lejos.
  - ¡Seguro! Tú durmiendo y yo leyendo confiando en que estás ojo avizor. Vaya lío en que nos meteremos si no aparece, empezando por Asterio, siguiendo conmigo y acabando contigo. Menos mal que me imagino adónde ha ido y espero que vuelva pronto este cabronazo.
  - ¿Adónde ha ido?
  - No te lo voy a decir, pero no se te ocurra “levantar la liebre” por el momento, pues tú también tienes responsabilidad.
  - Soy una tumba.
- A las cinco de la tarde Robert efectúa el relevo del centinela, pero Tóful sigue sin aparecer y, por suerte, Asterio y los otros compañeros siguen sobados sobre las literas.
- Furri, furri, por allí viene Tóful —exclama con alegría el centinela del carromato que, también impaciente estaba esperando el regreso del “desaparecido”. Ha estado atento escrutando el lado norte, zona por la que se preveía podía aparecer según le había informado Robert.
  - ¿Que viene Tóful...? ¿Qué pasa, es que se había ido? —pregunta Asterio que en ese momento sale del carromato con cara soñolienta después de haberse echado una larga y soporífera siesta.
  - Sí, se había ido a cagar —interviene precipitadamente Robert, antes que el “Belloto” metiese la pata.
  - Pues vaya acontecimiento... ¡Joder! He sudado como un cerdo ahí dentro.

*La suerte ha sonreído al enamorado de Jadiyahetu, porque si se hubiese descubierto que había abandonado la guardia durante tres horas, podían haberlo castigado con una pena de incierto y largo tiempo en el “castillo” (prisión militar). Ahora, Robert aparta a su amigo que tiene una expresión de satisfacción y, cuando cree que la distancia con el carromato es la suficiente para que nadie los pueda oír, le suelta una perorata:*

*—Pero, tío, ¿qué coño has hecho? Creo que no eres consciente en el lío que te podías haber metido y complicarnos la vida a Asterio, al centinela y a mí.*

*—Ya sabes que en mayores líos me he podido meter, ¿te los recuerdo?*

*—No hace falta, pero aquellos eran por una causa y valía la pena arriesgarse; ahora solo ha sido porque está asfijado pensando que hasta dentro de cinco o seis días no verás a tu Jadiyahetu.*

*—Vaya, ya entiendo la demora. Bueno, por lo menos ha valido la pena arriesgarse, ¡cabronazo! Y ¿qué?*

*—Ha sido lo mejor que he sentido en toda mi vida, y eso que no hemos pasado de besos y abrazos. Lo malo es que ahora llevo una calentura que me abrasa.*

*—Pues ya sabes, en cuanto sea de noche, vuelves a cagar por ahí afuera y sacas ese fuego, pero no te alejes mucho ni tardes.*

*—¡Bah! Para eso solamente necesito unos minutos.*

*Después de la cena, Robert efectúa el último relevo de su turno. El sol ya se ha escondido tras el horizonte y la temperatura ha caído considerablemente. En el Sáhara nunca se sabe cuánto puede llegar a refrescar por la noche. Si se levanta el viento del norte, el frío se puede intensificar. El centinela entrante se ha puesto los pantalones largos y la sahariana (chaqueta chéster). Robert le recrimina que debía haberse puesto también el jersey.*

*—Hombre, tío, no creo que refresque tanto, debemos estar con 25° C y dentro de dos horas seré relevado.*

*—Pues yo empiezo a sentir frío, debe ser que voy en pantalón corto y camisa.*

*A Robert, el retorno desde la dragalina se le hace eterno. Súbitamente empieza a temblar de frío y cuando está a unos cien metros del carromato vomita la cena. Ya un poco mareado, entra en el carromato y se viste con los pantalones largos y se pone el jersey, acostándose a continuación en la primera litera que encuentra vacía.*

*Poco antes de las tres de la madrugada el cabo manchego le despierta para el cambio de turno. Robert se incorpora y, después de ponerse la sahariana, se dirige con el centinela entrante hacia la dragalina. La temperatura no ha descendido en demasía, pero siente frío y un ligero mareo. Apenas ha caminado doscientos metros vuelve a vomitar y el temblequeo aparece de forma súbita. El mareo es insoportable, por lo que el tarraconense pide al “Galicia” que vaya él solo y que “envíe” de vuelta al saliente.*

*A las cinco de la madrugada le toca a Tóful vigilar la dragalina, por lo que le pide que vaya él solo, pues su estado no mejora y cada vez se encuentra peor. Robert teme que vuelva a padecer una salmonelosis como la de junio del año pasado. Si así es y alcanza los 42° C de fiebre como entonces, espera que en el campamento civil haya algún médico que pueda inyectarle algo, porque de lo contrario, no lo contará. El Aaiún está demasiado lejos...*

*Horas después, la fiebre no parece ser muy alta y el estado de Robert, aunque lamentable, no es tan malo como hace once meses. La sombra de la salmonelosis empieza a desaparecer, pero pasa el día tumbado en la litera, sufriendo un continuo mareo, escalofríos y frecuentes sudoraciones, a pesar de que hoy la temperatura apenas alcanza los 40° C. En todo el día no come nada y muy a menudo debe correr a evacuar con diarrea. El otro cabo hace todos los relevos del día y, posiblemente, hará los de la noche.*

*Es cerca de la media noche y Robert, desde su litera en el lado norte, con la diminuta ventanilla abierta, cree oír unas voces y risas en la lejanía. “Parece ser que estoy peor de lo que pensaba, llevo más*

*de veinticuatro horas sin comer, he vomitado y defecado todo lo que podía contener en mi estómago y ya empiezo a sentir alucinaciones”, piensa. Pero no, el centinela del carromato avisa que un grupo de personas se está acercando y, aunque la oscuridad impide verlos, por las voces parecen compañeros que vienen desde el destacamento.*

*Con gritos, cantando y llamando al furri, irrumpen en el interior del carromato tres soldados y un cabo.*

*—¡Furri! ¿Cómo estás? ¿Qué será, niño o niña? Nos han dicho que estás jodido, je, je.*

*Con síntomas claros de cierta intoxicación etílica, dan ánimos al enfermo. Se habían enterado que estaba indispuerto y decidieron caminar desde el destacamento hasta el carromato para visitarle. Entre ellos va el cabo Orriach y el “Madriles”.*

*—Pero, tíos, ¿cómo habéis hecho para salir del destacamento a estas horas? —les pregunta, a lo que el más bebido del grupo contesta:*

*—¡Passa tío! Los “abuelos” no tenemos problemas, nos enteramos que estabas jodido y nos hemos dicho “vamos a ver a nuestro querido furri...”, y aquí estamos, ¡a tus órdenes, mi cabo furriel! ¿Qué servicio mandas?*

*A pesar de que desde enero dejó de ser furriel, sus compañeros siempre se dirigen a él como furri. Les agradece la visita, pero les pide que regresen al destacamento, pues les puede caer un puro impresionante. El cabo primero Asterio les advierte que él nunca los había visto allí, ya que su deber es dar parte de aquella anormal visita y, como no pensaba hacerlo por compañerismo, le podían empujar a él. Las quejas de los que desean descansar, más que la advertencia de Asterio, convence a la alegre “tuna” y el tambaleante grupo se aleja cantando y gritando sin desenfreno en medio de la noche sahariana.*

*Robert se quedó preocupado pensando que al entrar al destacamento, lo más normal sería que les descubriesen. No fue así, según se enteró días después, entraron por un lateral, en un punto en que todavía no estaba acabado el muro, y lo hicieron como a la salida, cantando en voz alta; lo increíble es que nadie les dijo nada y el capitán no se enteró de que cuatro soldados habían caminado diez kilómetros por el desierto, a medianoche, sin permiso ni armamento.*

*El 31 de mayo se efectúa el relevo del pelotón del destacamento de la dragalina. Robert, ya recuperado, cumple los veintitrés años y, por ello, ha prometido a todos sus compañeros, con los que ha compartido durante toda una semana el solariego carromato, que por la tarde están invitados a unas frescas cervezas en Ca Gonzalo».*

En este capítulo del “Carromato”, la única ficción es la que corresponde a la visita a la Jaima de “Jadiyetu”, la cual forma parte de fabulación de mi novela, así como los nombres de algunos compañeros. Por lo demás, el día a día y las anécdotas son totalmente reales.

A continuación, transcribo el relato de mi compañero y amigo Francisco Orriach Espinosa, el cual hace tres años que fue escrito y que ahora aprovechamos para incluirlo en la crónica cabreriza. El lector encontrara pasajes redundantes con relación a mi relato y al de otros compañeros, pero ello, vuelvo a repetir, nos permite contrastar el recuerdo y la percepción de cada uno cuarenta y cinco años después.

## **RELATO DE FRANCISCO ORRIACH ESPINOSA:**

### ***Leyendas del Sáhara -4***

#### ***Destino: Bu-craa***

*Noviembre de 2017*

*Como en otros relatos, los hechos aquí narrados están en general basados en eventos reales y mayormente descriptivos, (todo lo que la memoria puede recordar tras 43 años), con el fin de dar a*

*conocer a los que no hubieran estado en el lugar, las peculiares características que nos rodeaban y con la añadidura de otros derroteros necesarios para hacer más amena su lectura. Los nombres de todos los personajes son ficticios, salvo la excepción y previa autorización de: mi amigo “Her Furri” (Albert Marín).*

*Continuando con mi último relato de “El Chiringuito”, ya anunciaba algo de cuál sería el siguiente y tras 8 años de sequía literaria, helo aquí: Destino: Bu-craa.*

#### Preámbulo.

*Conocido por varios relatos de los compañeros y por mis casi seis meses de permanencia “in situ”, en Bu-craa; llamémoslo Fos Bu-craa, por introducirnos en nuestro cometido en la zona, que no era otro que tener un puesto avanzado de protección junto a la mina de fosfatos y sobre todo a la cinta transportadora que hacía llegar dicho material hasta el muelle de carga situado a unos 100 km en Cabeza de Playa, atravesando el desierto de Sureste a Noroeste hasta el Atlántico.-*

*En 1947, Don Manuel Alía Madina, geólogo español, fue el descubridor en el Sáhara de los inmensos yacimientos de fosfatos importantes por su cantidad y calidad.- Fue en 1962 cuando se formó la empresa española que empezó a explotar el yacimiento “Fos Bu-craa S.A.” dependiente del I.N.I., (Instituto Nacional de Industria de entonces).-*

*El producto extraído es la “fosfarita”, rocas fosilizadas que contienen pentóxido de fósforo, formada por acumulación de esqueletos y excrementos animales, cuyo componente principal es el ácido fosfórico, que da origen al fosfato, de gran interés para la agricultura como fertilizante, para cosmética y en general para diversas aplicaciones en la industria química.-*

#### El traslado.

*En la mañana del 22 de Abril de 1974, se llevó a cabo el traslado de la 2ª Cía. del Batallón de Infantería Cabrerizas I, del viejo cuartel en Cabeza de Playa, al Nuevo Cabrerizas-Bu-craa.- Este se hallaba en mitad del desierto, a unos 400 metros del campamento minero de Fos-Bucraa y a unos 5,5km, de la mina de fosfatos situada en aquel entonces en dirección Sur del Batallón.-*

*(Entendiendo por “la mina” como el lugar donde en aquel entonces, se encontraba la excavadora Dragalina, o sea “el tajo” .- En aquella época podía haber unos 3 km excavados en los años que llevaba trabajando la máquina.- A fecha de hoy el tajo se encuentra a más de 20 km. en dirección Nor-Noreste).*

*La tropa, aunque contenta por el cambio de la rutina diaria hacia algo nuevo, era también consciente que se habían acabado hasta dentro al menos de tres meses, la brisa marina del Atlántico, los baños en la playa, los viajes a Aaiún en la “guagua” para comer bien en el Parador, ver alguna película, poder visitar a compañeros o amigos de otros cuarteles, gozar de una temperatura inimaginable comparada con la del interior del desierto, etc.- Para más “inri”, el nuevo y recién terminado Batallón de Cabrerizas II, situado a poco más de un kilómetro al Sur del viejo, se estrenaría al poco de marcharnos; ello suponía para los que se quedaban, el cambiar unos barracones viejos, exigüos y sobresaturados con literas de tres alturas, cocinas arcaicas, infestas letrinas, instalaciones totalmente obsoletas con más de veintitantos años de antigüedad, a nuevas y modernas instalaciones a estrenar.- Pero bueno, según decían, al parecer también era nuevo el cuartel de Fos Bu-craa, que, aunque estaba inacabado, en teoría disponía con lo imprescindible para empezar a funcionar.-*

*Una larga hilera de camiones militares aparcados en batería, esperaban la orden de marcha a las puertas del viejo Batallón de Cabrerizas preparados y cargados desde el día anterior, (a falta de la soldadesca con su armamento y petate).-*

*El convoy, se pone en marcha tras el desayuno y lo componen además los soldados de la 2ª Cía., camiones con enseres, pertrechos y avituallamiento, varios Land Rover, (algunos de ellos montaban un cañón sin retroceso de 90m/m. aun sin estrenar), camión cisterna con agua potable y otro con combustible y en general todo lo que era el traslado de una compañía a un nuevo cuartel, incluyendo “la manduca” al menos para cuatro semanas. Yo era uno de los trasladados y éramos la primera tropa que se asentaría allí, si bien las patrullas de Tropas Nómadas hasta entonces tenían ese recorrido dentro de su misión de vigilancia.-*

*Abría la caravana una tanqueta seguida de un Land Rover con el capitán al mando, un sargento y un soldado con la radio más el chofer y la cerraba otro Land Rover con un teniente, un cabo, chofer y otro soldado con radio.*

*La distancia entre Cabeza de Playa y Bu-craa era de unos 130 km por carretera vía Aaiún.- Digamos que la carretera que desde Aaiún enfilaba hacia el Sur hasta encontrarse con la cinta transportadora de fosfato, estaba “asfaltada” hasta el destino, pero con una tremenda cantidad de baches que hacía extenuante el tratar de mantenerse sentado sobre las tablas laterales de la caja de los camiones.-*

*El Siroco, que esos días estaba más “valiente” de lo normal, hacía que la arena barrera la carretera dejando poco visible algunos tramos y en los camiones donde íbamos, aunque a poca velocidad, hacía que el revoco del viento introdujera la arena dentro de la caja del camión, incluso con los toldos traseros semi-echados.- El polvo era tan fino que se colaba por cualquier fisura, creándose una especie de neblina en el interior.-*

*En esas condiciones, de viento, polvo y calor, lo aconsejable era echar “un pito”, lo cual tenía su ciencia, ya que con los saltos del camión, era ardua tarea el poder encender el cigarro, si se quería hacer como normalmente se hace: el cigarro en una mano y el mechero o cerilla en la otra.- Bueno, pues con los saltos esta operación era casi imposible, dado que con una de las manos había que emplearla en sujetarse.- La solución la dio un “abuelo” cogiendo el cigarro y con la misma mano el de otro compañero y aproximando el ascua de uno al otro.- Una vez aprendida la lección por todos los que fumaban, que éramos mayoría, pusimos manos a la obra y entre la neblina del polvo que entraba y el humo de los cigarros, hubo de abrirse por entero el toldo trasero del camión porque era irrespirable el ambiente interior, aunque al poco tiempo se decidió dejarlo como estaba antes, por la arena que sin piedad entraba por detrás junto con el humo del tubo de escape del camión.-*

*A medio trayecto hubo una parada técnica para tomarse el ya clásico bocadillo de mortadela, cuyas lonchas eran semitransparentes y un plátano, con la inseparable cerveza y para descargar las vejigas, continuando la marcha tras una media hora de parada.-*

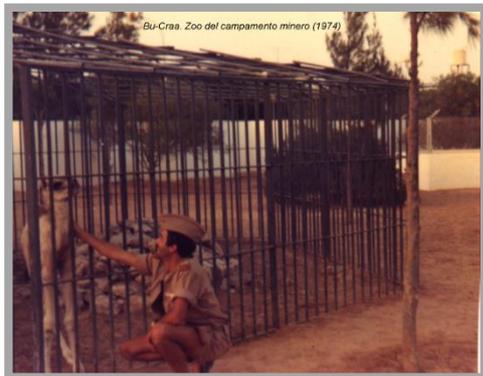
*Uno de los camiones al parecer se salió de la calzada “asfaltada” y hubo que empujarlo hasta ponerlo en posición de continuar.- Como era habitual en el ejército, se procuraba emplear poco las máquinas; [ resultaba curioso que en el muro Norte del BIR, donde con el tiempo se había formado una gran duna, se veía continuamente rebasado por la arena movida por el constante viento, que había que palarla o transportar en “cadena de perolas” al mismo sitio de donde había venido o sea detrás del muro.- Esto ocurría día a día ejecutado por cada una de las compañías que componían el Batallón del BIR, (hecho que hoy en día más de uno lo estamos sintiendo aun en la cintura) y sin embargo, sobre esta duna había una maquina explanadora, (de las que normalmente se utilizan en ejecución de obras en*

carreteras para extender la tierra o grava) y una pala buldócer de cadena que jamás se las vio funcionar ]; así que los componentes del camión accidentado más los del camión que les seguían fueron los encargados de poner de nuevo el camión en la carretera bajo el mando del brioso Sargento Mayoral.

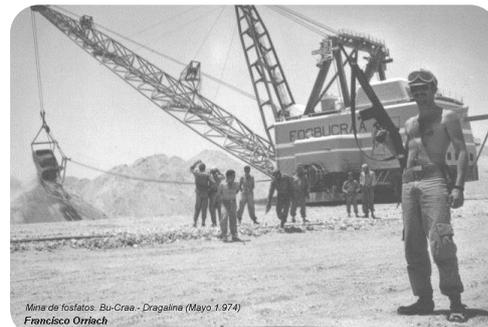
El Batallón de Infantería Cabrerizas Bu-craa.- Campamento minero.

Tras algo más de dos horas de trayecto, se avistó a mano derecha de la carretera el campamento minero.- Este recinto de planta rectangular y de unas 5 hectáreas de superficie, albergaba a los trabajadores tanto de la mina como del mantenimiento de las maquinarias y de la cinta transportadora de mineral.- Era en realidad una pequeña ciudad situada en mitad del desierto, en la que convivían en su mayoría trabajadores canarios y saharauis.-

Esta pequeña ciudad, era muy completa, ya que disponía además de los barracones con aire acondicionado para los trabajadores, de un pequeño mercado de abastos, de piscina, de un centro médico con farmacia, de cafetería, (donde el alcohol estaba prohibido y de hecho los panaderos canarios que trabajaban por la noche, al alba tenían permiso para ir a la



pequeña cantina, (si aquel cuchitril podía llamarse así), que teníamos en el Batallón y antes de



acostarse se tomaban unas copitas de ron “a pelo” y al preguntarle el porqué de esa bebida a esa hora, decían que refrescaba mucho el cuerpo antes de dormir.....), salones de descanso, un pequeño zoo, etc.- Asimismo disponía de una pista

terrera para aterrizaje de avionetas que transportaban normalmente al técnico a Canarias y para alguna emergencia que ocurriera. -

Continuando por la misma carretera y a unos 400 metros del campamento, se llegaba por fin al Nuevo Batallón de Infantería Cabrerizas Bu-craa.-

El recinto amurallado del batallón, (aunque inacabado), era así mismo de planta rectangular con una extensa superficie de 3,5 Ha., que hacía pensar que estaba diseñado para futuras ampliaciones, tanto de barracones para la tropa, como para zona de comedor, servicios, barracones de oficiales y suboficiales, etc.- A nuestra llegada había solo dos barracones para la tropa, pero cabrían al menos tres o cuatro más.-

El Batallón se componía de un barracón a la derecha de la entrada que albergaba el cuerpo de guardia, zona médica-sanitaria y oficinas, a continuación el patio de armas en cuyo centro figuraba el mástil de la bandera y a su alrededor el barracón comedor, anexo al de Oficiales y Suboficiales y en su zona Norte dos barracones para la Compañía.- Yo dormía en el primero de ellos.-

Los barracones, iguales a los del nuevo cuartel de Cabeza de Playa, eran desmontables y transportables a cualquier sitio que se pudiera necesitar.- Eran a estrenar y reunía ciertas condiciones de aislamiento térmico necesario en el lugar en que nos encontrábamos, si bien servía de poco porque la puerta de entrada estaba casi siempre abierta y junto con las ventanas basculantes también abiertas, el aislamiento servía para poco o nada.-

*Al contrario que en el viejo Cabrerizas 1, donde estábamos hacinados en exiguo espacio dentro de los barracones de unos seis metros de ancho, literas de tres alturas y casi sin espacio entre ellas que no cabían ni los petates, poca luz y ventilación; aquí, los barracones con unos doce metros de anchura, se disponía de holgura más que suficiente como para, en caso necesario, colocar otra cama en medio de dos y sobraba sitio.-*

*Su longitud de unos cuarenta y cinco metros, estaba dividida en dos zonas: los dormitorios y los aseos.- Los dormitorios estaban formados por dos hileras de literas de dos alturas sin divisiones.- Normalmente los Cabo 1ª dormían al final y el resto era para la tropa.-*

*Los aseos tenían todos los aparatos sanitarios instalados, inodoros, lavabos, duchas, etc., a estrenar, pero no se podían aun utilizar porque faltaba el agua en los grifos y la tubería de desagüe del saneamiento, aún no se había instalado, (ni llegó a funcionar, al menos en los casi seis meses de mi estancia en .Bu-craa).-*

*Los aseos estaban cerrados con llave por estar inoperativos, si bien como cabo de obras, yo sí tenía la llave de los aseos en ambos barracones, privilegio que permitía tocar la guitarra con mi amigo Mariano, ( nunca he podido contactar con él), y otra guitarra que nos agenciamos, con lo cual podíamos cantar y hacer algunas grabaciones con dos grabadoras, canciones que aún conservo tras haberlas salvado en CD.- La cinta original tuvo éxito y varios compañeros me la pidieron para grabarlas dado que de alguna forma habían intervenido, ya fuera haciendo percusión, ( con la sierra de dos cuchillos, con una banqueta o cualquier elemento que sonara ), o haciendo coros.- Normalmente los que coreaban que “daban pena”, hacían percusión.- Fueron ratos muy agradables y de agradecer, porque llegábamos a olvidar el inhóspito lugar donde nos encontrábamos.-*

*El lado izquierdo del Batallón, estaba formado por dos grandes porches inacabados, donde se albergaban los vehículos Land Rover, tanquetas y algunos camiones, (el resto tras el traslado, regresaron a Cabeza de Playa).- Completaban el Batallón un gran depósito subterráneo que sería para el “pozo ciego”, (una vez que funcionara el saneamiento), una pequeña cantina provisional y una perrera en el ángulo superior izquierdo del recinto.-*



#### Sobre una tanqueta en Bucraa

*Este pozo ciego, disponía de una trampilla hermética y una escalera para bajar de la que habíamos colgado un portalámparas enchufado a uno de los aseos.- Algunos lo utilizamos en las dos ocasiones que el Simun dio la cara, con un viento del Sur huracanado que arrastraba una nube de fino polvo rojo que se metía por todas partes.- Hoy en día, donde vivo, en Estepona, algunas veces veo sobre algún “poyete” ese polvo que cruza Marruecos, el Estrecho y llega al Sur de Andalucía*

*con toda facilidad, incluso he leído que llega a Centro América.-*

*Aprovechamos el guarecernos en el pozo, para jugar partidas de cartas, tomar alguna cerveza o simplemente charlar, todo ello bajo la lluvia del polvo finísimo que se colaba por la “hermética” trampilla.- Cuando salíamos, salía con nosotros una enorme nube de humo del tabaco*

*Yo estaba encargado de algunas terminaciones de obras.- Recibí dos veces la visita breve de un Comandante de Ingenieros, que me indicó como había de terminarse esos porches y el resto del muro izquierdo y de mi Capitán recibí orden más concreta, que consistía en hacer dos monolitos a ambos lados de la entrada al Batallón, uno clásico y otro “abstracto”.-*

*La tranquilidad que se respiraba en el Batallón contrastaba, según me contaron, con el nuevo Batallón de Cabrerizas Playa.- Aquí en Bu-craa, los Oficiales y Suboficiales, rara vez imponían sanción o arresto y los días trascurrían, ( dentro de lo que es estar en el interior del desierto con 50° a la sombra), sin problemas dignos de mención.- Había como era natural las clásicas “pastillas”, entre la que destacaba frotar en las sábanas del agraciado, o más bien del desgraciado, con “lana de vidrio” proveniente del aislamiento térmico que tenía el cerramiento tipo “sándwich” de los barracones, la cual se encontraban por todos lados.- Al restregarse en la sábana cuando te acostabas, producía un picor insoportable y más que una pastilla era una verdadera putada, porque había que lavar las sábanas varias veces, para que se fuera el efecto y el agua no abundaba.-*

*Desde que llegué a Bu-craa, estaba relevado de servicio durante el día, si bien me tocaron varios “retenes” por la noche para “pasear” alrededor de los muros perimetrales del Batallón, pero era llevadero.- Esto fue hasta que volvió mi compañía a Cabeza de Playa tras casi tres meses de estancia en Bu-craa y creo que fui de los pocos que se quedaron, (obras, obras, benditas obras).- Una vez que marchó mi compañía, lo primero que hice fue comentarle al recién llegado Cabo Furriel, (vasco él y de mi remplazo), que yo estaba totalmente exento de todos los servicios por las obras y así fue, porque al decírselo al nuevo Capitán, este asintió sin problemas y creo que lo pillé en un momento clave, porque acabado de llegar al nuevo destino, tenía otras cosas más importantes en que pensar y organizar, que en mi situación.-*

*El nuevo Capitán, al poco tiempo se interesó por los monolitos que estábamos empezando a hacer en el exterior de la fachada de entrada, lo que me supuso intercambiar con él ideas que me fueron beneficiosas a la hora de desenvolverme; por ejemplo: se disponía de un “Dumper” para el transporte de materiales dentro del recinto del batallón a fin de llevarlo a los tajos: bloques, ladrillos, cemento, arena, etc. Pues bien al diseñar el monolito “abstracto”, se me ocurrió hacerlo con la piedra “bizcochera” que abundaba por doquier, pero fuera del recinto del Batallón y al solicitarle permiso para salir a buscarlas, no tuve ningún problema, e incluso le pedí también permiso para llevarle en el dumper al amigo Ahmed, cuya háima se encontraba a medio kilómetro del Batallón, las sobras del rancho para sus cabras y los dos dromedarios.- Al Capitán le pareció bien y lo aceptó.-*

*El amigo Ahmed, se asentó próximo al Batallón y como ocurría en el BIR, suministraba de sobras, sellos, bolígrafos, etc., a la tropa.- Tenía dentro de la háima a sus tres mujeres a las que nunca les vi la cara destapada, tan solo los ojos.- Completaban su familia dos niños pequeños.-*

*Las cabras y los dromedarios al poco tiempo daban gloria verlos.- A cambio Ahmed me obsequiaba con los tres tés de ritual y en dos ocasiones me dio unas figuritas que él tallaba con madera de Talha, que venía a ser una especie de acacia de madera blanda fácil de tallar, con la que me mostraba su afecto y agradecimiento.-*



Francisco Orriach junto a su obra, el monolito de “indudable estilo gaudiniano”.

*La camaradería entre los compañeros, era a diario palpable.- Estar aislados en aquella zona nos proporcionaba más tiempo de contacto, alguno empezó a aprender a hacer cuentas porque al volver a la península, su futuro suegro tenía una tienda en el pueblo y él quería tener al menos conocimiento mínimo de la cuatro reglas para poder desenvolverse; otro aprendía a escribir, teniendo como docentes a los compañeros.- Recuerdo a un “calé “ que recibía de vez en cuando la carta de la novia, ( que era “paya” ), y me la daba para que se la leyera,*

*sentándose a mi lado se frotaba las manos con ansiedad y tensión para oír lo que decía y luego me pedía que le escribiera “argo” en contestación a la novia, de tal forma que durante un tiempo hice las veces casi de “celestino”, pero con gran agrado y respeto hacia él, porque en su historia no figuraba la fase de haber podido ir a una escuela, las circunstancias de la vida le llevaron a que a esas alturas fuera un analfabeto.-*

*En algunas ocasiones, cuando estábamos “los músicos” tocando en la sala de grabación, (los aseos), mi amigo el “calé” se acercaba por allí y arrancaba con un auténtico “cante hondo” , acompañándose de las palmas y lo hacía muy bien, con ese arte y ese alma que ponen en el cante.- Me incitaba para que le acompañara con la guitarra, pero el flamenco no era mi fuerte, así que con gran pena, me limitaba a percusionar la caja de la guitarra lo mejor que podía para acompañarlo.- Él seguía cantando y daba la sensación que en realidad no necesitaba ningún tipo de música para acompañarse. -*

*Otra anécdota, esta de tensión, ocurrió en el botiquín, cuando una tarde poco antes de retreta estábamos Jorge el sanitario y yo echando un pitillo y de pronto llegan tres compañeros con otro en brazos chorreando sangre por la mano derecha.- De una serena y saludable tranquilidad, el “sani” y yo de pronto pasamos a rodearnos del caos más absolutos.- El herido y los tres acompañantes, entran en tromba, gritos, tropiezo con sillas, chorro de sangre por el suelo, caída de dos de ellos junto con el herido al resbalar... Al final, logramos subir al herido a la camilla.-*

*Como primera medida se llamó al Capitán, (que se encontraba en el campamento minero), y en su lugar se le dio aviso al Teniente de guardia que se presentó y restó importancia a la situación con un – ¡ “Eso no es na” joder¡, (le faltó decir : – “ ¿para esta chorrada me llamáis”? -, pese al charco de sangre que había en el suelo. – Eso con un par de puntos listo. - ¿Sabes coger puntos sanitarios? . - Jorge asintió. - Pues venga, manos a la obra.- Dicho esto se fue.-*

*Una vez serenado los ánimos, el “sani” lo primero que nota al acercarse a la camilla es una intensa peste a alcohol de los cuatro llegados, para la cual no tenía cura inmediata. - Examinada la mano, ve que la sangre mana a chorro entre el dedo corazón y anular por la cara interna de la mano derecha de Desiderio, que es como se llamaba el herido natural de Albacete para más detalle. -*

*- ¡Hay que coser ¡Dijo una vez detenida la hemorragia tras dos o tres minutos con el brazo levantado y desinfectada la herida con árnica! - A Desiderio no le gustó lo de “coser”. La herida tendría unos 4cm, desde donde se juntan los dedos hasta el centro de la palma.-*

*El botiquín, a nivel quirúrgico, estaba aceptablemente dotado: guantes de látex, aguja circular, hilo, porta aguja, pinza “Kelly”, etc.- Lo que no había nada es para una anestesia local, como era el caso.-*

*Sacó todo el instrumental en una bandeja de acero inoxidable y tras lavarse las manos empezó a ponerse los guante, siendo este el momento que aprovechó Desiderio para levantarse de un salto y dirigirse a la puerta balbuceando cosas ininteligibles, pero es “cazado” por los compañeros y devuelto a la mesa.- Con el forcejeo, empieza de nuevo a sangrar.-*

*Mientras se preparaba el “sani” preguntó cómo había sido y le responden que estaban tonteando en el barracón y con la “papa” que tenían, Desiderio, resbaló apoyándose en el cristal de una ventana que rompió y se hizo el corte en la mano.- Comentado esto, dos de los portadores de Desiderio se van y el “sani” les pide que traigan un dos o tres copas de ron, ginebra o lo que sea como anestésico y así lo hacen, entendiéndolo que con las que ya traía dentro, serían suficientes para atontarlo un poco más.-*

*Puestos mano a la obra, nos pide al restante y a mí que le sujetemos al herido, uno los hombros y el otro la mano dañada a modo de cómo se sujeta una “boa constrictor”.- Tras enhebrar la aguja curva, que era de un tamaño que daba miedo verla, procede a clavarla cerca de la unión de los dedos... Desiderio con la otra mano empieza a dar golpes en la camilla, a gritar como loco y a revolverse de dolor.- La aguja no clavaba; no clavaba porque tenía un enorme callo producido por el “paleo” del BIR.- Esto era factor común de todos los que habíamos pasado por allí, que éramos todos.-*

*Se llamó a dos compañeros de guardia, (teníamos el cuerpo de guardia al lado), para que ayudaran a sujetarlo.- De nuevo el “sani” coge el porta aguja e intenta clavar..., la aguja no clava y queda dividida en dos partes al romperse, una de ellas a medio clavar en el callo; gritos, puñetazos a la camilla, sangre que le chorreaba y cubría el antebrazo... Tras un copazo de ron se dialoga con Desiderio, haciéndole ver que aguantará un poco, porque no podía quedarse así la herida, lo sujetamos entre los cuatro y se prueba ahora por el otro lado de la herida, por la palma de la mano.- Ahora sí, tras unos berridos infernales, consigue poner un punto con cierta maestría.- Todos los presentes salvo, Desiderio que sigue gritando, exclamamos: - ¡ “Bien sani”, “bien” ¡-, como cuando se ponen un par de banderillas al toro como hay que ponerlas.-*

*Para no alargar esto, diré que se partió otra aguja, en total le puso seis puntos, dos con el porta aguja y los otros cuatro ya a lo bestia con la ayuda de un alicate, porque no había manera de pinchar la zona de callo utilizando el porta agujas.-*

*Se desinfecto la zona de actuación, se limpió de sangre el antebrazo, se vendó, se tomó la copa restante de ginebra y se le dio al herido unas pastillas que decía el “sani” que eran antibióticos y analgésicos, que como se sabe estas pastillas “milagrosas” que daban en la mili, tenían un efecto multiplicado por diez.- Caso de que no hicieran el efecto deseado, es que estabas ya “listo de papeles”.- Una vez dormida la “mona”, al día siguiente con una resaca de caballo, se le veía contento, sobre todo porque se libró de una semana de servicio por baja .- Era un manchego fuerte y la herida sanó sin más problema.- ¡Hurra por el “sani”!.-*

*Hay otra anécdota ocurrida a primeros de Julio, cuando se celebraba no sé qué fiesta ..., pero lo interesante es que se había matado un dromedario, (mal llamado genéricamente “camello”), no muy grande y se pregonó que habría auténticos “pinchos morunos” para degustar, hechos por los nativos. -*

*Al afortunado evento asistieron además de la tropa, dos vehículos venidos desde Cabrerizas-2 con mandos y familiares.- Empezaron a pasar platos de ricos pinchos que acompañados con las correspondientes cervezas hicieron las delicias de todos, bueno, de todos los que no estábamos acostumbrados a tan rica bacanal, pero hubo uno autodenominado “el tripero” que volvía en ese momento de patrulla junto con otros compañeros, que recién sentados en la mesa y diría que con el primer trozo de*

*“dromedario” en la boca, ven entrar al suboficial de guardia que acercándose a nuestro Capitán, vierte en sus oídos algo que le hace cambiar de aspecto sonriente a expresión tensa.-*

*En ese momento se levanta, hace callar a todo el comedor y manda coger las armas con sus cargadores correspondientes y formar en el patio a la voz de ¡ya!, que era como se hacía todo...*

*Adiós pinchos morunos, adiós cerveza, adiós toda la alegría que se respiraba momentos antes.-*

*Cunde el caos.- ¿Qué pasa?, se empieza a hacer conjeturas y especulaciones..., Frente Polisario, ataque a algún pueblo próximo... Como era de esperar nadie sabe nada y nos dicen menos.-*

*“El tripero”, que no era otro que mi buen amigo el Cabo, ya ex Furriel, (“Her Furri”), además de tener hambre a todas horas y que, en contra de lo que se pudiera pensar por comilón, estaba en los huesos, (quizás por su activo metabolismo, quizás por las diarreas que asolaron a casi toda la Compañía; yo entre ellos), se quedó sin comer ni un trozo de carne de los exquisitos pinchos. Con rictus de desolación, formó como todos los demás en el patio de armas.-*

*A petición del Capitán, un grupo de compañeros incluido “Her Furri” se apuntan voluntarios para escoltar a los invitados venidos de Cabreriza 2.- El viaje de ida y vuelta, según me contó, transcurrió sin problemas y llegados de nuevo a Cabrerizas-Bu craa, (oh putada, cruel del destino), lo apuntan para patrullar en Land Rover por el exterior. - Todo ello, sin comer ..., no sé cómo esta criatura aguantó. -*

*A mí me asignaron, junto con dos compañeros más, una ametralladora MG sobre bípode y tres cajas de munición de 50 balas cada una y nos dieron orden de situarnos en la esquina Noreste del Batallón.- Las otras tres esquinas restantes también fueron cubiertas por ametralladoras.- En esas posiciones, se tragó arena por un tubo.- El resto de la tropa se quedó en el interior, salvo las patrullas itinerantes alrededor del cuartel y otras que sobre Land Rover salieron a cubrir un radio mayor.-*

*Al final, y tras la “noche toledana” que pasamos, todo quedó en agua de borrajas.*

## La roulotte, (el carromato), de la dragalina. -

*Antes referí que estaba exento de servicios por el día y era cierto, pero con una salvedad; así como fui de los primeros en llegar al Cuartel de Cabrerizas Bu-craa con la 2ª Cía., “me tomaron cariño” y también fui en el primer pelotón destinado a la célebre roulotte de la dragalina. -*

*Relatado al detalle por mi buen amigo y compañero de fatigas Albert Marín Ausín, (“Her Furri”) en: “El carromato de la dragalina”, no entraré en más descripción, pero sí quiero comentar la sana envidia que me invadió al leer años después su relato y ver las fotos de la “mansión” que se construyeron.-*

*Para cualquiera que vea en la foto el resultado final de la obra de mejora y ampliación de la roulotte y no conociera el lugar y las circunstancias, diría que la foto podía haberse tomado de cualquier chabola de mala muerte en los marginados extrarradios de cualquier ciudad, pero; ¡No!, no era así.-*

*Cuando los pioneros llegamos por primera vez al carromato, nos encontramos solo el carromato pelado, y “punto”, no había nada para sentarse, nada para apoyar los platos, ni una mala mesa para escribir una carta, etc... nada.- Y por supuesto, nada de bidones para refrescarse, ni techumbre para estar fresquito a modo de porche... Nada.-*

*Así que quiero felicitar desde estas líneas al segundo pelotón que con astucia y una poca de ayuda, hicieron de aquel paraje salvaje en medio de la nada, un “oasis”.- Bueno, oasis, oasis no era, pero téngase*

*en cuenta que soy andaluz y a veces exageramos un poco, no obstante debo decir que la Infantería no se amilana ante nada y como decían las abuelas, “ lo mismo sirven para arreglar un roto que un descosío ” .- Pero de todas maneras, con oasis o sin él, era una putada que te tocara la guardia de la dragalina porque sufrías doble aislamiento: estar lejos de tus compañeros y más lejos de tu casa.*

*En el tiempo que nos tocó al primer pelotón estar en el carromato, buscábamos la sombra girando alrededor de él y en las horas centrales del día, no había forma de encontrarla, dormíamos la siesta debajo porque dentro era un verdadero horno, si bien bajo el carromato, terminábamos rebozados en arena al ser arrastrada por el viento.- Cuando venían los compañeros a traernos la comida y el correos, era para nosotros una fiesta porque además de la compañía, nos contaban las anécdotas que ocurrían en el Batallón.- Por las noches, algunos nos tendíamos en la ya fresca arena boca arriba y esperábamos el paso de un cierto satélite, que a hora puntual pasaba por un punto fijo del cielo estrellado y lo localizábamos porque teníamos un punto de referencia marcado en el borde del techo de la roulotte .-*

*Llevé conmigo al carromato mi estupendo radio-cassette Aiwa, con el que mediante una antena que me agencié estirando un muelle grande, llegué a captar, además de otras emisoras, Radio Luxemburgo, en aquel entonces pionera en la emisión de música “pop”, lo que de alguna forma palió el hastío de la soledad reinante. - El objetivo era “quemar tiempo”, combatirlo, agotarlo. -*



Dedicado a Javier Bañón - El día de avituallamiento  
Punto de guardia de Dragalina Barras - Cabrerizas-Barras  
Mayo del 74

*Primer Pelotón de Guardia en el carromato. - Llegada del avituallamiento. -*

#### *Salida de descubierta a la mina.-*

*Hubo otra noche digna de mención en la cual tres compañeros y yo, salimos de “descubierta”.- Uno de ellos era madrileño y en el viejo Batallón hacía de administrativo de nuestro Capitán, (el abstemio). De los otros dos no recuerdo los nombres.-*

*Pues bien; como antes he referido, el muro izquierdo de cerramiento, del Batallón, estaba aún inconcluso.- Hacía poco tiempo, (dos o tres días), que habíamos vuelto de la roulotte.- Uno de los componentes de la segunda patrulla de la roulotte, (Albert Marín), se encontraba mal con diarreas, fiebre etc...*

*Con todo ello y para celebrar sobretodo nuestra vuelta al Batallón, tras unas copas detrás de otras, decidimos visitar a nuestro compañero enfermo en el carromato, de forma que una vez concluido el toque de silencio, los cuatro, con la alegría y falta de conciencia que da el “etílico”, salimos a través del hueco del muro obviamente a pie hacia la roulotte.-*

*La noche era clara y guiándonos por las rodadas del vehículo que los avituallaba y los fuertes focos de la Dragalina que, a lo lejos, nos servían de referencia para ir guiados, llegamos al carromato. Tras unas estudiadas palabras de disculpa con el Cabo Primero que estaba al mando, nos comentó a lo que nos exponíamos y que si no ocurría nada, él «no había visto ni oído nada», de lo contrario, “soltaría” lo que fuese necesario para proteger su pellejo.-*

*El enfermo, estaba realmente hecho papilla, después de dos días a “caño abierto”, sin retener nada en el cuerpo, con fiebre, temblores..., una pena.- Estuvimos con él poco tiempo deseándole que se restableciera.-*

## Crónicas de Cabrerizas

*Dos de los cuatro que íbamos, no conocían de cerca la Dragalina, (que podría estar a unos 700m del carromato), pero el C. Primero nos quitó las ganas de ir, porque no quiso decirnos el Santo y Señá, (por razones lógicas) y el centinela que estaba de guardia tenía órdenes de no reconocer ni a su padre. - Así pues, decidimos ir directamente al fondo de la excavación, donde las palas cargadoras llenaban de fosfatos los enormes camiones. -*

*Ya dentro de la excavación, la presencia de los cuatro cerca de las máquinas en contra de lo que podíamos suponer, fue grata para los que trabajaban, de forma que momentáneamente pararon las máquinas y se unieron a nosotros para echar un cigarro. - Eran tres canarios y la pregunta esperada fue: ¿qué coño hacéis aquí a estas horas ¿.- (serían las 11.30pm.).- Le contamos la mitad de la historia y prometieron no comentar nada.-*

*Fueron con nosotros muy amables y simpáticos, quizás porque rompimos por unos momentos la monotonía del tedioso y repetitivo trabajo nocturno. Tal fue así, que convencimos a uno de los camineros a que nos llevara a la base de la factoría y lo hizo con la condición de que nos bajáramos a unos 50m antes de llegar; y así lo hicimos.-*

*Ya de vuelta al Batallón, con la satisfacción de lo recorrido y las vivencias tenidas, la “papa” se iba diluyendo y la preocupación ahora se centraba en que el centinela de la puerta no nos viera, así que tras dejar las rodadas de ida, hicimos un gran arco en el recorrido, entrando por donde habíamos salido, al principio en silencio y al final cabreando al “imaginaria” y despertando a la mitad del barracón.-*

*Fue una noche de lo más completa y satisfactoria, que no tuvo mayores consecuencias, por suerte, porque hubiera sido un “puro” catastrófico si nos pillan.-*

La mina de fosfato.- La dragalina.-

*El arranque de fosfato se hace a cielo abierto por el sistema llamado de “descubierta” con vertido del material estéril a la escombrera mediante el empleo de una dragalina, que como saben los que la vimos, era una enorme máquina excavadora capaz de mover grandes volúmenes de material.-*

*Básicamente estaba compuesta por una cabina donde alberga la maquinaria, una serie de motores, cables, poleas, etc. y la sala de mando, una torre o mástil, (de unos 100m de altura), la cuchara, (pala cargadora), y dispositivos para su desplazamiento, (patines). - Se clasifican por la capacidad de la pala cargadora, que puede oscilar entre 75 y 120m3.- Se puede indicar a título comparativo, que la que había en Bu-craa, le cabían tres Land Rovers grandes atravesados. -*

*Posee una profundidad de excavación de hasta 75m. y un radio de trabajo de 115m.-*

*Funciona mediante corriente eléctrica facilitada por enormes generadores, si bien hay otras movidas por motores diésel.*

*El funcionamiento es simple: la gran “cuchara” esta accionada por cables verticales y horizontales; los verticales sirven para izar y soltar la cuchara, que por su peso se clava en el terreno, a continuación con los dos cables horizontales tiran y arrastran la*



*cuchara cargándola, se eleva la cuchara y se hace girar el conjunto para descargar la cuchara en el sitio idóneo. (Ver video adjunto).*

*Enlace para ver el video (pulsar tecla Control+clic del ratón)*

[https://youtu.be/LWaDPX\\_eMDg](https://youtu.be/LWaDPX_eMDg)

*Dado el tremendo volumen de estas máquinas, se transportan sus componentes desmontados y se montan en el sitio donde empiezan a trabajar.-*

*Una de las cosas más curiosas que tuve ocasión de presenciar, además del rutinario trabajo de excavar, era verla desplazarse para cambiar de posición.- La máquina, en régimen de excavación, rotaba sobre una gran plataforma circular donde se asentaba y además en los laterales tenía dos especies de “patines” unidos por un eje transversal, que con un movimiento de rotación, se elevaba y avanzaban unos metros; a continuación, la plataforma circular en la que se asentaba la máquina era la que se levantaba y avanzaba.- La operación era muy lenta.-*

*En la época donde se centra esta narración, (año 74), había solo una dragalina operando y otra nueva que se estaba montando más al Nordeste, que es con seguridad la que narra mi compañero “Her Furri” en su relato y de dónde sacaron el material para la “mansión”.*

*Previamente al comienzo del trabajo de la dragalina, se perforaban en la zona de actuación unos agujeros y se metían explosivos a unos ocho-diez metros de profundidad, a fin de remover la capa superior del terreno; una vez reventados los cartuchos, iniciaba su trabajo la dragalina.-*



La gigantesca dragalina

*La función de la cuchara de la dragalina era excavar tierra, (la ganga), hasta 40 metros de profundidad, y a partir de ahí se encontraba el fosfato con una riqueza próxima al 90%, (la mena), prácticamente en estado puro.- A continuación máquinas retroexcavadoras de gran tamaño sobre orugas arrancaban el fosfato y enormes camiones con descarga inferior, lo transportaban hasta la tolva de alimentación de la*

*planta de trituración primaria, donde se desechaba los trozos más gruesos mayores de 10m/m, que normalmente eran de caliza y sílex.- Una vez pasada por varias moliendas, cribas y lavados, entraban en la cinta transportadora.-*

*La cinta transportadora compitió al principio con otra opción que proponían los técnicos que era el ferrocarril, pero tras un detallado estudio fue rechazado por tener que trabajar en un ambiente desértico, que suponía prever problemas funcionales que se reflejarían en el costo de mantenimiento, averías y rendimiento. - Al final se decidieron por la cinta, pero lo que no tuvieron en cuenta los técnicos fueron los*



*ataques del Frente Polisario, muy activo en esa época.*

*La cinta transportadora discurría desde la mina hasta la playa e incluso se adentraba 3.2km., en el mar ya que no había calado suficiente para que atracaran los barcos.- Tenía una longitud de unos 100km. salvando un desnivel de más de 200m desde la mina al Atlántico.-*

*La cinta en sí, era de un caucho especial de 1m. de anchura reforzado con hilos de acero; discurría sobre rodillos y estaba accionada por motores eléctricos instalados en 11 casetas. - La distancia entre caseta oscilaba entre 7 y 11 kilómetros, con una velocidad de 4,5 metros por segundo y la alimentación de los motores eléctricos se hacía a través de una línea de alta tensión que discurría paralela a la cinta. -*

*Desde la zona de la playa, se controlaba automáticamente todo el sistema.-*

*La función del Batallón de Infantería era precisamente patrullar esta cinta a menudo atacada por el Frente Polisario, que sabotaba sobre todo las casetas de propulsión, paralizando con ello todo el sistema.- Los 100km. de la cinta, lo cubrían en parte desde Cabrerizas Playa y el resto desde Cabrerizas Bucraa.-*

*La edad media de los que fuimos destinados a la mina, el compañerismo y la aceptable disciplina hacía que se pudiera sobrellevar las circunstancias adversas de aquel lugar.-*

*Fin.*

*P.D. Agradecimiento al grupo “Cabrerizas” y en particular a Albert Marín, por sus informaciones de apoyo a lo que me restaba de memoria tras 42 años. - También al que ha hecho la fusión y montaje del video y ha añadido los temas musicales: mi hijo Paco Orriach. -*

*Autores de temas musicales: The Beatles, The Osmonds y Joe Bonamasa.- Si bien, los temas los he reescrito y las versiones son mías.- Espero os guste.-*

Una vez leído el descriptivo y ameno relato de Paco Orriach, del cual corroboro buena parte del mismo, por lo menos de lo que yo recuerdo después de tantos años, ahora transcribo nuevamente un capítulo de mi novela, recordando nuevamente que en el escrito apenas existe ficción y está completamente basado en mis vivencias. En estos capítulos de Bucraa, sale nuevamente a colación “Jadiyetu” y “Tóful”. Estos corresponden a personajes de la novela. Ella es totalmente de ficción y él, un compañero mío, lo he incorporado a la ficción. Sin embargo, su “presencia”, para nada entorpece el resto de la narración, la cual es, insisto, verídica.

### **«LA LARGA NOCHE» (y otras anécdotas. Capítulo de “La Jaima del Saharaui”).**

*«Los días calurosos se han instalado en Bucraa. Diariamente, la tropa suspira para que el termómetro no suba más allá de los cuarenta grados y, mejor, si el viento del norte regresa para neutralizar los “ardores del desierto”, circunstancia que Eolo permite algún día, aunque con timidez. Una noche la temperatura no baja de los cuarenta grados, volviendo a media mañana a ascender hasta superar los 50° C. Todos opinan que es más soportable estar a cincuenta grados de día que a cuarenta por la noche.*

*Una epidemia de colitis se abate sobre el destacamento. La causa se debe al mal estado del agua de bebida que, en un aljibe, traen semanalmente desde El Aaiún. A parecer está contaminada por bacterias “coliformes” o “esterococos”, según comentan los “enterados”, que de estos nunca faltan en cualquier colectivo. Algo más de una decena de soldados son trasladados al Hospital General de El Aaiún, y en el destacamento treinta y tantos deben guardar cama rebajados de todo servicio y con alimentación de régimen. Tóful es de los pocos que, aparte de algún retortijón, apenas tiene síntomas. Robert únicamente*

*ha adquirido diarrea y molestos dolores de vientre que le obligan a evacuar con urgencia varias veces al día. La gastroenteritis que padeció durante el servicio de guardia de la dragalina, y ahora las diarreas, le está dejando en los huesos. Desde que llegó al Sáhara ya ha perdido ocho kilos y, teniendo en cuenta que vino delgado, su actual aspecto es lamentable; podría trabajar de extra en una película que tratase sobre los campos de exterminio nazis.*

*El agua del depósito es tratada con fuerte dosis de cloro para neutralizar las bacterias. Con ello se consigue frenar los ataques de colitis, pero no los dolores de barriga a los pocos minutos de ingerir el agua. La llegada, días después, de agua en mejores condiciones, es celebrada por la guarnición.*

*En las últimas semanas han efectuado prácticas de tiro con fusil y ametralladora. Parece ser que se han recibido órdenes superiores de que la tropa esté bien preparada por si se produjese alguna acción bélica. Dentro de la puesta a punto en el uso del armamento, un día, toda la compañía se aleja unos treinta kilómetros del destacamento para hacer prácticas con morteros de ochenta milímetros y con el cañón sin retroceso. Robert, como nuevo cabo de morteros, experimenta el fuego real. Queda asombrado de la gran precisión del arma de tiro curvo, cayendo certeramente los obuses sobre las dianas que se encuentran en un talud a quinientos metros. También certero a la misma distancia el cañón sin retroceso, pero el enorme estruendo de este, asusta al perrito “Calambres” que siempre acompaña a un cabo primero gallego, desapareciendo, sin poder localizarlo a varios kilómetros a la redonda. Pero al día siguiente, el capitán y el dueño circunstancial del can, regresan al lugar encontrando a “Calambres”, sediento y protegiéndose bajo la miserable sombra de una espinosa talha.*

*Los veteranos de abril están inquietos porque todavía no ha llegado la documentación de la “orden de partida” (licencia). En las últimas semanas, “radio macuto” informa de varios acontecimientos poco tranquilizadores: el aumento de ataques y sabotajes del Frente Polisario, y quizás el más preocupante es la postura del rey marroquí prometiendo que para antes de Navidad estará tomando el té en El Aaiún. El movimiento de tropas del reino alauita en lugares cercanos a la frontera parece indicar que algo gordo se puede estar preparando.*

*Un día al atardecer, llega una patrulla de Tropas Nómadas que proviene de la frontera con Mauritania y se dirige a El Aaiún. Necesitan repostar combustible y descansar y, especialmente, evitar circular de noche. La distancia de 100 km. Hasta el pueblo garantiza que se les haría noche cerrada durante el camino. Llevan un prisionero perteneciente a las guerrillas independentistas y no quieren arriesgarse a sufrir una emboscada, a pesar que la patrulla está compuesta por casi treinta soldados. Pero excepto el teniente, un cabo y dos soldados europeos, el resto son nativos y, esta circunstancia, según se comenta en el mentidero, no ofrece mucha confianza, pues ya se han producido algunas deserciones entre las tropas indígenas, pasando a engrosar las filas guerrilleras.*

*El grueso de los componentes nativos instala sus tiendas en el exterior a pocos metros de la entrada. El teniente y los tres soldados europeos duermen dentro del destacamento. El prisionero, el cual lleva puestas las esposas, pasa la noche en el calabozo que todavía nadie había estrenado todavía. Por la mañana, a hora temprana, la patrulla nómada y su prisionero parte hacia El Aaiún.*

*Si bien las medidas de vigilancia en el destacamento están aumentando, hay cierta permisividad en el día a día. Algunas noches se organizan fiestas en los dos dormitorios, especialmente en el que está ocupado por los veteranos de abril. Las últimas semanas se están haciendo largas y, como válvula de escape, el consumo de alcohol ha aumentado. El estado eufórico que producen los vapores etílicos, hace que algunos demoren la hora de acostarse y que varios radiocasetes sigan funcionando en una estridente mezcla de diferentes melodías. No faltando las quejas de los que la noche anterior estuvieron de guardia o patrulla, y de los imaginarias que más tarde tendrán que cumplir con el servicio de vela.*

## 6 de julio.

*Hoy, la tropa de la 2ª Cía. de Cabrerizas destacada en Bucraa disfrutará de una opípara merienda extra de pinchos morunos de carne de camello. El animal ha sido sacrificado para tal evento y, según explica el sargento semana, es por deferencia del capitán, que cumple años. El oficial al mando del destacamento viene demostrando que, además de su profesionalidad, siente gran afecto por sus soldados. Exige la disciplina necesaria para el buen funcionamiento de la guarnición, pero, al mismo tiempo, neutraliza algunas normas que, en las especiales circunstancias de aislamiento y con temperaturas extremas, suavizan la estancia en el lugar.*

*De El Aaiún han venido algunos familiares de los oficiales, entre los que están la esposa del capitán. A media tarde, las bandejas con los atractivos pinchos, de sabroso aspecto, comienzan a ser servidas en las mesas de la afamada tropa que, sin más preámbulos, empiezan a devorarlos, puesto que los oficiales y sus familias ya han iniciado tal labor. Los pocos soldados que reparten las bandejas evolucionan lentamente, lo que ocasiona que cuando todavía quedan algunas mesas por servir, los comensales de las primeras ya han consumido la jugosa carne de camello, ratificando, por sus expresivos gestos, que está sabrosísima. Robert, recuperado totalmente de la gastroenteritis de días pasados, espera y desespera que a su mesa —la última— lleguen las deseadas bandejas. Nota cómo su aparato digestivo ya segrega jugos.*

*Por fin, cuando ya todas las mesas, menos una, disponen del preciado manjar, los soldados-camareros acercan las bandejas a su mesa. En el momento en que empiezan a depositar las primeras y los ansiosos soldados empiezan a alargar los brazos para coger los pinchos, el sargento semana, con potente voz, ordena firmes. Robert ya sujeta uno de los pinchos, pero no le ha dado tiempo a hincar el diente al primer taco de carne de camello. Como la mesa, aunque ha sido la última en ser servida, es la que se encuentra en primera línea a la vista de todos, debe reprimirse y depositar el pincho sobre la bandeja, mientras el suboficial indica que inmediatamente deben salir todos a formar frente al cuerpo de guardia. Los únicos soldados que todavía no han probado la comida, que son los de la mesa donde se encuentra Robert y Tóful, gesticulan mostrando su desagrado. El ex furriel, más desesperado que sus compañeros, pues es conocida su fama de tripero a pesar de su actual extrema delgadez, se atreve a pedir al sargento que les deje comer al menos un pincho.*

*—He dicho que a formar inmediatamente, los pinchos ya los comeréis después.*

*Momentos antes, había entrado un cabo de la Policía Territorial acompañando al cabo de guardia, para informar al suboficial de guardia, que también está disfrutando de la merienda, de que hay órdenes provenientes de Capitanía General y que se ha activado el estado de alerta en el norte del Sáhara, existiendo el riesgo de ataques, sin precisar si podían ser por parte de las bandas armadas independentistas saharauis o de Marruecos.*

*Con toda la compañía formada, el capitán informa de que desde aquellos instantes, el destacamento se encuentra en estado de alerta, ordenando que todos recojan su fusil, correa, se calcen las botas, pasen por furrielería a recoger los cargadores con munición y regresen a la formación en el menor tiempo posible.*

*Cuando ya vuelven a estar formados con el equipamiento pertinente, el capitán pide voluntarios para escoltar hasta El Aaiún a los familiares de los oficiales, entre los que se encuentra su propia esposa. Los veteranos de abril se ofrecen todos, eligiendo una treintena entre los más de sesenta del reemplazo. Tóful y Robert forman parte de la escolta.*

*Antes de romper la formación, el capitán da instrucciones al sargento de guardia de cómo debe distribuir la tropa para proteger el destacamento ante un posible ataque:*

*—Sargento, disponga treinta hombres, repartidos en escuadras separadas, patrullando permanentemente el perímetro exterior del muro. En cada esquina hay que apostar una ametralladora y*

*cada veinte metros, en el interior del muro, un centinela. Otro pelotón frente a la entrada. Si hay ataque terrestre, fuego cruzado, y, si son paracaidistas, olvide la convención de Ginebra. En el puesto de la PT informarán por radio a El Aaiún si se produjese cualquier agresión. La Legión está preparada para venir en nuestra ayuda en caso de necesidad. En la capital también están en estado de alerta.*

*—A la orden, mi capitán. Con tal reparto de tropa, toda la compañía pasará la noche sin dormir.*

*—Por supuesto, esta noche no dormiremos nadie, ya lo harán durante el día.*

*Los de las primeras filas de la formación, que han oído claramente lo que se cuece, sienten un ligero escalofrío. A los de abril del 1973 apenas les queda mes y medio para licenciarse y el panorama se ha vuelto inquietante súbitamente.*

*Robert observa al compañero que tiene al lado, de abril también, pero del 74, de los que hace pocos días que llegaron del campamento después de jurar bandera, y percibe que su expresión es de gran inquietud, por lo que ya, en posición de descanso y a la espera de subir a los Land Rover, unos, y recibir instrucciones el resto, aprovecha para tranquilizar al novato con una mentira piadosa:*



*—No te inquietes, tío, esto es lo normal aquí en Bucraa, pero nunca pasa nada, nadie nos atacará, solamente es para tenernos activos.*

*—Más vale... Joder, acabamos de llegar aquí y me encuentro con esto. Es que hace poco más de dos meses que todavía abrazaba a mi novia, y ahora no sé si la volveré a ver.*

*-No, hombre no, que no pasará nada, ya verás...*

*Los dos tarraconenses van en el Land Rover que abre la columna, conducido por el propio capitán. Cinco*

*Land Rovers más completan la escolta, uno equipado con una ametralladora MG con trípode y otro con un cañón sin retroceso. Intercalados en el centro, los dos turismos civiles de los familiares de los oficiales.*

*Mientras la columna de vehículos parte hacia El Aaiún, las patrullas exteriores ya están desplegadas a extramuros del destacamento, formado un anillo defensivo.*

*Durante el recorrido, el capitán, sin dejar el volante, otea permanentemente el horizonte con sus prismáticos. Cuando faltan unos cincuenta kilómetros para llegar al pueblo, la columna se para. Parece ser que detrás de una vaguada, a unos doscientos metros a la derecha, algo se mueve y se dirige hacia la estrecha carretera. Apenas ha habido oportunidad de que el mentidero de “radio macuto” explique todo lo que “objetivamente” es capaz de informar este medio, sobre qué pasa y la verdadera razón de que se haya producido tal apresurada alarma. La inquietud que demuestra el habitualmente templado y seguro capitán, aumenta la de los azorados soldados que le acompañan en la trasera del vehículo militar.*

*—Esto debe ser gordo —determina “el Foro”, madrileño veterano de abril.*

*Los demás asienten, sin perder de vista el sospechoso bulto en movimiento que parece mimetizarse con el ocre del desierto. El capitán, que con la ayuda de sus prismáticos parece haber reconocido de qué se trata, arranca nuevamente el vehículo, provocando el inicio de la marcha del resto de la columna. Prontamente, todos pueden ver el trasero de dos camellos que, en su incierto viaje, acaban de cruzar con total parsimonia la carretera.*

*El perfil de las edificaciones de la parte alta de El Aaiún, se distingue cuando el sol acaba de desaparecer tras la Saguia El-Hamra. Ya a un kilómetro del pueblo, los dos turismos continúan, regresando los seis Land Rover militares hacia Bucraa.*

*El día ha sido caluroso, aunque sin sobrepasar los cuarenta grados. Pero con el astro luminoso desaparecido, la temperatura, que ya ha ido reduciéndose durante la tarde, ahora baja bruscamente. Los cien kilómetros hasta Bucraa se convierten en una tortura por la imprevisión de todos, incluyendo al capitán, por no haber ordenado equiparse con, al menos, la chaqueta chéster. El único vestuario de todos es la fina camisa y, como es normal, nadie lleva camiseta debajo. Los descubiertos Land Rover, sin tan*

*siquiera parabrisas y a una velocidad media de setenta kilómetros por hora, permiten que el aire refrigere “adecuadamente” los cuerpos.*

*De noche cerrada, el grupo llega aterido al destacamento, donde las medidas de patrullaje y vigilancia siguen activas. Robert todavía tiene la esperanza de poder hincar el diente a los pinchos que se quedaron sobre la mesa pero, sin autorización para acercarse al comedor, reciben la orden de ir rápidamente a vestirse con jersey y chaqueta y regresar inmediatamente a los vehículos.*

*—Mi sargento... Y los pinchos que no comimos, ¿podemos ir a comerlos? —pregunta al suboficial que forma parte del grupo.*

*—¿De qué coño pinchos hablas, cabo?*

*—Los de la merienda. Los de mi mesa no pudimos comer ni uno.*

*—Esos ya deben estar siendo digeridos por los que se quedaron. Te has quedado sin los pinchos, chaval, pero te informo que estaban de puta madre de buenos.*

*La desesperación de Robert es mayor al oír la aprobación de exquisitez de la adobada y jugosa carne. Su metabolismo quema con rapidez los alimentos ingeridos y precisa alimentarse con cierta regularidad. Cuando se activan sus jugos gástricos es un efecto parecido a cuando a un drogadicto le entra el mono de la abstinencia.*

*Ya es la hora de la cena, pero parece que no hay intención alguna de que vaya a haber toque de fajina. Muy al contrario, los seis Land Rover salen nuevamente del destacamento dispuestos para patrullar por el desierto en un perímetro de varios kilómetros a la redonda de las instalaciones mineras. El capitán continúa al volante. La tropa se inquieta porque sabe que no habrá cena, y Robert pasa de la inquietud al desánimo anímico.*

*La patrulla circula a escasa velocidad desierto a través, en batería, separados los todoterrenos unos treinta metros entre ellos y cubriendo un frente de doscientos o trescientos metros. La suavidad del terreno, y la presunción de que ningún obstáculo se interpondrá, ha determinado al capitán a circular con las luces de los faros y los pilotos apagados. Solamente las luces de guerra (débil luz en los bajos que apenas ilumina el suelo y que solo es visible a pocos metros del vehículo), táctica que evita ser descubiertos ante el enemigo, pero que a la tropa le produce inquietud, a sabiendas que hay algunos montones de grandes piedras y profundos agujeros (catas de treinta metros de profundidad, por un cuadro de cuatro metros de ancho, que Fosbucraa hizo en su día para localizar las ricas vetas de fosfatos) que se reparten en un amplio área de muchos kilómetros cuadrados. Su presencia no es densa y las posibilidades de tropezar, tanto con las rocas como con los agujeros, no son muchas, pero mucho más difícil es que toque la lotería y, ya se sabe, en esto de la mala suerte siempre se tienen más números de padecer un accidente de imprevisibles consecuencias, a pesar de no ir a mucha velocidad.*

*La luna, en cuarto menguante, todavía no ha hecho su aparición y, posiblemente, no lo haga hasta muy avanzada la madrugada, por lo que la oscuridad es casi absoluta, recortándose apenas la línea del horizonte gracias al estrellado cielo sahariano.*

*Después de un amplio recorrido de varios kilómetros por las cercanías, la columna se acerca hasta la dragalina en construcción, donde la columna coincide con la patrulla del cabo y soldado del carromato que, en ese momento, se encuentran allí. El susto de estos ha sido morrocotudo, pero tranquilizándose de inmediato al descubrir que los vehículos, que como fantasmas han aparecido en el lugar, son propios.*

*—Bien, chavales, tranquilos —les dice el capitán después de haber dado el santo y seña que el acongojado cabo les ha pedido—, podéis regresar al carromato e informar al cabo primero que estamos patrullando por los alrededores, que debéis estar más atentos que otras noches y que la guardia del centinela de la dragalina sea doblada hasta que se haga de día.*

*—A la orden de usted, mi capitán, así lo haremos —responde el cabo madrileño, el cual todavía no se ha quitado del todo el susto. Él y su compañero parten raudos mientras vuelven a accionar el seguro del Cetme, el cual habían quitado por si se veían obligados a disparar a los inesperados visitantes.*

—Joder, tío —le dice el soldado al cabo—, ¿tú crees que habríamos tenido posibilidades de defendernos de tantos soldados si no hubiesen sido de los nuestros?

—No, Matías, y no me lo recuerdes, que a punto he estado de cagarme.

El siguiente lugar de visita, a unos seis kilómetros, es la nave donde se almacenan los explosivos que Fosbucraa utiliza para ahuecar el terreno que la enorme dragalina después excavará. Allí hay un vigilante de seguridad armado con una escopeta y protegido por una jauría de perros.

Finalizado el diálogo del capitán con el encargado de la protección de los cartuchos de dinamita, la columna se dirige a otro punto. A pesar de la densa oscuridad, el lejano resplandor de la dragalina posiciona a Tóful sobre la dirección que están tomando, lo que le inquieta sobremanera. Su sospecha se confirma cuando el capitán enciende los faros e ilumina el frig saharauí, donde está la jaima de Ali. Inmediatamente, los otros cinco vehículos efectúan similar acción, envolviendo el campamento nativo. Alguna mujer se asoma. Como todas se cubren parcialmente la cara, no se puede apreciar su gesto de inquietud. Un niño, en brazos de su madre, llora desconsoladamente. El cerco solamente tiene la intención coactiva de demostrar a los saharauis que el Ejército está aquí y que no es muy prudente emprender acción alguna en apoyo de los independentistas.

Pocos minutos después, que a Tóful le han parecido eternos, se retiran, prosiguiendo la patrulla por los alrededores.

Después de la visita al frig, el capitán conduce en dirección al destacamento. Al entrar a su interior, Tóful y Robert comprueban que sus compañeros mantienen la misma vigilancia. Las ametralladoras siguen apostadas y toda la compañía se mantiene en vigilancia. Los recién llegados, destemplados por el fresco de la noche y torturándoles el apetito —no ha cenado y ya son casi las dos de la madrugada— tienen la esperanza de poder comer algo, entrar en calor y finalizar la procelosa patrulla, pero les ordenan que sigan en los vehículos. La desazón se extiende en la patrulla cuando ven que la entrada al destacamento ha sido para que el capitán sea relevado por un teniente y que dos compañeros de abril del 74 —novatos recién llegados— se incorporen como refuerzo al grupo. Uno de ellos sube al Land Rover de los tarraconenses. Advierten que está muy serio, por lo que, con naturalidad, Tóful le golpea la espalda y le anima:

—Venga, chaval, que aquí ya te deberías aburrir. Un paseo nocturno por el desierto te irá bien. Nosotros ya llevamos muchas horas y nos lo estamos pasando de puta madre, pero siéntate más adentro, no vayas a caerte cuando estemos en marcha.

—Tóful “adorna” lo dicho riendo a carcajadas. El “recluta” se limita a mirar inexpresivamente al tarraconense, mientras se desliza en uno de los dos bancos laterales que sirve de asiento en la parte trasera en estos vehículos militares, ocupando el limitado espacio disponible que le han facilitado sus compañeros a fuerza de apretujarse. La patrulla sale nuevamente del destacamento y se despliega por la parte oeste en sentido Mauritania.

Ahora más separados de Bucraa, llevan recorridos apenas diez kilómetros cuando el teniente frena bruscamente y enciende los faros. Los pasajeros de atrás, y especialmente Tóful por ser el más alto, a punto han estado de caer sobre el teniente y el cabo conductor que está haciendo la función de copiloto. Después del sobresalto, inmediatamente otro les sobrecoge: apenas están a dos metros de la alambrada de espinos que protege una de las catas o agujeros de treinta metros de altura. Estas alambres solamente están para evitar que algún curioso se acerque al borde y caiga en la profunda sima artificial, cosa extraña, porque aquellos andurriales solamente están transitados por escorpiones y ni las lefas (víboras venenosas del Sáhara) se aventuran a visitar el árido terreno bucraniano.

Los demás vehículos de la patrulla han parado la marcha y encendido los faros, siguiendo el ejemplo del teniente, jefe del comando. El sargento, que ocupa el Land Rover del cañón sin retroceso y que se encuentra a unos cincuenta metros, se acerca corriendo a comprobar qué ha pasado. Al llegar, observa que el teniente y resto de ocupantes han estado a punto de caer en el agujero y, por tanto, perder la vida.

—Joder, mi teniente, se acaban de librar de una muerte segura ¿Cómo lo ha visto? La oscuridad es absoluta.

—Dios me ha iluminado. Algo me ha hecho conectar los faros, como si una mano me hubiese guiado hasta el interruptor. Ha sido Dios, no hay duda. Sargento, recuérdeme que el domingo acompañe al capitán a la misa que hacen en la capilla del campamento civil.

—Así lo haré, mi teniente, ahora, ¿proseguimos la patrulla con las luces encendidas?

—No, sargento, debemos continuar con las de guerra.

—Pero mi teniente, ya ha visto el peligro, nos exponemos a matarnos.

—Sargento, somos soldados y el peligro siempre nos acompaña. Además, Dios nos protege, ya lo ha visto. No hay peligro.

El suboficial regresa angustiado a su vehículo. La luna menguante sigue sin aparecer en el horizonte y el “protegido de Dios” empeñado en seguir circulando a ciegas. Es como navegar de noche por un mar plagado de icebergs y sin radar. “La suerte está echada”, piensa, “Espero que salga cara y no cruz”.

—Cabo, arranca, pero si ves la menor sombra delante de este trasto, frena, que los de al lado casi se caen en una de esas catas que hay por la zona.

—¿Qué catas, mi sargento?, no se referirá a uno de esos agujeros.

—Sí, chaval, sí, por eso, atento al parche.

Los componentes del Land Rover conducido por el teniente, y el sargento y el cabo conductor que van con el cañón sin retroceso, angustiados, anhelan que salga la Luna, que siendo las tres de la madrugada, ya debería haber despuntado, la muy perezosa.

El resto de los componentes de la patrulla, ajenos al conocimiento del conato de accidente, y el propio teniente, influenciado por la “mano divina”, van tranquilos, con la única inquietud del estado de alerta, de no saber qué demonios pasa y de la remota posibilidad de un ataque, pues a estas horas, que son de dormir, si no han atacado, es que ya están durmiendo. Por lo menos esto es lo que piensa el soldado “el Foro”.

Pocos kilómetros después, un bache del terreno hace saltar el vehículo del teniente, saliendo despedido por la parte trasera el novato y su fusil. De momento nadie se da cuenta, todos están mirando al frente, intentando penetrar con la vista en la oscuridad por si aparece uno de aquellos malditos agujeros —varios ojos ven mucho más que uno, dicen—. Por suerte, Tóful ha dejado de notar la presión lateral del novato, que es quien se había sentado a su lado.

—¡Hostia! ¿Dónde está el recluta? Ha desaparecido... ¡Mi teniente, pare! —le dice el tarraconense mientras alarga el brazo a través de sus compañeros y golpea la espalda del oficial.

Por fortuna, el accidentado no ha sufrido daños de consideración, aparte de unos rasguños en las manos y quedar dolorido el brazo y la pierna izquierda. Varios kilómetros más tarde, cuando el resplandor de la ya lejana dragalina es casi imperceptible, el teniente para el vehículo e indica al novato que se había caído poco antes, que se quede de vigilancia en ese punto.

—Chaval, si observas algo extraño, disparas al aire y vendremos rápidamente.

—A la orden de usted, mi teniente —responde casi tartamudeando, consciente que se queda solo de noche en pleno desierto.

Robert no entiende la función encomendada al novato. Un soldado solo, en medio del desierto, sin punto de referencia y nada que vigilar, le resulta de lo más absurdo, pero se guardará mucho de hacérselo saber al teniente. Al pobre chaval le esperan unas horas procelosas.

La patrulla efectúa un amplio círculo para regresar, pero haciéndolo más cerca de la mina. Estando ya cerca de Fosbucraa, unos relámpagos y chispazos sobresalen de la cadena de montañitas formadas por la tierra que la dragalina va depositando. A pesar de la lejanía de tres o cuatro kilómetros, se oyen claramente los fognazos.

—Mierda, ya ha empezado el follón —dice Tóful. Lo mismo piensan Robert y el resto de compañeros.

El teniente se dirige decididamente hacia el lugar. Cuando pasan al lado de donde se está construyendo la nueva dragalina, la Luna, aunque menguante, ¡por fin! ya ha salido por el horizonte y su suave luz permite a Robert apreciar que el paisaje daliniano sigue igual, sin atisbos de que nada haya cambiado. Parece ser que la construcción del nuevo monstruo mecánico sigue paralizada. Ya cerca del carromato, no se aprecia ruido alguno y todo parece tranquilo. Súbitamente, los focos de la dragalina vuelven a encenderse y, cuando el capitán habla con el cabo primero de la guardia del carromato o, mejor dicho, de la guardia de la dragalina, este le confirma que nada parece pasar y que todo se debe, probablemente, a alguna avería.

Efectivamente, minutos después, la gigantesca pala inicia nuevamente la extracción de tierra, evolucionando en la enorme zanja. La patrulla vuelve a alejarse de la mina en su misión de vigilancia. Pasa nuevamente por el destacamento, pero sin entrar, los seis Land Rover se paran frente a la entrada. Ha habido cambio de teniente y la patrulla inicia nuevamente el mismo recorrido, pero ahora la pequeña porción de luna acompaña al estrellado firmamento, lo suficiente para delatar cualquier trampa cercana que se les pueda interponer. Aunque no lo es para apreciar más allá de unos cien metros, por eso, no ven dos vehículos que circulan a unos trescientos metros en una trayectoria tangencial a la de ellos. Pero inesperadamente, uno de ellos enciende los faros un instante, delatándose ante la presencia de la patrulla militar. El teniente enciende los faros inmediatamente, siendo imitado por el resto de vehículos de la patrulla. Los dos Land Rover civiles, que ya se encuentran a menos de doscientos metros, reciben la luz de los doce faros. Como si su proyección les hubiese paralizado, paran inmediatamente. Mientras los seis vehículos militares se acercan y les rodean formando una media luna, los soldados ven que de ambos Land Rover cubiertos salen algo más de una decena de saharauis que se parapetan detrás de sus vehículos, los cuales llevan las dos bacas (portaequipajes sobre el techo) cargadas con grandes bultos. El teniente ordena a la tropa que quite el seguro del fusil —durante toda la noche la patrulla ha ido con bala en la recámara y el seguro puesto— y apunte hacia los sospechosos vehículos civiles que se encuentran a unos treinta metros, estando preparados para disparar a su orden. A continuación, pregunta con potente voz que adónde van a oscuras y por qué no llevan los faros encendidos. Robert nota unos pinchazos en el estómago. No sabe si los sorprendidos saharauis van armados, solamente uno de ellos enseña medio cuerpo, pero el resto permanecen escondidos tras sus vehículos. La situación es tensa y más que sospechosa, pues si iban a oscuras, desierto a través, cuando la carretera está a pocos kilómetros, es que no quieren delatar su presencia y esto no puede ser otra cosa que un comando de guerrilleros. La certeza de que está al borde, junto a sus compañeros, de un posible enfrentamiento armado, le crea un vértigo vital. Jamás había pensado que en su servicio militar se encontrase ante tal tesitura, pero la realidad es la que es y ahora aprieta con firmeza el fusil y roza el gatillo apuntando al frente, esperando la orden y dispuesto a disparar si así se lo ordenan. Por fin, después de unos segundos, que a muchos les ha parecido minutos, el que parece comandar el grupo saharauí responde con tono inseguro y fuerte acento:

—Es que apenas tenemos batería y ahorramos lo posible. —Y ¿adónde os dirigís y de dónde venís? —pregunta nuevamente el teniente.

—Venimos de El Aaiún y vamos a Guelta Zemmur.

—Pues la carretera sería lo más seguro y lo más recto.

—Es que al ir sin luces no queríamos ir por ella, además, la carretera acaba pocos kilómetros más adelante y después ya es pista...

—Me tomáis por tonto, eso ya lo sé... ¡venga! Encended las luces y dirigíos a la carretera si queréis seguir circulando y, si no, os quedáis aquí hasta que se haga de día.

Los saharauis entran en sus vehículos y, con los faros encendidos y con decisión, desvían su ruta tomando la dirección noreste que les lleva directamente hacia lo que queda de carretera asfaltada, que se encuentra no muy lejos. Tóful, como mecánico de coches, sabe que por la potencia de luz que proyectan

los faros nada les pasa a las baterías y que los generadores, sean dinamos o alternadores, cargan correctamente.

—Robert, no lo entiendo, les ha dejado ir, sin más. Está claro que el teniente se ha cagado.

—No sé si se ha cagado, pero mira, creo que ha sido la mejor solución para todos, pues, aunque nosotros éramos superiores en número, ellos no eran pocos y si iban armados, que no lo sabemos, algunos de nosotros podríamos haber caído muertos o heridos.

Ya son las cinco de la madrugada y apenas quedan dos horas para que despunte el alba. El teniente tiene órdenes de patrullar hasta entonces, por lo que continúan en dirección sur.

—Mi teniente —le dice Robert—, no deberíamos desviarnos tanto a la izquierda.

—¿Por qué, cabo, eres tú el guía de esta patrulla?

—Es que por aquí no encontraremos al soldado que el teniente Zayas ha dejado de centinela.

—¿Cómo? ¿Qué soldado, qué centinela? No me ha dicho nada.

—Hace unas horas lo dejó unos kilómetros más al sur.

—Joder, si que tienes orientación, chaval, ¿cómo lo haces?

—Muy fácil, el resplandor de los focos de la dragalina ya no se aprecia y, en el anterior paso, se distinguía. Nos estamos desviando mucho.

—Vale, muy observador, pasa adelante y tú, conductor, detrás.

Varios kilómetros después, el tarraconense ha acertado con exactitud de experto guía —aunque Robert piensa que ha sido más suerte que otra cosa— y observan un bulto agachado que la mísera luna delata. El novato, que lleva más de dos horas abandonado en el lugar, no ha podido soportar el miedo y está sollozando.

—Venga, chaval, tranquilízate, ya se acabó tu calvario, pero para otra ocasión piensa que aquí, tú solo, estás más seguro que con la patrulla. Nadie te podía ver en medio de la nada, el enemigo podía haber pasado por al lado sin advertir tu presencia, ¿de qué reemplazo eres?

—De abril del 74, mi teniente, de los que acabamos de llegar del BIR.

—Joder con Zayas —exclama contrariado el teniente, que ya ha captado que es un novato.

Al amanecer, la patrulla entra en el destacamento. La noche ha sido larga para todos. Ya con la luz del día se ha reducido notablemente la densidad de centinelas. Un desayuno de café con leche y galletas no neutraliza el hambre atrasada de los destemplados soldados. Robert, como todos los demás, a excepción de los que entran de guardia —estos tampoco han dormido en toda la noche—, tienen permiso para acostarse y dormir todo el día. Robert, con el estómago insatisfecho con el frugal desayuno, puede dormir, pero tiene pesadillas, sueña con los pinchos morunos de sabroso aspecto.

De entre mis recuerdos de Bucraa, están los días de calor. Estos no eran, ni mucho menos, continuos, pero cuando el pertinaz aire del norte dejaba de soplar, la temperatura sobrepasaba holgadamente los cuarenta grados. Si además se levantaba una brisa proveniente del interior, de las entrañas del desierto, entonces la columna de mercurio no se detenía en los cincuenta grados, pudiendo llegar a acercarse hasta los cincuenta y cinco. Esto último ocurrió cuando un día salimos un pelotón de patrulla a pie hasta el carramato de guardia de la dragalina. A causa de que se estaban produciendo movimiento armados por parte del Polisario y de que algunos de sus componentes o simpatizantes podían estar camuflados en estas agrupaciones de jaimas, se trataba de pasar cerca del frig de saharauis que había a medio camino y, así, dar muestra que el ejército estaba presente y en alerta. Era las diez de la mañana cuando salimos del destacamento y la temperatura ya alcanzaba los cuarenta grados. Nos alejamos prudentemente del frig, a cuenta de que el día anterior la otra patrulla había sido apedreada por parte de varios guayetes (niños saharauis) y, como teníamos orden de no dejarse achantar en caso de que se volviese a producir, decidimos, entre el cabo primero y los dos cabos, de que con fusiles no podíamos reprimir a unos niños, por lo que, prudentemente y sin dar parte de tal acción, nos desviamos un poco de la ruta a seguir. Después de dejar seco el caliente botijo que afamadamente intentaron defender los componentes de la guardia de la dragalina,

regresamos al destacamento. Los últimos cinco kilómetros fueron terribles, caminando por encima de los cincuenta grados, hinchándose los dedos de las manos y quemando el metal de nuestros fusiles. Para acabar de adobar debidamente nuestro estado, no pudimos beber agua hasta hora y media después de haber llegado, porque esta estaba racionada para las comidas y las cenas y, en la provisional miserable cantina, solamente tenían bebidas espirituosas o cervezas cercanas al punto de ebullición. Sí, el calor era incómodo y, según en qué condiciones (patrullas a pie o estancia en el «carromato de la dragalina»). Se hacía muy duro, pero redundo en que, según el mando de turno, la estancia en el destacamento era relajada y, en aquellos tres meses, el «Gran Capitán» Carellán, nos lo hizo muy fácil. Otra cosa era la intranquilidad de los vientos de conflicto que, entre el Frente Polisario, por una parte, y las amenazas marroquíes por otros, ocasionaba, pero esta circunstancia era propia en todo el territorio del Sáhara Español.

Creo que fue el dieciocho de julio en que fuimos relevados por la primera compañía, pasando la nuestra al cuartel de la costa. Coincidió en que los de abril del 1973 nos licenciábamos, entregando la ropa militar el mismo día y vistiéndonos de paisano con grandes muestras de júbilo. Al día siguiente nos fuimos casi todos a El Aaiún a celebrarlo y, al día siguiente, volvíamos a casa en el puente aéreo. Otros ya lo habían hecho el día antes.

De los hechos ocurridos a partir de finales de julio del 1974, hay relatos, ya narrados en páginas anteriores por Vicente Bonet Solaz y Manuel Borrego Rodríguez. Estos son coincidentes con comentarios de recuerdos del amigo y compañero Josep Badia Valls, del reemplazo de octubre del 73, con el que coincidí seis meses en el batallón. Badia era conductor y le tocó alguna que otra patrulla de vigilancia de la cinta de fosfatos; también el de aprovisionar a las guardias de las subestaciones. La vigilancia y protección de estas subestaciones, la efectuaban tres soldados y un cabo, sino en las diez u once que había (una cada diez kilómetros), sí en las más cercanas a Bucraa, o las más alejadas de la costa, según cómo lo miremos, que eran las más susceptibles de sufrir atentados por parte del Frente Polisario. A Badia le tocó en varias ocasiones el aprovisionamiento de víveres para estos puestos de vigilancia de las diferentes subestaciones, compuestos. Según me comentó, todos los componentes de una subestación podían pasar toda la noche de vigilancia en el exterior, en pozos de tirador en cada una de las esquinas. Esta situación de alerta era, al parecer, más normal en las primeras semanas, pero después se fue relajando, todo y que siempre existía la lógica y procelosa tensión en las frías noches saharianas, ante la posible acción de algún grupo guerrillero del Polisario, como así llegó a ocurrir en una subestación, en la que no había en aquellos momentos vigilancia. Las patrullas por la cinta de fosfatos, las vigilancias de las subestaciones, la protección de la planta de combustibles de Atlas en la costa, la de la mina y resto de instalaciones de Fosbucraa, sin olvidarnos de algunas patrullas hasta Guelta Zemmur por un lado, y hasta Cabo Bojador por el otro, ocasionaba una falta de efectivos, con lo que la tropa cabreriza, desde mediados del 74 hasta el finales del 75, estaba totalmente ocupada en estado de alerta, siempre con el armamento a punto. Fue un año y medio muy movido que nada tenía que ver con los que cumplían tranquilamente el servicio militar en la Península.

## 1975

Durante este último año, la posibilidad de que estallase un conflicto armado con Marruecos, creaba la lógica inquietud entre la tropa y los mandos. Hassan II no dejaba de presionar y amenazar a España, mientras el Frente Polisario continuaba con sus acciones aisladas.

Sobre este año, transcribo el relato del compañero Joaquín Espinar, alias “El Guagua de Cabrerizas”, llamado así por tener como destino ser conductor de la guagua que transportaba a oficiales y tropa del Batallón.

## RELATO DE JOAQUIN ESPINAR:

*«Antes que nada, quiero expresar mi agradecimiento a todos aquellos compañeros que con sus esfuerzo, sudor y lágrimas construyeron un precioso cuartel que, comparado con el campamento del BIR, era un hotel de 5 estrellas, lástima que por los problemas surgidos en la provincia 53, disfrutamos de tan poco tiempo de sus instalaciones. Pero a lo que vamos, voy a tratar de contar mis recuerdos en mi estancia en Cabrerizas.*

*Mi llegada al cuartel se produjo el 30 de junio de 1975, un par de semanas después de los de mi reemplazo, ello fue debido a que me tuve que quedar en el BIR para sacar los distintos carnets de conducir que me faltaban, digo que me faltaban porque cuando me incorporé a filas ya llevaba el Carnet de conducir de 1ª; eso fue debido a que procedo de una familia de transportistas y desde pequeño ya conducía camiones, obviamente dentro de las cocheras, cosa que hizo de mi mili muy diferente a lo normal, aun no estando enchufado, según he podido saber en los Encuentros de la Asociación Nacional de Veteranos del Sáhara, mi destino ya estaba fijado de antemano, pero sigamos con ese día... Recuerdo que llegamos después del desayuno de la tropa, éramos unos seis u ocho y, la tropa estaba formada para distribuir los quehaceres de ese día, nos acompañaba el sargento Moreno aunque de moreno no tenía nada, porque era pelirrojo como la panocha de una mazorca de maíz. Cuando vimos a esos tíos tan curtido de piel y algunos con esas barbas, que parecían de más edad de la que tenían y nos dijeron, aún delante de los oficiales y suboficiales, «recluta, esta noche os vamos a comer», a mí me entró el canguelo por todo el cuerpo, y eso que yo era un tipo como “Tóful”, el duro personaje del libro de “La Jaima del Saharaui”, escrito por Albert, quiero decir con ello, que no me amilanaba tan fácilmente.*

*Una vez pasado el mal trago, me llevaron a la plana mayor y me asignaron una cama; me acuerdo perfectamente que era en la fila de la izquierda, la 6ª litera de arriba según se entra. Después de colocar el petate, hacer la cama etc. me llevaron ver el vehículo que tenía asignado; era “la guagua” del cuartel, un autobús con capacidad para 45 personas, matricula ET 57368 y pintado de caqui, un color distinto a los demás vehículos que estaban allí. Me presentaron al conductor a quien iba a reemplazar, pues se licenciaba en Julio, creo recordar que se llamaba Vicente Cano, era de Valencia, menudito de complexión, y con bigotito y más serio que “el Viti” (un torero que citaba los toros en el juzgado) todo lo contrario que yo, pero debo decir que fue un gran compañero y me puso al tanto de mis obligaciones, que, además de conducir y barrer el autobús, era como en “Karate Kid” (dar cera, pulir y más cera).*



*Una vez hechas las presentaciones, el sargento Moreno me dijo que me presentara en el despacho del teniente coronel; la cosa empezó a mosquearme. Yo, un recluta “poronpompero”, el primer día y ya al despacho de la máxima autoridad del cuartel “yuyuyuyu” aquí pasa algo raro. Me presento ante él y después de las formalidades típicas del ejército, cuál fue mi sorpresa que me invita a sentarme, yo no salía de mi asombro, cuando me dijo muy educadamente, “Soldado, tú solo dependes de mí, no tienes que dar explicaciones a nadie que no sea yo, si tienes algún problema con la tropa, oficiales o suboficiales, me lo cuentas a mí y solo a mí.” Ante mi perplejidad, solo me salió “a sus órdenes, mi teniente coronel”. El hombre se dio cuenta que yo estaba más perdido “que un chivo en un bautizo” y me lo explicó con estas palabras; A ver muchacho, el autobús que vas a conducir tiene una capacidad limitada, el batallón está compuesto por unas 800 personas entre tropa y oficialía, a eso hay que agregarle las familias de la Oficialía que vive en una residencia en Cabeza de Playa, donde tendrás que salir a recogerlos antes del toque de diana. Luego, antes del almuerzo de la tropa, volverás a llevarlos a sus residencias para almorzar. Y al final de la jornada tienes que ir diariamente al Aaiún. Estacionarás en el parador y antes de la retreta debes estar en el cuartel, como*

*comprenderás y teniendo en cuenta que hay compañías destinadas en Bucraa, destacamento de Atlas, etc., en el cuartel sigue habiendo más personal de lo que “La Guagua” puede alojar, así que dispondrás de un listado de los afortunados que les toque, incluido tropa y oficiales, o sea, que serás una especie de furriel del autobús, también tienes que tener en cuenta que no todos los que estén en ese listado quieran necesariamente ir a la capital, entonces eres tú el que puedes elegir entre los que sin tocarle, pueden viajar hasta completar el aforo, por ello es por lo que si tienes problemas, debes comunicármelo a mí ¿queda claro? Solo pude decir que sí, y me despidió amablemente.*

*Cuando salí de allí me sentí como si hubiese recibido una transfusión “de pan rallado”; rebajado de todo servicio y con un solo cometido y, además, con un poquito de mando; «que la fuerza me acompañe», pensé. Me fui directamente donde estaba “La Guagua” y allí estaba esperándome mi compañero, dispuestos para entrar en el comedor los dos solos, para luego poner el autobús en el patio de armas y recoger a la oficialía para llevarlos a sus residencias donde ellos comían, pues había un comedor allí.*

*Mientras ellos daban buena cuenta del buen menú que allí le servían, nada que ver con el que teníamos en el cuartel, aunque este estaba bastante bien, mi compañero y yo esperábamos hasta las 17:00 horas. Pues los teníamos que llevar de vuelta al cuartel. Le comenté a mi compañero lo acontecido en la oficina del Tte. Coronel, y le pregunté si a él le habían dicho lo mismo cuando se hizo cargo del autobús, a lo que me respondió que no; que él solo se regía por lo que hacía el anterior y primer conductor, un tal Antoñianza, ya licenciado.*

*Ya mi confusión fue supina, pero mi compañero me dijo que posiblemente eso fuese debido a la situación que estábamos viviendo en esas fechas.*

*Una vez de regreso al cuartel, empezamos a prepararnos para ir al Aaiún, La Guagua salía a las 18:00 h. desde el patio de armas, allí se subieron en ella hasta completar el aforo, esta vez mi compañero me dijo que la condujese yo para habituarme a ella, lo primero que noté es que al igual que le sucedía a mi compañero, los cambios de marchas chirriaban más que “un galápago en un baño de latón”. Llegamos al parador y el personal se disolvió rápidamente, no sin antes advertirles que a las 20:00 h. salíamos de regreso al cuartel. La Guagua tenía llaves en las puertas, por lo que no era necesario quedarnos dentro, personalmente, yo me fui a dar una vuelta, eso sí, estaba prohibido ir solo, teníamos que ir como mínimo en parejas y además, armados con los Machetes, pues no estaba el horno para bollos. Días después me asignaron una pistola Super-Star de 9mm, que me acompañó durante toda mi estancia en el Sáhara.*

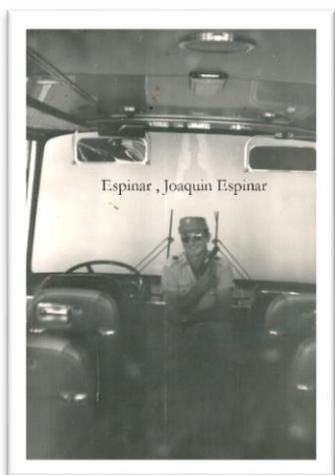
*A las 20:00 h. ya estábamos acomodando al personal para regresar al cuartel tal como se nos había encomendado, recorrimos los casi 30 kilómetros de distancia desde El Aaiún hasta Cabrerizas, no sin antes desembarcar a la oficialía en sus residencias, llegamos unos minutos antes de la retreta.*

*En la primera noche no se me olvidaba lo dicho por los más veteranos cuando llegué al cuartel por primera vez, eso de «recluta esta noche os vamos a comer», hizo que tuviese la mosca detrás de la oreja durante todo el día, pues además averigüé que a los reclutas que llegaban nuevos era normal darle la “pastilla”. Tanteando en qué consistía eso de la “pastilla”, pues yo creía en mi ignorancia que nos iban a envenenar o algo parecido, resultó que se trataba de bromas a los principiantes, así que eso me tranquilizó un poco. Llegó la noche en y oímos el toque de silencio, todo “quisqui” en su cama y yo con los ojos como platos, de pronto empiezan a levantarse algunos, «joder ya están aquí los “pastilleros”», pensé. Se arma un revuelo en la compañía, nos dicen «reclutas a formar», que no éramos otros que los que habíamos llegado ese mismo día al cuartel — obviamente estábamos todos en calzoncillos—. Un cabo primero dijo «todos en pelotas», cosa que hice sin ningún problema, también los demás, total, tarde o temprano y viendo las duchas colectivas, era como si estuviéramos en un vestuario de fútbol. Lo que me chocó fue cuando un cabo primero dijo «a cubrirse con el codo», ya empezamos, pensé, y a eso no estaba muy dispuesto, y le dije al cabo: «vale, pero yo me pongo el último», el cabo me dice «¡pero ¿cómo te atreves recluta? ¡Ahora tú te vas a pones el primero!» Empecé a recular hasta mi litera, él me siguió insistiendo, yo ya estaba en el cabecero de mi litera, él empezando a entrar en el pasillo a principio de la litera, vuelve a insistir, «¡si no te pones el primero, vas a dormir mojado!» Yo le contesto: «bueno, como*

quiera, mi primero ¡pero yo no me pongo el primero ni de coña!». Él empezó a adentrarse por el pasillo con la intención de cogermé y llevarme donde él quería, yo le digo, «por su bien, mi primero, quédese donde está», he de decir que en la esquina de mi litera estaba colgado el petate y una cantimplora llena de agua, el cabo intentó dar un paso más y yo le arree un puñetazo al montante vertical de la litera, dando de lleno en la cantimplora, el montante de la cama se dobló y la litera de abajo se cayó al suelo, cuando todos vieron el destrozo, se acabaron las “pastillas” de ese tipo para “El Guagua”, el cabo se hizo más amigo mío “que un ruchito (asno pequeño) con los dientes de plástico”, cierto es que me mojaron la cama varias veces, me hicieron la petaca, el candado etc. cosa que acepté de buen grado.

Antes del toque de diana comenzaba un nuevo día, y otro y otro y entre penas y fatiguitas ligábamos las poquitas alegrías.

No sé el porqué, pero caí en gracia tanto a la tropa como a los oficiales, quizás fuese porque era muy chistoso o porque o te llevabas bien conmigo o solo viajarías a la capital cuando te tocase, y en eso entraba “to Dios”.



Entre una de las anécdotas, recuerdo que un día de siroco me encontré con el Sargento Navaja en el patio de armas, este hombre tenía fama de ser muy duro, era un sargento chusquero como se denominaba a los que se reenganchaban; el hombre era muy delgado, al verlo le dije “mi sargento, hoy va a tener usted que llenarse los bolsillos de piedras”, me dijo todo tipo de improperios, pero a su vez se descojonaba de risa, «serás cabrón, guagua, te vas a pasar toda la mili en pavera», yo le contesté «entonces ¿cómo se las vas a aviar para ir a la capital?», él me contestó «tú no tienes remedio, anda, vete donde Dios perdió el bolígrafo», luego me mandaba al economato militar del Aaiún a comprarle algunos alimentos y bebidas entre otras cosas, no solo a él, también, más de una vez acompañaba a las mujeres de los mandos a

hacer las compras.

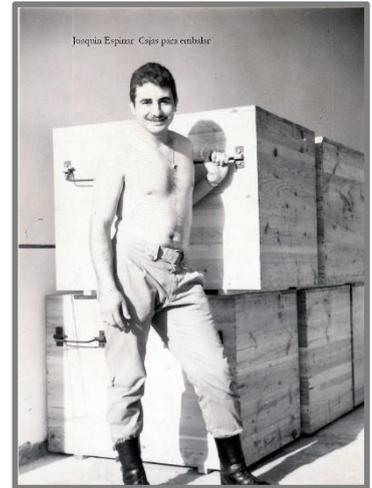
No tardó mucho tiempo en que las oficialías me dijeron «guagua, ¿por qué no coméis con nosotros en el comedor de oficiales en Cabeza de Playa?» a lo que accedí con mucho gusto, un paso más para no tener que pedir nada a mi casa, pues allí comía lo que en mi vida me había podido permitir. Bogavantes, langostas, ternera de Ávila, etc. nada que ver con el rancho del cuartel, aunque tampoco estaba nada mal, y gratis. Mientras dábamos cuentas de lo servido, yo les contaba chistes, recuerdo uno de ellos que fue espectacular, decía así: «Una señorita que hablaba con su novio por teléfono y le decía: creí que me amabas y no me amas, te detesto, eres un ingrato, mientras, la sirvienta lo había escuchado todo, y se dijo; ahora llamo a mi novio y le digo lo mismo para que vea que soy muy culta. La sirvienta llama al novio y le dice: creí que mamabas y no mamas, te desteto, eres un gato». El que estaba bebiendo, el líquido, le salía por la nariz, el que comía espurreaba la comida a la vez que tosía, pusieron la mesa como si hubiesen tomado el sol con un colador, todos descojonados y mandándome a callar.

Un día me mandaron al BIR a recoger a los nuevos reclutas destinados a Cabrerizas, y entre ellos estaba “la famosa Socorro”, pañuelo de lágrimas de muchos que no sabían ni coger un zancajo en un calcetín. Algunos me preguntaron que cómo era el cuartel y si lo de las pastillas que habían oído en el BIR era verdad, yo les conté mi experiencia, omitiendo la desagradable escena que me tocó vivir con el cabo, pues después de aquello nunca se volvió a repetir, yo les propuse que, por qué no hacíamos una colecta para tomarnos algo ese día, el primero que puso 50 pts. fui yo para animar al personal, algunos pusieron algo, otros no, también algunos veteranos, sobre todo de la plana Mayor contribuyeron, y con ese dinero



recogido compramos Coca-Cola y Ginebra, obviamente más Ginebra que Coca-Cola; nos buscamos garrafas de 16 litros e hicimos el aliño en cuatro garrafones; éramos en total unos cuarenta entre reclutas y veteranos. Por la tarde antes de la salida al Aaiún en la nave de sub-ayudantía, hicimos el guateque, con unas cañas de escobón, dimos cuenta de los cuatro recipientes. La borrachera fue épica. Ese día el autobús lo condujo por última vez mi compañero, pues normalmente lo llevaba yo y no es por ponerme faroles, pero como dije antes, desde pequeño estaba conduciendo los camiones de mi familia, y sabía que para que no rascaran las marchas había que hacer doble embrague, cosa que ignoraba mi antecesor.

Una vez licenciado mi compi, empezaron a salir interesados (yo los llamaba “novios”) al cargo para ocupar su lugar, durante un tiempo tuve varios, algunos mejores que otros, pero el teniente coronel no se pronunciaba al respecto, así que por segunda vez fui a su despacho y le expliqué lo que he dicho anteriormente “los de los “novios” para el cargo”. Le pregunté si iba a tener un sustituto, y él me dijo que cuando llegaran los conductores del reemplazo de julio, eligiera a uno. Antes de salir de su despacho, me dijo que a partir de ahora las cosas iban a cambiar bastante y que tendría que hacer más viajes de lo normal, que tenía que tener en cuenta que el único autobús militar era el de Cabrerizas, al principio no lo comprendí, pero sí noté que llegaban camiones cargados con cajas cuadradas muy grandes de madera, muchas cajas. De vez en cuando me mandaban al Aaiún al cuartel General, donde recogía a los más altos mandos de los distintos cuarteles, el destino era el cuartel de la legión en Sidi Buya, allí había un movimiento frenético, camiones, tanquetas, baterías antiaéreas etc., soldados, tanto pistolas como lejías, corriendo de un sitio para otro, fue allí donde comprendí la gravedad de la situación.



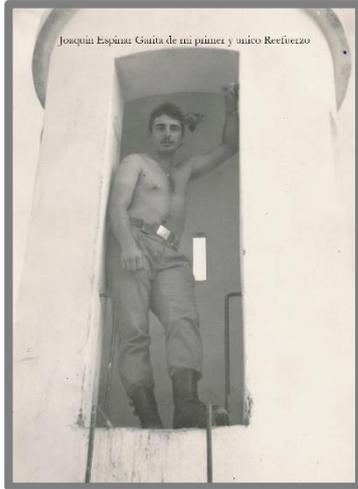
Cuando llegaron los conductores de julio, tal como me dijo el teniente coronel, escogí a uno, de carácter muy parecido a mí, otro cachondo mental. Se llamaba Julio Jiménez Melero, de Martos, Jaén, más bruto que un remolino de guijarros, pero con mucho arte. Después de la mili fui a verlo y nos encontramos de nuevo, pero ya no volví a saber nada de él, ¡cuánto me gustaría reencontrarme de nuevo! Pues no los pasábamos pipa los dos, siempre de cachondeo.

Al hilo de esto, y en unos de los desplazamientos al tercer tercio Juan de Austria, y esperando a que terminase la reunión de los mandos, había en la zona de descarga de camiones, una góndola con dos tanques MX30, esos vehículos solo lo conducían oficiales, es este caso un capitán de complemento. Desde la distancia vi que era incapaz de realizar la maniobra, le digo a mi compi «anda que no es torpe el chófer, eso lo meto yo ahí en dos maniobras». A los dos minutos veo que mi compañero se acerca a la cabina del camión, se sube al estribo y se pone a hablar con su conductor señalando La Guagua, el conductor se baja y se dirige hacia mi posición, y veo que era un capitán, yo temblaba más que el guardabarros de un tractor. Se dirige hacia mí y me manda bajar, una vez abajo yo me estaba acordando de toda la familia de mi compañero, el capitán me dice «súbete al camión y lo metes de dos maniobras, o te vas a tirar el resto de la mili arrestado». Vaya si lo hice, una vez terminada la maniobra, me veo a mi compañero abrazándose con el capitán, me reuní con ellos y me pidió mi carnet de conducir, acto seguido rellenó en el espacio en blanco, el apto para transportes especiales y lo firmó, resulta que el capitán y mi compañero eran conocidos del mismo pueblo, valiente pastilla me dio el recluta.



Se me viene a la memoria, un día que me quise tatuar el nombre de mi novia, tenía una peonza de los mil demonios, por mucho que preguntaba nadie sabía de nadie, pero me dijeron como habían visto hacerlo, así que decidir hacérmelo yo solo, cogí un palillo de dientes y tres agujas, y con hilo de coser, puse los alfileres en el palillo de dientes, como me

habían indicado, una punta más larga y las demás formando una especie de escalera con respecto a la primera, todo ello bien liado al palillo. Preparé un bote de tinta china azul marca “Pelikan”, eché un poquito en el tapón del bote de la tinta, un compañero, por cierto, no muy dado a saber escribir bien, con un bolígrafo me puso el nombre de mi novia, Conchita, y vaya si lo puso bien, cada letra era distinta, pero yo con la “papalina” me daba igual, y empecé a rascarme la piel mirándome con un espejo para ver por dónde iban los trazos, y venga chupitos de whisky, cuando terminé, aquello estaba más mal hecho que la cama de una loca, cada letra de una forma, un desastre, pero aquí sigue todavía.



La verdad es que debido a que, al estar rebajado de todo servicio, mi estancia en Cabrerizas fue muy cómoda, tenía mucho tiempo libre que dedicaba a escribir a la familia, limpiar el vehículo asignado etc. una estancia más bien monótona, aunque con mi hiperactividad innata, siempre buscaba algo fuera de lo corriente, como el día que le pedí al oficial de guardia que me permitiera hacer un refuerzo; el oficial se negó rotundamente diciéndome Guagua, «¿cómo te voy a dejar hacer un servicio de esas características? Si yo sé que la vas a liar». He de aclarar que las cosas ya estaban chungas por aquellas fechas, pero al final lo convencí. Me pusieron en el primer refuerzo, no se atrevió a darme el 3º, yo, todo ilusionado me subí a la garita asignada, creo recordar que fue la última de la esquina derecha según se entra al cuartel, me proveí de una novela de Estefanía y mi arma reglamentaria, la garita tenía encima un foco que mediante una especie de volante lo podías dirigir 180 grados. El tiempo pasaba y yo leía la novela mirando de vez en cuando el horizonte, en un momento dado, vi una cosa blanca que no había visto antes, encendí el foco y tal como la vi aparecer, desapareció, no le di más importancia, pero al cabo de un rato, otra vez apareció, y vuelta a lo mismo, foco encendido y vuelta a desaparecer, así hasta tres o cuatro veces; yo estaba más mosqueado que un pavo cuando escucha una pandereta, y sin pensármelo dos veces, me lie a pegarle tiros y se formó el taco, patrullas, retenes etc. salieron del cuartel a toda ostia, el oficial de guardia se acerca a la garita preguntándome qué ha pasado, yo le expliqué lo acontecido, un cuarto de hora después ya me habían relevado por cumplir con el tiempo establecido, me interesé por lo sucedido y por lo que había pasado, el oficial me miraba con ojos burlones y me dice: «Mira que yo sabía que la liabas, pero esta vez lo has hecho de puta madre y encima has demostrado ser un buen tirador». Yo no salía de mi asombro y le pedí que me explicase lo que sucedió realmente, como anteriormente dije, yo comía junto a oficiales y suboficiales en el comedor de Cabeza de Playa, por lo que me tenían en gran estima, e incluso a veces, a solas, me permitían un trato no militar, el oficial en cuestión me dijo lo que había pasado durante mi refuerzo, según parece a unos cientos de metros del cuartel había una alambrada, un saco de plástico de fosfato vacío, con el viento se pegó a la alambrada, y bajaba y subía según el viento, dando la casualidad de que se sincronizó con el foco de la garita, al recoger el plástico, tenía más agujeros que el trapo de un afilador.

Una de las veces que bajé al Aaiún con la tropa llevaba, además, a las mujeres de la oficialía, a las cuales sus respectivos maridos me mandaban a acompañarlas al economato militar para ayudarlas y meter las viandas en el autobús, dentro de una trampilla que tenía el autobús en la parte de atrás, dicho sea de paso, un buen lugar para el escaqueo, mientras ellos se reunían en el parador a tomarse unas copas. A lo que íbamos, ese día, después del tiempo de paseo, cuando llegó la hora de regresar al cuartel, como siempre, esperé a que estuvieran todos los que habían venido desde Cabrerizas, cuadrándome las cuentas. Llegamos a nuestro destino, pasamos la retreta y sobre las 23:30 de la noche me mandan a llamar desde el cuerpo de guardia, me estaba esperando un capitán, con más mala cara que un chino con fatiga y me metió en pavera sin más explicaciones, al día siguiente, otra vez a la oficina del teniente coronel, yo no sabía por dónde venían los tiros, el capitán en cuestión, se dirigía al Tte. Coronel diciéndole que yo había dejado el día anterior a su mujer en la capital sola y que tuvo que coger un taxi para llegar a su casa, yo

no salía de mi asombro, pues tanto mi compañero como yo habíamos repasado, como siempre, que estuviesen todos los que habíamos traído, de hecho teníamos un listado que apuntábamos sus nombres al subir al autobús, eso nos servía de referencia para el regreso. Pues bien, el Tte. Coronel me dijo que eso era muy grave, dejar sola a la mujer de un oficial y en los tiempos que corrían, creo que era por agosto. Yo interpele a mi inocencia enseñándole el listado, y alegué que su mujer no se encontraba en él, y que yo no sabía nada al respecto, pues no era el primer caso en el que me encontraba tanto a soldados de tropa como oficiales y suboficiales y a sus respectivas mujeres, bien por la calle o en el economato, y que habían llegado al Aaiún, por otros medios, que querían que los llevase de vuelta al batallón. Entonces, yo los apuntaba en la lista y esperaba su presencia, que, a veces tenían que ir de pie, pues los asientos estaban ocupados, pero ese no fue el caso, ni yo había visto a la mujer del capitán, ni me la encontré en ningún sitio, así se lo hice constar al Tte. Coronel, enseñándole el listado. A la vista de los hechos, el Tte. Coronel instó al Capitán a que se aclarase el asunto a la voz de “ya”. Por el teléfono del mismo despacho, llamó a su señora y le preguntó cómo fue al Aaiún y si se había comunicado conmigo para el regreso, la mujer le dijo la llevó una amiga de la Cía. de Mar y que, efectivamente, ni me vio ni comunicó que pensaba subir en el autobús, que ella ni siquiera sabía la hora de partida del cuartel. La cara del Capitán era un poema, se dirigió al Tte. Coronel y le explicó lo que había hablado con su mujer, luego se dirigió a mí y me pidió perdón por arrestarme. El Tte. Coronel me instó a que yo tenía algo que decir, y cómo podía reparar el daño causado, a lo que yo le dije, a los dos, que no tenía la mayor importancia, quedando todo en un mal entendido. Días después, el Capitán, cuando estábamos en el comedor se levantó e hicieron un brindis por mí, me sentí tan halagado que no cabía en el pellejo, y cómo no, empecé con los chistes.

No me acuerdo si era septiembre u octubre, una de las veces que fui a llevar a los mandos a Sidi Buya. Esperando a que se montaran en la guagua, pasaban por la calle principal de El Aaiún, varios Land Rover llenos de saharauis agitando banderas, eran los de la facción llamada “los del PUNS”, contrarios al “Polisario”, gritando ¡Viva España! Había otros vehículos también con los del “Polisario”, diciendo todo lo contrario, observé que nuestros militares hacían caso omiso a esas manifestaciones, pero con mucha cautela. Cuando salimos del cuartel del tercio Juan de Austria III, de la Legión, entre los mandos se decían que iba a venir su Majestad el Rey Juan Carlos I. Y que en el mismo cuartel iba a ver una especie de concierto, con la actuación de Rosa Morena, en aquellos tiempos todo un sex symbol, también Peret, Karina y otros, todo ello para levantar el ánimo al personal. Yo mismo asistí al acto, e incluso mi Guagua sirvió de camerino improvisado, desde donde salió Rosa Morena para su actuación, allí todos gritando ¡Guapa!, e incluso se bajó del escenario y repartió besos a diestro y siniestro, a mí no me tocó nada, sólo verla de cerca.

Después de aquello empezó la marcha verde, era un desenfreno, todo el mundo corriendo, algunos en Cabrerizas llenando las cajas de madera con los enseres del cuartel, refuerzos fuera de lo normal a igual que patrullas, retenes etc.

Un día tuve que ir a Atlas a llevar la comida a la guardia, recuerdo que iba un Land Rover corto abriendo camino, otro largo con las perolas y un tercero equipado con un cañón sin retroceso cerrando la comitiva; se oyó un zumbido, desde la parte izquierda nos habían lanzado con el mortero un pepino, gracias que no explotó, los que iban en el del cañón sin retroceso, empezaron a disparar en la dirección de donde vino el zumbido. Cuando nos bajamos, vimos un mortero de tropas nómadas robado por el frente “Polisario”, pero allí no había nadie, seguimos nuestra ruta y entregamos la comida a su destino.

Un buen recuerdo que me viene a la memoria y que parece ser muy comentado en el cuartel, fue el 27 de octubre, día de mi cumpleaños, en el que mis compañeros más allegados, sin que yo lo supiese, me citaron. Cuando llegué, no me acuerdo dónde era el sitio, me tenían la grata sorpresa de una tarta que habían hecho los cocineros para celebrar mi cumple, aquello desbordó mis emociones, más de una lágrima se desbordó de mis ojos, después de las felicitaciones, dimos buena cuenta de la tarta regada con abundantes bebidas, tal fue la tajá que cogimos, que en la enfermería se acabó el Benadon.

Otro día llegaron al cuartel unos presos marroquíes capturados, no sé si por compañeros cabrerizos o de otro cuerpo, pero sí que los teníamos presos en nuestro cuartel. Aunque no tardaron mucho en llevarlos a otra zona. No supe nada más de ellos.

En el cuartel todo estaba listo y preparado para su desalojo, no había ya literas, todos los enseres metidos en cajas de madera y cargados en los camiones y dispuestos en el patio de armas, tanto es así que esa noche dormimos en el suelo de la compañía, ya no había marcha atrás. Era diciembre de 1975 y nuestro batallón a primera hora de la mañana, se mandó a formar en el patio de armas, allí estaban preparados los vehículos que compondría el convoy hacia Villa Cisneros, donde embarcaríamos hacia diferentes



destinos, para algunos incierto. Mi Guagua estaba cargada, aparte de las pertenencias mías, de mi compañero y de otros, albergaba en el suelo unas chapas de metal como las que llevaban las tanquetas en la parte frontal, pero estas eran más largas. Después supe que habían hecho apuestas a que la Guagua no llegaría a su destino, nada más lejos de la realidad, llegó sin atascarse ni una sola vez, no pasó lo mismo con otros vehículos, que hubo que sacarlos de los ríos de arena. Durante el trayecto, tuvimos que hacer noche, se montó un

improvisado campamento, para pernoctar, yo era afortunado, tenía la guagua como cobijo, también allí albergamos a algunos más, entre ellos la Socorro, que decía que tenía mucho miedo. Al día siguiente llegamos a nuestro destino y prontamente empezó el embarque. Allí estaba esperando "El Plus Ultra" donde se procedió al citado embarque; primero los vehículos y después el personal, pero hubo un problema, los operarios de las grúas del barco dijeron que la guagua no cabía en la bodega del barco. Así pues, me ordenaron quedarme en el IV tercio de la legión, Alejandro Farnesio. El Tte. coronel fue el que me comunicó la decisión, así que me veía solo con mi compañero, esperando al buque de la armada L13 Conde de Venadito. Yo le interpele a mi Tte. coronel que por los motivos de alarma no había recibido giros bancarios ni nada, o sea, que estaba más pelao que el chichi de una muñeca. Después de hartarse de reír me dio 500 Ptas. y me dijo unas últimas palabras, pues nunca más volví a saber de él. Las palabras eran "Guagua no cambies nunca, ha sido un placer tenerte bajo mis órdenes y has rebasado mis expectativas hacia ti, chaval" y me estrechó la mano. Aun le sigo debiendo las 500 ptas.



Unas semanas después me despedí de mi Sáhara con rumbo a Las Palmas. El viaje duró tres días, donde eché hasta la tarta de la primera comunión. Cuando llegué al destino, estuve de transeúnte en Lomas coloradas y, sin pedirlo, me mandaron a casita de permiso. Llegué a Sevilla con el traje de faena, estuve por allí hasta febrero, y luego regresé a mi destino final; La isla de la Palma, donde me cogió el carnaval, donde era costumbre tirar polvos de talco, cuando vi aquello, me dije: «joder me reciben con un siroco blanco». Menos mal que había un túnel cerca del cuartel que me sirvió para cambiarme de ropa, pero eso ya es otra historia. A pesar de los diferentes destinos, yo siempre seré y me sentiré un Cabrerizo.



**Nota:** no he creído conveniente dar nombre de los oficiales y suboficiales, excepto los que sé que son sobradamente conocidos».

En este relato del compañero Joaquín Espinar, alias “el Guagua”, con su buena dosis de jocosidad, la cual rebaja dramatismo en aquellas procelosas fechas del 1975, puede apreciarse, para los que allí estuvimos, qué diferente era el servicio militar para cada soldado según el destino. El suyo tuvo sus privilegios y, también, su responsabilidad. He advertido lo mucho que había cambiado en un año lo de las clásicas “pastillas” a los “nuevos”, a los recién llegado del BIR. En el 1973 y principios del 74, no estaban implantadas, por lo menos yo no las conocí, pero al parecer, después de haberme licenciado, sí ocurrían, igual como tradicionalmente pasaba en la mayoría de cuarteles del Ejército. Personalmente jamás les encontré la gracia. Recuerdo que cuando llegaron al destacamento de Cabrerizas los del reemplazo abril del 74 (un años después que el mío), hubo algún intento de mortificarles por parte de un grupo del reemplazo de octubre, pero los veteranos que estábamos a punto de licenciarnos, se lo impedimos.

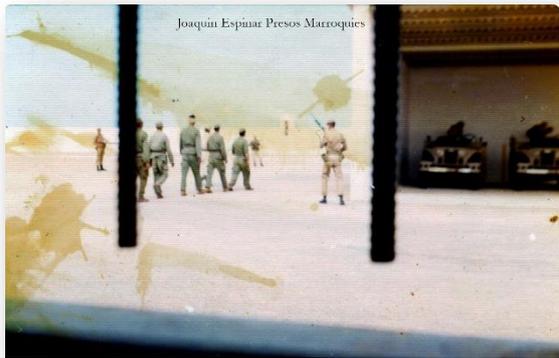
### **PRISIONEROS MARROQUÍES EN CABRERIZAS. -**

Los compañeros Joaquín Espinar y Damián Tapia Barroso me comentaron la llegada de prisioneros marroquíes al Batallón para ser custodiados. Sobre este hecho, transcribo el relato del teniente general Gerardo Mariñas Romero, de su artículo «Guerra en el Desierto»:

*«El día 8 de junio del 1975, la 11ª Compañía del Batallón Meharista de las Fuerzas Armadas Reales marroquíes, al mando del capitán Abua Chej Uld Saalec, creyendo que el puesto de Mahbes ha sido abandonado por las fuerzas españolas, intenta apoderarse de él. En el puesto se encuentra una sección de europeos de la Agrupación de Tropas Nómadas y otra del regimiento de Infantería expedicionario de Canarias, que impiden la ocupación del puesto, pero quedan cercados. Interviene rápidamente la aviación propia, sin bombardear. Son lo T-6 que sobrevuelan la zona y mantienen al atacante inmovilizado. Al poco tiempo, una sección de fusiles de la Compañía 7/X del 4º Tercio de la Legión, al mando del Teniente Sánchez Rodríguez, que se encontraba de guarnición en el puesto y que de madrugada había salido de descubierta, regresa a Mahbes y rodea a su vez a los marroquíes, que se rinden sin disparar un solo tiro. Son cogidos prisioneros el capitán, tres ayudantes, cinco sargentos primeros, once sargentos, cinco cabos primeros, once cabos y dieciséis soldados, con su armamento, munición, equipos, materia y vehículo. Entre el armamento, un SAM-7».*

No dispongo de datos fiables que me permitan saber cómo fueron repartidos los prisioneros. Posiblemente algunos fueron confinados en el cuartel del Tercio en Sidi Buya y, el resto, en el Batallón de Cabrerizas. En aquellos días, en el cuartel estaba la 1ª Compañía y la de la Plana Mayor. La 2ª Cía. se encontraba en el destacamento de Bucraa, cumpliendo con el habitual relevo trimestral. Se hizo cargo de la vigilancia de los prisioneros la 1ª Cía. Los prisioneros quedaron encerrados en una nave (¿). Un día intentaron escapar por el techo, siendo descubiertos por la guardia. El compañero cabrerizo Damián Tapia Barroso me explica, como testigo excepcional del hecho, que mientras varios soldados armados rodeaban la nave, el teniente Otero, que estaba de servicio, cogió al mando marroquí (supongo que un oficial) por el pescuezo diciéndole vehemente: «¡Antes que me busques la ruina, te ahogo!»

Después de tantos años pasados, puede ser que las palabras textuales no fuesen exactas, pero ese era el sentido. Después de unos diez días de permanecer en Cabrerizas, los prisioneros fueron recogidos por la Legión. Adjunto la foto de la factura de compra de comida para los prisioneros, proporcionada por el compañero José Luis Ortiz del Ordi.



Juan Alarcón, del mismo reemplazo que Joaquín Espinar, es otro importante testimonio sobre los últimos meses de Cabrerizas. Me ha pasado una información, la cual doy fielmente forma para adaptarla como relato suyo, pues, a fin de cuentas, son sus directas vivencias.

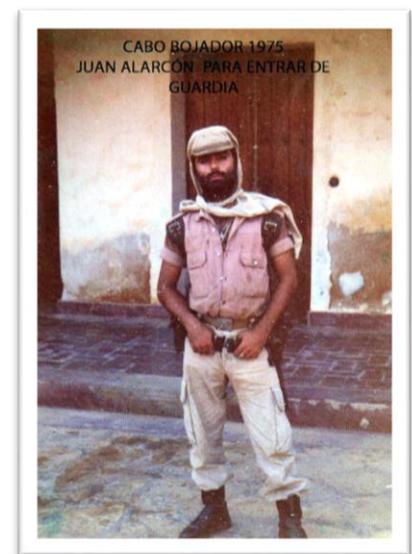
### **RELATO DE JUAN ALARCÓN JIMÉNEZ:**

*«El 8 de junio del 1975 hice la Jura de Bandera en el BIR. Llegué al Batallón de Cabrerizas al día siguiente, siendo encuadrado en la 1ª Compañía, 1ª sección, 1º pelotón, 1ª escuadra de fusileros, vamos, todo en “primera”. En este mismo día, llegan compañeros cabrerizos que habías estado agregados a la ATN, patrullando con ellos, porque en esas fechas el “ambiente” estaba muy revuelto y tenso, debido a las actividades del Frente Polisario y las amenazas e incursiones marroquíes. Estos compañeros, una noche fueron tiroteados en el ejercicio de su misión. Por suerte no hubo bajas.*

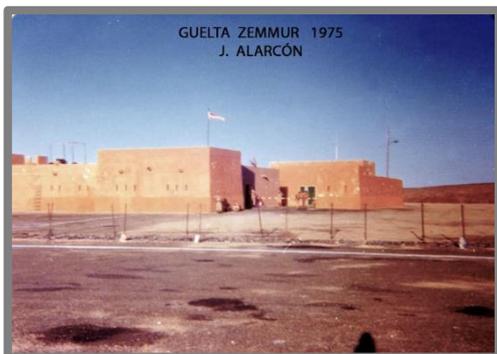
*Esa misma noche, durante la retreta, llegaron al cuartel, custodiados por legionarios, el grupo marroquí apresado en Mabhes. Fueron instalados y encerrados en unas dependencias cerca de la cocina, quedando bajo la responsabilidad de nuestro Batallón. Se nombró un grupo específico para su vigilancia, los cuales tenían rodeado el recinto donde estaban encerrados. Los de esta guardia especial tenían el fusil cetme cargado y con bayoneta calada. Igualmente, por aquellas fechas, el servicio de cuartelero y el de imaginaria se hacía con fusil y cargador puesto.*

*El 29 de junio, sábado, me mandan con otros compañeros a cargar cemento con pala a Cabeza de Playa; al rato vienen a buscarme y me llevan nuevamente al cuartel y, sin lavarme, porque el agua estaba cortada, y sin comer, aunque era hora para ello, me mandan inmediatamente a Cabo Bojador. Allí nuestra misión era vigilar el faro y montar controles en la carretera de Villa Cisneros. Estos controles eran aleatorios. Cada 15 ó 20 días nos llegaba un convoy con víveres, más lo que se podía pescar, porque algunas veces el avituallamiento era escaso. La correspondencia nos llegaba con una avioneta. En algunas ocasiones se extremaba más la vigilancia; supongo que serían órdenes de arriba que eran los que tenían la información de lo que verdaderamente ocurría, pues a la tropa siempre nos tenían en ascuas.*

*Allí, en Bojador, cuatro aspirantes a cabo, sin haber dado clases, hacemos el examen para cabo en la única mesa con la que contaba la cantina, que era minúscula, eso sí, las preguntas nos las dijeron los veteranos y el teniente que estaba con nosotros tomando un vaso de vino. Estuvimos en Cabo Bojador hasta el 5 o 6 de Septiembre, regresando al cuartel, pero a continuación nos envían al destacamento de Bucraa, porque la 1ª Cía. está allí.*



*En Bucraa, una mañana empezó a llovernos saltamontes, fue poco antes de salir de escolta del capitán para ir al cuartel, pues relevaban al teniente. El 30 de septiembre salí con un grupo hacia Guelta*



*Zemmur, cerca de Mauritania, a relevar a otros compañeros que estaban allí desde hacía dos semanas. El camino lo hicimos acompañados de un guía porque a partir de Bucraa la carretera no existía, era pista de tierra y arena y, a veces, el camino era confuso. En Guelta, no recuerdo si habían pasado varios días, colocaron un explosivo en un bidón donde se echaban las botellas.*

*Un día fuimos con el teniente y un sargento nativo a buscar puntas de flecha de sílex; ese día tomamos té en una haima y presencié la circuncisión a un niño con una cuchilla y un palo, y luego le pusieron una cataplasma. Las medidas higiénicas inexistentes y con un calor de 55 grados. Como estábamos en pleno Ramadán, el teniente compró carne de camello para hacer pinchitos. Un compañero se puso "pintón" con la sangría y yo, que iba ejerciendo de cabo sin galones, porque la orden salió el día 30, cubrí el puesto sin que lo supiera el teniente, que era un poco cabroncete y lo podía haber inflado a hostias.*

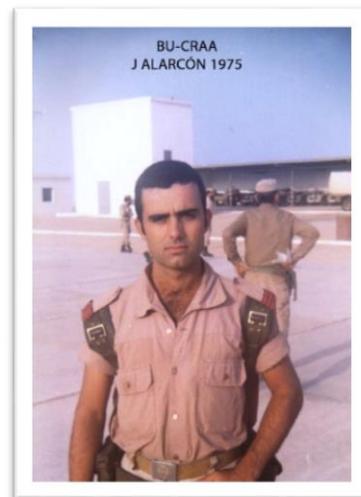
*Nos llevaban la correspondencia y el pan de semana en semana en helicóptero. Nos tocaba a medio chusco en cada comida, el primero que te comías bien, pero los otros trozos ya eran duros como piedras. El agua que se bebía era el de la charca existente.*

*En aquella época Guelta Zemmur era un punto caliente, sobre todo por el Polisario. Siempre he pensado que si nos hubiesen atacado un grupo de guerrilleros, aquello se perdía, pues éramos una guarnición muy escasa. El puesto donde nosotros estábamos "atrincherados" estaba situado en una elevación de unos cien metros sobre el primer cuartel de la PT. Por suerte no nos pusieron a prueba y salimos sanos y salvos de la situación.*

*El 14 de Octubre abandonamos el puesto quedando un sargento nativo de la PT y varios soldados también nativos. Al día siguiente, ya en el destacamento de Bucraa, nuestra Compañía fue relevada por la 2ª y volvimos al Batallón. Allí la cosa estaba como relajada, se hacía sobre una hora de instrucción, luego un poco de gimnasia cada uno a su aire, jugar al fútbol etc. Un día, estando yo de cabo de guardia, sin previo aviso se presentó en la barrera un vehículo, el soldado de la barrera me avisó y veo que, pasando por debajo de la barrera, se cuele un general de división; era Gómez de Salazar, el Gobernador militar del Sáhara. Lo conocí porque había ido a visitarnos a Bojador y yo le tuve que servir la comida aquel día. Mandé a formar la guardia con armas; el sargento se puso nervioso y en vez de ponerse en cabeza se puso a la cola para dar las novedades.*

*Un día, a la hora del bocadillo, llega el capitán y nos dice que deberíamos estar preparados para lo que pudiese ocurrir, que las cosas se estaban poniendo tensas y, de momento, ahí quedo todo. Pero al segundo día de habernos dicho eso y después de la siesta, obligatoria por aquello del calor, se presenta el capitán y dice: «Señores el día ha llegado y, para no andar con prisas, rompemos filas y dentro de cinco minutos todos formados con el armamento para salir». Nos sobro tiempo, porque en esa época, en Cabrerizas todo el armamento lo teníamos dentro de las compañías, menos los cañones sin retroceso. Y ahí, preparados y armados para lo que pudiese sobrevenir, estuvimos esperando hasta media noche. Al siguiente día por la tarde, me mandan al destacamento de Atlas, creo que era el 24 de Octubre, y no nos relevaron hasta el 28 al mediodía. Antes ya nos habían mandado otro pelotón más de refuerzo procedente del BIR. Llegar de Atlas comer y salir para Bucraa para reforzar la 2ª Cía., fue visto y no visto y a la carrera. En Bucraa, nuestra misión, junto con los compañeros de la 2ª, era hacer patrullas con vehículos por las instalaciones de la mina, hacer guardias en el cuartel y dentro del campamento minero. Siempre era una sección al completo la que hacía guardia en el campamento, con lo cual estábamos 48 horas de servicio de armas. Salíamos del servicio y al siguiente día otra vez, mientras otros compañeros trasladaban*

a los saharauis de la zona en autobuses hasta la 5ª estación de la cinta, donde estaba el cruce de Smara y se los entregaban a la Legión, que los llevaba hasta el Aaiún, eso sí, con ametralladoras montadas en los Land Rover, delante y detrás de los autobuses. Tengo que decir que el espíritu que reinaba, por lo menos el que yo percibí, era que no había miedo salvo raras excepciones, lo que nos cabreaba era la incertidumbre de no saber qué es lo que realmente pasaba, porque a nosotros, a la tropa, apenas nos comentaban nada. Cuando sentí preocupación fue varios años después de licenciarme, al pensar lo que allí podía haber ocurrido si alguien se sale del guion que tenían planeado los políticos de la época y suelta un cañonazo o una ráfaga. Por eso el 17 de Noviembre cuando vine de Bucraa y fui al Aaiún para recoger unas fotos (por cierto no había nadie por las calles) y, estando en la acera frente al cine, vi pasar por delante una columna de vehículos marroquíes, entonces comenté con los compañeros que «tanto sacrificio para esto».



La guardia en aquella época se montaba de la siguiente manera: De día un soldado en barrera y otro en una garita elevada en la puerta de servicio, que es la que no tenía portón (esta puerta trasera jamás se llegó a instalar, quedando el lugar permeable, por donde se podía entrar libremente, por eso estaba permanentemente vigilada). En el paño que estaba sin terminar, de día estaban los albañiles y por las noche entraba el refuerzo, creo que era a las nueve, porque sus relevos no coincidían con los de la guardia y, entonces, se ponía un centinela en esa zona y otro en la pared Oeste, todo esos centinelas estaban sobre garitas hechas en el muro, en alto. Luego estaba el retén que lo formaba una sección al completo con vehículos Land Rover, al mando de un teniente un sargento y un cabo 1º, o sea tres pelotones de fusileros y un pelotón de armas ligeras. El retén estaba de servicio 24 horas y se salía de día y de noche. Recuerdo que una noche tuvimos que salir el retén al completo, serían las tres o cuatro de la madrugada, a Cabeza de Playa, porque decían que había una reunión del Polisario. Se puso en pie toda la guardia y el refuerzo al completo. También patrullábamos por la factoría del pantalán. Los que estábamos de reten lo teníamos que hacer con la mochila grande, por si teníamos que salir pitando con la munición que cada uno tenía asignada, en mi caso cuatro cargadores llenos, más tres cajas de 20 proyectiles cada una, machete, saco de dormir, manta, chaquetón, nailas, zapatillas de deporte, una muda, cantimplora, la mochila de combate, un trozo de tienda de campaña... no recuerdo si había algo más. El refuerzo lo hacía el personal que tenía un destino, como albañiles, mecánicos y otros. En ese tiempo, el que por circunstancia estaba rebajado en el botiquín, lo ponían de cuartelero o imaginaria, porque faltaba personal para tantos servicios de armas. Yo tenía un compañero de Málaga que antes de la mili se rompió un tobillo y, como decía que no se podía poner las botas, hacía las guardias con zapatillas de deporte, nada de rebaje de servicio.

Cuando terminé la Marcha Verde y volvimos al Batallón, en un saliente de guardia fue cuando murió Franco, y en otra guardia posterior, al izar la bandera, puse el águila boca abajo, menos mal que una hora después me avisó el centinela de la barrera y le dimos la vuelta.

El 2 de Diciembre sobre las 9 de mañana, emprendimos la marcha hacia Villa Cisneros, eso sí, la noche anterior hubo que dormir en el suelo. El día antes había bajado la 2ª Cía. de Bucraa, al ser relevados por los de Tropas Nómadas de Smara. El día 4 llegamos a Villa Cisneros después de tres días y dos noches; y otra vez a dormir sobre cemento, en el suelo. En Cabrerizas quedaron unas cincuenta personas que salieron al otro día en avión. Me supongo que sería para entregar el cuartel a los que llegaban del Aaiún. Junto con nosotros se desplazó hasta Villa Cisneros un convoy cargado de munición de artillería.

Embarcamos en el Plus Ultra, un barco que estaba para el desguace. Como ocurrió después de la Marcha Verde, el día 5 de diciembre por la noche la Legión mandó la banda de guerra a tocar marchas

*militares para despedirnos. Al día siguiente estuvimos todo el día en el puerto, ocasión que aproveche para visitar Villa. El mismo estilo que el Aaiún, pero más pequeño. Ya estaba vacío, no quedaba nadie*

*Salimos el día 7 a las 13 horas y después de un viaje en el que entró agua por el retrete del camarote en el que me tocó alojarme, porque hubo un poco de temporal, llegamos a la isla de La Palma. Era el día de la patrona de Infantería Al siguiente día siguiente nos acoplaron en las instalaciones del Regimiento La Palma 53. Aquel mismo día por la tarde tuve que hacer de policía militar con 5 ó 6 soldados al mando de un cabo primero, con un Land Rover descubierto, para que pudieran salir a pasear los compañeros, como si siguiéramos en el Sáhara. A los pocos días me mandaron a mi casa con 40 días de permiso y, cuando me tenía que incorporar, me mandaron un telegrama diciéndome que tenía otros 30 días más de permiso. Me licencié el 12 de junio del 76, pero el último tramo de mili se me hizo muy pesada.*

*El día 31 de Diciembre dejamos de pertenecer l Cabrerizas que había sido disuelto y pasamos a ser 2º Bon del Tenerife 49 que se formó con la unión del Regimiento La Palma 53 y el Batallón de Cabreriza. Para terminar, quiero decir que creo que al Bon. de Cabrerizas no se le ha dado un reconocimiento real de la labor que hizo en el Sáhara, sin menospreciar a ninguna de las demás unidades».*



Interesante y descriptivo el relato del compañero Juan Alarcón. En su narración, para los que no estuvimos por aquellas fechas, podemos hacernos una idea de la tensión y estado pre-bélico en que se encontraron los cabrerizos por aquellas fechas. Yo viví preámbulos durante los tres meses que estuve en Bucraa, de Mayo a Julio del 1974, fechas en que estaban vivas las amenazas marroquíes y las acciones del Frente Polisario, pero, sin duda, todavía no tan inquietantes como un año después y que nos narra Alarcón.

Comprendo cuando comenta que la tropa no estaba informada de la situación, porque en el 74 pasaba lo mismo. La incertidumbre, el no saber el alcance del problema, martiriza más que el conocimiento real. Después, todos supimos que bastante antes de la «Marcha Verde», el “arreglo” del abandono del Sáhara y entrega a Marruecos ya estaba pactado. Hubo una puesta en escena para aparentar lo que no era, por lo menos esta es la impresión que muchos tenemos.

Los relatos de los compañeros que estuvieron desde Julio del 74, nos permite hacernos una idea de cómo era el día a día en el “último” cuartel de Cabrerizas hasta su disolución.

Redundo en el relato de Alarcón, cuando dice que los saharauis de Bucraa eran llevados en autobús escoltados militarmente hasta El Aaiún. Sabía que en la capital, el barrio saharauí fue cercado con alambres de espino, controlando que nadie de ellos entrase ni saliese, quedando confinados, pero desconocía que, estando fuera de la ciudad, les obligaban a ir a ella.

En aquellos meses en que no se sabía cómo acabaría aquel singular “cóctel” del conflicto en el Sáhara Español, «colonia» para unos y «provincia» para otros, los que ya estábamos en casa licenciados, teníamos el pensamiento puesto en la tropa que cumplía el servicio militar en el Sáhara, y seguíamos por la prensa las noticias que nos llegaban, más o menos sesgadas, deseando que no estallase un conflicto armado con Marruecos, lo que supondría que muchos compañeros regresarían en cajas de pino y que, si la guerra fuese de envergadura, los que estuvimos allí en los últimos reemplazos, podríamos tener que regresar a luchar. Por suerte no hubo guerra, pero, todo y con ello, la forma en que se abandonó el Sáhara, a todos disgustó, menos a los marroquíes.

Muchos de la tropa cabreriza continuó prestando el servicio militar en las islas Canarias, destinados a otras guarniciones, ya sin misión definida, simplemente la de vegetar hasta la licencia.

**Albert Marín Ausín, Septiembre del 2020, año del “Corona Virus”.**

Relación, por orden alfabético, de los compañeros que han colaborado con sus relatos o información, que han hecho posible la elaboración de esta crónica de Cabrerizas:

Alarcón Jiménez Juan  
Badia Valls, Josep  
Basilio López Robles  
Bonet Solaz, Vicente  
Borrego Rodríguez, Manuel  
Espinar Alarcón Joaquín  
Espinosa Paredes, Salvador  
Furió, Manuel Ángel  
Gómez Galindo, Cecilio  
López Rodríguez, José Luis  
Marín Ausín, Albert  
Martínez Esquiús, Joan  
Ojeda de los Santos, Manuel  
Orriach Espinosa, Francisco  
Ortiz del Ordi, José Luis  
Rodríguez Tremp, Alejandro  
Tapia, Damián  
Tomas, Josep  
Trapero Ramos, José Antonio  
Vilches Rull, Ernest





Octubre 2.020